

LENA VALENTI



SOLO EL AMOR FORJA LA LEYENDA

# SIRENS

HISTORIA ORIGINAL DE VALEN BAILON Y LENA VALENTI

LENA VALENTI

# SIRENS

---

SOLO EL AMOR FORJA LA LEYENDA



MUNDO CREADO POR VALEN BAILON Y LENA VALENTI



# Tabla de contenidos

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21

**22**

**23**

**24**

**25**

**26**

**27**

**28**

**29**

***Glosario Siren***

***Créditos***

*Hay grandes libros en el mundo y grandes mundos en los libros. Uno no sabe qué tipo de tesoro tiene entre las manos si no se anima a descubrirlo.*

# 1

Pisaba las baldosas de aquel ímprobo y cuidado jardín con cuidado de no resbalarse. La lluvia había humedecido la superficie y él ya no estaba para reaccionar con reflejos en caso de que perdiese el equilibrio. Además, aquello con lo que cargaba era demasiado valioso como para que sufriera un accidente.

«Caramba», pensó contrariado, respirando con dificultad. «Nunca me dijeron que la aceleración celular en el espacio real sería tan fulminante», lamentó.

Mientras con una mano sujetaba aquel tesoro del que debía desprenderse, con la otra se ajustaba el gorro de estilo Fedora, cuyo fieltro con corona pinchada era de color grisáceo y cuya cinta negra oscura rodeaba su base. A esas horas de aquella madrugada otoñal en la que todavía persistía la negra noche nadie se interesaría por un viejo como él, nadie advertiría su caminar agotado ni caería en cuenta de que iba empapado porque permaneció demasiado a la intemperie, todavía con la sensación de huir a la fuerza de un paraíso, ahora asediado por fantasmas, sombras y espectros que, posiblemente, solo él, en el estado ansioso en el que se encontraba, veía. Le perseguían. Lo harían siempre. De eso estaba seguro. Y era una lucha perdida contra la razón, pues ya sabía que coexistían cientos de mundos en este, y que cuando se abrían los velos, pues habían más de uno, se exponía a ser perseguido por otras entidades; si eran buenas o no, solo podía juzgarlas una vez las viera de cara. Hasta entonces, todo eran elucubraciones y paranoias propias del señor mayor y aturdido en el que repentinamente, sin darse cuenta, se había convertido.

Antes de llegar a la entrada de aquella casa cuyo frontispicio iluminó un trueno, tuvo la precaución de inclinar su cabeza y mirar a aquello que portaba con tanto esmero, escondidos bajo una manta azul clara en el interior de la amplia canasta de mimbre. Les sonrió y les volvió a cubrir para que no se mojaran, aunque sus reacciones al ser tocados por las lágrimas del cielo fuera de satisfacción y alegría, como si les recordase a un hogar al que ya no podían pertenecer.

Ahí estaba de nuevo aquel latigazo de culpa. Sabía que era su responsabilidad, que le habían pedido un favor, que tenía una misión por realizar y que cumplía una promesa; un pacto irrompible. Pero su mente humana no podía dejar de pensar en aquellas dos perlas puras e inocentes que iban a empezar sus días, a crecer y a vivir en un hogar que nunca sería el suyo. No el verdadero ni el natural. Uno diferente y salvaje. Como aquellos ojos color mercurio unas veces, y violetas iridescentes otras. Esos ojos nunca serían humanos. No del todo.

¿Lograrían adaptarse?

—Lo siento mucho, pequeños... —les susurró acariciándoles las mejillas con la punta de los dedos—. No sé cómo es mi mundo ahora pero sé que no tiene nada que ver con el vuestro. Sin embargo, es lo mejor para vosotros.

La niña y el niño, ambos de hoyuelos marcados y de pelo oscuro, de no más de cinco meses de edad le sonrieron como si comprendieran lo que decía. No lloraron durante la larga travesía cursada, señal de que eran tranquilos, sosegados y buenos, a la par que fascinantes, especiales y únicos. Y tampoco apreció cambios físicos alarmantes en su naturaleza al cambiar de hábitat. Aunque eso ya lo sabía porque «los guías» se lo advirtieron.

Evia e Ethan. Así se llamaban los bebés.

—Que Dios me perdone por hacer esto —rezó el hombre mirando al cielo—. Pero debo hacerlo. Se lo prometí a Arnold —aquel era su modo de



autoconvencerse. Repetirse cientos de veces lo que debía hacer para completar su misión con una vaga sensación de apoyo moral de su propia boca.

La robusta puerta roja ubicada bajo el blanco portal venía iluminado por un solitario farolillo negro sobre los saledizos que se repetían en la fachada del edificio y que rodeaban todas las ventanas y puertas de la clásica residencia de aspecto colonial.

*Lostsoul* era el nombre de aquel internado, ubicado en las afueras del centro de Portland, en los alrededores de Pier Park. Había estudiado muy bien aquel lugar y allí los dejaría.

Era una casa de acogida para niños. Un orfanato.

Los guías le habían asegurado que los pequeños debían criarse con más niños. Que en lugares como aquel se harían cargo de ellos, crecerían ajenos a su verdadera naturaleza y nadie les encontraría. Como debía ser.

Así que después de una hora corriendo como loco por su recién nacida manía persecutoria, siguiendo las directrices recibidas, con solo aquella linterna ya desgastada, avanzando a través de espesos bosques y densas arboledas, llegó a su destino. Y cuando alcanzó la meta, se dio cuenta de que en el tiempo que llevaba en el exterior no solo habían pasado unos meses. Le empezaban a caer encima los años de más que había dejado de cumplir en el lugar del que venía.

Asombrado y asustado todavía por su cansancio, el hombre dejó en el suelo la cesta con los bebés y se acuclilló para mirarlos por última vez.

Eran un milagro. Pura magia. Pura vida. Pura verdad.

Se llevó la mano al cuello y rodeó con los dedos su colgante. Un abalorio circular, dorado, de un metal desconocido, formado por lo que parecía ser una serpiente, pero era en realidad el cuerpo de un Uróboros de ojos violetas y

brillantes en cuya piel se mostraban orificios estratégicamente dispuestos con una única función. En su interior, tocando el cuerpo del animal mitológico que simulaba la caja de un reloj, habían diales perfectamente dispuestos y separados por espacios idénticos. Y en el interior, alrededor de esos diales, un total de doce glifos cuyo significado y propósito solo él y su gran amigo Arnold conocían.

Porque los habían estudiado. Y porque solo ellos poseían aquel medallón en el exterior. Los llamaban glifos lunares, pero solo ellos sabían cómo funcionaban en aquel dispositivo.

En cambio, a ella, a Lillith, al origen de sus problemas y de todo lo que acontecía ahora en sus vidas, nunca le dieron uno. Porque Ellos, los otros, sabían la verdad. Lo vieron. Debieron verlo. Y aun así, permitieron que aquello sucediera. ¿Por qué? No tendría las respuestas ahora.

Nunca sabría por qué había sido así, pero estaba convencido de que todo tenía una razón de ser y que, en el fondo, sus amigos se guardaban un as en la manga. Y aquellos bebés formaban parte de ello.

Se quitó el sombrero de la cabeza y se peinó los pelos ondulados y entrecanos con los dedos.

—Bueno... —susurró con el aliento entrecortado—. Ya he hecho mi parte del trabajo —les dijo a los bebés, que lo miraban divertidos—. Aquí cuidarán de vosotros. Portaos bien y no deis problemas —les pidió con ternura.

A continuación, revisó las manchas de nacimiento que a los niños como ellos les salía detrás de la oreja derecha. Ahora era solo un lunar rojizo, pero con el tiempo, el lunar adoptaría una forma.

Como fuera, él ya no lo vería. Su misión había acabado. Debía desaparecer. Desvanecerse. Y esperar a que llegara el momento. Pero de eso se encargaba

Arnold, él era el único que tendría la herramienta para, como les habían dicho, reunirlos de nuevo.

Hasta entonces, ya nada más podía hacer ahí.

—Os tengo que decir adiós, *petit coeurs* —suspiró.

Sonrió permitiendo que los bebés le cogieran de los dedos. Sus ojos oscuros y entrañables se humedecieron. Sentía un respeto inmenso hacia esas criaturas.

Había vivido tantas cosas al lado de los suyos... Sabía tanto. Había aprendido y visto tanto... que pensar que por culpa de Lillith todo aquello había desembocado en una fuga precipitada, lo sumía en un estado de rabia y desolación difícil de gestionar. Pero no le quedaba otra que trabajarse la paciencia, porque ya nada dependía de él. Solo le quedaba esperar.

Cuando llegase el momento sabía que Arnold le encontraría.

—*Arreuveire, mes amis. Ösida* (adiós) —susurró.

Le costó levantarse. Sentía un ligero desgaste en el cartílago de las rodillas y también un peso extraño en las lumbares. De la noche a la mañana había pasado de correr por montes interminables y lanzarse por cascadas abismales, a no poder hacer ni diez kilómetros corriendo sin poder detenerse cada mil metros a coger aire.

—Maldita sea, soy mayor —se dijo melancólico.

No un hombre viejo, pero sí alguien que debía empezar a cuidarse y a tomarse la tensión a diario.

Aquella era su nueva realidad. La acataría aunque le costara. Porque durante años la vida le otorgó un increíble regalo.

Él lo disfrutó.

Lo saboreó.

Lo valoró.

Lo cuidó. Y lo seguiría cuidando porque esa, ahora, era su misión.

Ellos le dieron tanto que podría vivir de los recuerdos y sentirse inmensamente rico. Eso haría. Lo agradecería eternamente.

Se preparó para salir corriendo en cuanto apretara el timbre. Seguramente bajarían rápido a ver qué sucedía dado que solo alguien con una emergencia era capaz de llamar a esas horas de la madrugada a un orfanato.

Presionó el botón blanco que había a mano derecha y el sonido no solo lo alarmó a él, también asustó a los pequeños, que empezaron a llorar y a patear en el interior de la cesta. Aquella bocina era grotesca.

Él se disculpó con una mirada de arrepentimiento, les dio la espalda y corrió para volver a internarse en el bosque colindante del que había salido.

¿Debería cambiar de casa? ¿Cómo viviría? ¿Dónde viviría? ¿Le reconocerían? ¿Seguían vivos sus seres queridos? Eran preguntas que solo podían responderse con el día a día, cuando intentara vivir su nueva y oculta vida.

Porque las cosas habían cambiado mucho en veinte años.

Debía aceptar que ya no volvería a ser lo que una vez fue; no podría exigir lo que una vez tuvo.

Del mismo modo que esas criaturas destempladas que esperaban a que la dueña del orfanato abriera la puerta tampoco podrían exigir lo que en el fondo les pertenecía por ser quienes eran.

Allí ya no valían sus leyes.

Nuevo mundo. Nuevas normas.

Sabiendo eso, no miró atrás. No debía hacerlo, porque se conocía. Así que prefirió pensar que esos niños crecerían en un lugar destinado a las «almas perdidas», pero deseaba y soñaba con el día en que les reencontraran para decirles que ellos no se habían perdido.

Solo estaban escondidos.

Como solo las mejores armas y los mejores tesoros debían estar.

## 2

*Alemania.*

*Berlin*

*Cinco años después*

S abía muy bien cómo encajaban las figuras. Las piezas del Tangram eran tan sencillas de ubicar... En aquel salón de infancia de paredes blancas y espejos por todos lados en el que se encontraba, vislumbraba dispersados por aquí y por allá una gran cantidad de juguetes con los que los niños de su edad se distraían, fascinados como si acabasen de descubrir el mundo.

Pero ella no era así.

Porque no podía sentirse fascinada con algo tan... tan obvio, tan palpable y que escondía un funcionamiento tan plano. Las cosas de niños eran demasiado elementales.

Lo extraño era que en ese lugar, los niños no parecían saber de qué iban los juegos. Se sentaban en las sillas de plástico frente a las mesas, y dibujaban, o escuchaban música o intentaban montar puzzles, pero a los juegos en general no les hacían demasiado caso.

Tampoco hablaban con ella. Aunque eso ya no le importase.

Ella era una niña de solo cuatro años pero ya conocía a tan temprana edad la crueldad de los adultos y también la de los niños, y entre todos la habían convertido en una personita para nada elemental.

Al contrario, comprender lo que sucedía con Cora, en su interior, en su cabecita, se había convertido en algo muy complejo.

Y ella, con esos ojos celestes con pequitas amarillas, tan enormes y puros, y su pelo liso y rubio, que sujetaba en una cola torcida y mal hecha, ya entendía que las personas podían comportarse muy mal con aquello a lo que temían y a lo que no comprendían. Se mordió el interior de sus mullidos labios y se rascó la barriguita mientras acababa de montar la figura más complicada del rompecabezas. Cuando finalizó, alzó el rostro y miró al espejo en forma de ventana que tenía en frente. Se levantó caminando dando saltitos distraídos y se detuvo frente a su reflejo.

Se miró con atención. No le gustaban esas ropas que solía llevar. Los batines azules claros eran feos, aunque los decorasen con maripositas.

No tenía ninguna duda. De todos los lugares en los que había estado, aquel era el peor. El más solitario, pero también el más tranquilo y en el que más tiempo llevaba. Al menos, lo tranquilo era bueno.

Así nadie la señalaba y nadie le hacía el vacío, porque en el silencio, todo era nada.

Así no tenía que conocer a papás que no la querían en su casa y que la devolvían como si fuera un juguete que no funcionase bien.

No estés triste, cielo. Le dijo la mujer del espejo. Era hermosa, de rasgos principescos, ojos azules claros y parecía un ángel. Vestía con una túnica larga y plateada y su pelo rubio y largo tenía el color del sol.

Cora sonrió y suspiró alegre al verla.

—¡Abuela María! —alzó la mano y le mandó un beso al espejo. Allí estaba ella. Detrás de su cuerpo, mirándola con el cariño con el que nadie la miraba. Lamentablemente, la pequeña no la veía todo lo que le gustaría.

— *Hallo*, mi pequeño ruiseñor. ¿Cómo estás?

—Bien, abuela. Estoy en mi nueva casa —le contestó en alemán—. Todavía no la habías visto, ¿a que no? Como en mi habitación no me dejan tener espejos... —murmuró jugando con sus deditos.

—No. Tienes razón, no la había visto. No así... —contestó con tristeza demostrando que no le gustaba mucho lo que veía.

—Pero estoy bien —se apresuró a tranquilizarla—. Este sitio no está tan mal.

No le gustaba que los ojos de su abuela perdieran aquel brillo tan increíble que tenían.

—Ya veo —asintió con interés estudiando el habitáculo en el que la cría se hallaba encerrada—. ¿Te gusta... este lugar?

—Bueno... —negó con la cabeza—. En el fondo no mucho. Es triste. Y me *aburo* —se encogió de hombros. Le costaba pronunciar la erre—. Pero aquí nadie se mete conmigo.

—Puede que te vayas pronto, Cora —convino Maria.

—Me lo llevas diciendo hace mucho... pero los papis que se me llevan después ya no me quieren —le explicó algo avergonzada—. Abuela —musitó con su vocecita.

—Dime, *baby*.

—¿Tan mala soy?

María meneó la cabeza negativamente y lamentó la opinión de la niña. Estiró la mano y la colocó en el frío cristal del espejo. Cora se puso de



puntillas y apoyó su manita más pequeña sobre la palma más grande de su mayor.

—Tú no eres mala. Eres una bendición —le contestó con dulzura—. Lo que pasa es que no están hechas las margaritas para los cerdos.

Cora dejó ir una risita y se tapó la boca.

—¿Cerdos? —repitió inocente.

—Lo entenderás cuando seas mayor.

—Pero ya soy mayor.

—No. No aún —la corrigió—. Solo he venido a saludarte —le dijo María—. Ahora déjame ir. Ya sabes que no puedo hablar contigo mucho rato. Te visitaré en otro momento.

—No. No quiero —protestó la pequeña agitada.

—Cora, no seas cabezota —la reprendió—. Ya hemos hablado de esto. Tienes que soltarme.

—¿Cuándo vendrás a buscarme? —golpeó suavemente el cristal con su manita.

—Cora... —suplicó afectada—. Ya sabes que yo no puedo estar contigo. Todavía no.

—Pero abuela, no quiero seguir aquí... quiero ir a donde tú estás.

—No puedes. No estás lista. Cora, déjame ir.

La niña empezó a sudar y a renegar de su suerte. Aquello no era lo que quería. Apretó los puños al lado de su diminuto cuerpo e hizo un mohín.

—Cora, cálmate... —le pidió María en el espejo, advirtiendo su cambio de humor—. Sabes que puedes hacerlo... Suéltame o te pondrás malita. Ya sabes lo que te sucede.

—No. Llévame contigo —replicó la criatura.

—Cora...

La pequeña entrecerró sus ojos y su cuerpo empezó a convulsionar. Al mismo tiempo, las luces de la sala de observación titilaron intermitentemente y tuvo lugar una bajada de tensión en toda la sala.

—¿Ve? Lo que le decía —explicaba la enfermera detrás de la ventana de observación—. Cora está aquí por una razón — miró a su lado derecho, al hombre alto, de pelo blanco, barba espesa, grisácea y perfectamente recortada, cara curtida, ojos azules y abrigo negro. El único que había preguntado por Cora desde que la pequeña fue ingresada en el centro de salud mental y educación especial un año atrás—. ¿Lo entiende?

El señor cruzó las manos tras su espalda y tensó los hombros sin perder ni un detalle del espectáculo que tenía en frente.

—¿Con quién se supone que está hablando? —su voz acerada tenía un deje muy inglés. Pero toda su atención se centraba en la niña.

—Eso no importa. Unas veces habla sola. Otras veces parece que esté mirando a alguien en los espejos... Es una niña con problemas de adaptación a la realidad. O con mucha imaginación —la enfermera suspiró con pena—. Necesita mucho cariño. Pero hay que controlarla porque sus fantasías podrían derivar en una negación de lo que la rodea y originar un principio de esquizofrenia o de paranoia. Hace más caso de sus amigos invisibles que de los que podría hacer aquí.

—¿Aquí? —Arnold miró a la cuidadora con desaprobación indisimulada—. Es una clínica para niños autistas y con graves déficits de atención. No veo que Cora tenga ningún problema en relacionarse... Sencillamente, no creo que encaje. —Estudió el comportamiento de la niña frente al espejo—. Este no es lugar para ella. Aquí no podrá desarrollar su... naturaleza.

La mujer, que tenía colgado de su cuello una tarjeta de identificación, se llamaba Agatha. Llevaba el pelo rojo recogido en un moño alto. Dejó caer sus ojos almendrados sobre aquel invitado y preguntó:

—¿Su naturaleza?

—A Cora la han diagnosticado mal —la miró de soslayo—. No tiene ni TDA ni autismo. Ni desequilibrios mentales tampoco.

—Es una niña difícil de diagnosticar —explicó ella—. Todos ellos lo son. Son niños sin padres, en adopción, y no pueden estar en centros normales porque no son nada sociables y...

—Ellos no tienen la culpa de que los adultos seamos tan mediocres como para no comprenderlos.

Agatha carraspeó con nerviosismo. El viejo tiraba unas puyas difíciles de esquivar.

—Cora es muy inteligente y muy consciente de todo lo que le rodea, pero al mismo tiempo, se pierde en su mundo interior a menudo... Y después está el tema de sus conversaciones imaginarias —puso las comillas con los dedos y volvió a ocultar las manos en el interior de los bolsillos del batín blanco.

—Yo también hablo solo a menudo... Todos necesitamos a alguien que nos escuche —murmuró perdiéndose en los ojos de la niña. Eran tan fascinantes.

—¿De verdad es usted familia de Cora?

—¿Acaso no nos parecemos? —bromeó intentando ponerla en un aprieto.

—¿Es usted inglés?

—Sí. Londinense —contestó sin más.

—Lo suponía. Perdóneme que le parezca impertinente, pero que yo sepa nunca nadie preguntó por ella. De hecho, dicen que no está claro si su madre biológica murió en el parto o en el incendio del hospital en el que dio a luz. Cora pudo sobrevivir pero se quemaron todos los partes de nacimiento y todas las fichas de los pacientes y fue una locura después poner orden y derivar a los niños a otros centros hospitalarios y lugares de acogida. Sabe que el hospital que se incendió —le contó como confidencia— era un edificio destinado a ofrecer servicios a las mujeres sin recursos y que...

—Señorita, conozco la historia —sonrió sin muchas ganas. Era un falso gesto diplomático. Una invitación para que se callara. No le gustaba la charlatanería ni la indiscreción—. Soy el único amigo de la familia que puede hacerse cargo de la pequeña. Llevo muchos años buscándola y al desaparecer los datos de Helen, su madre original, les perdí el rastro por completo —explicó. Carraspeó y estiró el cuello—. Voy a adoptar a Cora —sentenció inflexible—. Ha sido una ardua tarea que ha conllevado un trabajo de investigación importante hasta dar con ella aquí —exhaló cansado pero agradecido—. Como buscar una aguja en el pajar.

—Me imagino —supuso—. Pero es consciente de que Cora requiere unos cuidados y una educación especial, ¿no? Necesitará atención psicológica y...

—Eso ya lo veremos —la desafió en voz baja.

—Tuvo tres padres de acogida —enumeró— y los tres la devolvieron porque les incomodaba que la niña hablara sola con su... abuela.

—Con su abuela, ¿eh? —sonrió satisfecho.

—Es nuestro deber advertirle.

—No sé por qué se preocupan tanto —torció el rostro a un lado y miró a la enfermera de frente—. Tienen en este lugar a niños apartados de la sociedad solo porque son distintos y no les pueden dar las atenciones que exigen. Esto es un maldito centro psiquiátrico. De adultos —le dejó claro oteando la sala con asco—. Y los tienen escondidos en una subdivisión porque no les quieren ni en los centros de adopción legales. A ustedes les paga el estado por no hacer nada —la increpó—. Los tienen aquí. Les dan de comer, les medican y con eso ya es suficiente. Así que déjeme decirle que sus advertencias me traen sin cuidado. Y sus preguntas son del todo inaceptables, cuando están deseando que les saquen a estos críos de encima, y ni siquiera hacen estudios pertinentes de quiénes se los llevan. Y eso si se los llevan —aclaró—, porque dudo que venga aquí nadie. Así que sí, pone la piel de gallina —sentenció con gesto severo y una actitud cortante—. Pero lo que pone la piel de gallina no es que Cora vea a su abuela que nunca conoció y que probablemente esté muerta. Lo que de verdad pone el vello de punta es vuestra indiferencia. ¿No le parece?

Agatha no supo qué decir, y agachó la cabeza como quien no puede rebatir una verdad.

—Además, a mí no me asustan estas cosas —añadió Arnold—. ¿Acaso nunca le han dicho que hay que temer antes a los vivos que a los muertos? Agatha tensó el rictus como si se hubiera sentido ofendida por aquel comentario. Se relamió los labios y centró su atención en Cora.

—Fíjese. Está hablando en nuestra ventana —señaló ella—, frente a nosotros, y parece que sus pupilas estén viendo a alguien de verdad. A mí, me va a perdonar, pero sí me asusta.

Arnold ya se había dado cuenta de ello. La pequeña Cora estaba viendo a alguien, de eso estaba convencido. Aunque, que ellos no lo advirtieran no quería decir que no existiera.

Y entonces algo pasó. De repente, Cora empezó a convulsionar. Puso los ojos en blanco y cayó fulminada hacía atrás. ¡Por Dios! ¡Hasta se había ido la luz!

Agatha salió corriendo a la sala, que se había quedado a oscuras con algún niño gritando y solo los focos de emergencias encendidos. Arnold se apresuró a ayudarlas, y cuando se acuclilló a su lado le preguntó a la cuidadora.

—¿Esto le suele pasar? —preguntó preocupado.

—Sí. Es una de las razones por las que los padres adoptivos no se la quieren quedar. Los ataques vienen después de las alucinaciones. Después de que hable con los espejos. No saben cómo tratarla ni cómo lidiar con ella, por tanto...

Arnold observó el rostro pálido y al mismo tiempo sereno de Cora. Era tan pequeña. Tan frágil. Y ni siquiera sabía lo poderosa que podía llegar a ser. Nadie lo sabía.

—Por lo general, despierta al cabo de unos cinco minutos —Agatha se metió la mano en el bolsillo de su batín blanco y extrajo una botellita de cristal. La abrió, humedeció su dedo y lo pasó por la piel de debajo de la nariz de la pequeña—. Esto la espabilará. Solo es alcohol.

—Bien —asintió más tranquilo.

—¿Está seguro de que puede hacerse cargo de ella? —volvió a preguntar por primera vez preocupada.

Arnold la fulminó con sus ojos claros y Agatha agachó la cabeza.

—Entiéndame. No dudo de usted. Pero ella ha sufrido... Lo digo porque se le rompe el corazón un poquito más cada vez que siente que no la quieren. Es una niña y...

—Tengo en mi maletín toda la documentación que necesitan. Por favor, prepare a Cora —se levantó con decisión y la miró desde lo alto. Tenía prisa por llevársela y apartarla de aquel mundo aislado que además no la comprendía—. Me la llevo hoy mismo. La niña empieza su nueva vida conmigo.

Arnold iba a hacerse cargo de ella. Tenía la edad suficiente como para ser su abuelo, pero le daría la educación que merecía, la identidad que le hacía falta, y lo más importante, la instruiría.

Porque Cora tenía un don. Y ese don sin enseñanza ni entrenamiento, podía hacerle daño, como le estaba haciendo.

Jamás se había hecho cargo de nadie tan pequeño. Él no tuvo ni mujer ni hijos, como tampoco los tuvo su amigo Fred al que echaba mucho de menos.

Pero lo haría lo mejor que pudiese.

Porque los tesoros debían cuidarse y ser valorados. Aquel era el suyo. Aunque Cora no era un tesoro cualquiera. De hecho, no solo era un tesoro. Ella era la clave, la que podría unirlo todo de nuevo. Cuando llegase el momento.

# 3

## *Portland* *Orfanato «Lost Soul»* *Siete años después*

**E**n el hogar de las almas perdidas todo transcurría con normalidad. Los matrimonios iban y venían en busca de niños a los que poder acoger, y los elegían como si estuvieran en un escaparate. Como mercancía. Productos a los que poder comprar.

Ethan, sentado en las escaleras del porche delantero de la casa, observaba cómo entraban y le miraban de reojo. Las mujeres siempre le sonreían. Pensarían: «qué niño más mono», pero no hablaban con él. Porque no querían a niños ya crecitos. Querían a bebés. Recién nacidos a poder ser.

No dudaba de que no lo hicieran de buena fe. Esos hombres y mujeres anhelaban una criatura que iluminase sus vidas, que les diera una razón de ser, un sentido a su matrimonio, y que llenase el vacío que el no poder concebir les provocaba. Todo estaría bien si no fuera porque no querían a niños mayores, con problemas físicos o con algún tipo de tara. Los querían a la carta. Y aunque no iba a ser él quien juzgara a nadie, sentía que algo de todo eso no era ético, porque los niños eran niños, tuvieran la edad que tuviesen. Y necesitaban una familia.

Sintió la mano amiga de Evia sobre su cabeza. La pequeña le alborotó el pelo negro indomable y eso le hizo sonreír.



—Hoy no se van a llevar a nadie —le dijo Evia para tranquilizarlo.

Ethan alzó la cabeza y se dejó invadir por la bondad de su amiga. Tenían la misma edad, los mismos ojos extraños y plateados, y aunque su leyenda decía que les dejaron a los dos en un mismo capazo en la entrada del orfanato, los análisis que les realizaron demostraron que no eran hermanos. No tenían la misma sangre.

—No les sonrías —señaló Evia recogiendo el vestido blanco que siempre se ponía para los días de visita—. Si Brigit te ve, te reñirá.

Llevaba el pelo castaño oscuro con reflejos claritos suelto y libre. Lo tenía medio ondulado. Parte de sus mechones ocultaban la marca que poseía detrás de la oreja, diferente a la de él. La marca de Evia era rojiza, como un reloj de arena, con las esquinas bien punzantes y marcadas. Como si fueran dos triángulos iguales invertidos con las puntas tocándose. En cambio la suya era un tridente invertido.

—No me importa —contestó con indiferencia.

—La señorita Brigit nos pide que seamos amables —añadió ella estirando la mano hacia adelante, de manera holgazana—. No eres un niño amable, Ethan —le miró de reojo imitando la voz de la señorita para tomarle el pelo.

Ethan le devolvió la mirada embobado, pues sabía que los movimientos de Evia siempre tenían una razón de ser, y en ese instante, una mariposa Monarca, que revoloteaba por el jardín, se posó sobre el índice de su amiga.

Él hizo un mohín de desinterés ante su comentario, aunque era preso de los movimientos hipnóticos de la niña.

—Claro que no. No quiero ser un niño bueno con ellos — contestó estirando las piernas como un marajá—. Ellos ya han dejado de tenernos en cuenta. Y yo ya no me quiero ir. Y tú tampoco te irás, así que deja de portarte bien.

Evia dejó ir una risita.

—Ya te he dicho que no se van a llevar a nadie hoy.

—No pueden —replicó—. Esta es nuestra casa ahora — clavó sus ojos plateados en el jardín exterior del orfanato, cuyo verde siempre le transmitía una extraña paz.

—Yo no me quiero ir tampoco —contestó ella mirando con atención la mariposa—. Pero eso no quiere decir que deba comportarme mal. Estas personas sufren —reconoció Evia con sabiduría—. Están aquí en busca de algo que la vida no les quiere dar.

A Ethan, saberlo, no le hacía sentir mejor. Evia era compasiva y excesivamente empática. Pero él no podía ver solo el lado bueno de las cosas.

Una nueva pareja salía del interior del orfanato y pasaba por el lado de los chiquillos, despidiéndose de ellos sin demasiado interés.

A Ethan no le gustaban; tan bien vestidos, con sus perfumes caros y sus coches de alta gama aparcados en frente del orfanato. Cada vez soportaba menos toda aquella pantomima; el sonido de los tacones de las mujeres le molestaba, y también el olor a puro de los hombres. Pero lo que más detestaba eran las miradas de falsa compasión que le dirigían a los que como él, con siete años, se les había pasado el tren de la adopción, porque nadie quería a alguien crecido.

—Eso. Que se vayan de una vez —murmuró dirigiéndoles una mirada de alivio.

Ya no le molestaba que se fueran sin valorarle, porque Ethan, como sus amigos, había dejado de esforzarse por agradarles y por querer ser uno de los afortunados. De hecho, hacía tiempo que ya no quería ser adoptado. Prefería que lo dejaran ahí, viviendo con sus amigos. Porque tanto él como Evia habían crecido en aquel lugar. Aquella era su casa.

La señora Brigit, que era la responsable del orfanato, era como una madre para ellos. No una cariñosa como esperaban, pero al menos, les quería a su manera y cuidaba de todos como mejor sabía.

Tenían un jardín en el que correteaban, con árboles lo suficientemente altos para ser escalados y hacían miles de juegos; estudiaban cada día y venía un profesor particular a darles todas las asignaturas básicas. Las habitaciones eran compartidas y lo cierto era que le gustaba dormir con sus amigos y sentirse acompañado, porque siempre tenían algo que urdir o algo de lo que hablar.

—¡Pst! ¡Pst! —siseó alguien desde uno de los árboles que rodeaban el interior de la finca—. ¿Ya puedo bajar? Ethan alzó la cabeza, les hizo una señal con la mano, y acto seguido, por el tronco del castaño descendió un chico de pelo rizado y oscuro y ojos verde claro. A su espalda, cogido a él como si fuera un mono, otro niño más pequeño sonreía a Ethan y a Evia como un pillín. Ambos vestían igual, con su polos azul claro y sus pantalones de vestir azul noche. Y llevaban esos estúpidos mocasines que a Ethan le parecían ridículos.

Eran los hermanos Lex y Sin. Lex tenía ocho años, y Sin tenía cuatro. La historia de los hermanos era inquietante y también dura.

Sin llegó al orfanato seis meses antes de lo que llegaron Evia e Ethan. Los servicios sociales lo arrancaron de los brazos de su madre alcohólica y su padre maltratador y también bebedor. En principio, el estado esperó a que los padres se desintoxicaran y se reinsertaran para evaluarlos de nuevo y comprobar si eran capaces de cuidar de él. Pero eso nunca llegó. Al contrario. Lo que sucedió fue que cuatro años después, llegó Lex, su hermano de un año de edad al que su padre, en búsqueda y captura, había intentado matar. A la madre la habían hallado muerta en la bañera, víctima de una sobredosis.

Un recuerdo de aquel trágico y espeluznante episodio era la cicatriz que el pequeño Lex lucía en la garganta, y que le había afectado a las cuerdas vocales. El niño no hablaba, y cuando lo hacía, apenas se le entendía. Excepto Sin. Sin lo comprendía con solo mirarlo.

Sin y Lex se escondían porque Brigit siempre decía que eran dos niños irresistibles y encantadores y que con esos ojos tan enormes y esas caras de angelitos, tarde o temprano alguien los querría en su familia. Sin ya había decidido que no se quería mover de *Lotsoul*, y ni mucho menos permitiría que nadie se llevara a su hermano, por eso en los días de visita, escondía a Lex con él con la colaboración de Evia e Ethan.

Evia sonrió a Lex, que caminaba cogido de la mano de su hermano, orgulloso de que hubieran ganado al escondite. Y este corrió hacia ella al ver que tenía una mariposa enorme entre los dedos. Porque le fascinaban los animalitos, como a Evia.

—¿Has visto, Lex? —le dijo Evia—. Es una Monarca. La Reina de las mariposas.

Mientras el crío se quedaba pasmado con el insecto, queriendo acariciarle las alas con cuidado, Sin se sentó al lado de Ethan.

—El jardín está lleno de mariposas —murmuró el mayor restregándose las palmas de las manos en los muslos para limpiarse los restos de la corteza del árbol—. Debe de ser una plaga.

Ethan asintió y miró de nuevo a Evia. Ya sabía porqué. Cada vez que Evia salía al jardín, se llenaba de mariposas, de pájaros, de ardillas... era como un imán para los animales. Su amiga era alguien muy especial. Él lo sentía y no había que ser adulto para darse cuenta de ello. Pero se alegraba de que los adultos fueran ciegos y no vieran la magia que Evia contenía, porque así no la podrían separar de él. No se la llevarían. No quería. Y no debían hacerlo jamás.

Todos los niños la querían mucho. Ella sabía cuándo llegaban las visitas para llevarse a alguien, o cuándo iba a llover; incluso sabía si alguien estaba triste o enfermo y con solo su presencia lo aliviaba. La buscaban para estar cerca de ella, porque los niños percibían lo que él; Evia era una especie de ángel. Y la quería con todo su corazón.

Y quien no la quisiera, tendría un problema; se las tendría que ver con él.

—Los bichos atraen a los bichos.

Ethan se dio la vuelta de golpe, al igual que Sin, y ambos fulminaron con sus ojos al único niño con el que Ethan no se llevaba bien. Y no lo hacía, simplemente, porque no le gustaba cómo hablaba a Evia y cómo se burlaba de ella.

Devil. Devil era su nombre. Demonio. Era rubio, parecía un pequeño vikingo bravo y desafiante y miraba a los demás como si continuamente estuviera riéndose de ellos. Tenía los ojos verdes y muy claros, y siempre adoptaba una postura chulesca. Como en aquel momento. Apoyado en la pared de la fachada del orfanato, al lado de la puerta de entrada, con las manos en los bolsillos y un pie cruzado sobre el otro. Miraba a Evia de reojo, deseoso de molestarla, aunque esta se riese siempre de sus comentarios y sus continuas puyas.

—Pues tienes razón —contestó Evia sonriéndole por encima del hombro— porque ahora se me ha acercado un moscardón —replicó la niña arrancando las risas de Sin y de los demás niños que salían poco a poco al jardín.

Devil alzó la barbilla y frunció el ceño.

—Nadie te va a querer. Porque... porque eres fea. Y rara.

Pero ni siquiera con esas podía borrar la sonrisa perenne del rostro de Evia. Y eso lo enervaba más.

—Te he dicho muchas veces que con ella no te metas — Ethan se levantó y se encaró a Devil.

—Y si no qué, ¿salvaje? —Devil dio un paso al frente y dos amigos más de su edad lo flanquearon a cada lado. En teoría todos debían de ser como hermanos, pero ya se sabía que en todas las casas se cocían habas. Y aquella no era distinta de las demás. Con tantos niños y de tantas edades siempre habría problemas.

—Tendré que pegarte —Ethan se encogió de hombros.

—No digas tonterías —esta vez, Evia se levantó con movimientos gráciles y se colocó entre Ethan y Devil. La mariposa se posó sobre el hombro de Devil y otra más revoloteó sobre el pómulo de su amigo—. Nadie se va a pelear. Hoy no.

—Hoy no —se burló Devil imitándola—. No eres adivina, niñaata.

Evia tomó aire cargándose de paciencia.

—La señorita Brigit se va a enfadar mucho si volvéis a romperos las ropas otra vez. —Primero reprendió a Ethan y acercó su mano a su rostro hasta que la mariposa reposó en ella. Y después se enfrentó a Devil. Alzó su mano y recogió la mariposa del hombro del niño rubio—. ¿Puedes dejar de comportarte tan mal, demonio? —le pidió conciliadora—. Ya sé que soy fea, pero incluso los bichos feos merecen vivir. Tú eres un moscardón y nadie te ha aplastado aún —acercó su rostro al de él y vio cómo sus mejillas enrojecían y su mirada se volvía cristalina y brillante.

Los niños alrededor se carcajearon por el modo en que Evia le tomaba el pelo.

—No eres solo fea —arguyó Devil rectificando—. Eres muy fea. Nadie te va a querer.

Ethan no se lo pensó dos veces. Sus ojos refulgieron con un chispazo violeta y de repente: ¡zas! Se lanzó a por Devil y tuvo para todos. Lo llamaban salvaje por una razón; cuando peleaba se volvía loco, como un miura, y nadie, nadie, le ganaba. Ya podía venir quien quisiera. Dos, tres, cuatro... Le traía sin cuidado. Incluso los niños mayores que él le pedían que luchara para ponerle a prueba, y nadie lograba vencerle.

Devil era un inconsciente por provocarle así. Ethan creía que al chico le gustaba que le pusieran en su lugar, como un sádico. Pero al chiquillo poco le importaba si adquiría nuevos moretones, porque parecía sentirse bien al molestar a Evia y a Ethan.

Ethan y Devil habían decidido ser enemigos. Y ninguno de los dos entendía por qué era así, pero el antagonismo se palpaba en cuanto estaban juntos. Aquella no sería ni la primera ni la última vez que ambos se pelearían, y casi siempre el motivo era ella. La niña de las mariposas.

## *Siete años después*

Los años pasaron y los niños crecieron. El vínculo entre los *Lostsoul* se hizo irrompible. Ethan, Evia, Lex y Sin eran inseparables. Y además, a su grupo se le añadió una entrañable niña de pelo negro y ojos grandiosos y oscuros llamada Nina. Llegó al orfanato recién nacida. Alguien la recogió de las caravanas de un circo que estaba siendo consumido por las llamas. Ahora contaba con siete años y al ser la única nena del orfanato junto a Evia, todos la protegían mucho y cuidaban de ella. Además, hablaba por los codos y le gustaba fantasear sobre cualquier cosa. Evia e Ethan se reían mucho con ella.

Ethan sentía una adoración ciega por la pequeña. Y para Evia era como su hermana menor. Nina no podía dejar de seguirla por todas partes. Tenía obsesión por la muchacha que, con catorce años se había convertido en un bellezón, y se había ganado el cariño y el amor incondicional de todos los miembros del orfanato. De todos, menos de Devil. A ese muchacho nadie le podía cambiar el carácter huraño y arisco.

Ethan era un líder en el orfanato, y después de que se fueran los mayores de dieciocho aquel último año, ahora eran Sin, Devil, Evia y él los más grandes. Lex contaba con diez años y Nina con siete.

También empezaron a definirse sus gustos y sus vocaciones. En Lostsoul tenían un sorprendente plan de estudios que se basaba en una pedagogía intuitiva. De ese modo, desde bien pequeñitos se les orientaba a desarrollar sus dones y a orientarlos en aquello que más les llamaba la atención.

Así descubrieron que Lex y Sin estaban muy interesados en el arte y en la ilustración y querían dedicarse a ello.

Nina era muy pequeña todavía pero soñaba con ser Lara Croft, una maravillosa y rica arqueóloga como la famosa heroína.

A Evia le encantaba la literatura y leía absolutamente de todo. Desde los clásicos de Shakespeare, las hermanas Brönte y Virginia Woolf a todo tipo de tratados sobre ecología, medio ambiente, sobre explotación, luchas animalistas y defensa de los derechos humanos. Sería una increíble y culta activista con argumentos suficientes como para boicotear y reclamar lo que quisiera. Además, contagiaba a todo el que se sentase a su lado a escucharla.

En cambio, Ethan estaba más preocupado por el orden y la justicia. Sus dotes para todo tipo de actividad física eran excepcionales. Le encantaba la lucha, y quería servir a la justicia. También quería estudiar ingeniería informática y aprender a hackear, pero para servir al lado de la Ley, y



detectar todo tipo de anomalías y violaciones del sistema. Estaba en contra de los abusos.

Lo mejor de todo era que les daban facilidades para que pudieran desarrollar sus aptitudes. Si necesitaban una sala de informática, en una semana la tenían lista. Si se tenía que ampliar las instalaciones y hacer un gimnasio, no demoraban en conseguirlo. Si había algo que les interesaba, reestructuraban el plan de estudio y añadían nuevas asignaturas; como historia antigua, mitología, incluso materias más densas, como introducción a la neurociencia, incluso exopolítica.

En cuanto a la relación entre Ethan y Evia se había vuelto más intensa con el paso del tiempo. Eran uña y carne. Empezaban a ser adolescentes, tenían las hormonas por las nubes y se querían. Se querían tanto el uno al otro que no podían estar separados.

Una noche, solos en el jardín, rodeados de luciérnagas que bailoteaban alrededor, Evia estaba estirada en el césped contemplando las estrellas de Portland. e Ethan permanecía tumbado a su lado, admirando su perfil. Era muy bonita. Y estaba convencido de que todos, a su manera, se habían enamorado de ella. Porque él lo estaba. Estaba enamorado de Evia. ¿Qué sino sería esa necesidad de estar en continuo contacto con ella? De no poder pasar un día sin verla, sin oírla. ¿Si eso no era amor, entonces, qué lo era?

—¿Qué crees que significa? —preguntó Ethan con la vista fija en la marca de nacimiento de la joven.

Evia se encogió de hombros.

—La verdad es que no lo sé. ¿Qué crees que significa la tuya? —le preguntó entrelazando los dedos de sus manos.

—Tampoco lo sé —contestó. Aunque era algo que se cuestionaba a diario—. ¿Piensas alguna vez en quiénes nos dejaron aquí y por qué?

—Cada día —suspiró y se revolcó para apoyarse en el torso de Ethan—. Piénsalo. Todos tienen historias que contar para explicar cómo llegaron aquí. En cambio tú y yo no sabemos nada al respecto. Lo único que tenemos claro es que vinimos juntos, y que no somos hermanos. ¿Quién nos concibió y de dónde nos sacaron?

Ethan arqueó sus cejas negras, bien definidas y gruesas y adoptó un gesto de desconocimiento.

—¿Nos robarían de algún hospital? —barajó esa posibilidad tomándosela en serio.

—¿Y si nos trajo una cigüeña?

—O bajamos de un platillo volante... —enumeró—. O nos educó una banda de chimpancés y orangutanes.

—O nos crió una pantera y un oso en la selva y al final nos dejaron aquí.

El rostro de Ethan se sorprendió como si nunca hubiera pensado en ello.

—Sí... Debió de ser eso.

Evia se echó a reír. Cuando lo hacía, los ojos se le iluminaban e irradiaba luz y a Ethan lo dejaba en un limbo de sensaciones. No existía nadie en el mundo como ella.

—Como sea —él suspiró y acarició su mejilla—. Me alegro de que nos abandonaran juntos. Contigo no me siento abandonado, Evia.

Evia asintió sin perder la sonrisa y añadió:

—Yo también me alegro. Aunque estoy segura de que nos habríamos encontrado en otro momento de nuestras vidas, ¿no crees? Las almas afines están destinadas a vivir experiencias juntos —deslizó sus dedos por el

tabique nasal de Ethan y después los posó sobre sus labios. Ethan los besó y no rebatió aquella idea.

—Las almas afines están destinadas a enamorarse. Evia, prométeme algo — sus ojos intensos estudiaron todo su rostro.

—¿Qué?

—Prométeme que tú y yo seremos para siempre. Vinimos juntos y nos iremos juntos.

La joven entrelazó los dedos con los de él y su expresión se tornó serena.

Las luciérnagas se arremolinaron a su alrededor y la luz que desprendían les iluminó los rostros, jóvenes, bellos y enamorados.

—Te prometo que siempre te querré —le juró—. Y que nada ni nadie podrá romper el vínculo que tenemos. Nada podrá separarnos.

—Nada ni nadie —repitió él sonriéndole agradecido.

—Nada ni nadie —sentenció ella.

—Pero qué asco me dais...

Cuando Ethan escuchaba la voz de Devil se erizaba como un lobo. La animadversión entre ellos no parecía disminuir con los años, y aunque siempre que se peleaban, eran Devil y sus amigos quienes salían perdiendo, el chico rubio malote continuaba provocándole, como si no se cansara nunca de hacerlo.

Estaba ahí, ante ellos, cuadrado en su posición beligerante. Con los puños a cada lado de sus muslos y las piernas abiertas. Llevaba tejanos, zapatillas

blancas y una camiseta roja de manga corta.

Les miraba como si de verdad sintiera asco hacia ellos, y algo más que Evia veía en sus ojos; rabia y despecho.

Ethan se levantó de un brinco, dejando a Evia tumbada en el césped y se dirigió a Devil.

—¿Cuántas veces tengo que partirte la cara? —le preguntó Ethan despreciándole—. ¿Por qué no nos dejas en paz?

Devil desvió la mirada a Evia, que se retiraba el pelo del rostro observando la onda expansiva de sus emociones. Parpadeó esperando la misma respuesta que Ethan, pero esta no llegó.

—Sois hermanos —le echó en cara—. ¿Te quieres follar a tu hermana?

—No lo somos —contestó Ethan con tranquilidad—. Ya lo sabes.

Devil por fin apartó los ojos acusatorios de Evia y se centró en el chico.

—Ella es una guarra.

Evia se levantó al oír aquel ataque, pero en vez de pelearse con él, fue a hablar a Ethan con el tiento y la suavidad que la caracterizaba.

—Vámonos —le pidió—. Solo quiere pelea.

—No quiero pelea —Devil sonrió—. Solo digo la verdad. Ella es una guarra —continuó—. Tiene a todos los chicos del orfanato cachondos perdidos. Nos calienta. Y tú lo sabes —se dirigió a Ethan.

Evia se dio la vuelta y miró a Devil.

—Solo buscas pelea —repitió—. Has bebido cerveza y también has fumado —le increpó tocándose la nariz—. Te huelo desde aquí. Bebes

porque hay algo de ti que no soportas. Te sientes tan mal contigo mismo que solo respondes a los golpes, Devil. Solo a la violencia. ¿Y sabes por qué? Porque no tienes ni idea de cómo conseguir lo que quieres. Y entonces te enfadas, y empiezas a destruir todo lo que te rodea.

—Oye, a mí no me hables como a los demás —le ordenó Devil—. Yo no soy tan tonto como para caer en tus redes, guapa — aquel tono odioso reventaba a Evia—. No me analices, no me estudies, porque no tienes ni idea de quién soy y de lo que siento.

—Cuando te dé la paliza que quiero darte ni tú mismo sabrás quién eres — Ethan le amenazó abiertamente. Evia solo tenía que apartarse para que él pudiera echársele encima.

La chica alzó la barbilla y un extraño chispazo violeta en sus ojos delató algún tipo de emoción visceral en su interior. Devil frunció el ceño y después sonrió.

—Mira... —murmuró—. Tus ojos de bicho raro hablan. No eres tan indiferente, después de todo.

—Vámonos, Ethan —Evia agarró de la mano a su novio y tironeó de él—. Solo es un chico enfadado porque no tiene lo que tú —Ethan no se movió del sitio a pesar de que ella insistía.

—¿No estarás hablando de ti? —supuso Devil—. ¡Pues sí que te lo tienes creído!

—Y tú sí que eres estúpido —espetó Evia por primera vez en un tono que nunca había usado—. Nadie ha hablado de mí. Hablo de otra cosa que no conoces. Se llama respeto y dignidad. ¿Tienes de eso, Devil? —Evia arqueó sus cejas castañas y la luz de sus ojos plateados brilló con el placer de la victoria.

Devil inclinó el rostro a un lado y clavó su mirada en ella.

—Tengo otra cosa que creo que te puede gustar más.

Evia entrecerró los ojos y el silencio cayó entre ellos como una losa.

—No lo digas —le advirtió Evia temerosa de oír alguna barbaridad.

Devil se llevó la mano a la entrepierna y se tocó el paquete.

—Tengo esto. Si quieres podemos dejar que Ethan mire mientras te lo doy.

En un visto y no visto, Ethan lo placó y lo echó al suelo para asestarle puñetazos sin parar. Evia se apartó y se cubrió el rostro.

Devil se había hecho fuerte y estaba tan fibrado como Ethan. Pero Ethan era infinitamente más poderoso. Y toda esa potencia y ánimo de protección se disparaba cuando tocaban a Evia. Así que, al cabo de un rato, después de que saliera la señorita Brigit para intentar separarlos, tuvo que venir la ambulancia para llevarse a Devil y asistirlo.

Brigit estaba cansada de aquellas peleas y ya no sabía qué hacer para remediarlas, así que optó por amenazar a Devil con trasladarle a otro internado si seguía molestando a Evia. La pelota estaba en el tejado del rubio canalla, solo él podría revertir la situación.

Aquella noche, cuando todos se acostaron hablando de lo sucedido, Evia se coló en la litera de Ethan para dormir juntos como siempre hacían.

La chica estaba muy callada después de lo acontecido e Ethan quería cerciorarse de que no se preocupara más de lo normal. Lo pasado, pasado estaba.

—Te prometo que nunca más me volveré a pegar con Devil. Pero él tiene que dejar de molestarnos —le dijo mientras le acariciaba el pelo para sosegarla, pues la notaba inquieta.

Evia se abrazó a él para dormir, con gesto contrariado y negó con la cabeza.

—Él no es así —aseguró—. No sabe canalizar sus sentimientos. Parece que sufre mucho...

—Devil es un gilipollas envidioso —aseveró Ethan—. Lo quiere todo. Yo no me meto con él cuando lo veo enrollándose con las chicas de la ciudad.

Evia cerró los ojos y pegó la nariz al pecho de Ethan.

—Da igual. No hablemos más del tema —le pidió ella—. La señorita Brigit le ha dado un ultimátum. De él depende seguir en Lostsoul.

—Eres demasiado buena, Evia. Todavía querrás que no le castiguen.

—Todos los que estamos aquí tenemos nuestras taras, Ethan. No nos han querido. Nos han abandonado. Eso ya es muy triste como para que tengamos que castigarnos por no ser perfectos y no actuar de manera correcta. Como sea... —exhaló cansada—. No le demos importancia.

Escucharon un ruido en la habitación y vieron el menudo cuerpo de Nina entrar al dormitorio con el señor Spencer, un oso de peluche, cogido de su mano.

—¿Evia? —preguntó la niña buscándola en su cama.

Evia levantó la cabeza y sonrió al verla, disculpándose con Ethan por abandonarle tan temprano.

—Estoy aquí, Nina —la saludó desde la litera.

—Ah, no te había visto. ¿Puedo dormir contigo? —preguntó frotándose los ojos oscuros con su melena negra suelta y despeinada alrededor de la cabeza. Llevaba un camisón con corazones rosas estampados.

—Claro que sí, cariño —contestó bajando de la litera para reunirse con la

cría.

Nina solía escaparse de su dormitorio para dormir con Evia, puesto que con ella se sentía bien y segura, y la pequeña tenía miedo a la oscuridad.

Pero antes de dejar la escalerilla, Evia se encaramó de nuevo para darle un beso en los labios a Ethan.

—Evia —le recordó Ethan—. Lo que te he dicho en el jardín iba en serio.

—Lo sé.

—No olvides nuestra promesa. Nada ni nadie podrá separarnos.

Ella le sonrió con todo el amor que sentía y repitió.

—Nada ni nadie.

Una vez en el suelo, Evia abrazó a Nina y se la llevó a su colchón preguntándole en voz baja si le había puesto el pijama al Señor Spencer o si otra vez iba desnudo.

Mientras las chicas se ponían a dormir juntas en la cama de la joven, Ethan, al que todavía le dolían los nudillos de los puñetazos asestados a Devil, se quedó pensativo mirando al techo.

Era un chico de fuertes condiciones y cuando tomaba una decisión nada le haría cambiar de idea.

Su promesa a Evia sería eterna. Igual que el amor que sentían el uno por el otro.

Igual que el odio de Devil hacia él que nunca se marchitaba.

Sin embargo, las almas perdidas aprenderían la peor lección de todas, y la más sorprendente e injusta de la vida. Una de esas lecciones que te



desorientan y te dejan extraviado.

La que rezaba que en nuestra realidad y en nuestro mundo, nada estaba hecho para durar eternamente.

## 4

### ***En la actualidad Avenida Michigan. Chicago***

**C**ora aparcó el New Beetle negro descapotable alquilado y, tal y como lo hizo, apoyó la frente en el volante y suspiró. Escuchaba la canción de Sia, *Fire meet gasoline*. Le sudaban las palmas de las manos y sentía inestabilidad nerviosa en sus piernas. Nunca había hecho nada parecido a lo que iba a hacer esa noche. De hecho, todavía estaba por ver cómo iba a reaccionar y qué iba a hacer cuando lo tuviera delante.

Se miró los ojos en el retrovisor y controló que el *eyeliner* estuviera en su sitio. Sus ojos celestes le devolvieron la mirada. Llevaba el pelo rubio suelto, y se había pintado los labios de un color rojo no demasiado intenso pero sí lo suficiente como para que le miraran la boca. Decidió ponerse un vestido negro de corte palabra de honor, porque el negro nunca fallaba en una rubia para llamar la atención. Y corto también para que se le vieran las piernas, pero sin enseñar demasiado, porque no quería parecer una buscona. Los zapatos de tacón ya le molestaban, y eso que aún no había caminado con ellos. Pero nunca era fácil pisar el acelerador con esas armas puestas. Le encantaban los tacones. Decían que era una invención del patriarcado. Pero ella no lo veía así. Eran sexys, poderosos y la hacían más alta de lo que era. Y no solo eso: con un buen tacón se podía pisotear mejor a un huevón.

Como fuera, esperaba al menos llamar la atención a ese desconocido y despertar su curiosidad.

Apoyó la cabeza en el respaldo del sillín. Cerró los ojos y exhaló.

—Debo de estar volviéndome loca... —musitó.

¿Lo estaba? No lo sabía a ciencia cierta. Ahora dudaba de tantas cosas...

Cora no tuvo una infancia como la de los demás niños. Siempre la consideraron rarita. Además, sufría ataques epilécticos y eso la apartó de todas las familias de acogida que quisieron adoptarla. Eso, y su peculiar forma de hablar con personas que no existían.

Pero gracias a su abuelo Arnold, logró controlar la situación. Él la enseñó a aceptar su problema, y también a dominarlo. Le explicó que las capacidades humanas no tenían límites. Y durante años la instó a entender su peculiar «don». Le dio un hogar y la rodeó de todo lo que necesitara para que nunca le faltase de nada.

Él le hizo ver que solo una parte de nuestra realidad era empírica y demostrable. La otra era misterio, y estaba esperando a que alguien la descubriera.

Hasta entonces, Cora siempre pensó que el sueño recurrente que empezó a tener desde los quince años, de ese hombre metiéndose en el agua, desnudo, de espaldas y que después la miraba con tanta intensidad, era una fantasía creada por su propia mente sobre estimulada y fantasiosa. Porque, ¿cómo iba a existir alguien así? En esos tiempos era una adolescente, y como las demás muchachas de su edad, aunque fuera distinta y especial, también esperaba encontrar a un chico que la quisiera como pasaba en las historias románticas que la sociedad vendía.

A menudo soñaba con él. Y era tan... tan... no encontraba las palabras para definirlo. No parecía de este mundo.

El abuelo Arnold se había hartado de repetirle que si la mente creaba algo, era real. Él la animaba a forzar su mente a viajar un poco más allá, a trabajar

los límites, a superarlos, porque el ser humano era mucho más de lo que se veía a simple vista.

Cora tenía vagos recuerdos de lo que le sucedió de pequeña. Recordaba a la mujer de los espejos que decía ser su abuela, y aún podía oír su voz. Aunque desde que Arnold se la llevó de Alemania, los episodios no volvieron a repetirse. Aun así, ella había seguido realizando todos sus ejercicios mentales con la esperanza de retomar ese contacto, para verificar que nunca se lo inventó. Pero la comunicación no llegó. Era como si una puerta se hubiese cerrado para siempre.

Cuando se hizo mayor estudió en Harvard, y se licenció en antropología. Después hizo un máster en neoevolucionismo para poder comprender el desarrollo del ser humano y de sus capacidades en la historia, y al final derivó en lo que más le inquietaba de todo, aquella sobre sus dormidas capacidades de las que no tenía todavía respuesta: estudió parapsicología. Porque aunque ya no pudiera hablar con aquella mujer, a veces le ocurrían cosas extrañas; en el umbral del sueño veía sombras resplandecientes que se movían alrededor de su habitación, y también escuchaba voces armónicas, como si en algún lugar de la casa hubiera un coro cantando todo tipo de melodías. Cuando las escuchaba se sentía de maravilla.

Arnold nunca la trató de loca, al contrario, oía con interés todo lo que ella le contaba, y la animaba a que siguiera abriéndose y a volverse receptiva, pero estaba convencida de que había un bloqueo en algún lugar de su mente, porque cuanto más lo intentaba, cuanto más consciente quería ser para abrir sus dones, más agotada quedaba, y nunca lograba los resultados esperados. Y aun así, sabía que ningún fenómeno que ella quisiera comprender tendría lugar sin pasar por el espíritu y la mente humana, es decir: que todo existía, pero aún quedaba por ver de qué universo o realidad venía.

Por eso, si en su mundo astral había creado a un ser como ese hombre, debía comprender el porqué. Y a pesar de ello, Cora jamás le habló de él a

Arnold. Su abuelo nunca supo de su obsesión con él. Porque le avergonzaba hablar de chicos con él, y menos de ese al que jamás había visto.

Cora llegó a estudiar los fenómenos de los tulpas y los egrégoros para dar una explicación a lo que vivía en el mundo de los sueños, y se convenció de que era un egrégor astral, que solo la miraba y que nunca le haría daño. Y aunque le ponía muy nerviosa, no le asustaba. No le daba miedo. Despertaba en ella otras sensaciones y ninguna tenía que ver con el pánico. La cuestión era que no importaba en qué plano coexistiera ese hombre, porque estaba convencida de que en el suyo, desde luego que no lo hacía.

Sin embargo, una semana atrás, todo se volvió extraño y confuso. Todo cambió. Su propia realidad se desdibujó. Y el mundo al que ella intentaba acceder de manera consciente, le estalló en la cara y desencadenó una serie de acontecimientos a los que intentaba sujetarse sin descarrilar.

Primero le vino aquella visión fulminante que la dejó paralizada.

Estaba en la terraza de su casa, leyendo la investigación de Jean Millay sobre Mentes dimensionales. Adoraba estudiar en su balcón que daba a la plaza privada de su casa de Berlín, en la que una fuente dedicada a Neptuno dejaba fluir el agua y la relajaba, y donde el aroma de las buganvillas con su increíble color morado la sumía en un estado de profunda concentración. En un momento dado, Cora simplemente dejó de ver las páginas. Una luz la cegó y se quedó en blanco. Vio a un hombre mayor, de pelo canoso y piel curtida y blanquecina. Parecía un explorador perdido, en medio de una selva densa, cansado de caminar. Se apoyó en un muro insólito de piedra cenicienta, repleto de símbolos extravagantes y miró al frente. Por un momento, Cora creyó estar ahí con él sintiendo su desasosiego. El desconocido exhaló, desalentado y consumido, y jugueteó con una alianza plateada que llevaba en el dedo corazón de la mano derecha. Una alianza

idéntica a la que llevaba su abuelo Arnold. Y que solo se la había visto a él. Eso la atrajo todavía más para hacer inmersión en la visión que tenía lugar en su cabeza.

El hombre de la selva miró al cielo y dijo:

— *Mon ami*, ya no puedo más. Les he mantenido alejados todo el tiempo que he podido. Pero estoy muy viejo para esto y hace años que me pisan los talones. He cumplido mi parte del trato —miró con orgullo aquella alianza y sonrió con tristeza, vigilando a un lado y al otro—. Sabía lo que comportaba mi promesa, y conocía todos los riesgos. Pero la sombra siempre llega —lamentó dejándose caer al suelo, haciendo resbalar su espalda por el muro macizo—. Espero que tú hayas cumplido tu parte. Y espero también que recuerdes todo lo que hemos vivido, lo excepcional que ha sido... Lo maravillosa que es esta vida, la que tú y yo conocemos, aunque se tenga que ser valiente para descubrirla. Fuimos afortunados, compañero —susurró alzando la mirada al cielo—. Todo este tiempo te he tenido en mi corazón. Pero le ha llegado el momento a este viejo, y ahora me toca decirte hasta luego. Pronto recibirás noticias mías —entonces se sacó la alianza, abrió los brazos preso de un éxtasis oculto o de un reposo demasiado anhelado, y su cuerpo se consumió. Se consumió como si al quitarse la alianza, un reloj de cuenta atrás despiadado y acelerado, acabara con su materia más densa y lo convirtiera en polvo. Murió.

Cuando Cora abrió los ojos de nuevo, tenía a Arnold con el pelo blanco perfectamente peinado y aquellos ojos que tanta paz le daban, sujetándole la cabeza y ofreciéndole un vaso de agua con hielo y limón. La miraba escondiendo mil preguntas, aunque parecía ser conocedor de las respuestas.

—¿Estás llorando? —preguntó ella.

—¿Estás bien? —preguntó él preocupado.

—Síí... —se medio incorporó y se frotó la frente—. Creo. ¿Por qué lloras?  
—preguntó Cora al mirar sus ojos vidriosos y sus mejillas húmedas.

Él habló como si no acabara de comprender la profundidad de sus propias emociones.

—Siento que he perdido a alguien... —murmuró sentidamente—. Un mal presentimiento.

Cora frunció el ceño, parpadeó ligeramente confusa y dijo:

—¿Sientes? Abuelo... —sacudió la cabeza—. Hacía tanto tiempo que esto no me pasaba —no sabía si sentirse orgullosa o aterrada. Había olvidado los efectos secundarios de una experiencia como aquella—. Lo que me sucedía de niña... esto ha sido parecido.

—Está bien. No te asustes. Has trabajado para ello, Cora.

—Sí, sí. Lo sé.

—Bien. Ahora cuéntame lo que has visto.

—Ha pasado algo... He visto a un hombre.

Arnold la tomó de los hombros con delicadeza y la ayudó a levantarse, pues, a pesar de estar sentada se había desplomado hasta caer al suelo. Después de comprobar que estuviera bien, la sentó de nuevo en la silla tipo trona de mimbre oscuro, con un cómodo cojín blanco y bien mullido, y la animó a que le contara lo que vio. Los detalles fueron tan vívidos, tan reales, tan de verdad que Cora todavía sentía el olor a río y a selva, el sonido del piar de las aves salvajes y también la pena y el alivio de ese individuo al sacrificarse.

—Cuéntamelo todo —fue la orden concisa de su abuelo, a la que no pudo negarse, porque el mismo nerviosismo que recorría el cuerpo de la joven, era

el mismo que fluía por la sangre de Arnold.

Hablaron de lo sucedido, le explicó lo vivido y su abuelo asumió cada palabra con su calma aparente, para después sentarse frente a ella y sumirse en el estado mental al que Cora casi nunca podía entrar, ya que eran partes de pensamientos y recuerdos que Arnold procuraba guardar siempre a buen recaudo, celoso de que nadie más los conociera. Y ella respetaba su intimidad, porque como él decía: «habrá un momento para todo, Cora. Pero no se puede acelerar el tiempo, al menos —sonreía secretamente— aún no sabemos cómo hacerlo».

Y sin embargo, después de aquello, Arnold no repitió su ya consabida frase tranquilizante. Se levantó, miró al paisaje que rodeaba su castillo privado en el bosque de Grumsin, a una hora de Berlín y que delineaba la línea verde del horizonte, poblada de coníferas y pinos, y hayas ancianas y gigantescas. A ambos les encantaba aquellas vistas de ensueño. Arnold dejó escapar el aire lentamente por la boca y añadió:

—Era él —se metió las manos en los bolsillos de su pantalón de pinzas marrón y se dejó ir por su tristeza—. Era mi amigo Fred.

—¿Fred? ¿Quién es Fred? —preguntó Cora perdida.

—Esperaré a que recibamos esas noticias tuyas —citó masajeándose la nuca y limpiándose las lágrimas disimuladamente. Ese gesto hizo que el anillo en su dedo anular radiara para llamar la atención de Cora.

—Él tenía tu anillo. Era el mismo... —murmuró agarrándose las largas y bien formadas piernas. Apoyó la barbilla en sus rodillas—. Cuando se lo quitó... —sacudió la cabeza intentando borrar esa imagen de su memoria, aunque ya no podría—. ¿Cómo es posible? ¿Qué estaba haciendo ese hombre? ¿Y por qué lo he visto? ¿Y qué tiene que ver contigo?



—Cora —continuó hablando con su mirada azul perdida entre el hayedo—. Has tenido paciencia todos estos años. Has sido disciplinada, comprensiva y has trabajado duro. Solo te pido que tengas un poco más de resiliencia. Esperaremos a que nos lleguen esas noticias que él te ha mencionado. ¿Podrás concederme estos días? ¿Lo harás por mí?

Cora lo miró y empatizó con él y con la aflicción que le azotaba. Por supuesto que podría esperar. Además, ella misma necesitaba asimilar aquella visión, aquella conexión que probaba que lo que le sucedía de niña no eran alucinaciones; que demostraba que ella tenía una capacidad.

Así que por un momento dejó de pensar en ella, y se levantó para abrazar por la espalda a su querido abuelo, al que nunca había visto tan compungido.

Le dio un beso en el hombro, porque Arnold era un hombre alto, y apoyó su mejilla en su espalda. Su jersey negro era suave al tacto.

—Por ti haría lo que fuera —contestó con delicadeza. ¿Cómo no iba a hacerlo? Arnold le escondía secretos, pero ella a él también pues su abuelo no sabía nada de su compañero de sueños.

Arnold cerró los ojos, sujetó las manos de su nieta contra su pecho y lloró por su gran amigo Fred, cuidándose de que ella no le viera tan mal.

Pero después de aquella experiencia, todo cambió. Nada volvió a ser igual para ella. La paz y la calma que la presidieron todos los años atrás se esfumaron como se esfumó el cuerpo del misterioso Fred, aireado por el leve viento selvático, como si nunca hubiera existido, haciendo válida la frase que rezaba que polvo éramos y en polvo nos convertiríamos.

Su visión detonó algo en su interior. Lo activó. Podía sentirlo, podía notarlo aquella misma noche cuando se miraba al espejo y se encontraba

frente a frente con su rostro. Seguía siendo ella, aunque algo en el interior de sus ojos felinos la inquietaba, como si hubiera una fiera agazapada esperando por salir y tomar el control. No acababa de reconocerse. No era la misma.

Y tenía razón. Durante la noche soñó con el hombre de su universo astral. Pero él ya no salía del agua. En su mente veía un día y una hora, y un lugar: la azotea del edificio Hancock, en Chicago. Y ese hombre se iba a tirar... Como si quisiera acabar con todo. ¿Cómo era posible? ¿Qué había cambiado?

Los días siguientes amaneció sudorosa y llorosa, porque esa pesadilla la afectaba. Ella corría para detenerlo, y nunca lo lograba. Y se frustraba como nunca, porque odiaba la sensación de intentar alcanzar algo que siempre se le escapaba de los dedos. ¿Por qué estaba pasándole eso? ¿Por qué soñaba aquello de repente? ¿Y cuál era el motivo por el que le dolía tanto? Ese hombre de sus sueños le afectaba, y aún no entendía la razón, pero fuera como fuese, parecía necesitar su ayuda, de lo contrario, ¿por qué venía a ella? ¿Por qué tenía que verle?

Sintió el deseo irrefrenable de viajar a Chicago e ir en su busca. ¿Y si era real? ¿Y si existía? ¿Y si en algún lugar del mundo había una persona que quería decirle algo? Cinco días. Quedaban cinco días supuestamente para que ese ente de sus sueños tomara aquella decisión. Si él existía de verdad, si era real, y todo ese tiempo había soñado con alguien a quien no conocía, debía haber una razón. Y no podía quedarse de brazos cruzados, y más ahora, al tener una fecha tan concreta.

Pero en la vida nada era casual. Cora sabía que todo se regía por otros principios que la psique humana no había adherido todavía a su manera de pensar y de actuar. La vida era causal. Siempre. Cada paso que dábamos, cada acontecimiento que tenía lugar en la vida de uno, no era sino una consecuencia de nuestros pensamientos, de nuestras decisiones y de nuestros actos. Y para muestra, lo que sucedió al tercer día de haber tenido su visión.

Llegó al castillo de Grumsin una carta cuyo remitente era un bufete de abogados de una sociedad llamada Mur. En el interior del sobre había una citación. Una reunión en Chicago con los miembros de la Sociedad para recibir en mano el supuesto legado de Fred. ¿Y dónde iba a ser esa reunión? En la planta treinta y tres del edificio John Hancock, el mismo día que se suponía que su desconocido decidía dejarse caer por las cien plantas de la colosal torre.

Así que, acompañados de todo el misterio del mundo, volaron hasta la famosa ciudad para estar ahí un día antes de la citación con los Mur...

Cora no le dijo en ningún momento a Arnold lo que según su visión astral sucedía en el edificio Hancock, porque su intención era descubrir si había relación entre dos hechos tan aislados a primera vista y diferentes.

Y porque conocía la ciencia de la parapsicología y se había iniciado en la comprensión de los principios universales, creía en que las cosas estaban ligadas a otras mediante un proceso oculto de interacción. Y ella iba a interactuar.

Había aparcado el coche con la aplicación SpotHero, que localizaba aparcamientos dentro del distrito y que facilitaba el pago directo desde el móvil. Lo dejó cerca de la torre del agua de la ciudad, que fue construida para extraer agua del lago Míchigan con una gran bomba. Aunque en la actualidad se utilizaba como galería de arte.

A Cora le pareció una hermosa construcción, como un castillo de leyenda en medio de una urbe con exceso de edificios y brillantina. Por eso llamaba tanto la atención, porque era distinta; era piedra blanca en vez de metal y cristal. Y era leyenda y supervivencia contra el modernismo general de la metrópolis.

Salió del coche, y lo cerró con el mando. Estudió su alrededor y sujetó el péndulo que llevaba consigo y que le había ayudado a ubicar la posición de

su hombre misterioso a través de un mapa. Este señaló el distrito Norte de Magnificent Mile, por eso aparcó allí.

Sí, Cora llevaba un péndulo, que usaba en ocasiones como antiestrés y amuleto, y otras veces le daba la finalidad que realmente tenía, que no era otra que ser una herramienta propia de radiestesistas, que encontraban a personas desaparecidas, entre otras muchas otras cosas. Ella había desarrollado un cariño especial hacia su péndulo, ya que fue un regalo de cumpleaños de Arnold. Él tenía varios péndulos hallados en sus excavaciones arqueológicas de Egipto y México. Cuando cumplió dieciocho años le regaló uno, de cuarzo de cristal de roca con un corte y pulido muy especial. Tenía la punta fina, en forma de bala, y en su superficie se reflejaban todos los colores. Era como una joya. La cadena era dorada y en el extremo reposaba una pequeña pirámide. Desde entonces la llevaba a todos lados, y consideró que ese sería el momento apropiado para darle el uso que merecía. Con aquel utensilio podían conseguirse grandes cosas, dependiendo de la evolución y la preparación del radioestesista. Puede que ella no fuera una eminencia, pero tenía muchísima preparación, y se estaba dejando llevar por algo que casi nunca le fallaba: su sexto sentido. Daría con ese hombre, puesto que no sabía nada más de él, excepto que estaba en Chicago. Y estaba segura que lo conseguiría, porque era él quien le pedía ayuda, era él quien iba en su busca, y por eso se dejaría encontrar.

Cora abrió la palma izquierda, en la que había dibujado una rosa de los vientos con todos los puntos cardinales. Era rudimentario, pero le serviría. Sujetó el péndulo por el extremo, y lo dejó levitando a un centímetro de su palma. Se concentró en el rostro del desconocido, que no la dejaba dormir, y miró la dirección que marcaba el péndulo.

—Dime dónde estás... —susurró nerviosa y emocionada. Si pensaba en lo que estaba haciendo perdería el valor, así que lo mejor era no hacerlo.

Cuando tuvo la respuesta que buscaba, tragó saliva y con cautela miró a un lado y al otro antes de cruzar la calle, acelerando sus pasos y mostrando sus

largas piernas, para deleite de los chicaguenses nocturnos, que volteaban sus cabezas sin disimulo para admirarla.

Porque, aunque en la ciudad del viento había muy buena educación, a todos les gustaba ver a una mujer bonita.

# 5

## *Chicago*

### *Horus*

**E**n la segunda ciudad, oculto bajo la fachada de un edificio que más bien parecía una biblioteca modernista, y con un ojo en su portal de estilo egipcio, se encontraba el "Horus", un club al que podían asistir tanto hombres como mujeres en busca de buena compañía física e intelectual y, si se terciaba, del mejor sexo del estado.

Nada hacía presagiar que en el interior de aquel lugar de vanguardia, uno podía encontrar un edén para todos los gustos, formado por un ejército de bandera de féminas que en ningún caso estaban ahí por obligación, sino por voluntad propia, ya que todas ellas consideraban al sexo todo un arte que debía ofrecerse con gusto para que no fuera dañino, y que debía perfeccionarse con cautela y respeto, puesto que albergaba un inmenso poder.

Al menos, ese era el mensaje que querían transmitir las Damas de Min o Mins (así se llamaban las mujeres del Horus) y que habían plasmado en una placa de piedra, a los pies de la figura que hacía culto al dios Min y que se encontraba en la entrada, custodiada por las columnas que llegaban a la recepción, en la que una hermosa mujer de Horus esperaba la clave perfecta para permitir entrar a su Reino a los visitantes. Porque en un lugar como aquel se necesitaban contraseñas.

Si el visitante la desconocía, entonces le guiaban a unas salas paralelas que nada tenían que ver con el mundo de Min, y sí con el lujo y la noche de

Chicago. Para ellos, aquel local sería una discoteca de lujo y élite en el que podrían gozar de buena música, cócteles inimaginables y botellas de Moët de dos mil euros. Pero si el cliente conocía la clave para entrar, entonces, se le llevaba al universo del placer, repleto de fuentes, piscinas de agua caliente, túneles, habitaciones de lujo, y otro tipo de alcobas destinadas a otros menesteres.

Todo el mundo podía entrar en el Horus. Pero solo los elegidos y los que conocían las claves, podían formar parte de su universo real.

Como Ethan. Iba a pedir una copa de absenta, en la barra iluminada hecha de oro, mármol y piedra en la que una Min, vestida de negro, ofrecía charla y servía bebidas con gracilidad y buen hacer. Todas las mujeres allí vestían de negro. Todas eran hermosas, y transmitían una energía que iba más allá de la sensualidad. Atraían como las Amazonas porque se veían peligrosas y al mismo tiempo eran magnéticas.

A él nunca le intimidaron, nunca le dieron miedo. De hecho, esos ojos maquillados en kohl, aquellas melenas largas de complicados recogidos, y la sabiduría que poseían en el arte del placer, le agradaba. Sabía de hombres a los que sí les asustaban, pero él las admiraba. Si quería sexo, iba al Horus. Porque prefería estar con cualquiera de esas chicas antes que con las de la calle, con las que no tenía nada en común. Ninguna de ellas atrajo su atención y en cambio, de él les atraía sobre todo su coche y su casa... estaba asqueado de ese tipo de mujeres. Mujeres que en cuanto veían que tenía dinero y que vivía en una buena choza, ya le juraban amor eterno al mismo tiempo que le pedían su tarjeta de crédito. Eran hipócritas. Si lo pensaba fríamente, el comportamiento de esas chicas, escorts, se hacían llamar, era mucho más libertino y más comercial que el de las mujeres que en una esquina ofrecían sus cuerpos por mantener a sus familias. Ethan no estaba seguro de quiénes de las dos eran más prostitutas.

Y sin embargo, por los lugares a los que iba de marcha con los chicos, no había otro tipo que no fueran escorts, hermosas, despampanantes y lanzadas

que buscaran dar un braguetazo. Así que prefirió buscar esos ratos de placer en otro sitio, sin necesidad de llevar a ninguna mujer ni a su cama ni a su casa. Sin necesidad de que le tomaran el pelo.

Tomó la copa de absenta y se la llevó a los labios mientras veía su propio reflejo en el espejo que rodeaba la columna de detrás de la barra. Tenía el pelo liso y largo, tanto que le cubría los ojos hasta casi tocarle la boca, pero se lo echaba hacia atrás porque no tenía ganas de cortárselo. Llevaba su chupa de piel negra, y una camiseta gris ajustada con las siglas en negro ON2B, que cuando sus amigos la vieran seguro que se la pedirían.

Aquella noche tendría que estar contento, porque habían conseguido boicotear una nueva empresa que se encargaba de distribuir piel de foca para ser vendida. De hecho, eso celebrarían cuando salieran a cenar los chicos y él. Eso y su cumpleaños, que no le hacía especial ilusión.

Nada le estimulaba desde hacía unos días.

Joder, ¿qué coño le pasaba? ¿Y esa mirada de viejo amargado? Iba a cumplir veintinueve años, y aunque estaba en forma, tenía éxito y no le faltaba de nada, había algo que ya no encontraba en su mirada plateada. La vida. Le faltaba la vida.

¿Dónde coño había ido a parar?

—Hola, guapetón —notó una mano en su espalda y no le hizo falta darse la vuelta para saber quién era.

Si había un contacto que podía tolerar era el de su amiga Delphine, la dueña del Horus. Una mujer joven, de su edad, que había montado un negocio de mujeres de compañía y que todas, sin excepción, adoraban trabajar para ella.

Ethan la miró a través del espejo y alzó la copa saludándola.



—Hola, señorita —la saludó.

Delphine sonrió y miró a la mujer que servía las copas.

—Th-Thalis, no se la cobres —miró su copa y se sentó en el taburete alto que había libre a su lado.

—¿Cuándo dejarás que te invite? —preguntó Ethan.

—Nunca. Los clientes que paguen lo que quieran. A mis amigos les invito yo —le guiñó un ojo y sonrió divertida. Thalís, la chica de pelo castaño y ojos negros le sirvió lo que ella siempre se tomaba, un Martini blanco con una aceituna—. Gracias.

—De nada, Delphine —contestó la chica.

Delphine era rubia, tenía el pelo lleno de rizos rebeldes, los ojos color caramelo y una boca con los labios en forma de beso que él siempre consideró que eran preciosos, aunque nunca, jamás, los probó. De hecho, hacía muchos años que Ethan no besaba a nadie. Porque el sexo era una cosa; pero las emociones eran otras. Y él sabía diferenciarlas, sobre todo cuando dejó de sentir.

Llevaba muchos años viviendo por cumplir el sueño de otros. Llevaba muchos años solo, a pesar de estar acompañado, con objetivos que, aunque eran muy buenos, no le satisfacían. Porque ya nada lo hacía.

—¿Qué te sucede? —le preguntó Delphine yendo al grano. Cruzó una esbelta pierna sobre la otra y giró el taburete para encararlo. Los botines Jimmy Choo de aguja de color negro llamaban la atención y le daban un toque de distinción. Aunque a esa mujer no le hacía falta llamar la atención. Irradiaba una energía difícil de ignorar.

—No me sucede nada.

—Puede que engañes a todas las mujeres del mundo. Que las embauques con solo pestañear, mirándolas con esos ojos grandes y extraños —señaló sus pupilas— y esa cara de seductor innato de la que solo unos pocos afortunados podéis alardear —jugó con la aceituna de su copa—. Pero a mí no me la cuelas, Ethan. ¿Hace mal tiempo en tu comarca?

—¿Qué dices? —frunció el ceño.

Delphine se echó a reír.

—Parece que tengas un nubarrón encima y que te esté cayendo una tormenta. Has venido aquí, no te has acostado con ninguna de mis chicas, y no levantas la cabeza de tu copa. Algo te pasa —insistió.

—No soy hablador.

—Eso ya lo sé. ¿Cuánto tiempo hace que vienes aquí?

—Desde que lo descubrí. Hace casi siete años.

—Exacto. Y siete años son muchos para conocer a alguien, ¿no crees?

—Puede que demasiados —la provocó.

—Entonces, ¿no quieres hablarme de ello?

—Coño, Delphine, eres una apisonadora.

—Perdona —fingió estar ofendida—. Eres el único hombre que habla conmigo sin mirarme las tetas. Un tío listo e inteligente y nada desagradable de mirar. Siento molestarte.

—No lo sientes.

—No. La verdad es que no. ¿Quieres que lo adivine? —inquirió entrecerrando sus ojos almendrados—. Te sorprendería lo que puedo

averiguar de tu lenguaje corporal.

Le encantaba hablar con Delphine. Esa era una de las cosas que echaría de menos.

—Bien —dejó su copa encima de la barra y la miró de frente—. ¿Qué crees que puedes averiguar? —jugaría.

Delphine asintió conforme, aceptando el guante. Sin dejar de sujetar su copa arqueó una perfecta ceja rubia y lo estudió.

—Un tío que no está de humor para tener sexo debe estar pasando por algo muy malo —murmuró oscilando sus ojos por su rostro, como si quisiera ver a través de él—. Veamos... No hablas con ninguna de mis Mins, solo conmigo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso no hay confidencialidad? —sus labios oscilaron soberbios.

—Contigo no. Todas quieren tenerte, Ethan. Y hablan sobre el moreno alto de melena azabache y ojos de luna.

—Qué romántico —siseó con ironía.

—Las tratas de maravilla —se encogió de hombros—. Les das lo que necesitan y tú obtienes de ellas lo que quieres en ese momento. Ethan y las Damas de Min hacen un buen equipo, ¿no crees?

—Ya... ¿Qué más te han contado?

—Nada más. Solo tienen buenas palabras hacia ti... pero tú, al contrario de todos los demás que salen del Horus con un brillo en su mirada y energía renovada, no sales así. Tus ojos siempre están vacíos —habló con sinceridad—. Tengo la sensación de que no estás conforme. De que te sientes perdido. Y no me gusta lo que irradian desde hace unos días —sorbió de su Martini y

después apoyó la copa en la barra, dejándola al lado de la de Ethan—. No me gusta verte así.

—¿Eres psicoterapeuta?

—Todas las mujeres que hay aquí lo somos. Sanamos el alma con nuestros servicios.

—¿Follando?

—No —sonrió sin sentirse ofendida por su tono—. Te sorprendería la cantidad de hombres y mujeres que vienen aquí solo para pasar la noche con alguien que les escuche. Sin necesidad de penetraciones de ningún tipo. Somos Damas de Min —le recordó medio regañándole—. No aceptamos a puteros, ¿lo comprendes? Porque no somos putas. Hay una grandísima diferencia.

—Lo sé —rectificó odiándose por ser tan capullo. Aunque no lo podía evitar. No le gustaba que se acercaran demasiado a su dolor—. ¿Y a qué conclusión has llegado, Delphine?

—A la única posible —tomó la aceituna de su copa y se la llevó a la boca—. Solo alguien que no ha superado el duelo, se deja llevar por la agonía y las sombras —su mirada se tornó profunda y sin máscaras.

—¿Cómo lo sabes? —dijo muy serio y tenso.

—Porque, querido amigo, aquellos que aún respiramos bajo las ruinas de un gran amor, somos capaces de reconocer las ruinas y miserias del otro —su gesto hablaba de comprensión y aceptación—. Y sé tantas cosas de esa oscuridad llena de dolor y rabia que nada de ella pasa desapercibida a mis ojos. Así que, ¿a quién has perdido, Ethan y qué no has sido capaz de dejar ir? — le preguntó dulcemente.

Jodida Delphine, pensó Ethan girando su taburete y mirando de nuevo hacia delante. Bebió de nuevo de su absenta y miró el reflejo de su atenta amiga a través del espejo. ¿Importaba si le hablaba de ello? ¿Qué más daba ya? Ya había tomado una decisión. Una noche más y todo se acabaría. Incluso, a lo mejor, era bueno contárselo. Porque se iría limpio y desahogado. Evia le dijo una vez que hablar de aquello que dolía o que le asustaba hacía que desapareciera. Ethan sabía que su dolor jamás se desvanecería, pero al menos, decirlo en alto, hablar de ello, lo convertía en algo real, y le recordaría que sufría por una razón.

Porque él vivió todo lo bueno y todo lo malo. Una vida entera y completa, con su cara y su cruz. Así que. ¿Qué sentido tenía seguir con su vida? Ya lo había experimentado todo. No había nada más para él.

Por eso, tomando una decisión que jamás pensó que tomaría, miró a Thalís y dijo:

—Ponle un Martini a Delphine.

Delphine frunció el ceño.

—Te he dicho que mis amigos no pagan.

—Mis amigos —la miró sonriendo con su verdad en los ojos—, tampoco. Además, ¿tienes tiempo?

Entonces, la propietaria del Horus le dedicó una sonrisa abierta de agradecimiento y aceptó por primera vez que Ethan la invitara. Porque entre amigos era lo normal. Y por fin, después de muchos años, iba a conocer el motivo tras el tormento del guapo rostro de aquel hombre.

—¿Tiempo? Todo el que necesites —contestó ella.

***Portland***  
***Orfanato Lostsoul***  
***Doce años atrás***

—Se muere.

Dos palabras tan destructivas cambiaron su mundo en un suspiro. En una exhalación. En un segundo de absoluta desdicha y muerte.

Ethan había salido de la habitación en la que reposaba una débil Evia la cual, de la noche a la mañana, había enfermado y todavía no se conocían los motivos reales.

El médico la había analizado. La llevaron al hospital, la ingresaron. Le hicieron todo tipo de pruebas durante mucho tiempo. Al no encontrarle nada decidieron devolverla a Lostsoul, para que reposara allí ya que los cuidados médicos en el hospital tampoco la hacían mejorar.

Evia pasaba los meses rodeada de los almas perdidas, su familia Lostsoul, que cabizbajos veían cómo la luz del ángel de sus vidas se apagaba.

Fue todo muy repentino. Evia no perdía la sonrisa, intentaba estar animada, pero aquel acto de fortaleza destrozaba a Ethan día a día.

Ella era la chica de su vida, su mejor amiga, su amor. Y ahora, cuando el Doctor Bucket salía triste y contrariado de visitarla, todo su mundo se caía a sus pies. ¿De verdad Evia se estaba muriendo?

Ethan dio un paso derrotado para ir al encuentro del Doctor.

—No puede ser... —se negó en redondo.

—Ethan —los ojos verdes y experimentados del doctor titilaron detrás de sus gafas de pasta marrón. ¿Qué no habría visto él? Su bigote espeso y su pelo canoso le daban apariencia de Sir, pero un Sir no se afligiría tanto públicamente como él se afligió al salir de visitar a Evia—. Hemos hecho todo lo posible. Todo.

—¡Todo no! —gritó con los puños tensos a cada lado de su cuerpo.

Nina, que estaba sentada en el pasillo esperando poder entrar para estar con Evia, se encogió al escuchar la ira de Ethan. Ella misma se quedó hecha un ovillo, deprimida al saber que su hermana estaba tan malita.

Todos querían a Evia. La misteriosa enfermedad de Evia había enfermado los corazones de todos los que la rodeaban. El Doctor Bucket decía que lo que fuera que atacaba a Evia lo hacía como una leucemia. Y lo peor era que no se podía tratar, puesto que no sabían qué era. No tenía tratamiento posible.

—Ethan —intentó explicarle el señor Bucket—. Sabes que llevo mucho tiempo tratándola. Intentando ayudarla.

—¡Pues no es suficiente! —exclamó nervioso.

El Doctor miró a Nina, que lloraba en silencio, sentadita en el banco, vestida con un pantalón de explorador y una camiseta rosa de tirantes. La pequeña no dejaba de mirar al suelo, y no hacía nada por evitar que sus lagrimones cayeran sobre sus rodillas desnudas. Las dejaba ir, las echaba a perder, como iba a perder a su adorada Evia.

—Chicos, lo siento —dijo decaído—. Creo que deberíais entrar y estar con ella, acompañarla todo el tiempo que podáis. A Evia —aseguró recolocándose las gafas incómodo por tener aquella conversación— no le queda mucho tiempo. Su reloj se detiene.

Ethan vio llegar a Lex y a Sin, que con el gesto adusto, escuchaban incrédulos las últimas palabras del doctor.

Los dos hermanos acudieron al lado de Nina, para consolarla, mientras el doctor se alejaba arrastrando los pies para ir al encuentro de la directora del orfanato y darle las malas noticias.

Ethan no se movía de su sitio. No parpadeaba. Sus ojos se habían llenado de lágrimas, y miraba sin ver, al frente, con la vista fija en las puertas blancas de la habitación, que estaban cerradas. Tras ellas, su alma gemela permanecía en una cama, agotando la poca vida que le quedaba.

—Ethan... —Sin, el mayor de todos, pasó un brazo por encima de su amigo para intentar consolarlo. El rostro de los dos hermanos era un auténtico poema.

Se habían hecho mayores juntos. Sus rasgos cada vez eran más de hombre. Querían otro futuro para ellos, uno en el que estuvieran todos juntos, pero eso ya no lo iban a tener si Evia no estaba.

Los ojos plateados de Ethan se oscurecieron y no le importó llorar frente a Sin, porque él también lloraba. Todos.

Incluso Devil, que llegó corriendo después de saber que el doctor estaba de visita, sudoroso de haber estado entrenando en el gimnasio, se quedó de piedra al verles en ese estado.

Las cosas entre ellos se habían calmado. No eran buenos amigos, pero al menos ya no se peleaban. Suficiente para que a Devil no le cambiaran de orfanato.

Y, sin embargo, cuando el chico comprendió las malas noticias, reaccionó de un modo impensable y temperamental.

—No me jodas... —gruñó para sí mismo, nervioso como un tigre enjaulado.

Empezó a hiperventilar, y de repente dio un puñetazo tan fuerte a la pared que hizo un boquete, y su sangre quedó impregnada en el pladur.



—¡Devil! —le gritó Sin llamándole la atención.

Después, sin más, frustrado y desvaído, se alejó de ahí tal y como llegó; corriendo.

Ethan ni siquiera le prestó atención. Dejó caer los hombros y empujó la puerta de la habitación con suavidad. Solo quería estar con Evia, y ser lo suficientemente fuerte y valiente como para no desmoronarse ante la única chica que amaba. Porque ella no quería eso.

La dulce y bondadosa Evia no querría verle triste. Por eso hizo de tripas corazón, y todavía con el temblor de la decepción y del dolor corriendo por sus venas, se acercó a Evia y se sentó en la cama donde ella permanecía en calma. Ojerosa, pálida, pero llena de paz.

La joven miraba a través de la ventana y veía el jardín del Orfanato donde tantos momentos había vivido con los suyos. Llevaba un camisón lila, tenía el pelo castaño claro suelto sobre la blanca almohada y jugaba con un hilo que se había desprendido de la colcha de colores que la cubría. Giró la cabeza a un lado y miró a Ethan. Su mirada plata había adquirido un tono oscuro y cenizo, pero seguía siendo preciosa a sus ojos.

—Hola, niña —Ethan tomó su mano, tragando la pesada bola de dolor que atenazaba su garganta.

—Hola, niño —todavía tuvo fuerzas para sonreír. Ella nunca dejaría de hacerlo. El tacto de su pareja sobre sus dedos la reconfortaba. Tomó aire por la nariz y exhaló cansada por la boca—. Me voy a ir pronto, Ethan.

Él tragó saliva y se mordió el labio inferior, haciendo lo posible por no romper a llorar. Las aletas de su nariz se abrían y se cerraban, el músculo de su mandíbula palpitaba sin cesar y luchaba contra sus emociones, tan dolorosas y desgarradoras que dudaba que no lo extinguieran.

No podía mentirle. No podía decirle que eso no iba a ser así. Porque él mismo veía cómo se le iba la vida día a día. Y ellos juraron no mentirse nunca el uno al otro.

—Me quiero ir contigo... —dijo con la voz rota—. No quiero estar aquí sin ti.

—Chist... —le dijo Evia apretándole los dedos levemente—. No digas eso. Hay personas que tenemos el tiempo contado aquí en la tierra —le dijo con una tranquilidad innata para una chica de diecisiete años—. Nos dan una familia, unos amigos, un hogar y unas herramientas para crecer, y nosotros decidimos cómo queremos hacerlas servir. Y yo... —tomó aire de nuevo. Cada vez le costaba más hablar—. Yo he disfrutado mucho de todos ellos. Y de ti —aseguró.

—Pero no es justo —dijo entre dientes.

—Puedes protestar todo lo que quieras, pero no podemos prevenir las injusticias. Yo no sé si lo que me pasa es injusto o no —entendió acariciándole el dorso de la mano—. Pero sé que he dejado una semilla en ti, y así es imposible que me vaya del todo.

—No me digas eso —Ethan se cubrió el rostro y lloró oculto de sus ojos—. Tú nunca te vas a ir de mi vida. Te llevo aquí —se tocó el centro del pecho.

—Ethan... Nunca me iré, porque mis convicciones son las tuyas. ¿Te acuerdas de Hamlet?

—Sí.

—*To be or not to be* (ser o no ser). Puedes ser en esta vida. O puedes decidir no ser. Puedes actuar como todos, o puedes reaccionar a todo. Puedes someterte o puedes luchar —Evia tenía muchos planes futuros como activista. Quería proteger a los animales, al medio ambiente, a los más desfavorecidos... pero la iban a frenar en seco. Sin embargo, ella e Ethan

compartían ideales y pensamientos y estaba convencida de que él seguiría con su legado. Él haría lo que la vida no le dejaría hacer a ella. Sería una manera de vivir en él—. Puedes elegir ser como todos, o puedes elegir no serlo. Prométeme, Ethan, que vas a decidir no serlo.

—Te lo prometo —alzó su mano que sujetaba y posó sus labios en su dorso. Sus lágrimas humedecieron la piel de la joven.

Ella asintió tranquila y se quedó mirando el atardecer por la ventana.

—Cógeme y llévame al jardín —cerró los ojos levemente—. Y quiero que vengan los chicos.

—Sí.

Ethan se apresuró a obedecer, con el corazón encogido. Envolvió a Evia en su colcha, la tomó en brazos suavemente, apoyó su mejilla en su cabeza y salió de la habitación. Los Lostsoul siguieron a Ethan como en una procesión, a cámara lenta. Menos Nina, que corrió a cogerle la lánguida mano a Evia. La niña intuía lo que iba a pasar. e Ethan también. Y no sabía si podía aguantarlo.

Cuando llegaron al jardín, Ethan se sentó en el blanco balancín que había bajo el roble y posó a Evia sobre sus piernas, que se acomodó abrazándolo con las pocas fuerzas que le quedaban.

—No estés triste, Ethan —le pidió Evia—. Yo no lo estoy. Ethan no era capaz de hablar, así que se dedicó a mecer el balancín. A su alrededor se congregaron sus mejores amigos. Lex tenía a Nina cogida de la mano, y Sin se apoyaba en el árbol, con sus ojos envueltos en tormento y desesperación. Nadie podía hacer nada para evitar aquello. La vida era soberana, como la muerte. Y aunque había una fecha para nacer, se desconocía la fecha en la que uno perecía. Pero esta, inclemente e incompasiva, siempre llegaba. Y no importaba qué edad se tenía, si se era demasiado joven o demasiado mayor.

Cuando alguien tan vital como Evia, que disfrutaba de cada día y que era puro amor se iba, parecía una injusticia se mirase como se mirase.

—Mírame —le ordenó.

—Te miro —le aseguró él.

Entonces ella sonrió como siempre lo hacía, con el alma y el corazón, reflejando todo el amor que sentía por él.

—Te querré para siempre. Vaya donde vaya. Lo sabes, ¿verdad? Él exhaló, dejando ir un gemido desgarrador.

—Sí. Y yo, mi Evia.

—¿Te acuerdas de mi canción? —le preguntó Evia.

—Sí —asintió Ethan—. Nunca me olvidaré.

—Yo también —asumió Nina con las lágrimas deslizándose por sus mejillas rosadas—. También me acuerdo, Evia.

Evia levantó la cabeza ligeramente y miró a la cría.

—Entonces, ven aquí, hermanita mía —le pidió con dulzura, abandonada a la despedida—. Ven aquí y cántamela. Prometedme que cuidaréis los unos de los otros, siempre. Que no dejaréis que nadie os separe.

—Te lo prometemos —le juró Sin.

—Prometedme que también cuidaréis de Devil. Él es bueno...

Sin miró hacia otro lado e Ethan frunció el ceño.

—Prométemelo, Ethan —lo puso entre la espada y la pared.

—Hecho —sentenció Ethan sin entrar a valorar aquella promesa.

Evia pareció más relajada después de aquello. Se apoyó en el pecho de Ethan y añadió:

—Dejad que me vaya escuchándoos, mecida por vosotros, con mi música favorita.

Ethan quería morirse. Ahí mismo. Pero le concedería ese deseo a su niña. Porque los deseos de Evia eran órdenes para él.

— *Lost in the darkness* —empezó Nina con una voz perfectamente afinada, aunque temblorosa—, *hoping for a sign. Instead there is only silence, can't you hear my screams?*

— *Never stop hoping* —se añadió Ethan sin fuerzas— *need to know where you are, but one thing is for sure. You're always in my heart...*

— *I'll find you somewhere, I'll keep on trying until my dying day* —todos le cantaron la canción, sabiendo que su luz se apagaba—. *I just need to know whatever has happened, the truth will free my soul.*

Evia cerró los ojos, y de repente irrumpió Devil, en escena, con el rostro húmedo y lloroso, roto al ver a Evia. El Lostsoul más canalla estaba reducido a cenizas. Así que, con la humildad que nunca mostró, le pidió permiso a Ethan con la mirada para que le permitiera acercarse. Él no comprendió por qué un tío como Devil quería formar parte de aquello cuando siempre les había hecho la vida imposible a él y a Evia. En cierto modo, sentía que profanaba aquel instante en el que sus amigos de verdad cantaban a su chica para que cruzara al otro lado. Pero no quería protestar en ese momento, así que permitió que Devil se le acercara, pegara el rostro al de Evia, temeroso de tocarla con las manos y le dijo algo al oído al tiempo que dos perlas cristalinas caían de sus ojos.

Ethan no escuchó lo que le dijo a Evia, de hecho nadie ahí lo hizo. Acto seguido, Devil se apartó del grupo y se alejó de ahí derrotado.

A continuación, un grupo de luciérnagas rodearon a los jóvenes, especialmente a Evia, y revolotearon a su alrededor creando un ambiente mágico. Y entonces, las manos de la Lostsoul, que rodeaban el cuello de Ethan, se deslizaron por su pecho hasta caer laxas, a cada lado de su cuerpo.

Ethan arrancó a llorar como un bebé, abrazándola contra su cuerpo. Él no quería dejarla ir. Pero fuerzas mayores se la arrebataron.

Con Evia se fue su luz y sus ilusiones.

Con ella se fue la alegría y el amor.

Todos allí contemplaban el cuerpo sin vida de la chica más especial del orfanato, iluminado por las luciérnagas que parecían rendirle homenaje, como si fuera pecado que ella se apagase.

Y todos, sin excepción, sabían que la muerte de Evia sería un antes y un después. Las cosas cambiarían. Nunca serían igual. Como fuera, habían dado su palabra para cuidarse los unos a los otros. e Ethan dedicaría su vida a continuar el legado de su novia y a no romper su palabra.

Aunque sabía que a partir de ese día su mundo dejaría de estar completo, y él viviría a medias, vacío y castigado por la pérdida, hasta que se cansara.

—Después de la muerte de mi pareja, en mis brazos —recalcó Ethan con los ojos vacíos—, ni siquiera pude cumplir mi promesa, porque a los seis meses se llevaron a Nina. Una familia de ricos ingleses se encaprichó de ella y la adoptó. Eso nos destrozó. Le perdimos el rastro por completo, incluso cuando salimos del orfanato quisimos buscarla, pero parecía que se la había

tragado la tierra. En fin —bebió de golpe lo que le quedaba de absenta y dejó la copa vacía con un golpe seco en la barra—... aunque he seguido con mi vida, me gano muy bien el pan y mantengo en pie los ideales de Evia, no consigo conectar con nada. En realidad —encogió sus enormes hombros— cuando ella se fue, creo que morí con ella. Con ella se fue todo el sentido a esta...—oteó lo que le rodeaba— locura de existencia. Y ahora, aunque mantengo a mis amigos cerca y les quiero, y son muy importantes para mí, tengo la convicción de que sé todo lo que tengo que saber, he hecho todo lo que tenía que hacer, y nada en esta vida me parece lo suficientemente importante como para que mantenga mi interés —deslumbró a Delphine con su mirada desinteresada—. Me has preguntado cómo me siento —le recordó—. Pues así es cómo me siento. Como una mierda. Como un cascarón hueco. Hoy es mi cumpleaños y no quiero ni celebrarlo.

Delphine escuchaba el dolor en las palabras de Ethan. Tenía las cicatrices muy abiertas y aún sangrantes. No había podido sanarlas. Pero lo comprendía, porque nadie sobrevivía al verdadero amor. Nadie olvidaba jamás a la auténtica alma compañera de vida.

—El gran amor derribó mi casa, agrietó mis puentes y me hizo perder el equilibrio —recitó Delphine haciéndole ver que lo comprendía—. Después vinieron las réplicas: amoríos de baja intensidad que ni siquiera me hicieron temblar. En cuanto al gran amor, ay mísero de mí, todavía respira debajo de las ruinas. A esas ruinas —sonrió alzando la copa— me refería. Las mías son parecidas —reconoció—, aunque una Dama de Min nunca hablará de ello —le guiñó un ojo—. Odiamos la vulnerabilidad.

Ethan admiró a aquella mujer elegante y misteriosa que había sabido ganárselo como para que él se abriera.

—Tal vez deberíamos haber brindado por nuestras ruinas —musitó Ethan observando sus copas vacías.

Ella apoyó una mano en su hombro y lo miró penetrantemente.

—El próximo día —dijo—. Te esperaré aquí mismo. Y no se te ocurra dejarme plantada —le advirtió.

—¿Porque las Damas de Min no toleran los desplantes?

Delphine alzó la comisura de sus labios y contestó:

—No. Porque a mí nadie me deja esperando —ella le guiñó un ojo y le dio un golpecito en la rodilla.

—Nunca he hablado de esto a nadie —dijo extrañado. Lo cierto es que estaba asombrado. Durante el tiempo que estuvo hablando con ella, dejó de sentirse tan desgraciado, a pesar de que había rememorado su mayor desgracia.

—Es parte de mi encanto —aseguró echándose la melena rubia y rizada hacia atrás—. Puedes resistirte a mis Mins, pero no a mí. ¿Quieres otra copa? —le preguntó.

Ethan se miró el iWatch con correa de Hermes y chasqueó con la lengua.

—Se me ha pasado el tiempo volando. He quedado para cenar con mis amigos y puede que llegue tarde.

—¿Los Lostsoul? —ella había estado atenta a todo.

—Sí —Ethan se levantó del taburete y se alisó la camiseta sobre el plano y duro abdomen—. Los Lostsoul.

—Me gusta vuestro nombre. Me encantaría conocerlos un día. Debéis llamar mucho la atención todos juntos y con vuestras taras emocionales —meditó en voz alta mirando a Ethan de arriba abajo—. Seguro que a mis chicas les encantaría conocerles. Tendrían mucho trabajo por hacer...



—No estés tan segura —dibujó una mueca en sus labios—. Ellos no son tan educados como yo.

—Y aun así me estás abandonando en una barra de un *pub* como una vulgar mujerzuela —adoptó un tono teatral.

Él la miró por encima del hombro y desplegó su encanto:

—Ni tú aceptas que te abandonen. Ni esto es un *pub* vulgar. Ni yo veo a mujerzuelas —le guiñó un ojo devolviéndole el gesto.

—Solo por lo que acabas de decir tienes todas las bebidas gratis. O lo que es lo mismo —dejó ir una risita al tiempo que observaba cómo tomaba el ascensor que lo llevaba a la planta de arriba—: ¡considérate invitado toda la vida, Ethan Lostsoul! ¡Puede que esta noche hasta recibas un regalo de cumpleaños!

Ethan rió por lo bajini y mientras cogía el elevador privado, pensó que una de las cosas que valían la pena de esa vida, era tener conversaciones con mujeres como Delphine.

Ella no juzgaba. Solo escuchaba, y daba su opinión solo si la pedías.

El Horus era su lugar de desahogo, en el que dejaba ir toda la adrenalina que se arremolinaba en su interior, así como su frustración y su rabia. El sexo era una de las pocas terapias que le funcionaban para rebajar su estrés y su depresión, porque él lo necesitaba. Pero nunca se sentía como creía que debía sentirse. Nunca llegaban las sensaciones que él esperaba. Y era una mierda.

Porque por muy bien que te la chuparan, o por muy guapa que fuera la mujer en su cama, o las mujeres en su cama, él se iba como entraba. Sí, aliviado. Pero no en paz. En el vacío no había calma.

Como fuera, ese local lleno de Damas de Min, era de las pocas cosas que le daba pena dejar de ver cuando se fuera.

## 6

**E**n un reservado del lujoso y escondido restaurante Bavetteś, le esperaban sus amigos. Era un asador en el que siempre acababan pidiendo lo mismo: brochetas, ensaladas, tarrinas de quesos y patatas sazonadas, con cervezas. Los Lostsoul eran tipos de costumbres y tradiciones, y las respetaban todas desde que salieron del orfanato.

Allí estaban todos. El tímido Lex, que hablaba lo justo y que siempre iba vestido de negro, como si fuera gótico. Su pelo rojo oscuro siempre lucía despeinado, con las puntas hacia todos lados, y sus ojos azules tenían unas pestañas tan negras y tupidas que daba la sensación de que los llevaba maquillados al estilo ahumado. Lo que más gracia le hacía de él era que las yemas de sus dedos iban teñidas siempre de colores. Su profesión como artista lo envolvía por completo. Y a su lado, como su fiel protector, se encontraba el rompecorazones Sin, que dejaba una ristra de mujeres suspirando por allá por donde pisaba. Los dos hermanos eran musculosos, pero Sin era, sin duda, el más ancho y grande de todos. Medía un metro noventa, y se dedicaba al arte, como su hermano. Los dos habían desarrollado dones creativos y eran mundialmente conocidos. Pero no solo presentaban sus obras en galerías donde las vendían todas; además, hacían arte callejero de manera anónima y sus murales eran muy populares, hasta el punto que los ayuntamientos de las ciudades donde se encontraban, habían decidido cercarlos para que la gente se hiciera fotografías en ellos, como si fueran monumentos y odas a la libertad.

Ethan recordó el día siguiente de la muerte de Evia. Cuando todos se levantaron deprimidos y sin ganas de salir al jardín. Cuando lo hicieron, en la pared de las instalaciones del gimnasio, se encontraron a Evia, de cuerpo

entero, dibujada perfectamente, hasta el punto que parecía que era real y la podían tocar.

Ella vivía en él. Su guapísima Evia miraba al frente y les sonreía. Parecía que les seguía con los ojos. Lucía con el pelo suelto, un vestido blanco y vaporoso, y una cinta dorada le sujetaba la melena. Tras ella, el paisaje en el que se hallaba era sobrecogedor. La habían pintado en un paraíso lleno de cataratas y altos despeñaderos de piedra, en el que aves extrañas sobrevolaban el cielo y donde un unicornio majestuoso reposaba a los pies de la joven.

Cuando Ethan vio aquello y divisó a los dos hermanos, dormidos y moteados de pintura, a los pies del apasionante mural, no pudo evitar emocionarse e ir a abrazarles por el increíble detalle.

Lo único que contestaron cuando se desmerearon, ante los ojos de todos sus compañeros y de él mismo fue: «Evia siempre estará con nosotros». e Ethan les admiraría por ello toda la vida.

Ahora en la actualidad, eran hombres excelentes. Al lado de estos, mirando su móvil en busca de nuevas noticias a las que poder echar el anzuelo, se encontraba su mejor amigo Devil. Sí. Mejor amigo.

La muerte de Evia cambió muchas cosas, y con ellos hizo magia: encontraron una unión como ninguna en su dolor.

El día en que la iban a enterrar, Ethan no podía dejar de llorar cuando el coche fúnebre se llevó el ataúd de la joven. Estaba de pie, en el porche y era incapaz de dejar de temblar y de sollozar. Sus amigos habían intentado consolarle, pero no lo lograban. Nadie lo haría.

Devil se quedó un par de metros alejado de él. Tan consternado y abatido como él lucía. Y eso acabó por reventar la paciencia y la angustia de Ethan. Porque no podía comprender cómo un tío que siempre se portó mal con ellos

y que no perdía oportunidad para instigarles lloraba en silencio por aquella pérdida.

Así que se dirigió hacia él, con actitud agresiva y desafiante y lo cogió por la solapa de su camiseta azul oscura, casi alzándolo, tan fuerte como era, estampándolo contra la pared y arrinconándolo con ánimo vengativo.

—Ahora que ella no está, podría reventarte la cara de gilipollas que tienes... —le espetó alzando el puño—. Porque ella no merecía tus palabras. Ella no merecía que nadie le hablase como tú lo hacías. Y tú en cambio mereciste su odio más que ninguno, y nunca te lo dio, tan magnánima que era. Y ahora estás aquí como si sintieras su pérdida como yo —negó con la cabeza, con el gesto duro y también emocionado—. Pero yo me las guardo, Devil.

—Pues revientame la cara si eso te hace sentir mejor.

Ethan le dio un puñetazo en el estómago tan fuerte que lo dejó doblado, pero no le permitió que adoptara una posición cómoda.

—Lo siento, Ethan —reconoció Devil luchando por coger aire—. Y siento la pérdida de Evia tanto como tú, como cualquier otro.

—¡Cállate! —lo lanzó contra la baranda de madera del porche y este rebotó y cayó al otro lado, sobre el césped del jardín. Devil no se defendía, aceptaba cualquier cosa, y eso sorprendía a Ethan. Esperaba más del segundo mejor atleta de Lostsoul. El primero era él. De un salto, Ethan cayó al lado de Devil y lo inmovilizó contra el suelo—. ¡Ahora tendrás lo que te has merecido todo este tiempo! —alzó el puño y golpeó su mejilla con fuerza.

El rostro de Devil giró hacia un lado, pero lejos de amilanarse o afligirse, volvió la mirada hacia Ethan, sin miedo y sin remordimientos, con el pómulo enrojecido y magullado.

—Puedes pegarme lo que quieras, pero no podrás borrar mi verdad.

—¿Tu verdad? —ironizó—. ¿Que eres un cabrón y un hijo de puta?

Devil parpadeó una sola vez.

—¿Un cabrón? Seguro. ¿Un hijo de puta? Puede, no lo sé. No conozco a mi madre. Pero hay otra verdad, y es que yo quería a Evia, como quiero a Nina y a cualquiera de los que hay aquí. Pero tengo un problema, soy un tío envidioso y celoso y no sé tratar con las emociones. Cuando me enfado soy un capullo y digo estupideces, y cuando algo me duele —se encogió de hombros— prefiero atacar antes de que vean mi puntos flacos. Y te pido perdón por haberte tratado así, a ti y a Evia, pero te digo que no sé lidiar con las cosas que me frustran.

Ethan aflojó el amarre sobre Devil, intentando comprender lo que le decía. ¿Devil estaba celoso de él?

—Yo nunca he hecho nada para que estés contra mí —su melena oscura casi cubría sus facciones y le daba un aspecto intimidante.

—No hace falta —se encogió de hombros—. Los que somos gilipollas nos cabreamos solo de ver la felicidad de los demás, porque no la tenemos para nosotros —reconoció sin ningún pudor—. Los chicos te hacen caso, eres fuerte, y ni a ti ni a Evia os hace falta de nada. Tenéis a alguien, un ángel de la guarda, que se encarga de daros las provisiones que necesitéis. Y los demás nos conformamos con las sobras. ¿Acaso no te das cuenta de eso?

—Tenemos lo mismo que todos —rebatió—. Dices tonterías.

—No. No lo tenéis. Las asignaturas nuevas que añaden de ingeniería informática, diseño, historia... han sido por derecho expreso de Evia y tuyo. La piscina, el gimnasio, los cursos de defensa personal... la implantación de todas las instalaciones. La compra de terrenos alrededor. ¡Claro que nos gustan y las disfrutamos! —exclamó—. Pero están ahí porque las pedisteis vosotros. Tú y ella.

Ethan no había pensado en ello nunca.

—¿Acaso crees que los orfanatos son así? —le increpó— Coño, abre los ojos, tío. Esto es Disneylandia, un puto hotel de cinco estrellas. Mira a tu alrededor... ¿Creías que pagaban todo esto con subvenciones del Estado? No tienes ni idea, ¿verdad? Alguien se encarga. Alguien lo paga. Y no lo hace por nosotros. Lo hacía por ti y por Evia. Yo pedí un vehículo para poder desplazarnos de Peer Pike a la ciudad. Uno de segunda mano, el más roñoso que encontraran, y me lo denegaron. Si lo hubieras pedido tú, posiblemente, tendrías un Porsche en el parquin.

—Gilipollecés.

—¿Hacemos una prueba?

—Yo no sé nada de eso —gruñó. No quería creer en algo así porque, de ser cierto, ese mecenas misterioso podría saber algo de ellos y de sus padres, de por qué les abandonaron... Y era imposible—. Y Evia tampoco. Si hay alguien, como dices, que vela por nosotros, te aseguro que yo no lo conozco. Lo que sí sé... —tragó saliva y se detuvo—. Lo que sí sé es que la única que velaba por mí ya no está —lentamente dejó caer la cabeza, y cubrió su rostro con sus manos, desmoronándose.

Devil lo miró fijamente, y sus ojos vidriosos se empañaron del mismo dolor que Ethan cuando el mazo de la realidad les golpeó y les hizo ser conscientes de la gran pérdida irreparable que estaban sufriendo.

Evia ya no estaba.

Ethan amaba a Evia.

Y Devil, al llorar junto a Ethan, destruidos como estaban, demostró con su actitud que él también había amado a la joven, a su manera. En la distancia, desde la rabia y la frialdad, desde la única posición que permitía a alguien apático y despechado, querer a su modo.

Sin mediar palabra, Devil abrazó a Ethan, y fue un gesto auténtico y puro, lejos de su conocido comportamiento cizañero y colusivo. En ese abrazo solo había dos chicos rotos, que sabían que habían perdido parte de su corazón con el vuelo tiránico de aquel ángel.

Y desde aquel momento, a los diecisiete años, solo se tendrían el uno al otro para comprender hasta qué punto el vacío les cambiaría. Porque la oscuridad les iría comiendo ante la desaparición de la única luz que alumbró sus días.

Cuando cumplió dieciocho años, y tuvo la reunión con la señora Brigit, esta certificó las palabras de Devil. Habían tenido un protector que no quería dar su identidad a conocer pero que les había dejado un fondo económico nada desdeñable, con más de siete cifras.

Ethan no quería saber nada de esa persona. Fuera quien fuese, el dinero no compraba el cariño, pero el dinero sí compraba otras muchas cosas, como una vida digna para él y sus hermanos Lostsoul.

Así que utilizó ese fondo para independizarse, pagarle las carreras universitarias a Lex, Sin y Devil, y ayudarles económicamente en todo lo que necesitaran.

Lex fue el primero en abandonar Lostsoul, pues era el mayor, pero en cuanto salió y recibió el fondo, Ethan fue en su busca, acompañado de Devil, y de Lex, su hermano pequeño al que Sin no pudo reclamar por no tener todavía una vida estable ni una casa que poder ofrecerle. Pero Ethan lo cambió todo. Eran su familia, sus hermanos, y no iba a permitir que vivieran mal.

Gracias a él, básicamente al dinero al que no le daba demasiada importancia, Lex y Sin se graduaron en dos carreras cada uno: la común era Bellas Artes. Lex estudió también Zoología, y Sin hizo Ciencias Ambientales. Por su parte, Devil y él se convirtieron en expertos



programadores y estudiaron ingeniería de sistemas, y se sacaron el máster en redes y telemática.

Pero ninguno de ellos olvidó a Evia. De hecho, todo lo que hacía Ethan lo hacía en nombre de ella, para no faltar a su promesa.

De esa idea, de recordar a Evia, nació el proyecto que el grupo tenía en conjunto. Se llamaba ON2B. Or not to be.

Los cuatro formaron un colectivo activista que luchaba por los derechos de los animales y por la preservación del medio ambiente, así como por otras muchas causas nobles. Eran conocidos en las redes por «Rebeldes», aunque nadie conocía sus rostros.

Y todo lo hacían entre sombras. Si tenían que boicotear un petrolero, lo lograban mediante el hackeo de sus sistemas. Si tenían que viajar a África para alejar a los cazadores, usaban sus medios para conseguirlo. Y si tenían que disparar, lo hacían, siempre sin causar bajas. Ellos no eran pacifistas. Ellos actuaban, porque se habían dado cuenta que las personas sin escrúpulos solo entendían su mismo idioma; las amenazas y el terror.

Así que, los Rebeldes mantenían sus identidades ocultas, pero eran considerados héroes entre las plataformas ecologistas, animalistas y de derechos humanos. Por eso crearon la marca de ropa y otros accesorios ON2B, pensando en Evia. Un logo, una leyenda que les representara y que poder compartir con los que, como ellos, pensaban igual y actuaban contra las injusticias.

Y así vivían. Se ganaban la vida con sus propias empresas. Pero después, se unían como organización para luchar secretamente contra los más poderosos. Devil estaba siempre pendiente de las actualizaciones en la página web de

demandas de ON2B, donde la gente podía subir sus demandas y denuncias. La única premisa era que estuvieran relacionados con animales, medio ambiente o derechos humanos. Y ellos analizaban los casos y actuaban en consecuencia.

Eso también les granjeaba enemigos, como la misma policía, que querían saber si los Rebeldes eran Robin Hoods o Garfios e iban tras sus pasos.

Pero los Lostsoul no creían ser ni una cosa ni la otra. Solo querían cumplir una promesa, y actuar en consciencia, y para ello, no importaba los métodos a emplear. Solo importaba el fin.

Fuera como fuese, cada vez que Ethan se reunía con ellos le embargaba la sensación de hogar y familiaridad de siempre. Como en esa noche.

Porque ellos eran sus hermanos. Su casa. Y habían pasado muchas cosas juntos. Alegrías y, ante todo, pérdidas. Y esas tristezas les habían unido con pegamento altamente resistente.

Cuando miró a Devil y este alzó la vista y la fijó en su camiseta, ya sabía lo que iba a decir el más canalla de todos:

—¡Espero que nos hayas traído de esas! —lo señaló y acto seguido lo saludó chocando los cinco e impactando pecho y pecho como los jugadores de fútbol. Devil y él habían jugado juntos en la liga universitaria de Chicago, que fue donde estudiaron, y todavía conservaban ese saludo.

ON2B no solo era un lema y una manera de vivir. Eran también unas siglas que definían cómo eran, y como tal, Ethan, que tenía dotes de empresario había sabido moverla para crear una marca con esas iniciales. Se vendían gorras, sudaderas, camisetas, artículos de papelería y también de deporte... Y esa noche, Ethan llevaba uno de los nuevos modelos de vestir que le habían enviado directos desde el taller. Sabía que a los chicos les iba a gustar. La O

poseía una círculo dorado angelical en la parte de arriba. Y la B final, una cola de demonio de color rojo abajo.

—Las tengo en casa —explicó Ethan saludándolos uno a uno—. Venid a recogerlas cuando queráis.

—Los cojones —dijo Devil—. Envíanoslas tú, que para eso tenemos agencia de transporte.

—Eres un puto vago —le espetó Ethan dándole una colleja suave—. ¿Es mi cumpleaños y soy yo el que os tiene que hacer regalos?

—Yo te he... hecho un busto —dijo Lex divertido con aquella voz rasposa y complicada que solo dejaba que oyeran sus amigos. Cuando se hizo adolescente decidió que no hablaría delante de nadie, sobre todo porque le incomodaba que se rieran de él, así que optó por guardar silencio, y la verdad era que cuanto más lo hacía, el tío más ligaba—. P-pero me ha q-querido quedado cara cipote.

Los chicos se rieron, sobre todo Sin.

—Yo le he dicho —añadió su hermano—. Si le ponemos dos huevos de Pascua debajo, sería una polla.

Devil se doblaba de la risa, como los hermanos. Pero a Ethan le traía sin cuidado. Entre los cuatro estaban acostumbrados a gastarse ese tipo de bromas.

Tomó asiento al lado de Devil, en la mesa de siempre. El sofá rojo de piel se encontraba bajo el ventanal que daba a la calle, donde habían impresas las especialidades de la casa en tonos naranjas y amarillos. Los Cocktail Lee y los pasteles de cangrejo entre otros. Esos se vendían como churros. Sobre la mesa redonda de madera reposaban sus copas llenas de cerveza negra.

—¿Qué vamos a pedir? —se dijo Sin abriendo la carta de menús.

—Lo de siempre —contestó Devil—. Hoy no hay nada especial, ¿no? —miró a Ethan de soslayo.

—No, solo es el cumpleaños de Ethan —murmuró Sin mirando la carta.

—Ah, entonces, nada especial —continuó Devil con diversión.

—Bien. Solo os digo que no quiero regalos como los que me soléis hacer. Ni *streakers* ni nada parecido.

—¿No s-s-e te levanta ya a los-s treinta? —inquirió Lex tomando su cerveza.

—Veintinueve —le corrigió Ethan—. Y me va perfectamente, gracias. Pero no tengo ganas de nada.

—¿No tienes ganas de mojar el churro? —Devil le dio una palmada en la espalda—. Joder, tío, es tu cumpleaños. Vamos a celebrarlo y a salir de fiesta.

—Yo solo pensaba en cenar —protestó Ethan sin muchas ganas de nada.

—Pues no. Los pintores se van a París mañana por la mañana, pero esperan salir contigo esta noche. Y yo igual —se encogió de hombros—. Somos los ON2B. Los Rebeldes. Además, debemos celebrar el haberles jodido el plan a los organizadores de safaris cazadores de koalas en Australia. Se van a joder y no van a poder vender sus pieles. Y les meterán en la cárcel. O eso esperamos.

—Nos vieron las caras —señaló Sin.

—Suele ocurrir cuando quieres pegar a alguien. Tienes que acercarte mucho —ironizó Ethan.

—Pues yo me sentí de maravilla —Devil tomó la copa de su cerveza y la alzó—. ¡Les dimos por culo a esos abusadores!

Sí. Ethan no pudo evitar sonreír con orgullo. Una semana atrás viajaron a Australia a hacer un seguimiento a unos organizadores de safaris que eran contratados por cazadores para que les guiaran hasta los koalas. Ellos no solo lo denunciaron con vídeos, además, fuera de cámara, fueron a por ellos, les dieron caza para que sintieran el miedo de los koalas en sus carnes y les dieron una paliza. Los cazadores estaban en el hospital, y los organizadores de safaris también, pero con vistas a ser ingresados en la cárcel de manera fulminante.

Esa cena era para celebrar su cumpleaños, pero ante todo para congratularse por su nueva gesta. Porque los ON2B habían conseguido muchas cosas. Al menos, de eso era de lo que más orgulloso se sentía Ethan. De eso, y de esos tres enfermos que tenía con él. Pero necesitaba más. Necesitaba llenar esa nada que lo engullía tan fulminantemente.

—¡Bebamos! —vitoreó Devil—. ¡Por nosotros! —exclamó. Todos alzaron sus copas y las juntaron por encima de sus cabezas—. ¡Por los Koalas! ¡Y por Evia y Nina, donde quiera que estén!

Una punzada de dolor atravesó el pecho de Ethan, y sabía que a todos les sucedía lo mismo.

«A la mierda», pensó.

—Por Nina y por Evia —repitió.

Esa noche bebería e intentaría divertirse con sus hermanos. Y si le costaba, fingiría que lo hacía, porque ellos no se merecían eso.

## *La Madriguera*

**L**a madre de todos los conejos, eso era la Madriguera. Mujeres hermosas, jóvenes, de todos los colores, se reunían en masa en aquel local de moda de Chicago, en el que la música y el desfase nunca cesaban. Su fama la precedía.

A Ethan no le gustaba especialmente, y estaba convencido de que a sus amigos tampoco, pero con una buena dosis de alcohol en las venas, todo se sobrellevaba mejor. Habían tantas melenas a su alrededor y de tantas tonalidades, que por un momento pensó que estaba en la sala cubierta de mantos de colores de un harén, moviéndose al compás de la música hipnotizante de Sia y su *be* Greatest.

Al final habían acabado ahí, como en cada puñetero cumpleaños. Cada uno de ellos triunfaría y se iría con una chica a la cama, y seguramente, en ese ímpuls, olvidarían sus sombras. Porque todos las tenían, aunque procurasen ocultarlas.

Pero para Ethan, sus sombras eran cada vez mayores, y ya no las podía esconder. Por mucho que mirara a sus hermanos y pensara en lo afortunado que era por haberles encontrado; por mucho que se riera por ser los únicos gilipollas de allí que no bailasen, y a pesar de ello, tenían a todo un enjambre de hembras dispuestas a cogerles el paquete y después a exprimirles las carteras; por mucho que estuviera celebrando su «supuesto» aniversario...

Nada le animaba. Y aquel ambiente, en el fondo, le asqueaba más, a pesar de ser un hombre.

Ethan no podía comprender por qué razón unas chicas jóvenes, bonitas y, al parecer, con aptitudes, elegían el camino más fácil y se convertían en escorts. El mundo de la noche estaba lleno de ellas. Sobre todo en locales como aquel donde se dejaban ver personajes públicos y otros con mucho dinero, fueran hombres o mujeres. Allí iban ellas; chicas que lo eran, y chicas a las que les gustaría serlo. Todas con la misma moral. A Ethan le hacía gracia que después las siguieran tantas personas en Instagram como si fueran populares, por sus cuerpos, y sus modelitos, cuando en el fondo, y tristemente, ellas eran las nuevas putas de lujo; las contrataban para fiestas y ellas decidían si ofrecían sexo o no, dependiendo de lo que pudieran sacar de sus clientes. Inmediatamente pensó en Delphine y sus Damas de Min, y no las pudo comparar. Las Damas de Min eran otra cosa. Ellas no necesitaban buscar a sus presas, tampoco iban en busca de las carteras de nadie y, ni mucho menos, fingían ser algo que no eran. Eran mujeres del placer, cultas, cortesanas con las que se podía hablar de cualquier cosa. Eran las personas las que iban en su busca, y no al revés. Y hacían lo que hacían porque querían.

Esas nuevas escorts, en cambio, ni siquiera estaban cultivadas en nada. Ethan podía ver algo en los ojos de una Min, como una inteligencia viva, una picardía que le venía a decir que ellas eran las que dominaban, y que ofrecían algo incalculable que nada tenía que ver con el sexo.

Pero en esas chicas de las discotecas, que servían para embellecer el ambiente, no veía nada. Eran un cascarón escultural, pero vacío.

Casi como él. Y odiaba pensar así. Porque a pesar de ser afortunado por muchas razones, él continuaba sintiéndose un miserable, porque habían boquetes emocionales que nunca podrían rellenarse. Y al final, la nada se lo comía todo. Era como un jodido agujero negro que todo engullía a su paso.

El gentío, la acumulación, las masas... no le gustaban excesivamente a Cora. Probablemente porque desde pequeña, con sus dotes, le fue muy difícil conectar con la gente y crear vínculos; todos la rehuían y la señalaban. En la escuela al principio, en el instituto después. Pero con el paso del tiempo, al llegar a la universidad, se dio cuenta de que tenía un arma que no explotaba y que llamaba la atención más que su cerebro, y asustaba menos que todos sus secretos; su físico. Aprendió a valerse de él para conseguir sus propósitos y también para conseguir amigos, superficiales, la mayoría, pero que la querían tener cerca porque siempre era mejor que la envidiaran por guapa que por bicho raro. Eso le enseñó a desconfiar, a ver las múltiples caras de las personas y a comprobar cuánto preferían una fachada antes de lo que hubiera dentro. Era triste, pero que lo fuera no negaba la realidad. Por eso, en medio de tanta turba, rodeada de desconocidos, se sentía incómoda. Porque esas personas eran muy parecidas a las que la juzgaban en el instituto y la universidad. Caras bonitas, interesadas, y con un alto concepto de la popularidad. Sin embargo, en el tiempo que pasó cursando su carrera de parapsicología, conoció a gente diametralmente opuesta a los epidérmicos (como ella llamaba a los superficiales); conoció al que sería su novio, Ben Sharp, y a sus dos excéntricas amigas Rose y Cassandra.

Con Ben estuvo dos años, hasta que él la dejó por una detectora de plasma electromagnético que era archiconocida por hacer cubanas con sus pechos. Dios, cada vez que pensaba en él le cubría un manto de apatía y vergüenza que no sabía describir. No era rabia. Era un asco profundo y una incompreensión por haberle elegido que todavía coleaba en su conciencia. ¿Cómo pudo fijarse en él? Porque incluso aún se cuestionaba si Ben había sido así toda la vida, o era que los apagones cerebrales le empezaron a atacar cuando estuvo con ella. Y lo más triste era que, en el fondo, se dejó herir. Le hizo daño. Y desde lo suyo con él no había vuelto a interesarse por nadie más. Excepto por su desconocido de los sueños, claro. Su amor astral. Aunque estaba convencida de que no existía.



Rose y Cassandra, que se comunicaban con ella en su grupo de whatsapp «lo bueno de ver el futuro tan negro es que combina con todo», siempre le enviaban mensajes matutinos de «buenos días», «espero que estéis bien, chicas», «a currar»... y como mensaje final añadían una imagen de Ben en la que en el pie de foto había escrito «recuerda esta cara y escúpete a ti misma por haber estado dos años con él. Gilipollas».

La hacían sonreír. Eran excéntricas, extrañas, paranoicas... pero eran las que más se acercaban a la palabra «amiga».

Rose tiraba las cartas. Cassandra era tanatoesteticien. Y ella tenía dones mentales que apenas empezaban a manifestarse a gran escala. Menudo trío. Podían abrir un circo. Pero al menos con ellas, en un lugar así como en el que estaba, podrían divertirse. Lamentablemente, ninguna la había acompañado a Chicago.

Apretó el péndulo entre sus dedos, y acto seguido lo guardó en su bolso. Debía centrarse en su objetivo, y sabía que estaba cerca. Su objeto mágico la había guiado hasta ese lugar llamado «La Madriguera», que apestaba a dinero, dietas y altos cargos.

De lo que estaba segura era de que lo reconocería sin problemas. Eso era algo que asumía. Había soñado con él miles de veces e identificaría esos ojos plateados en cualquier lugar.

De repente, su mirada se detuvo en la espalda ancha de un chico, cubierta por una camiseta de manga corta. El pelo largo y negro caía hasta casi rozarle los hombros. Cora pensó en los guerreros de las antiguas civilizaciones que consideraban al pelo una señal de dignidad y de honor. Y por eso nunca se lo cortaban. Ella también era muy quisquillosa con su melena. Otros guerreros de antaño lo lucían con orgullo como los indios, los samurais, los vikingos... o Sansón, el mítico personaje bíblico que poseía toda su fuerza en su cabellera. Era extraño encontrarse en la actualidad a hombres con ese *look*, ya que preponderaba el estilo hipster en la gran

mayoría. Y las modas cortaban a todos por el mismo patrón. Pero a él..., pensó Cora con el corazón en la garganta. Él no seguía ningún patrón. Él se salía de la norma.

No se dio cuenta de que sus pies avanzaban de manera automática hacia ese hombre, hasta que, esquivando grácilmente a la jauría, se detuvo a solo medio metro de su cuerpo.

Joder. Lo tenía ahí. En frente de ella. Era real. Real, no una fantasía astral.

El hombre que acudía a ella en sueños estaba en aquel lugar. Ahí, a un metro, de carne y hueso.

Y ella estaba a punto de meterse en su vida de lleno. Porque no podía permitir que se cortara las alas lanzándose desde el Hancock.

Si era un sueño premonitorio, haría lo posible para que no se cumpliera.

Notó el suave y tímido tacto de un dedo sobre su hombro. Sabía que era una chica, porque la podía oler. A pesar de que allí hubieran cientos de perfumes distintos, él tenía la capacidad de saberlos detectar, y más cuando alguien se le acercaba tanto. Por la reacción de sus amigos cuando la miraron, supo que era un bellezón. Devil bebió de su copa dibujando una sonrisa burlesca, sin dejar de mirarlo de soslayo. Y Lex y Sin se rieron por lo bajini, aunque ambos no pudieron evitar mirar a esa chica, fuera quien fuese, como no habían mirado a ninguna en toda la noche.

Entonces pensó en dos cosas: o era el regalo de turno de sus amigos, que cada año le daban «la misma» sorpresa; o era un regalo de Delphine, la dueña del Horus, que le había dejado caer que podría sorprenderle todavía en su cumpleaños.

Se dio la vuelta para acabar con la intriga, y en cuanto sus ojos se posaron en los celestes y claros de ella, supo que la había enviado uno de los dos. Ella era elegante, hermosa, con una extraña aura de protección a su alrededor, como si no le gustase nada mezclarse con la gente. Pero iba vestida de negro y llevaba los ojos ahumados, como las Damas de Min.

Sin embargo, carecía del arrojo y el desparpajo de las Mins. Lo miraba a los ojos, sin duda, pero ni siquiera parpadeaba. A Ethan le daba la impresión de que estaba algo nerviosa. Y las Mins nunca se ponían nerviosas. ¿Sería su primer día?

—Hola —lo saludó ella algo titubeante. Le miraba de un modo extraño.

Qué curioso, pensaba Ethan. Si era una escort, en ningún caso sería tan poco habladora, y si era una Dama de Min, no sería tímida ni tampoco insegura. ¿Qué tipo de chica le ofrecían sus amigos para su cumpleaños?

—Hola, guapa —contestó él.

La joven continuó observándolo de arriba abajo, algo bloqueada.

—¿Nos conocemos? —prosiguió Ethan alejándose un poco de su grupo de amigos para acercarse a ella. Fuera como fuese, no rechazaba regalos. Era su última noche. ¿Por qué no disfrutarla por todo lo alto?

—Eh... no —negó ella—. No creo.

Entonces hizo algo diferente a lo que haría cualquier mujer preparada y acostumbrada a flirtear. Le ofreció la mano y se presentó, como haría un hombre.

—Soy Cora —informó nerviosa.

El sonido de su voz fue como una caricia. Ethan estudió su mano, femenina, suave, de uñas perfectamente pintadas de rojo aunque no

demasiado largas. Le gustaban esas manos. No demasiado ostentosas. Limpias, femeninas y sencillas.

Nada de tatuajes. Ni anillos. Solo un reloj de pulsera dorado y pequeño que bailaba sobre su fina muñeca. Tomó su mano entre la suya y también se presentó.

—Hola, Cora —la miró muy serio y admiró sus facciones—. Yo soy Ethan.

Sin soltarse las manos, Cora asintió conforme y se sonrió como si solo ella escuchase algún tipo de broma.

—Ethan... —repitió ella—. Te llamas así.

Y joder. Escuchar su nombre en aquella boca perfecta, de dientes blancos y rectos, tuvo un efecto en él inaudito. Fue como si escuchara una melodía, ajeno a la música de alto voltaje de La Madriguera y su letra: *I'm free to be the greatest, I'm alive. I'm free to be the greatest, here tonight...*

De repente, Ethan sintió un leve escalofrío y se excitó. Así. Sin más.

Era una hechicera. Una experta. Sabía que con solo su voz y una caída de ojos atrapaba a los hombres. Sí, debía de ser una Min, pero si quería jugar a hacerse la inocente y a fingir que aquel encuentro era casual, no sería él quien le estropeará la actuación. Además, lo hacía muy bien. Muy natural.

—Bonito nombre. Cora... —susurró—. ¿De dónde es?

—Alemán —contestó. Miró sus manos que seguían unidas y esperó a que Ethan se la devolviera.

—¿Eres alemana?

—Sí.

—No tienes acento alemán —le acarició el dorso con el pulgar y percibió

cómo ella fingía sorpresa y daba un respingo.

—Hablo inglés desde que era pequeña.

—Se nota.

—Gracias.

—¿Qué haces en Chicago, Cora? —inclinó el rostro y lo acercó al de ella. Olía muy bien. De maravilla.

—Estoy aquí...

—¿Quieres que te invite a una copa y me lo cuentas?

—No oigo apenas lo que me dices —se excusó ella frunciendo el ceño—. ¿Y si vamos a otro sitio más tranquilo?

Él se apartó ligeramente de ella para fijar su atención en su rostro. Sabía lo que quería y a lo que venía. Eso era bueno porque ni él necesitaba tener tacto ni ella tendría nada que reprochar.

—Es... es la música —le explicó al sentir su juicio sobre su persona—. Está muy alta.

—Sí. Está bien. Como deseas.

Ethan le dio su copa a Devil, que brindó al aire en su nombre y le deseó suerte, y acto seguido guió a la joven hasta la salida.

Posó su mano en la parte baja de su espalda, ahí donde el final de esta se une con el trasero, y pensó que tenía un cuerpo muy bonito. No tenía nada demasiado grande. Ni las tetas ni el culo ni los muslos. Pero su cuerpo dibujaba un perfecto reloj de arena, y él adoraba las formas y las curvas de ese reloj.

Salieron por la parte de atrás, siempre menos concurrida, que daba a una de las callejuelas perpendiculares a la avenida Míchigan.

Ella se dio la vuelta al posicionarse casi en medio de la calle, nada transitada ni siquiera por ocasionales vehículos. De hecho, Cora esperaba en cualquier momento que saliera humo de sus cloacas, como se veía en las películas americanas.

Pero no fue el caso. En aquella zona de Chicago los humos se verían muy mal, ya que, el distrito del Magnificent Mile era acaudalado y afluente. Lo miró y se abrazó a sí misma.

—Esto es muy raro... —confesó nerviosa.

—Sí. No esperaba recibir un regalo así esta noche —se acercó a ella.

—¿Cómo?

—Hoy es mi cumpleaños. No pensé que se acercaría a mí una chica tan bonita como tú.

Cora no contaba con aquel dato.

—¿Es tu cumpleaños? —se sorprendió—. Vaya... felicidades.

Ethan sonrió y reconoció que era muy buena en la suya. Seguro que se encargaría de felicitarlo de alguna manera muy especial.

—Ahí adentro me ibas a explicar qué haces en Chicago... ¿quieres contármelo?

—Ah, sí —sacudió la cabeza para alejarse de aquel embrujo que Ethan con sus ojos tejía sobre ella. Verlo en persona la dejaba sin palabras. No era

comparable a sus sueños. En la realidad era mucho mejor. Guapísimo, garrido y con una actitud despreocupada y canalla que la ponía nerviosa—. He venido a Chicago a reunirme con...

—¿Conmigo? —preguntó queriéndole tomar el pelo.

—¿Eh?

—¿Tienes frío?

—Sí.

Cora temblaba porque estaba hecha un flan y él le provocaba sensaciones nada corrientes.

—Esta es la ciudad del viento, y al estar al nivel del mar la noche es húmeda y fría —le ofreció la chaqueta que llevaba atada a la cintura—. Como eres alemana aún no lo sabes, ¿no? —la puso a prueba.

—Llegué ayer de madrugada. Es decir, hoy. Bueno —carraspeó nerviosa—. Y es la primera vez que salgo por la noche.

—Ajá —Ethan le siguió el juego—. Por eso. Será mejor que la aceptes. Toma. Póntela.

—No, no... no hace falta.

—Póntela —insistió cubriendo sus hombros con la cálida cazadora. No pudo evitar fijarse en que tenía los pezones duros y se le marcaban a través del vestido.

—¿Y tú? —preguntó ella sin cubrirse—. ¿No vas a pasar frío?

Coño. Era buena. Una seductora y una provocadora que fingía ser inocente. Hacía mucho que nada lo ponía realmente caliente, aunque tuviera necesidades a diario que intentaba saciar; pero Cora lo había puesto

cachondo en menos de un cuarto de hora. Aquel halo de candor e ingenuidad era refrescante, a pesar de que fuese una fachada, un mero disfraz para seducirlo.

—Por mí no te preocupes. Yo siempre estoy caliente —le guiñó un ojo. Tomó su mano y la animó a caminar con él—. Vamos a por mi coche. Ahí no tendrás frío.

—No. Espera... —se detuvo ella algo insegura—. Yo no... ¿adónde vamos?

—Adónde tú quieras.

—Pero yo... solo quiero hablar contigo —menudas zancadas daba ese hombre.

Ethan chistó y se rió de aquel chiste. Claro, ahora las mujeres como ella solo venían a hablar.

—Hablaremos todo lo que tú quieras —le dijo Ethan—. Disponemos de toda la noche.

«Pero no de toda la vida», se dijo a sí misma Cora. Ese chico lleno de vida, poderoso a la par que esquivo, al día siguiente, se lanzaría al abismo. Y necesitaba saber por qué. ¿Por qué alguien con quien ella soñaba querría acabar con todo? ¿Y por qué acudía a ella en sueños?

Avanzaron por la calle, pasaron por la entrada delantera de «La Madriguera», e Ethan presionó el mando de su coche. Allí, en el parquin privado de plazas exclusivas estaba aparcado su Audi R8 de color plata cromado y detalles en rojo.

A Cora le pareció bonito, pero no le importó lo más mínimo, porque ella no le daba demasiada importancia a las marcas. Aunque sí le pareció un vehículo bajo para alguien tan alto como Ethan.



Le abrió la puerta como un caballero y ella titubeó. Pero ¿qué demonios estaba haciendo? Es más. ¿Cómo se pensaba que iba a ir la noche? ¿Qué era lo que se había imaginado? Iba a la búsqueda de un hombre para advertirle sobre lo que podía suceder al día siguiente y pedirle que no lo hiciera, ¿por qué? Porque suicidarse estaba mal, ¿no? Pero también quería conocer los motivos de su apatía y su depresión. Y depende de lo que ella le dijera, lo asustaría sin más. Lo alejaría. Y no podría salvarle.

Sin entrar a valorar sus actos, subió al deportivo y se abrochó el cinturón. Que fuera lo que tuviera que ser. Además, dudaba de que se aprovechara de ella o de que le hiciera algo malo.

—¿Adónde quieres que vayamos? —preguntó Ethan una vez en el asiento del piloto—. ¿Quieres que vayamos a tomar algo?

—Sí —Cora se relajó de golpe. Mejor un lugar público que algo más íntimo. Además, Ethan la ponía muy nerviosa, muy consciente de su feminidad y al mismo tiempo muy incómoda con ella porque los hombres siempre la miraron con interés, pero nunca como si fuera algo comestible. Él irradiaba una energía sexual certera y potente. Era extraño cómo la invadía poco a poco hasta el punto de poder llegar a confundirla—. Antes de nada —carraspeó—. ¿Eres un perverso?

—A veces —sonrió abiertamente con diversión.

—Lo digo en serio. ¿Psicópata? ¿Sociópata?

Ethan frunció el ceño y dejó ir una carcajada.

—No, joder. Claro que no. ¿Es que me tienes miedo? ¿Una mujer como tú?

—No estoy segura —murmuró mirándolo de reojo—. Además, no me conoces.

—Ni tú a mí. Pero has sido tú quien ha venido a buscarme —acarició las hebras de su pelo rubio con la punta de sus dedos—. Tienes que relajarte. No va a pasar nada que tú no quieras que suceda...

—Bien —contestó Cora luchando por desacelerar el latido de su corazón. Por Dios... ¿qué le pasaba?

Cuando el coche arrancó, se vio incapaz de permanecer en silencio con él. Tenía la sensación de que si lo hacía, aquella energía de Ethan la atraería y sin saber cómo acabaría a horcajadas sobre él. Era increíble visualizarse de aquel modo, porque el sexo no era una obsesión para ella, pero Ethan le inspiraba esos pensamientos e hipersensibilizaba sus sentidos.

—¿Vives por aquí cerca?

—Vivo a diez minutos en coche de aquí —miró por el retrovisor un par de veces—. ¿Y tú?

—Estoy hospedada en el Sheraton —sujetó el bolso contra sus muslos.

—Ah, es verdad —musitó Ethan—. Que no eres de aquí. ¿El Sheraton no te pillaba un poco lejos de esta zona? —estaba en el aeropuerto.

Ella torció la cabeza hacia él.

—Me lo preguntas como si no te lo creyeras.

—No, no —se apresuró a corregir volviendo a mirar por el retrovisor—. Me creo todo lo que me digas, preciosa.

Cora frunció el ceño. No le gustaba demasiado aquella respuesta. No era imbécil, y captaba los tonos a la primera.

—¿Qué querías, Cora? ¿Por qué has venido a buscarme en La Madriguera?

—Bueno... me... —ya no sabía ni qué decirle. Lo había ensayado varias

veces para que lo que le dijera no sonara a locura paranoica, pero con él mirándole con esos ojazos, era otra historia—. Me pareció que estabas muy triste. Te vi y sentí que estabas muy solo —se encogió de hombros—. Como yo.

Ethan giró el rostro para observarla. Esa respuesta le llamó mucho la atención. ¿Que le parecía triste y solo? Si estaba con sus amigos y rodeados de mujeres y hombres. ¡Venga ya! Ethan llegó a la conclusión de que era una dama de Min, y que Delphine le había contado cosas. Agradecía el gesto y el regalo, pero no hacía falta. De otro modo, nada tendría sentido, porque un desconocido no podía percibir cómo se sentía. De eso estaba seguro.

Mientras la miraba, casi de manera acusatoria, como si estuviera violando su privacidad, pensó que era una pena. Le hubiera gustado creer que esa inocencia era real y no un disfraz.

De repente, Ethan se desvió de la larga calle y aparcó en la esquina de una de las callejuelas que daban a esa quinta avenida chicacense y que simulaba a la de Nueva York, repleta de tiendas, restaurantes y cafeterías, aunque a esas horas estuvieran cerradas.

Cora estaba convencida de que aquella calle era la más oscura de toda la ciudad. Esperaba que él le preguntara acerca de su soledad, para romper el hielo y empezar su historia por ahí, pero en vez de eso, Ethan le dijo:

—No salgas del coche. Ahora vengo.

—¿Qué? ¿Adónde vas? —dijo sin comprender.

—Tú no salgas del coche.

Acto seguido, abrió la puerta y la dejó sola, pero no sin antes cerrarlo con el mando y activar el seguro especial para que ella no escapara.

—Ábreme —le ordenó. No quería ser la rehén de nadie.

—No —le contestó él desde afuera.

Ethan ignoró sus intentos por abrir la puerta y escapar. Cora estaba más segura en el interior del vehículo. Entonces, esperó a que el coche que le seguía desde que salió de la Madriguera también se detuviera tras él. Le estaban persiguiendo. Para eso era muy avisado y sus sentidos siempre permanecían activos y alertas por si tenía que hacer uso de sus habilidades. Como en ese momento.

No sería la primera vez que vivía un altercado de aquel tipo. Desde que formaron el ON2B, tenían que vérselas con los matones y los sicarios de todos aquellos líderes empresarios, traficantes, mercenarios y cazadores a los que boicoteaban. Y teniendo en cuenta que en Australia habían actuado con éxito aunque les habían llegado a ver las caras, no dudaba que pudieran ser unos matones dispuestos a ajustar cuentas. Tendría que avisar a los chicos cuando se encargara de ese asunto. Si le habían encontrado a él, no tardarían en dar con ellos.

Se ubicó en medio de la calle, relajado, abierto de piernas y de brazos, con su atención plena en los cuatro hombres caucásicos y corpulentos que salían del Dodge negro.

Apestaban a amigos de cazadores.

Cora no entendía nada. Estaba encerrada, presa en ese Audi, mientras cuatro tíos rodeaban a Ethan, algunos con navajas y otros con bates de beisbol.

Estaba tan nerviosa que le temblaban las manos para coger el móvil. ¿Cuál era el teléfono de emergencias allí? ¿El 112?

Sin embargo, antes de que se atreviera a pulsar, sucedió algo que la dejó boquiabierta. Nunca, jamás, en su vida, había visto a alguien pelear de aquel modo, excepto en las películas de acción. Ethan esquivaba a unos y a otros como si estuviera jugando con ellos. Incluso les mostraba la cara para que fueran a buscarle, riéndose de ellos.

No tenía miedo a nada. Uno de ellos llevaba un arma blanca de al menos diez centímetros que podría resultar fatal si acababa en su cuerpo, pero a él no le importaba.

Poco a poco se los fue sacando de encima. Por el amor de Dios, era fascinante el modo que tenía de luchar. A uno lo levantó a peso, por encima de su cabeza y lo lanzó contra el cristal delantero del Dodge. Quedó allí, inconsciente y encajado entre miles de cristales rotos.

A otro, el de la navaja, le dio un puñetazo en la traquea. Solo le hizo falta uno. El tipo cayó de rodillas agarrándose la garganta como un loco, e Ethan aprovechó para patearle la cara como si tirara una falta de fútbol. Uno menos.

Quedaban dos, que caminaban haciendo círculos a su alrededor. Uno sostenía un bate.

Este alzó los brazos como si le fuera a arrear, pero Ethan se agachó, se colocó tras él y con el mismo bate, que el agresor aún sujetaba, lo asfixió apretándolo contra su cuello. En un último espaviento, el tipo alzó el codo y alcanzó la barbilla de Ethan, que cerró los ojos con dolor, pero en ningún momento lo dejó ir. De hecho, no se detuvo hasta que se desmayó y cayó como peso muerto al suelo.

Cuando acabó con el tercero, Ethan ya parecía un salvaje. Los largos mechones lisos de su pelo negro cubrían parte de su rostro. Parecían cortinas sobre sus ojos, pero el gris luminoso de su mirada se asomaba entre su hebras hilosas y azabache.

Cora tragó saliva porque la imagen era sobrecogedora.

El último de los agresores que quedaba en pie no podía dejar de temblar. La navaja oscilaba entre sus dedos. Por un momento, ella pensó que Ethan le dejaría libre. Pero nada más lejos de la realidad. De una veloz patada la navaja salió despedida por los aires. Todavía se estaba recuperando del susto el atacante, cuando Ethan le empezó a golpear con los puños, dándole tan fuerte que lo levantó del suelo y lo hizo impactar contra los contenedores que habían arrimados a la pared.

Era fuerte, pensó Cora. ¡Qué decía fuerte!

—Es muy muy fuerte. No es normal... —susurró en el coche al tiempo que él se acercaba al vehículo como si nada hubiera sucedido.

Deseó poder estar más tiempo ahí adentro y que él no pudiera entrar, porque ya no se sentía segura ni convencida de lo que hacía con ese hombre.

Ethan abrió la puerta sin mediar palabra y agarró el volante con convicción, respirando por la nariz como haría un animal.

—¿Adónde quieres ir, Cora? —preguntó con la vista al frente.

Ella parpadeó confusa y atisbó el corte en su barbilla. Entonces recordó su sueño. Él lucía esa misma marca rojiza. Tenía la barbilla con ese corte ya cerrado.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó con voz débil.

—Un ajuste de cuentas. Nada más.

—Ah... —no le hablaría de ello, por supuesto—. Te sangra la barbilla. Te han... te han cortado. Y estás manchado de sangre...

ahí —le señaló el cuello y la camiseta negra moteada de gotas rojizas.

—Perfecto —Ethan parecía nervioso. Dio marcha atrás, pasando de largo el Dodge y la ristra de víctimas que había dejado a su paso, y se apoyó en el respaldo del asiento de Cora para maniobrar—. Iremos a mi casa. Está cerca.

—¿A tu casa? —preguntó abriendo los ojos con sorpresa.

—Sí. Así no puedo ir a ningún sitio. Tengo que limpiarme y cambiarme.

—Claro... sí —se removió incómoda en el asiento de piel. «¿Claro, sí? Madre de Dios...».

Ir a casa de Ethan. Cora se hacía cruces. Podría no ser buena idea, o podría ser el mejor lugar para hablar de la razón por la que ella estaba ahí. Como fuera, ya iban en aquella dirección.

Y no podía saltar del coche porque estaba el seguro puesto.

Si había un momento para asumir las consecuencias de todos y cada uno de sus actos era aquel.

Y eso haría.

## 8

Una no piensa en encontrarse alguna vez con «el hombre de sus sueños», así, figurada y metafóricamente. Tampoco piensa que vaya a estar en su casa la misma noche que lo conoce en el plano físico.

Pero la realidad siempre superaba a la ficción. Incluso, a las más increíbles de las fantasías.

Ethan dejó el coche en el parquin de un edificio que parecía industrial, en la calle West Lake. En el número 223.

Después, el ascensor privado de la portería llegaba a la misma puerta de su casa. Y una vez dentro, Cora admiró el diseño y construcción de aquel loft interminable. Techos altos y de madera con luces de última generación; toda la casa iba con ofimática. El suelo de madera clara, las paredes de ladrillos atezados y otras blancas, que combinaban con los pocos muebles lacados del mismo color con estilo modernista. Era enorme. Aunque lo que más le gustaba era la sensación de luz y amplitud que las ventanas de dos por dos metros distribuidas por todo el loft otorgaban a los ambientes. Se le acababan los adjetivos para aquella cueva de diseño que se asemejaba al hogar secreto de cualquier superhéroe. Y aun así, lo que más atraía su mirada era la desnudez de sus muros. Ni una foto. Ni un recuerdo. Nada que le diera el verdadero calor de un hogar y que hablase de las personas que quería o que le habían querido.

—¿Aquí vives? —preguntó Cora.

—Sí. Deja el bolso y la chaqueta en el perchero —señaló el clavijero blanco y de diseño de la pared—. ¿Sabes coser? — Ethan continuaba su



andadura por su casa, dirigiéndose al baño.

—¿Que si sé coser?

—Es por esto —se giró antes de desaparecer por la puerta y se señaló la barbilla—. Me han abierto un boquete. Tendré que coserlo.

—Me hice un corte —le explicó Cora admirando los tonos azulados que se colaban a través de los cristales del exterior—, hace tiempo... —rodeó el salón, en busca de pruebas y detalles que le hablaran de él, pero no encontraba nada. Era un lugar especial, pero también hermético. Justo como él—. Odio la sangre y las heridas y no tolero el dolor... no lo sé llevar bien —explicaba oteando el sofá en forma de U que rodeaba un espacio reservado a una zona de cine, con una pantalla más grande que las ventanas—. Montaba escándalos cada vez que me hacía daño. Mi abuelo desistió de llevarme al hospital. Venían a casa si me pasaba algo. Como no podía ver las agujas, me ponía tiritas trofolastin, de esas que usan algunos boxeadores cuando les abren las cejas... —se tocó la suya propia.

—¿Trofolastin?

La voz de Ethan la sorprendió y dio un pequeño brinco del susto. Estaba a su espalda con un kit de primeros auxilios en la mano, y la sangre le resbalaba de la barbilla a la garganta. La imagen era dantesca para ella.

—¿Te marea la sangre? —arqueó su ceja negra.

—No —contestó mirándolo fijamente—. Me marea el dolor. No lo soporto.

Ethan alzó el botiquín que constaba de una aguja, unas tijeras, hilo, algodones y desinfectante.

—¿Podrás con esto?

Sus cejas rubias salieron disparadas hacia arriba.

—¿De verdad quieres que te cosa? Tu cara es muy bonita para que te haga una desgracia.

—No me importa.

—¿Y si mañana tienes que ser la imagen de una campaña publicitaria?

—Dudo que mañana nadie me llame para nada parecido. Además, nadie sabe lo que puede pasar en una hora, como para preocuparme de lo que suceda en veinticuatro.

El salto del Hancock de Ethan le vino a la cabeza, y se estremeció.

—¿Estás seguro? —tomó la aguja, el hilo y el desinfectante—. Puede que tenga el talento de una norna borracha...

Eso hizo sonreír a Ethan.

—¿Una norna?

—Sí. Las tejedoras del telar del destino... Vienen de la mitología nórdica.

—Sé quienes son las nornas —la detuvo él. Pero no le debería sorprender que ella supiera quiénes eran. Las Damas de Min eran muy cultas e inteligentes. Aunque esta se hiciera la ingenua en particular.

—Oh. ¿Las conoces? —preguntó con sorpresa.

—Sí. El corte está en la barbilla. Muy abajo. No se verá si me coses mal —la tomó del codo y la llevó hasta otra esquina del loft en la que había una amplia mesa blanca con sillas alrededor, como si fuera un lugar de reuniones. Él tomó asiento en una y colocó a Cora entre sus piernas para que procediera a cerrarle la herida—. Si no me coses tendré que ir al hospital, a dar explicaciones que no me apetece dar.

—Entiendo.

—Venga, hazlo.

Ella dejó ir el aire suavemente por la boca y negó con la cabeza.

—No comprendo cómo la noche ha derivado en esto — metió el hilo por el cabezal de la aguja y la dejó preparada. Le pidió a Ethan que la sujetara mientras ella procedía a tomarle el mentón con suavidad y a limpiarle la herida con algodón y desinfectante.

—Son cosas que pasan.

—A mí no —aseguró ella—. Yo solo quería conocerte y...

—Eso es bueno —Ethan, que tenía la cabeza echada hacia atrás, y cuyo pelo liso y medianamente largo caía como si fuera agua negra, la miraba entre sus espesas pestañas—. ¿Qué sabes de mí?

—Nada —contestó ella—. Excepto que tienes la fuerza de diez hombres, y que a pesar de tener unos ojos tan llamativos, están tristes y vacíos. Vives en un loft de West Lake, en Chicago. No te tiene que ir mal... —convino haciendo un mohín—. Este lugar es caro, igual que tu coche.

—¿No te han hablado de mí mis amigos?

—¿Tus amigos? ¿Quiénes? ¿Cuándo?

Ethan dejó caer los párpados y a continuación le hizo la siguiente pregunta.

—¿Y ella? ¿Delphine?

Cora clavó la aguja con cuidado e hizo lo que pudo en cada puntada y movimiento.

—No sé quién es Delphine.

Le estaba mintiendo en su cara. Seguramente, alargaría su mentira toda la noche, hasta el día siguiente, porque sería el trato que habría pactado. Sus amigos tenían ganas de que él se ilusionara con alguien; y Delphine ya le había dicho que tal vez recibiría un regalo por su aniversario. Pero si tuviera que meter la mano en el fuego, lo haría al afirmar que ella era una Min. Segurísimo.

—Oye, mira, no sé quién crees que soy —aclaró Cora hilando suavemente—. ¿No te ha pasado nunca que has mirado a alguien y has percibido su dolor? Es lo que me ha sucedido contigo —la primera vez que tenía ese tipo de conexión con alguien.

Ethan escuchó con seriedad sus palabras, siendo muy consciente de su juego. Si alguna vez tuvo una relación y una conexión de ese tipo con alguien, la tuvo con Evia, y ella ya estaba muerta. Aquel recuerdo lo fulminó y lo hizo sentir mal y rabioso.

—La vida es extraña y misteriosa, y a veces las personas tenemos conexiones entre nosotros, a pesar de no conocernos. Es como la historia del hilo rojo —Cora se esforzaba en hacer una buena introducción para contarle que había soñado con él—. Todos estamos unidos por un hilo rojo invisible, destinados a encontrarnos a pesar del tiempo y del espacio —dio el último puntazo a su herida y después cortó el hilo con unas tijeras—. A pesar de las circunstancias, el hilo podrá enredarse, pero nunca podrá romperse. Estamos atados.

—Claro. Quieres decir que nos hemos encontrado por ese hilo rojo, ¿no? Que estábamos destinados —dijo entre dientes. Qué bien se vendía.

—Sí. Creo que tengo algo que hacer contigo, Ethan —limpió por última vez la herida con un nuevo algodón—. Tal vez deba hacer algo por ti —dejó el algodón en la mesa y le quitó una pelusita blanca que se pegaba a su barba incipiente.

—¿Por qué crees eso? —se levantó poco a poco hasta que le sacó una cabeza a Cora.

Ella tuvo que echar la cabeza hacia atrás, pero no se achantó.

—Porque creo que no eres feliz. Porque puede que estés pensando en que quieres que este sea tu último cumpleaños. Que ya no tienes razones para... vivir —esto último lo pronunció con tiento, sabedora de que era un tema delicado.

Eso sí que lo puso fuera de juego y a la defensiva. La chica de lujo estaba yendo muy lejos en sus cábalas. ¿Qué le habría contado Delphine? Pero no la quería echar de su casa, porque desde que habían salido de La Madriguera, sentía la terrible necesidad de meterse dentro de su cuerpo. La pelea además le había activado la adrenalina y ahora estaba excitado y duro.

«Qué extraño», pensó. No había estado con ninguna mujer que despertara esa necesidad física en él. Quería incluso besarla. No era nada normal.

—Es cierto —dijo Ethan acercando su rostro al suyo—. No tengo ganas de vivir, guapa.

—Lo sé —contestó Cora más tranquila al ver que él quería hablar con ella y reconocer que no estaba bien—. Lo he visto.

—¿Ah, sí? —espetó incrédulo—. ¿Y qué más sabes?

—Nada más. Pero si me lo cuentas, puede que te sientas mejor y pueda ayudarte.

Aquello ya era el colmo. No podía seguir con aquella pantomima.

—Se me ocurre otra cosa, Cora —las manos de Ethan le rodearon la cintura con suavidad—. La única cosa que puede hacer que me sienta bien durante un tiempo. Lo único que deseo ahora —su voz se tornó aterciopelada.

Cora juraría que sus ojos cobraron vida y se aclararon, volviéndose casi luminosos.

—¿Qué estás...? ¿Qué haces? —¡esos ojos, Dios!

—¿Que qué hago yo? ¿Y tú?

—¿Eres un vampiro?

—¿Qué dices?

—Tus ojos... están... diferentes.

—No digas tonterías. Mis ojos están bien. ¿Quieres hacer que me sienta bien, Cora? Has venido a eso, ¿no es así?

Ella no podía ni contestar. ¿Qué embrujo era ese? ¿Qué le estaba pasando? ¿Se lo provocaba la energía de Ethan? Tenía la piel de gallina, y sus pechos, que rozaban el torso de ese hombre, se sentían hinchados y sensibles. Y en el interior del vientre, ahí, había una presión extraña.

—¿Qué haces, Ethan? Yo no he venido a... —le preguntó ella en voz baja, sumida en aquel remolino de atracción.

—¿A qué no has venido? —le desafió sonriendo como un hombre hambriento—. Desde luego aquí no hemos venido a hablar. Lo único que quiero de ti es... —se inclinó hasta rozar su oído con sus labios— follarte.

Ethan aprovechó que ella apartaba la cara hacia atrás, de golpe, para dejar caer su boca sobre la de ella y besarla como realmente le apetecía desde que la vio en La Madriguera. Esa Dama de Min no se iría de su casa sin antes pasar por su cama.

¡Qué demonios! Era su último cumpleaños. Y ella le había devuelto las ganas de celebrarlo por todo lo alto. Una última noche gloriosa, eso anhelaba

de repente.

No quería hablar. No quería conversar. Solo quería el olvido que otorgaba el gozo placentero de enterrarse en el cuerpo de una mujer.

Y Cora se había ofrecido a ello. No lo desaprovecharía.

De lo que eran los besos... de eso sabía solo lo que le había enseñado Ben en sus dos años de relación. Pero aquello... aquello que le hacía Ethan y a lo que ella no era capaz de resistirse... no. No, señor. Eso no era un beso.

Era otra cosa. Era algo altamente tóxico. Opiático. Totalmente narcótico.

Su lengua bailaba contra la de ella y lo hacía con un hambre, con una golosía complicada de describir que hasta la mareaba. ¿Y se iba a negar? No. Imposible. Hacía mucho que esperaba ver al hombre de sus sueños como para rechazar un beso o nada de lo que él quería ofrecerle.

Ethan la había rodeado con sus brazos, que parecían duros como el metal, y sentía que estaba en una cárcel de carne, presa, y de la que no se podía liberar.

Sus labios tenían dulzura y al mismo tiempo violencia. Sus dientes jugaban con ella, y la mordisqueaban. Era como vivir alcoholizada, embriagada, pero aún consciente.

No podía hacer mucho más. Solo rendirse. Entregarse.

Cora no tenía en mente aquello, pero Ethan y sus actos desesperados habían desembocado en ese encuentro demasiado sexual y lascivo, pero totalmente subyugante. ¿Cómo iba a apartarse? Su olor, el calor que

irradiaba su cuerpo, su lengua, el modo en que la sujetaba... era imposible rechazarlo. Al menos, ella no sabía cómo. No quería.

Sintió que se movían, y que caminaba hacia atrás, sin dejar de besarse cuando, chocó contra algo duro, por encima de sus nalgas.

—Es-espera —le pidió ella.

—Chist... calla —dijo él encendido y duro entre las piernas. Su masculinidad presionaba el ombligo de Cora y ella sentía que se moría de gusto y de necesidad.

De repente la izó y la sentó en una fría superficie que le hizo tomar leve contacto con la realidad.

Estaban en la cocina. De nuevo un amplio espacio abierto, con un islote central blanco y brillante. Ahí la había sentado Ethan.

Ethan respiraba agitado y sus ojos seguían brillando de manera inhumana en la oscuridad. Cora no podía obviar aquel detalle. Lo tomó del rostro para mirarlo con detenimiento, pero él le apartó rápido las manos y la volvió a besar haciéndose sitio entre sus muslos.

No quería contacto visual, y eso la entristeció. ¿Cómo iba a saber con quién se iba a acostar si no la miraba? Las manos de Ethan se deslizaron por su cuerpo hasta subirle la falda del vestido negro que la hacía tan sexy.

No llevaba medias, reconoció Ethan. Y eso era bueno, porque tenía unas piernas preciosas y porque así accedería más rápido a sus braguitas y a lo que ocultaban.

Cuando las agarró con los dedos y tironeó de ellas, Cora no se lo podía creer. Pero tampoco podía protestar. ¿En qué momento había empezado a pasar aquello? ¿Cuándo se había dejado llevar tanto? Ethan tejía un influjo a su alrededor en el que anulaba su voluntad. ¿Cómo era posible?



Le sacó el vestido por la cabeza y cuando la melena regresó a su lugar y las puntas le rozaron la espalda desnuda, sintió que se le erizaban los pezones. No llevaba sujetador.

E Ethan se había dado cuenta de ello. De haber podido se habría intentado cubrir, pero estaba a punto de echarse a llorar por que él ya no la besaba, como para ocultarse ahora. Con ese vestido no llevaba sujetador, porque le agarraba bien el pecho, y porque si había algo de lo que sí podía presumir, era de sus senos. Erguidos y bien puestos.

—Joder... —murmuró Ethan como si no pudiera dejar de mirarlos—. ¡me cago en...! Estás muy buena, Cora.

—No hago estas cosas nunca —aclaró con las mejillas sonrosadas—. Pero... no sé qué me está pasando. No me reconozco.

A él la información le entró por un oído y le salió por el otro. Dejó caer su cabeza, abrió la boca y le dio un lengüetazo a un pezón. Cora echó la cabeza hacia atrás. La lengua y la boca de Ethan se apoderaron de sus pechos. Lo hizo de una manera inclemente, hasta el punto que por cada succión, y por cada lametazo, la presión entre las piernas se le disparaba. Pero no podía cerrarlas porque Ethan se lo impedía. Así que se agarró a su pelo negro para soportar aquel dulce suplicio.

¿Alguna vez Ben la había tratado así? No. Nunca.

¿Alguna vez lo hicieron en el islote de una cocina? Nunca.

Cora estaba a punto de correrse solo de sus besos y del modo en que Ethan mamaba sus pechos, cuando con Ben, difícilmente conseguía que alcanzara los orgasmos cuando se acostaban. ¿Cuántas veces había quedado insatisfecha? Muchas.

Pero ahora, estaba descubriendo que los preliminares con Ethan eran mejores que cualquier noche de sexo que hubiera tenido con su ex. ¿Acaso

no era eso triste? Se agarró con más fuerza a su pelo negro.

Los dedos de Ethan viajaron al Sur como si se hubiera adueñado de todo su cuerpo, y empezó a acariciarle entre las piernas, separando sus labios externos y deslizándose entre los internos con una suave cadencia.

Cora tomó aire por la boca y apresó los mechones de Ethan entre sus puños. Estaba húmeda.

Él sonrió sin soltar el pezón que trabajaba entre los dientes y tanteó la entrada con uno de sus dedos. Pero en vez de introducirle uno, le introdujo dos de golpe. Cora abrió los ojos y siseó.

El gesto no alejó a Ethan de sus intenciones. Era como si llevara un piloto automático y nada ni nadie le importase.

Aun así, a pesar de hacerle daño, empezó a moldearla y a trabajarla con cuidado hasta el punto en que pensaba que se iba a correr así. De hecho... en el momento en que Ethan empezó a acariciarla con el pulgar sobre el clítoris, no tardó mucho más en explotar. La lengua y los dientes de Ethan en sus pezones, y aquellos dedos largos y grandes entrando y saliendo de su interior, provocaron que se dejara ir hasta el punto de que se le saltaran las lágrimas y gimoteara en silencio, porque se moría de la vergüenza si la veía así. ¿Qué iba a pensar de ella viéndola llorar por un increíble orgasmo? Era patética.

Escuchó un leve gruñido de placer que emergió de las profundidades del pecho de Ethan, y cuando lentamente sacó sus dedos, Cora vio de nuevo el modo en que sus ojos volvieron a refulgir, mágicos y extraños, aunque esta vez la tonalidad que adoptó fue más bien morada.

—En serio, tus ojos... —musitó entre los estremecimientos repetitivos del orgasmo.

Él alzó el apuesto rostro, enmarcado por su melena negra y la miró extrañado de la situación. La miraba pero no la veía. Era como si estuviera

en otro lugar.

—¿Ethan? —¿debía asustarse? Liberó los mechones de su pelo, echándolos de menos al instante—. ¿Estás bien? —ella no. Estaba ardiendo.

Sus ojos cambiantes se convirtieron en una pequeña línea lila, entrecerrados, juiciosos. Y ella se sintió más desnuda y expuesta de lo que estaba. Escuchó cómo rompía un paquetito entre los dientes y cómo procedía a desabrocharse el pantalón. Se estaba poniendo un condón.

Súbitamente él le dio la vuelta y se pegó a su espalda, acariciándole las nalgas con intensidad.

Hundió su nariz en su larga melena rubia y suspiró. Y después, la inclinó sobre la mesa.

—¿Qué estás hacien...? —Cora no sabía ni cómo actuar. Él la estaba tocando con una necesidad fuera de lo común. ¿Quién la había tocado así? ¿Quién la había abrazado de ese modo alguna vez? Estaba sensible, hinchada, y no era posible que pudiera correrse otra vez después de...—. ¡Por Dios! —exclamó sujetándose a la mesa como podía.

Ethan la estaba penetrando. Abriéndole las piernas, y haciéndose hueco en su interior. Colmándola, llenándola. Era muy pronto para eso, y más después de haber llegado al orgasmo hacía apenas unos segundos... No iba a poder... ¡pero por todos los demonios!

Cora cogió aire por la boca y echó el cuello hacia atrás cuando sintió los testículos de Ethan golpear contra su carne.

Estaba entero en su interior.

Deseó algún tipo de palabra tranquilizante, algo que la hiciera sentir bien. Segura. Cuidada. Pero brilló por su ausencia.

Ethan apoyó las manos sobre la mesa, a cada lado de su cabeza y empezó a bombear en su interior a un ritmo pausado pero muy intenso.

Era como si se hubiera olvidado de ser tierno y estuviera perdido en algún tipo de limbo místico y sexual que los envolvía a los dos.

Nunca había sentido nada parecido. Tenía la sensación de que Ethan la tocaba por todo el cuerpo... pero solo actuaba como un émbolo automático y penalizador que no le daba tregua.

Jamás en sus veintisiete años se había corrido por dentro. De hecho, estaba decidida a creer que eso era una leyenda urbana. Pero no lo era.

Ethan empezó a rotar las caderas y a colocarla de un modo que pudiera sentir todo su grosor y su largada, y entonces, en un potente envite de su pelvis, la hizo estallar, al mismo tiempo que él, como si fuera un mago del sexo y la conociera a la perfección.

Cora gemía y apoyaba la frente en la fría mesa, agarrándose como podía, cuando sintió que se le empezaba a apagar el mundo. Creía que estaba al borde del desmayo, pero no solo era eso. Las luces del espléndido y caro loft titilaron y hubo un apagón de golpe, en todo el edificio, como una bajada de tensión.

Las piernas de Cora no la sujetaban, no llegaba a comprender qué era lo que estaba experimentando, pero tampoco pudo analizarlo demasiado porque los ojos se le cerraron en la última réplica del orgasmo que acababa de experimentar. Perdió la consciencia. Se desmayó.

«Adiós mundo. Mucho gusto», pensó. Y nunca mejor dicho.

Ethan se desplomó sobre su espalda. Sus melenas, la de él negra y la de ella rubia, se mezclaron sobre la mesa como si quisieran hibridarse en un manto bicolor, de luces y de sombras.

Joder, estaba aturdido como nunca, todavía en el interior de esa Dama de Min que tan cachondo le había puesto y tan bien había sabido hacer su papel. El deseó que de verdad fuera cierto que ella fuese un ser inocente, sensible y empático continuaba ahí. Pero no.

Era una Min. Una a la que Delphine había enviado para que lo animara y se presentara con la excusa de que parecía triste y sin ganas de vivir.

Y a pesar de eso, no quería salir de su interior. Cuando abrió los ojos de nuevo, luchando por respirar, advirtió que la luz se había ido.

—Mierda... —espetó moviéndose débilmente sobre Cora—. Se han bajado los fusibles. Eh, Cora... —le retiró el pelo de la nuca y de la cara, para ver qué tal estaba, y la descubrió con los ojos cerrados. Abatida. Durmiendo—. Eh, pst... —tocó su mejilla y notó que tenía la piel húmeda. Frotó la yema de los dedos y después se llevó uno a la boca. Se sintió realmente mal cuando descubrió que eran lágrimas. ¿La había hecho llorar? ¿Fue muy brusco? Joder, ni siquiera recordaba cómo había sido aquel orgasmo, pero sabía que la necesidad de follarla y sentirse dentro de ella había sido descomunal. Nunca se le había ido nada de las manos. Y menos algo relacionado con el sexo. Él era un controlador, un calculador, y conocía a las mujeres perfectamente, sobre todo a las Mins. Por eso no sabía valorar a Cora. Era una Dama de Min pero actuaba de manera distinta.

Advirtió algo detrás de su nuca. Era un tatuaje precioso a color. Una mano de Fátima. Un protector y amuleto contra los ataques del mal.

«Pues no le ha protegido de mí», pensó Ethan saliendo de ella sin ganas. Le hubiera gustado quedarse toda la noche ahí, pero no podía ser tan desconsiderado. Aquella Min merecía descansar.

Así que se sacó el condón, lo tiró a la basura, y se subió los pantalones. ¿Qué manera de tratar a una chica era esa? No se había sacado ni la camiseta. No se había desnudado.

Lamentándolo profundamente, tomó a Cora entre sus brazos y cargó con ella hasta su habitación. Subió las escaleras que daban a la planta superior, rodeada por ventanales de cuerpo entero en forma de media esfera, y la dejó suavemente sobre la cama, cubierta con una colcha blanca y unos cojines grises y plateados.

La estampa de Cora, desnuda en su cama le otorgó una vaga sensación de paz que hacía tiempo que no experimentaba.

—Delphine —murmuró Ethan estirándose a su lado, mirándola perplejo y confundido—. Has hecho muy bien tu trabajo. Cora ha sido un buen regalo —reconoció, apoyando su cabeza en uno de los cojines, sin dejar de mirar el rostro de aquella beldad, a la que se le había corrido el maquillaje.

Se descalzó ayudándose con los mismos pies y se quitó la camiseta, esta vez sí, para estar más cómodo.

Alargó una mano para rozarle la melena rubia a la joven y jugar con un mechón, enredándolo en su dedo índice.

No pudo llegar a recordar cuándo se durmió.

Pero lo hizo, como hacía tiempo que no lo lograba: sin ayudas químicas.

Y mirando a la primera chica que llevaba a su casa y se quedaba a dormir. La primera y la última.

Su despedida de aquel mundo al que no le encontraba sentido había sido por todo lo alto, rompiendo las normas que él intentó seguir año tras año.

«No abras la puerta de tu casa a ninguna mujer, cuando tu hogar y tu alma ya están ocupados».

## 9

Cuando abrió los ojos no sabía ni dónde estaba. La claridad le había despertado, pero parecía desubicada. Estaba en una habitación con una balconada interior que daba a un salón, acostada en una ancha cama cuya estructura era algo masculina y moderna... Frunció el ceño y se frotó los ojos, y entonces recordó todo.

La Madriguera, Ethan, la pelea, ella cosiéndole la barbilla y después... ella dejando que él la usara como si fuera una actriz porno sobre el islote de su maravillosa cocina que no había estrenado y que aún conservaba algunos precintos.

El corazón se le disparó al recordarlo, y después se llenó de vergüenza cuando comprobó que era la una del mediodía y que allí, en esa habitación, no había nadie más con ella. Entonces palpó la colcha y sin querer tocó un papel.

Cora lo tomó. Era una nota acompañada de un sobre. La leyó sin demora.

«Hay comida en la nevera. Vete cuando quieras, no volveré en todo el día. Gracias por tus servicios. Hablaré muy bien de ti a Delphine. Suerte en todo lo que hagas...». Sin titubear abrió el sobre y se encontró con una colección de billetes de cien dólares nada desdeñables. «Gracias por tus servicios. Eres muy buena», volvió a leer.

Al principio la lectura fue de incomprensión. En la segunda lectura su reacción fue de sorpresa. Y en la tercera y última de auténtico bochorno.



¿Quién demonios era Delphine y por qué tenía que hablarle bien de ella? Y no solo eso. ¿Respecto a los servicios se refería al... al sexo?

—No me lo puedo creer —murmuró cubriéndose el rostro con las manos, azorada hasta el punto de que no sabía dónde meterse—. ¿Se ha pensado que soy una prostituta?

Se dejó caer en la cama, como si aquel fuera el planchazo más grande de su vida, y fijó la mirada en el techo blanco con vigas de madera y ojos de buey.

Ella había querido acercarse a él y hablarle, hacerle cambiar de opinión sobre su suicidio, pero la noche había seguido unos derroteros inimaginables y había acabado como menos esperaba. Se habían acostado. Bueno, en el fondo, él la había usado, aunque le regalase el placer más sublime de todos.

¿Y ahora dónde estaba el putero esquivo? Se había largado. Cora no iba a dejar de detenerle a pesar de su enfado. Ese día, a las ocho y media de la tarde, Ethan iba a saltar del Hancock.

No lo iba a permitir.

Olía a él, de hecho, dudaba que alguna vez se olvidara de su aroma. Le había dado el mejor sexo de todos, el más culpable también. No podía olvidarlo, porque aún lo sentía entre las piernas. Y el tío se había ido, la había dejado sola en su propia casa y la había tratado como a una puta. Así. Tal cual.

A la una del mediodía, Cora comprendió que había actuado mal, hasta el punto de que no supo comunicar lo que le quería contar y su torpeza y mala suerte llegaron a hacer creer a Ethan que era una chica fácil. Una de follar y tirar.

Él ya no regresaría a su loft. Y si Cora quería volver a verle tendría que ir ella misma al Hancock.

Tendría que darse prisa, ir al Sheraton, ducharse y cambiarse, y darle una explicación razonable a su abuelo Arnold de por qué no había pasado la noche en el hotel.

O puede que no tuviera que darle esas explicaciones, pero sí que tenía que pedirle perdón por haberle preocupado.

Su abuelo era controlador y quería saber continuamente donde estaba, por tanto, habría descubierto que ella ya no estaba en su habitación. Cora le diría la verdad parcial.

Había salido por Chicago para encontrarse con una amiga de la universidad que vivía allí. Cincuenta por ciento verdad y cincuenta por ciento mentira.

Se levantó luchando por olvidar el disgusto de haberle dado esa impresión a Ethan, y de haberse entregado a él de aquel modo, y corrió escaleras abajo para buscar su vestido, sus braguitas y sus zapatos que estaban perfectamente reubicados sobre una de las sillas de la mesa en la que la había tomado por detrás como a una yegua.

Se sonrojó mientras se vestía. No quería alzar mucho el rostro porque se imaginó que él tendría cámaras de seguridad y no quería que viera que estaba llorando como una pava. Joder, es que se sentía muy mal.

Se puso los tacones, agarró el bolso negro, y salió de allí a toda velocidad, con la poca dignidad que le quedaba y el orgullo entre las piernas..

Y entonces se prometió que tendría que salvar a Ethan, no solo porque no quería que se matara, sino para tirarle a su sexy cara los tres mil dólares que le había dejado como propina por haberle dejado follársela.

Ella no estaba en venta, y aunque la encontró en La Madriguera, su conejo tampoco lo estaba.

Era un gilipollas, y se iba a enterar.

Después de disculparse con Arnold por no haberle avisado por no ir a dormir al hotel, Cora tomó una ducha relajante en su *suite*, y se limpió de la fea sensación de haber sido usada y considerada una meretriz. Ella respetaba todos los oficios, y de serlo, no le importaría que la considerasen así. Pero este no era el caso, y le había dañado la autoestima.

Pensaba en cómo la miraba su abuelo, como si no acabara de creerse sus excusas, cuando se enjabonaba el brazo izquierdo y sintió que le dolía.

Le quemaba la piel. Intentó recordar si se golpeó o se hizo daño la noche anterior. Pero no podía hacerlo. Y más después de perder el conocimiento como una principiante tras aquel poderoso y fulminante orgasmo uterino que experimentó por primera vez. «Y mientras yo me iba al limbo, él creía que era una buscona», pensaba permitiendo que el agua la bañara de arriba abajo.

—Qué desastre —susurró apoyando la frente en la pared de mármol blanco y liso de la ducha.

No podía quedar así. No podía permitir que Ethan acabara con su vida pensando que el último polvo se lo echó a una fulana.

Comería con Arnold, y cuando se acercara la hora, le diría que se adelantaba para ir al centro y echar un vistazo a la biblioteca pública. Entonces, estaría antes de la hora de la reunión con los abogados de la Sociedad Mur en el Hancock, y subiría a tiempo a la azotea para salvar a Ethan.

No podía no hacerlo.

No solo para salvarle la vida. Sino también porque pensaba aclarar el malentendido.

## *Hancock*

¿Un último pensamiento? Debería tener muchos... Miró hacia abajo, al abismo de la ciudad, donde cientos de luces iban y venían con destinos aparentes. En cambio él había perdido de vista el suyo. No tenía dirección que seguir.

Al menos, pensó conforme, lo había dejado todo atado en tierra y eso lo tranquilizaba. A su muerte, su dinero iría a parar a todas las causas nobles que él defendía. Sus propiedades serían donadas y repartidas entre sus mejores amigos, y ellos ya verían qué hacer con ellas.

No había hablado con ellos desde ayer noche, cuando se fue de La Madriguera con Cora. Supuso que cada uno de ellos habría dormido acompañado y en cama caliente, porque en su cumpleaños siempre acababan igual. Como un ritual.

Por lo menos, él no se había levantado con la sensación de asco y vacío que le precedieron en sus anteriores aniversarios.

Aquella chica, Cora, le había dado una noche extraña. Se había vuelto loco con ella, como si no pudiera detenerse, como si fuera incapaz de razonar. Cuando la tocó con los dedos y ella se liberó, fue como si le recorriera una oleada de energía por todo el cuerpo, y eso le activó de una manera extraña. A partir de ahí, si ella le habló, no la oía. Si ella le miró, no lo veía.

Solo quería tenerla, poseerla, y llevarla en la piel... Era un pensamiento raro. Pero en eso pensó cuando se metió en su interior. Quería llevarla con él.

No la había visto antes. No la conocía. Pero estaba convencido de que, de encontrarla en el Horus, posiblemente, habría sido su favorita. Su cliente fijo.

Pero ya no la vería más. De hecho, aquella puesta de sol desde el Hancock, sería la última de su vida, porque se había cansado de luchar contra el vacío que había dejado Evia tras su muerte. Se había hartado de perder, como cuando se llevaron a Nina. Había aprendido que querer se pagaba muy caro. Por eso, cuando pensaba en sus colegas, en sus hermanos almas perdidas como él, sabía egoístamente que les haría sufrir en tierra, pero esperaba que lo comprendiesen cuando les llegase la carta que le había dejado a su abogado hacía una semana con orden expresa de que se la entregara a Devil Lostsoul si a él le pasaba algo. Allí tendrían las explicaciones pertinentes.

La vida era un asco cuando se perdía al alma gemela; y él la había perdido, y el paso de los años solo le hizo comprender que, por muchas chicas que conociera, en ninguna encontraría a Evia, ninguna se le parecería; ni siquiera se le acercaba. Y eso dolía de una manera atroz. Era inaguantable.

Ethan miró al cielo que se oscurecía por momentos, y después vislumbró la línea del horizonte anaranjada que se posaba sobre el lago. Se iba a tirar, daría el último salto con su camiseta negra de ON2B, porque había decidido no pertenecer a esa realidad. Había decidido no estar en esa vida.

Era un ON2B de pleno derecho. Un rebelde. Porque le restaba más todo lo que le faltaba, de lo que le sumaba todo lo que tenía. Y no quería continuar ahí.

¿Se rendía? Posiblemente.

Aunque prefería pensar que en realidad ganaba, porque elegir no seguir vivo y decidir cómo morir era una victoria.

Tomó aire por la nariz, abrió los brazos, echó el cuello hacia atrás y antes de dejarse caer, oyó una voz de hombre que venía de su espalda, decirle:

—Muy bonito. Sí, señor. Un precioso atardecer.

A Cora, que había llegado corriendo a punto de detenerlo, por poco se le salió el corazón al ver a Ethan, con tejanos oscuros, botas militares y chupa de piel, al borde del precipicio. Pero entonces, al hacer un barrido de la situación, tuvo que esconderse cuando en la misma azotea vio a un hombre de piel negra, vestido con una gabardina oscura y un traje de americana y corbata. Estaba apoyado en el muro interior de la azotea, mirando a Ethan entretenido, tenía el pelo blanco, corto y rizado, y pecas oscuras en las mejillas. Había escondido las manos en los bolsillos del elegante capote y mantenía un pie cruzado sobre el otro. Cora esperaba que de un momento a otro se pusiera a silbar o a cantar.

Ethan iba a suicidarse frente a sus ojos... ojos azules, por cierto, apreció a ver. Un negro con ojos azules... Era el primero que veía. Pero él lo observaba con una calma difícil de entender. Cuánta sangre fría... ¿desde cuándo estaba ahí? ¿Acaso él también iba a acabar con su vida? No. No daba esa impresión.

Ethan se iba a tirar. Iba a hacerlo. Cora dio un paso adelante para salir de su escondite y correr a ayudarlo cuando el hombre de raza negra lo detuvo con unas palabras antilógicas, dada la situación.

—Muy bonito. Sí, señor. Un bonito atardecer.

Cora se ocultó tras uno de los muros y se quedó observando la reacción de Ethan.

¿Qué diantres sucedía? ¿Era la única a la que esa escena le parecía rocambolesca?

—¿Perdón? ¿Cómo dice? —contestó Ethan fuera de lugar. ¿Quién era ese hombre y por qué estaba ahí?

El desconocido, vestido con traje de etiqueta y gabardina negra, tenía los ojos claros, la tez oscura, el pelo blanco y unas extrañas pecas en las mejillas. Parecía mayor. Debería tener unos setenta años, más o menos... pero era alto, de porte elegante y estirado. Y además, un diamante pendía de su oreja derecha, otorgándole un estilo moderno y algo osado.

—El atardecer. Es precioso, ¿no cree?

Ethan frunció el ceño. Miró al abismo, y después volvió a centrarse en el desconocido como si necesitara ubicarse.

—¿Quién coño es usted?

—Soy Morgan.

—Es Morgan. —repitió incrédulo—. Lárguese, friqui, y déjeme solo.

—Claro. Porque tiene mejores cosas que hacer, ¿verdad? —sostuvo sus manos cruzadas frente a sus piernas, como si estuviera de vuelta de todo.

—¿Y a usted qué le importa?

—No creo que sea buena idea dejarle solo, Ethan.

Esta vez obtuvo toda su atención. ¿Por qué sabía su nombre?

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Nos conocemos? Morgan elevó sus cejas blancas y pobladas y su frente se arrugó.

—Yo a ti sí. Tú a mí no —le tuteó.

—No estoy para esto —murmuró Ethan achicando los ojos y bajando de un salto—. Lárguese —le señaló la puerta que daba a la azotea con actitud nada amigable.

—Tengo algo para ti —contestó sin inmutarse lo más mínimo. Se llevó la mano al bolsillo interior de la gabardina y sacó un sobre blanco con un sello de cera rojizo.

—¿Qué es eso?

Morgan se encogió de hombros.

—Respuestas. Respuestas sobre quién eres. Son de parte de tu mentor.

—¿Mi mentor? —observó el sobre con curiosidad. Más de la que debería, teniendo en cuenta de que estaba a punto de quitarse la vida y de que nada ya debería interesarle—. ¿Es una broma?

—No. No lo es. Es para ti.

Tomó el sobre, todavía confuso ante la situación.

—¿Por qué ahora? Morgan sonrió levemente.

—¿Por qué ibas a tirarte Hancock abajo? ¿Por qué habías decidido hacerlo hoy? ¿Por qué hacemos las cosas?

—No es de su incumbencia.

—No espero una respuesta a esas preguntas —corrigió benevolente—. Solo quiero que entiendas que esta es tu oportunidad. Tú decides. Acabas con todo, o suples tu vacío con un poco de conocimiento. Para quitarte la vida tienes todos los días, ¿no crees? Solo tienes que leer esta carta. Solo eso, Ethan. ¿Acaso tienes algo que perder?

Aquello era una locura. Un tío extraño se le aparecía segundos antes de lanzarse por un rascacielos y le decía que tenía una carta de un mentor al que nunca conoció. ¿En serio?

—Léela. Y si después quieres saber más, solo tienes que reunirme conmigo



aquí mismo —le ofreció una tarjeta—. Te estaré esperando.

Ethan la cogió y se la guardó sin prestarle atención, pues toda se centraba en el sobre.

—¿Y qué pasará si...? —cuando Ethan alzó la mirada, Morgan ya no estaba. Había desaparecido—. No me jodas... —gruñó creyendo que se estaba volviendo loco—. ¿De qué va este truco? ¿Hola? —lo buscó con la mirada—. ¿Morgan? —El tipo se había esfumado. Sin más.

De repente, se encontraba solo en la azotea, como al principio.

Solo que en ese momento sus pies se afincaban firmemente en el suelo del terrado, y no pendían de la inestabilidad de la cornisa de aquel rascacielos.

¿Qué más daba? Solo tenía que leer una carta. Solo eso. Y dudaba que hubiera algo demasiado importante en ella como para no querer continuar con sus planes. ¿Total? ¿Qué le ataba a aquella realidad? Nada.

El viento removió la melena negra de Ethan y al final, decidió abrir el sobre y leer aquella misiva. Una vez, leyó que la vida era como ir en bicicleta y que para mantener el equilibrio se debía seguir adelante y no dejar de pedalear. El problema era que a él hacía días que ya no le entusiasmaba coger esa bici.

Y dudaba que lo que fuera que pusiera en aquella hoja, tuviera el poder de hacer que se replanteara sus objetivos.

Pero accedió a leerla.

*Hola, Ethan:*

*Si estás leyendo esto es porque yo ya no estoy vivo. De hecho, no hará ni una semana que habré muerto. Pedí a mis abogados que*

*cuando yo ya no estuviera se encargaran de ponerse en contacto contigo y facilitarte estas cartas. Sí. Hay más de una. Pero que las quieras leer dependerá solo de ti y de tu decisión.*

*No me conoces. Me llamo Fred Chatteau, y fui la persona que te dejó a ti y a Evia frente al orfanato Lostsoul de Portland. No lo hice por irresponsabilidad, sino por cumplir unas directrices que tu gente me obligó expresa mente a cumplir. Nunca os robé. Nunca os rechacé. Sim plemente os salvé de otras manos más oscuras y agresivas y os intenté ocultar y proteger.*

*Quiero que sepas que durante años he estado ve lando por ti y por Evia. Yo abastecí al orfanato con las mejores instalaciones y los mejores servicios. Me encargué personalmente de que fuera un hogar y una casa segura en la que tú y tus amigos pudieseis crecer en familia, en la que desarrollarais vuestras habilidades y dones. Me encargué de que nadie os adoptara porque no podíais salir de allí y separaros, y porque sabía lo mucho que te afec taría que te arrebataran a tus hermanos. Necesitaba que os sintierais a gusto, y por eso os abastecí de todo lo que deseabais. Incluso en vuestra edad adulta os di una dote para que la usarais en vuestro beneficio. Mi función era la de cuidaros en la distancia y manteneros a salvo a ti y a Evia, porque habían personas que iban detrás de vuestros pasos. Personas malas, Ethan. Os mantuve a buen recaudo todo lo que pude. Renuncié a mi vida, porque ser vuestro protector respondía a un plan mayor del que cualquier descubrimiento habido o por haber pudiera al canzar.*

*Ahora tengo claro que mi mejor misión fuisteis tú y Evia. Sigo creyendo que fue un privilegio que ellos con taran conmigo para tamaño propósito. Pero ellos siempre tuvieron confianza en nosotros, en Arnold y en mí.*

*Lamenté mucho la pérdida de Evia, Ethan. Pero no podíamos hacer nada por ella. Su cuerpo se apagó irre mediblemente. Lo intenté todo. Los mejores especialistas, los mejores hospitales, los mejores servicios... pero es imposible retener a quien no puede evitar irse.*

*Sé que eso te destrozó, y admiro cómo levantaste ca beza y seguiste adelante. Admiro cómo has continuado con su recuerdo, y cómo lo has venerado. Y también el fu turo que te has labrado junto a tus amigos, en el mundo de las marcas, de las protestas y en el no tan limpio del hackeo. Aunque valoro que boicotees a las empresas que abusan y que bien se lo merecen.*

*Pero Ethan, hay muchas cosas que no sabes de ti. Muchísimas. Cosas increíbles. Y no puedo explicártelas por carta.*

*Si quieres saber más, por favor, házselo saber a Morgan. Él te llevará a las respuestas que necesitas sobre ti y sobre Evia.*

*Siempre os tuve en mi corazón.*

*Fred*

Ethan se quedó mirando la carta durante largos segundos, procesando todo lo que en ella se decía, asimilando la información.

Un hombre llamado Fred Chatteau afirmaba ser tutor de Evia y de él. Su benefactor. Sabía de la muerte de su compañera, de su extraña enfermedad. Y además, había seguido sus pasos profesionales, como una sombra a la que nunca pudo enfrentar.

Y para colmo, aseguraba tener más información sobre su identidad y sobre quién era.

No quería perderselo. No era lo mismo morir sabiendo que era un alma perdida, que morir sabiendo quién era.

Se guardó la carta en el bolsillo trasero del pantalón tejano, se sentó en el suelo apoyando la espalda en el murillo y giró la cabeza al oír un ruido a mano derecha.

—¿Morgan?

A continuación, la brisa arrastró hasta su nariz un perfume femenino que ya había olido la noche anterior. Pensó en ella, en la hermosa mujer rubia de pelo suave y tentador y ojos gatunos e inocentes. Lo llevó a los recuerdos sobre el islote de la cocina y tuvo que sacudir la cabeza para sacárselos de encima.

—Mierda —musitó angustiada—. Tío, ¿qué coño te pasa? ¿Se estaba volviendo loco?

Intentó no hacer caso a los estímulos externos que lo distraían. Necesitaba unos segundos para procesar aquello. Apoyó la cabeza en la pared y miró al cielo. El atardecer daba lugar al cielo más oscuro, y aparecían los primeros luceros en la ciudad, titilando sobre su cabeza.

Aquellos eran minutos regalados. Que no había pensado vivir. En esos momentos su cuerpo debería estar reventado en el suelo, a los pies del rascacielos, rodeado de un charco de sangre y los rostros angustiados de los transeúntes.

Pero no. Eso no había sucedido. Seguía con vida.

Estuvo en esa posición un largo rato. Meditando sobre cómo le acababan de cambiar los planes. Ahí se encontraba.

Consciente.

Despierto.

Y con más preguntas. Por tanto, aprovecharía la oportunidad que Morgan le había brindado. Sacó la tarjeta que le entregó y leyó lo que ponía para quedarse todavía más descolocado de lo que ya estaba.

«A las ocho y media te espero en la planta 33 de este edificio, en La Oficina número 3. Tengo que presentarte a alguien».

—Joder —se pasó la mano por la cara y resopló. Se levantó de aquel lugar de reposo y emprendió su camino hasta la puerta de salida.

Morgan sabía que no iba a suicidarse.

Miró su reloj y vio que quedaban cinco minutos para y media.

Llegaría hasta el fondo de ese asunto. No quería que nada ni nadie le tomara el pelo.

Total, para morir ya habría tiempo.

Cora esperó a que Ethan saliera antes que ella, y al cabo de un minuto, siguió sus pasos. Corrió por las escaleras en dirección al ascensor de la última planta. Había estado a punto de ser cazada por Ethan en la azotea. ¡Por un pelo!

Estaba nerviosa, llena de dudas y su cabeza iba a mil por hora. Ella habría intercedido de no ser por aquel hombre llamado Morgan. Un individuo insólito, excesivamente formal y con un deje en el habla que hasta parecía antiguo. ¿Qué hacía ahí? ¿Cómo sabía que Ethan quería acabar con su vida?

Las casualidades no existían, así que de alguna manera ese misterioso debió ver, al igual que ella, que ese hombre tenía decidido acabar con su vida aquel día, a esa hora, en ese lugar. ¿Y cómo había hecho eso? ¿Cómo había desaparecido en un parpadeo? Le costó reaccionar a aquello, pero después, quedó hipnotizada por el modo en que Ethan leyó la carta, como si lo absorbiera. Como si estuviera acabando con él al mismo tiempo que lo reinventaba.

Parecía tan solo... Cora no pudo moverse de ahí, pero tenía que apresurarse pues a las ocho y media daba lugar la reunión con los MUR. ¿Qué habría leído Ethan en ese sobre?

Pensó en su gesto, en aquella expresión de incredulidad y quiso abrazarle. Era un hombre tan hermoso que su soledad en aquella azotea le había roto un poco el corazón. Y aún así, fue incapaz de interrumpir la conversación que tuvo con ese tal Morgan. Y tampoco fue capaz de cortar el hilo de la lectura de aquella carta. Le pareció invasivo.

Al menos, Ethan no se había suicidado. Seguía vivo. Y eso, aunque pensara algo de ella que no correspondía a la realidad, le aliviaba el alma.

## *Planta 33 Hancock*

**C**ora llegó a la sala tres minutos tarde. Y esos tres minutos lo cambiaron todo. Tres minutos en los que podría haber salido antes de la azotea. Tres minutos en los que pudo estar antes en la sala y ver el primer encuentro con Morgan y con su abuelo Arnold. Porque Morgan, el mismo que había detenido a Ethan, estaba ahí y era, al parecer, representante de la sociedad MUR, los abogados que gestionaban las cartas del amigo de su abuelo.

Tres minutos en los que podría haberse preparado para el impacto de ver en la misma sala a Ethan, Morgan y Arnold juntos.

Cuando abrió la puerta y se dio de bruces con ellos, ella que era la última en llegar, se encontró con que la cara de Ethan era un poema, al igual que la suya. Cruzaban por sus rostros expresiones de incredulidad, sorpresa, desconfianza, incompreensión...

Cora parpadeó de manera inconcebible, sin apartar la mirada de los ojos plateados del guapísimo y atrevido Ethan, que a su vez, no movía un solo músculo de la cara y no sabía cómo juzgar a la joven. Pensaría lo mismo que ella: ¿qué coño hacían ahí?

Era sorprendente verse allí, en aquella sala de la planta 33 del Hancock, con un abogado de MUR como enlace, y en una reunión que se suponía que

iban a tener su abuelo y ella a solas con el miembro de aquella misteriosa sociedad.

Ethan la miró de arriba abajo y tuvo que reconocer que, aunque su cerebro no podía hilar nada en absoluto ni se asomaba ligeramente al motivo por el que ambos estaban allí, la mujer era muy hermosa, tanto o más de lo que recordaba.

Y sí. La recordaba perfectamente bajo su cuerpo.

La notaba todavía en los dedos.

Y la olía... le encantaba su perfume.

«Joder, Ethan. Relájate», se dijo a sí mismo al notar que respondía de nuevo a ella.

Ella tragó saliva sin poder apartar su atención de él. Se frotó el brazo izquierdo y negó con la cabeza. Era una mujer cabal, ¿cómo no había calculado aquella endiablada posibilidad? Pues sencillamente porque era imposible. ¿Qué probabilidades había de que todos estuvieran conectados?

Ethan se frotó los dedos como si le picaran y entonces, cortó el contacto visual con ella y alzó la carta, mirando uno a uno a todos los asistentes.

—¿Qué es esto? ¿Alguien me puede explicar qué hago aquí?

Cora caminó hasta su abuelo, más nerviosa que nunca, con el corazón a mil por hora, y se posicionó a su lado, tomándolo de la mano y enlazando sus dedos con él, como si fuera el puerto seguro en el que reparar.

Arnold, que todavía no se había quitado la chaqueta, estudiaba a Ethan como si fuera una maravilla.

—¿Qué hace él aquí? —Cora exigió a su abuelo que la mirase.



Arnold medio sonrió y después atendió a su nieta.

—Ahora lo entenderás todo, cariño.

—¿Qué hay que entender? —increpó Ethan tirando la carta sobre la mesa de manera desdeñosa.

—¿Qué haces tú aquí, Ethan? —preguntó Cora sin saber dónde meterse.

—¿Os conocéis? —se dijo Arnold.

Morgan, por su parte, les miraba entretenido.

—Es una larga historia... —dijo ella con la boca pequeña.

—¿Que qué hago yo aquí? —espetó él nervioso—. ¿Y tú, Min?

—Me llamo Cora, ¿recuerdas? Tenemos una reunión con... —desvió sus ojos celestes hasta Morgan—. Con este señor, al parecer.

—¿Tenéis? —él desvió la mirada a Arnold y a ella y al modo en que se cogían de la mano. Pretendía adivinar la naturaleza de su relación. Pero ella era una Dama de Min, así que no tendría más misterio que ese—. ¿Es tu cliente? Un poco mayor, Cora, ¿no crees?

Ella soltó la mano de Arnold y se arremangó la chaqueta de mangas estrechas, entornando los ojos. ¿Insinuaba lo que creía que insinuaba?

—¿Qué has dicho? —replicó horrorizada.

—Lo que has oído.

—¿A ti qué te pasa? ¿Estás enfermo o qué? Estás obsesionado con las prostitutas —se encaró con él.

—Solo quiero entender qué estás haciendo aquí.

—¿De qué os conocéis? —preguntó Arnold inquieto.

Ethan fue a abrir la boca.

—Su joven...

—Cállate —le ordenó Cora colocándose entre ellos.

—Vino a prestarme sus servicios ayer por la noche. Y lo hizo muuuuy biennnnn... —le guiñó un ojo a Arnold y sonrió. Se estaba comportando como un maleducado, pero le daba rabia pensar que esa chica era otra más como las mujeres que se encontraba en la vida nocturna. Puta, escort, golfa... ¿qué más daba? En su ambiente todas se parecían.

—¡Gilipollas! —Cora lo empujó con toda su fuerza, y su cola rubia arremetió hacia todos lados, pero él apenas se movió. Era como un muro de granito—. ¡Estás hablando con mi abuelo! ¡Un respeto!

—¿Tu abuelo? —lo miró de arriba abajo—. ¿Y sabe él que eres una escort?

—¿Escort? —Arnold frunció el ceño—. ¿Eso no es una marca de coche? ¿Qué es esto, cariño? ¿De qué habla? ¿Acaso ayer no estuviste con una amiga de la universidad?

—Míreme, señor —Ethan alzó una ceja negra e insolente—. ¿Tengo pinta de llamarme amiga?

Cora quería morirse ahí mismo y que se la tragara la tierra. Ethan seguía pensando lo peor de ella. Y la estaba avergonzando frente a su abuelo.

—¡No soy una puta! —gritó de golpe enfurecida e indignada.

—¿No? —Ethan sonrió escépticamente—. Pues ayer no lo parecías. Con tu papel de inocente y seductora... —chasqueó con la lengua—. ¿Sabe tu

«abuelo» —marcó las comillas con los dedos— lo mucho que te gustan los islotes de las cocinas?

Cora abrió la boca y los ojos como platos. ¿Podía sentirse más abochornada? Ayer no hizo nada malo. Nunca pensó que estuviera degradándose de ese modo al estar con él. De hecho no imaginó que él la considerase como una cualquiera.

—Perdón que os interrumpa. Pero vas a tener que cuidar más lo que dices —le advirtió Arnold a Ethan al ver lo tensa que estaba Cora—. Es mi nieta y creo que lo qué insinúas no hace que seas un caballero, joven.

—Pues para ser su nieta debería haberle enseñado otros valores, ¿no cree? A ser una dama, por ejemplo. Bueno, eso ya lo es —se corrigió pensando en las Damas de Min.

—¿Debería haber dejado que te tiraras de la azotea, capullo! —señaló Cora indignada. Sus ojos parecían heridos.

—¿Qué has dicho? —Ethan se acercó a ella amenazadoramente. ¿Cómo sabía que estaba en la azotea?—. ¿Por qué sabes que yo...?

—Pirqui sí qui yi...—se burló de él con desprecio—. ¡Te repito que no soy una buscona! Yo... es que yo... —buscaba el mejor modo de explicarlo, pero optó por la verdad—. ¡Llevaba días soñando contigo! ¡Querías suicidarte desde el Hancock! ¡Sabía que lo querías hacer hoy! Así que ayer noche, aprovechando que teníamos esta extraña reunión en Chicago, fui a buscarte y di contigo en ese lugar de gente presuntuosa... «La Madriguera» esa. Quise hablar contigo, conocerte y evitar que hicieras esa locura. Pensé que... ¡pensé que podía hacerte cambiar de opinión! —le gritó desengañada—. ¡¿Por qué ibas a querer matarte?!

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó con voz afilada.

—Te lo estoy diciendo, zoquete —le habló como si fuera tonto—. ¡Lo que pasó entre nosotros no estaba planeado! Pero por lo visto eres un putero, y crees que cada mujer que está contigo te cobra los servicios, ¡¿verdad?! —metió la mano en su bolso negro y sacó el sobre con los tres mil dólares—. ¿Qué pasa? ¿No hay nadie que quiera acostarse contigo si no es a cambio de dinero? —lo desafió dolida por lo que estaba pasando—. ¡Anda, toma! —le tiró el sobre al pecho e Ethan lo cogió con asombro—. ¡No quiero tu limosna! ¡He ido a la azotea a salvarte! Pero este hombre —señaló a Morgan que sonreía como si presenciara un espectáculo de entretenimiento— se me ha adelantado. Y da gracias —dio un paso al frente y se enfrentó a él hasta casi unir nariz con nariz. Los tacones la hacían más alta, aunque a él no le sobrepasaba—. Da gracias, porque si oigo de tu boca todas estas barbaridades misóginas en el terrado, te juro que soy yo quien te tira precipicio abajo —temblaba de la frustración y la rabia—. ¡Imbécil! —le dijo entre dientes—. Y abuelo, por favor —pidió alzando un dedo y cerrando los ojos—. No voy a hablar más de este tema. Lo que pasó anoche, pasó.

Ethan frunció el ceño, confundido por la beligerancia y la claridad de la joven, a la que le temblaba el labio y los ojos enormes le brillaban con dignidad.

Arnold se quedó boquiabierto al oír a su nieta. Y Morgan casi estaba a punto de ponerse a aplaudir.

—¿Soñaste con él, Cora? —su abuelo la tomó del brazo y la acercó a su vera—. Explícame cómo es que has tenido sueños recurrentes con un completo desconocido y no me has dicho nada.

Ella se relamió los labios e intentó calmar su temperamento al que nunca dejaba salir, pero cuando lo hacía, la gente debía ponerse a cubierto. No podía contarles que soñaba con él desde hacía años, porque no quería humillarse más. A ese hombre no le hacía falta que le alimentaran el ego.

—¿Cuándo empezaron los sueños? —continuó Arnold.

—El día que tuve la visión de Fred. He soñado con este... —miró a Ethan de reojo sin demasiado aprecio— payaso desde entonces. Vi la hora, el lugar y el día de su suicidio. Sabía que era hoy.

—¿Me estás tomando el pelo? —susurró Ethan apoyando sus manos en sus caderas.

—Ya me gustaría —musitó Cora decepcionada. Ojalá no hubiera soñado con él nunca.

Arnold intentaba buscar una explicación a todo aquello.

—¿Me estás diciendo que soñaste conmigo? ¿Sabías lo que tenía pensado hacer? —Ethan se acercó como un salvaje hasta ella.

—Sí —contestó alejándose de él.

—¿Cómo es posible? —no cabía en sí de la sorpresa—. ¿Y por qué soñabas conmigo? No nos hemos visto en la vida.

—Esto es increíble —murmuró Arnold pasándose la mano por el pelo blanco. Él sí parecía saber a qué era debido aquella causalidad.

—Bien —Morgan habló para calmar los ánimos de todos y sedarlos con su voz armónica—. Llegados hasta este punto, lo mejor será que toméis asiento todos. Que estéis hoy aquí ha sido deseo expreso de Fred. Él tenía algo que deciros. Para empezar... —se sentó y esperó paciente a que los demás hicieran lo mismo. Como no reaccionaban añadió—. No voy a continuar hasta que os vea a mi alrededor.

Los tres obedecieron. Cora procuró sentarse en la otra esquina, lejos de Ethan. ¡Qué desagradable había resultado ser! ¡Menudo baldazo de agua fría!

—Prosigo —anunció Morgan facilitándole otra carta a Arnold—. Esto es de Fred para ti, Arnold —pero la carta no venía sola. La acompañaba una

caja metálica con inscripciones extrañas en su superficie.

Cuando Arnold la vio, su gesto se tornó melancólico.

—Abuelo, ¿estás bien? —preguntó Cora preocupada.

—Sí. Sí... —suspiró afectado.

—Primero lea la carta —sugirió Morgan entrelazando los dedos de sus manos sobre la mesa de cristal.

—¿Y yo qué hago aquí? —interrumpió Ethan—. Me dijiste que tendría respuestas sobre mi tutor. He bajado aquí porque me habías dicho que...

Morgan le miró paciente.

—Todo está relacionado —contestó cortándolo—. No se apure. Ha esperado veintinueve años a saber la verdad. ¿Qué son diez minutos más?

Ethan alzó una ceja condescendiente y soberbia que hizo sonreír a Morgan.

Arnold sacó la carta del sobre blanco marcado con un sello rojizo con la letra M.

Mientras Ethan y Cora se miraban, ella desafiante y él algo apologético aunque en realidad todavía no convencido al cien por cien de la inocencia de la joven, Arnold, con su serenidad habitual procedió a la lectura. Y lo hizo en voz alta.

*Querido Arnold. Si has recibido esta carta es porque ya no me cuento entre los vivos. Y no creas que ha sido una tarea fácil alargar mi estancia en la Tierra tantos años.*

*Mi misión acarreaba un gran desafío y una gran amenaza constante, que de no ser por la protección de la sociedad Mur, nunca podría*

*haber evitado. Ellos me han mantenido vivo, y también han protegido a los niños. Yo solo no podía haberlo hecho.*

*Como sabes, todo seguía el plan previsto. Por mi parte, ellos quedaban a buen recaudo en la Tierra hasta el día en que fueran reclamados de nuevo. Todo iba bien. Sin embargo, debo decirte que la chica murió cuando tenía diecisiete años. Se empezó a debilitar y su luz se apagó de un modo irreparable. Su muerte fue el detonante para que las circunstancias cambiaran a nuestro alrededor.*

*Los Mur recibieron un mensaje que requería dejar el cuerpo de Evia en una longitud determinada del océano Atlántico, dado que nuestros amigos querían recuperar el cadáver de la joven y no podían permitir que fuera enterrado en el exterior. Eso hice. La dejé en el punto exacto. El túnel se abrió, el velo se rompió de nuevo y ahí una joven del agua la tomó y se llevó el cuerpo sin vida de Evia al interior.*

*Pero aquella rotura de velo fue el detonante para que los Bathory me encontraran.*

*Amigo, ha sido muy complicado desde entonces. Me han dado caza durante doce larguísimos años. He ido cambiando de domicilio y destino con la ayuda de los Mur, pero me cansé de huir.*

*Mi objetivo, que era preservar la seguridad de los niños y guardar la llave, se ha cumplido. Sé que he hecho mi trabajo con éxito.*

*Pero estoy agotado. Estoy tan exhausto, Arnold. No me ha dado el cuerpo y el alma para más. Por eso, con los Bathory pisándome los talones, he decidido acabar con esto. El tesoro que poseemos es demasiado grande, y no voy a permitir que lleguen hasta Ethan cogiéndome a mí.*

*Por eso me sacrificué. Ellos estrechan el cerco con todos los medios a su alcance. Y sabes que tienen muchos. Tampoco puedo permitir que lleguen hasta ti.*

*Así que, debes de ser consciente de que cuando me quite el anillo, como nos dijo el Sabio, su energía creará una pequeña onda expansiva. Y actuará como un pequeño activador. Y todo se precipitará. Ellos lo saben. Los Bathory también.*

*Si todavía no has recibido noticias de nuestros amigos, te cedo el honor de proteger a Ethan y la llave hasta que por fin tengamos el contacto deseado.*

*Él es un rebelde, un reaccionario de carácter algo airoso, pero es así porque ha sufrido mucho, y su naturaleza le ha tenido inmerso en un gran conflicto interior que aún no sabe regular. Dudo que en la Tierra pueda hacerlo. Por eso espero que recibas noticias del interior y que lo reclamen lo antes posible. Porque los Bathory están cerca, Arnold, y ya les hemos burlado lo suficiente. Ahora estamos en desventaja.*

*Dicho todo esto, me despido de ti con dolor en mi corazón, pero alivio en mi alma. Espero que hayas encontrado a ese maravilloso canal del que la señorita Orsic te habló. Por el momento, es la única vía de comunicación real que tenemos. Y si el efecto de desprenderme del Athlán es el que dijeron, su energía ha podido activar muchas cosas. Lo bueno y lo malo.*

*Espero que Ellos se comuniquen pronto contigo, Arnold. Ethan no puede continuar expuesto. Es demasiado arriesgado para todos.*

*Te quiero, amigo.*

*Te veo en la próxima vida.*



*Fred*

Cuando Arnold acabó de leer la carta, todavía compungido por lo que Fred le decía, no vio venir a Ethan, que se la arrebató de las manos iracundo.

—¿Pero esto qué mierda es?! —exclamó nervioso oteando el folio—. ¿Por qué está hablando de Evia así?! ¿Qué tiene que ver este Fred con usted?! —apremió hecho una furia. ¿Quiénes eran esos? ¿Cómo se atrevían a mencionar siquiera a su chica?—. ¿Dónde está el cuerpo de Evia?! —Sujetó a Arnold por la pechera y lo levantó de la silla, ante el miedo de Cora y la atención de Morgan, que no se inmutaba. Sus ojos plateados se iluminaron y de repente cambiaron a una tonalidad violácea. Arnold los miró con fascinación, como el que recordaba algo que siempre le había gustado—. ¿Qué han hecho con Evia?!

—¿Ethan! —le gritó Cora a su espalda, que también estaba consternada—. ¡Suelta a mi abuelo ahora mismo!

—¿No hasta que no me digan de qué va todo esto! ¿Dónde está Evia?! —parecía fuera de sí.

—Ethan, te lo voy a contar todo —Arnold lo sujetó por las muñecas para transmitirle tranquilidad—. Muchacho, cálmate.

—¿Me lo va a contar ahora mismo o ninguno de los que están aquí saldrá de esta sala jamás! ¿Me oye?! —su cara era el vivo reflejo de la ira.

Cora posó su mano en el antebrazo duro de Ethan. Este la miró y respiró por la nariz como un toro mosqueado.

—No te va a contar nada hasta que no le sueltes —la voz de Cora y su manera de mirarlo le hicieron entrar en razón—. Por favor —le pidió nerviosa—. Suéltale.

Finalmente, Ethan dejó de nuevo a Arnold en su silla. Este se recolocó el cuello de la camisa y el cardigan.

—Eres fuerte —reconoció Arnold carraspeando.

—¿Y tú? —Ethan ignoró a Arnold y esta vez se enfrentó a Cora. Exigía respuestas y no comprendía cómo ella estaba en aquel lugar. La tomó del antebrazo con fuerza y esta se quejó.

—¿Qué haces? ¡Me haces daño! —intentó que la soltara.

—¡Me vas a contar todo lo que sabes! ¡¿Me oyes?! ¡¿Dónde está el cuerpo de Evia, atajo de usurpadores de tumbas?! ¡¿Qué le habéis hecho?! —vociferó dándole igual si la asustaba o no.

—¡Yo no sé nada! —le gritó a la cara—. ¡Ethan, me haces daño!

—¡Suéltala! —le ordenó Arnold enfadado, sacando una pequeña pistola —. ¡Ella sabe lo mismo que tú!

—¡Ethan, te estoy diciendo que no sé nada! —luchó para que le devolviera el brazo, pero en el último tirón perdió toda la fuerza y se quedó mirando el reflejo del enorme cristal de la ventana del rascacielos que mostraba una parte de Chicago luminosa con el lago de fondo. Había oscurecido y podía ver a la perfección su propio reflejo. Y justo por eso, vio la imagen de otra mujer que no se encontraba allí, con ellos.

La imagen de una mujer conocida. Ella siempre la había llamado «abuela».

—¿Qué...? —susurró sin poder parpadear. La mujer andaba hacia ella y parecía levitar sobre el agua.

—¿Cora? —preguntó Ethan.

Y de repente, su cuerpo empezó a convulsionar. Dejó de ver a la mujer en el cristal, pero sí escuchó su voz al tiempo que su cuerpo era preso de repetidos temblores.

Todos se asustaron al ver a la joven en aquel estado catatónico. Cora se desplomó en brazos de Ethan, que sorprendido, la sostuvo.

—No le he hecho nada —se defendía Ethan extrañado—. Lo juro.

—¡Aparta! —le ordenó Arnold tomándola del rostro—. ¿Cora? Cariño... ¿Cora?

Morgan apareció tras ellos con mirada circunspecta, analizando la reacción de la chica.

—Estará bien —le ofreció un vaso de agua a Arnold—. Dáselo cuando entre en sí.

Pero ella ya no oía nada. Solo sentía la voz de la mujer en su cabeza que le decía:

«Cora, tenéis que traer a Ethan al interior. Ya no hay tiempo. Daos prisa. Arnold sabe cómo llegar hasta nosotros. Que haga uso del medallón. No os demoréis. Es urgente».

«¿A-abuela?».

«No podemos hablar ahora. No es seguro. Haz lo que te he dicho».

***En algún otro lugar de Chicago***

Lillith Bathory, descendiente de la conocida Condesa Bathory, debería contar en la actualidad con ciento diez años, pero sus conocimientos en genética y su rechazo a la vejez, la mantenían como una mujer todavía joven, de unos cuarenta y cinco años, con la piel tersa y blanca, el pelo negro y espeso, unos ojos grandes y negros y una sonrisa espléndida que procuraba no mostrar para que no le salieran arrugas.

Durante casi treinta años, ella junto a su compañera Sisé, no habían cesado la búsqueda de los dos bebés Sirens que les quitaron de las manos cuando salieron del mundo mágico. La sociedad Bathory y un reducto más extremista de la sociedad Thule se habían unido para estudiar y hallar las debilidades del ser humano, y potenciarlas solo en su beneficio. Y para ello no importaban los métodos. Solo el fin.

Sabían que Fred se hacía cargo de los niños, por eso a Arnold nunca le prestaron demasiada atención, aunque lo cierto era que desde que salieron de la metrópolis, nunca dieron con su rastro. Evidentemente, estaban protegidos por ese clan amigo y ancestral de los Sirens, los Mur, que se encargaban de eliminar pruebas y borrar huellas a su paso.

Pero ella también se hacía servir de toda la logística a su alcance para dar con ellos. Y había tardado mucho, pero al final, había cumplido sus propósitos.

Una semana atrás, Sisé salía de una de sus sesiones de meditación y psicografías eufórica porque había captado algo muy poderoso. Pensamientos, una conexión con alguien habilidoso en cuanto a poderes mentales. Vio a Fred muriéndose, y captó una idea, un lugar: Chicago. Y ahí se encontraban, reunidas en un rascacielos, sin más mobiliario que una alfombra de pelo blanco en el suelo, y unas vistas panorámicas de la ciudad.

Lillith, cruzada de brazos, vestida como una ejecutiva, se había recogido la melena en un moño alto, y contemplaba la ciudad del viento, impaciente por saber más. Pero ella no era la receptora de aquella dupla femenina. Ella solo ponía los medios y buscaba fórmulas. La que hacía el trabajo mental era Sisé, la Vríl, que estaba sentada en posición de loto, con los ojos cerrados, y las manos laxas sobre las rodillas, meditando para canalizar información. Su pelo adquiría tonalidades tintas, llevaba su inequívoca e inconfundible cola alta para recibir mejor la información y vestía con mallas negras, botas altas de tacón y una blusa roja, que contrastaba con la palidez de su piel.

Ambas eran muy blancas.

Lillith jugaba con una abalorio entre sus dedos, un dado metálico de puntos marcados en rojo. Un regalo de su padre, un siglo atrás, para que nunca olvidara que la vida la ganaba quien sacaba el número más alto. Por ahora, ella, como humana, ganaba por goleada. Sus ciento diez años así lo decían. Pero quería más. Muchos más, y hasta que no diera con los Sirens, no conseguiría su propósito.

—Lillith.

La voz de Sisé la sacó de sus pensamientos.

La Condesa miró a su amiga por encima del hombro, esperando buenas noticias.

—Los tengo —Sisé sonrió abriendo sus ojos oscuros.

—¿Tienes huellas que seguir? —habló en el argot de las antenas como la Vríl.

—Creo que sí.

Lillith volvió a mirar al frente, al lago Míchigan que tenía delante, impassible y sereno, desconocedor de lo que tenía lugar en su ciudad. Jugó

con el dado entre los dedos y convino:

—Prepara a los chicos. Llévate a seis de ellos. Y tráenos a los Sirens, y al viejo Arnold —sonrió compasiva—. Tiene algo que me pertenece. Ha llegado el momento de que nos devuelvan lo que nos arrebataron.

Esos milagros de la evolución deberían estar en manos de personas que pudieran aprovecharlos y que sacaran partido de ello. Y ella era la persona indicada para tamaña labor.

Sisé se levantó de la alfombra, satisfecha con su hallazgo, y asintió para obedecer las órdenes de la Bathory.

Ella también deseaba ver con sus propios ojos de qué canal que, por cierto, no se protegía, recibía esos mensajes.

Y no iba a tardar nada en averiguarlo.

Cora se incorporó como si se ahogara y necesitara oxígeno. Aterrada, asustada por la fuerza y la verdad de las imágenes que había visto. Apartó a Ethan de un empujón y se lo sacó de encima, buscando el cobijo de su abuelo. No quería que ese hombre la tocara pensando todas esas cosas de ella.

Tomó de los brazos a su abuelo, y abrió sus ojos claros y felinos para decirle:

—¡La he visto! —tragó saliva—. ¡He visto a la mujer! ¡A la mujer del espejo!

—¿Has visto a tu abuela? —preguntó consternado e ilusionado. Él también quería volver a verla algún día.

Ethan intentaba seguir la conversación, sentado en el suelo a causa del empujón. Pero no lo lograba. Miró a los cristales en busca de esa mujer, y no

encontró a nadie más. Frunció el ceño y sacudió la cabeza. Esa chica estaba como una cabra. Todos allí lo estaban.

—Os prometo que si esto es una broma —les advirtió—, os mataré a los tres. Y será lo último que haga, os lo aseguro — dijo entre dientes.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Arnold ofreciéndole el vaso de agua a Cora, aunque esta lo rechazó.

—No quiero agua —se negó ella.

—¿Qué tal un antipsicótico? —la molestó Ethan.

—¿Qué tal si te vas a la mierda? —replicó ella como una fiera.

Ethan medio sonrió al tiempo que se levantaba.

Aunque a ella el comentario le hizo daño, se concentró en su abuelo, el único que sabía lo que le pasaba.

—Me ha dicho que hay que llevar a Ethan al interior. Que no hay tiempo que perder, y que tú sabes cómo hacerlo.

—No me vais a llevar a ningún sitio —aseguró Ethan rotundo, cruzándose de brazos.

Arnold cerró los ojos satisfecho y después ayudó a su nieta a levantarse.

—Dame unos segundos —pidió tomando asiento de nuevo alrededor de la mesa. Tomó la caja metálica, la acercó a él y a continuación, apoyó su rostro entre sus manos y se quedó en esa posición durante un tiempo.

Cuando Cora lo vio así, sintió un nudo en el pecho.

—¿Abuelo? —le preguntó acuclillándose al lado de él y posando su mano calmante en su espalda—. ¿Qué está pasando?

—Siéntate, cariño —le pidió apartando su silla a su lado—. Hay cosas que no sabes. Ni tampoco él —señaló a Ethan con un golpe de barbilla—. Nos tenemos que ir, pero antes tengo que hablaros de esto.

—Olvídese de mí, viejo —espetó Ethan con desprecio, como si estuviera al margen de la reunión—. No pienso ir a ningún lado. Y les voy a denunciar. Quiero el cuerpo de Evia, ¿me han entendido? —les desafió—. Tengo medios suficientes como para hacerles la vida imposible. Incluso les podría hacer desaparecer si...

Morgan lo señaló con el dedo y el cuerpo de Ethan salió disparado por la sala, hasta sentarlo en el otro extremo de la mesa.

Ethan, estupefacto y perdido, no daba crédito. Intentaba moverse y le era imposible.

¿Qué había sido eso? ¿Se lo había hecho el negro? ¡No! ¡No era posible!

—Ethan, discúlpame por mis modales —Morgan se colocó a su espalda y acercó su silla a la mesa con un golpe seco y no permitiéndole que moviera los brazos.

—¡Joder! ¡Telekinesia! —espetó Cora abrazándose a su abuelo por la impresión.

—Necesito que te calles y que escuches lo que tienen que decirte —Morgan informó a Ethan dándole un leve golpecito en la espalda—. Y no te esfuerces. No te moverás de aquí hasta que él no termine. Lo que tiene que decirte es muy importante. Es sobre ti. Sobre Evia. Y sobre Cora.

—¿S-sobre mí? —Cora aún no había podido cerrar la boca y se había abrazado a su abuelo ante tal alarde de poder paranormal—. ¿Qué está pasando aquí? —canturreó histérica.



Arnold miró a Morgan y este asintió con la cabeza, como si le diera permiso para hablar y revelar la verdad.

Una verdad que cambiaría su mundo conocido, para abrirle las puertas de otro más grande y mágico de lo que jamás hubieran imaginado.

# 11

No te preocupes por Ethan, Arnold —aseguró un calmo Morgan. Ese hombre parecía tener control sobre todo—. No te interrumpiré. Explícales a los chicos lo que tienes que explicarles. Y cuando acabes, nos pondremos en marcha —ni siquiera parpadeó cuando lo dijo—. Todos hemos oído lo que ha dicho tu nieta. No hay tiempo que perder, ¿me equivoco?

A Cora le transmitía paz, pero también la ponía nerviosa, porque todo él era un misterio. Además, había movido el cuerpo de Ethan a su antojo. Tenía poderes mentales muy desarrollados. ¿Quién era?

—Tienes razón. Ya no lo hay —asintió Arnold acariciando la caja con sus dedos—. Bien... —había llegado el momento de contar su historia, de revelar toda la verdad, todos los secretos, y nunca pensó que llegaría un punto en el que no sabría cómo empezar. ¿Cómo les contaba todo lo vivido? Era demasiado increíble. Demasiado intenso.

Su Cora esperaba oírlo con gran expectación y miedo. La joven no sabía a qué atenerse, desconocía todo sobre sus antepasados y sobre su familia.

Ethan estaba rojo como un tomate, luchando contra la inmovilización mental de Morgan. Era un guerrero. Estaba en su sangre el no rendirse jamás, por eso se desistía a la subyugación.

Y Morgan, el Mur. La Sociedad MUR... pensaba Arnold para sí. Ellos eran los que protegían los secretos de sus amigos foráneos. De ellos, de los protectores del exterior, les hablaron una vez en el interior, y aseguraron que si necesitaban ayuda ellos siempre estarían allí, velando por su seguridad. Pero Arnold nunca los había visto. No tuvo nunca la oportunidad de hablar

con ninguno de ellos. Y aquella era la primera vez que se encontraba con un protector cara a cara. Y por lo que Morgan le había hecho a Ethan, tenía poderes, sin duda, como la gran mayoría de los intraterrenos.

—Conocí a Fred en Harvard —empezó Arnold—. Él era un estudiante Francés que se especializaba en Historia Antigua de las Civilizaciones. Y yo era Arqueólogo. Encajamos desde el principio. Él se convirtió en mi mejor amigo y yo en el suyo. Además, nuestras carreras tenían un hilo en común: ambos estábamos fascinados con la búsqueda de una metrópolis, mitad mito, mitad realidad. Siempre nos fascinaron las leyendas... una en especial. La existencia de Poseidonia —Arnold desvió la mirada hacia su nieta—. Atlantis, Cora.

—¿Atlantis? —susurró ella todavía temblorosa por su colapso y su comunicación con María.

—Nuestro anhelo era dar con los restos de esa mítica ciudad. Queríamos ir en su búsqueda pues estábamos convencidos de que existía. Pero no teníamos dinero para las exploraciones ni para la logística que necesitábamos para ello. Nuestros sueños, eran eso, solo sueños —se encogió de hombros—. Hasta que un día, conocimos a Lillith... Lillith Bathory, una estudiante de intercambio que estaba especializándose en biología y genética. Ella se ofreció a colaborar con nosotros, porque estaba interesada en encontrar la evolución de la cadena de ADN humano en el tiempo, y esperaba que en las localizaciones encontráramos algún cuerpo en nuestras excavaciones. Los tres nos hicimos muy amigos. Ella era una mujer muy lista, muy ambiciosa, y sabía lo que quería y cómo conseguirlo. Gracias a su familia Bathory y a su poder económico realizamos cientos de viajes, recolectando pruebas sobre la existencia de esa ciudad tan maravillosa y de sus habitantes. Ganamos muchísimo dinero con las reliquias halladas. Nuestra fortuna, Cora, tiene origen en esos tesoros.

—Entiendo —murmuró ella frotándose el brazo y mirando de soslayo a Ethan, que había dejado de luchar. Se había puesto hecho una fiera al oír el

nombre de esa chica. Evia se llamaba. ¿Por qué? ¿Murió y se llevaron su cuerpo? No entendía nada. De alguna forma, la irrupción de esa chica en Ethan no le gustó.

—Algunas las vendimos por millones a los museos —prosiguió Arnold— otras nos las quedamos nosotros. Con el paso del tiempo dejamos de necesitar el dinero de Lillith, pero para entonces, ella se había obsesionado con Atlantis como nosotros, y acabamos en la búsqueda juntos. Sabíamos que la ciudad era real cuando encontramos una confirmación de su existencia. Nos guiamos por unas tablillas inéditas de piedra que encontramos en el lago Titicaca, que relacionaban a los supervivientes de la Atlántida con Egipto. Decían que tras el diluvio muchos se repartieron por todo el orbe para transmitir su conocimiento, pero uno, sobre todo, provocó el cambio evolutivo en la humanidad. Le llamaban *b-ot*. *b-ot* el Atlante. En esas tablas de piedra se mencionaba que *b-ot* y algunos atlantes más habían decidido recorrer la tierra después del diluvio para ayudar a la humanidad. Y que su primer reducto de culto, uno de los más poderosos, fueron las pirámides de Egipto, en la meseta de Gizeh. Lillith, respaldada por su familia poderosa, tenía contactos en todos lados y consiguió un permiso para excavar en la meseta a cambio de pagar al gobierno egipcio, obviamente. Así que, contando con casi cuarenta años, emprendimos la búsqueda en las pirámides. En ellas, en las capas más antiguas sin explorar de la base de la pirámide de Keops, encontramos un sarcófago dedicado a un faraón sin nombre. Un faraón distinto. Uno de piel pálida y pelo negro rojizo con ojos azules que miraban al cielo.

—¿Un faraón caucásico? —dijo Cora muy extrañada. Los egipcios no eran así.

—Sí. Extraño, ¿verdad? Un dios desconocido con alas y cola de pez.

—¿Y abristeis el sarcófago?

—Sí. Pero su interior estaba vacío. Excepto por esto — apoyó las manos en la caja—. El sarcófago está oculto en el museo privado de unos amigos. Pero observamos que el interior se había recubierto por una mezcla de estaño y germanio, una hibridación a través de la cual podían interactuar los aislantes de Mott, capaces de ser aislantes y conductores al mismo tiempo, convirtiendo el sarcófago en un campo electromagnético interno que protegía el único objeto que había en él. Como si quisiera evitar o anular la señal del objeto. Estábamos hablando de conocimientos avanzados en física, en una época con un supuesto retraso de más de trece mil años... —sacudió la cabeza, recordando la sensación de asombro que les recorrió al hacer aquel descubrimiento—. No habían sarcófagos como aquel. Era imposible. Aquel sarcófago no era normal. Así que supusimos que lo que fuera que protegía, a lo que fuera que bunkerizaba, era algo muy poderoso.

—¿Y qué era? —preguntó con interés.

—Era este cofre, recubierto por la misma combinación de metales en su interior.

—¿Y qué había en el interior del cofre? —Cora clavó su mirada en aquella caja lisa de extrañas letras cuneiformes.

—Un medallón. Pero no era un medallón cualquiera —alzó el dedo para ser más incisivo—. Era un medallón que funcionaba como una llave. Una llave que abría las puertas de otro mundo —estudió a Ethan.

—¿Qué mundo, abuelo?

—Analizamos el medallón —evitó contestar su pregunta—.

Estaba formado por una aleación de metales plateados y dorados desconocida, parecida al de la caja. Era circular, formada por un Uróboros con ojos purpúreos. Y alrededor del cuerpo del Uróboros había una serie de doce símbolos, y detrás del medallón lucían grabados unos números en

amerindio, seguido de unas palabras en *Maayat' aan*. Fred y yo conocíamos el lenguaje, y nos habíamos convertido en expertos en escritura y símbolos antiguos, por tanto, sabíamos traducirlo. Los números indicaban una longitud y una latitud, que nos llevaba a un archipiélago al norte de África, muy cerca de las costas de Marruecos y del Sahara. ¿Recuerdas lo que decía Platón sobre la Atlántida? Te lo leía de pequeña —la animó a recitarlo.

—Más allá de las columnas de Hércules...

—Sí. En el Océano Tenebroso, en los límites del mundo conocido... Muchos coincidían en que era el lugar de las islas Canarias. Y nosotros tres fuimos hacia allí, en una expedición secreta, para llegar al punto exacto que marcaba el medallón. Para cuando nos dimos cuenta, nos habíamos metido de lleno en un barranco en las cercanías de Güimar. A ese lugar se le llamaba «El barranco de Badajoz» y le precedían antiguas leyendas un tanto paranormales, de desapariciones, luces extrañas y avistamientos de islas de cristal que no existían... Nosotros no habríamos sabido nunca qué buscar ni hacia dónde dirigirnos si no fuera porque el mismo medallón nos guiaba haciendo mover la cabeza del Uróboros como si marcara el Norte.

—Espera un momento, abuelo —lo cortó Cora meneando la cabeza—. ¿De qué año estamos hablando?

Arnold suspiró. Se veía nervioso e incómodo.

—Estamos hablando de 1947, Cora.

Ella dejó caer los párpados y lo miró como si hubiera dado un dato erróneo.

—Debes de estar equivocado. Sabes que esa fecha no puede ser correcta. Si tú en el año 47 tenías casi cuarenta años, hoy... setenta años después tú... tú... —abrió los ojos de par en par y se levantó de la silla atónita—. No puede ser... no es posible.

—Siéntate, cariño. Deja que te lo explique.

—¿Por qué no estás muerto? —palideció.

—Cora, está bien, deja que te lo cuente...

Ella continuaba negando nerviosa hasta que la voz de Morgan la hizo entrar en razón.

—Cora, ¿quieres que te sienta como he hecho con el joven Ethan? —era una advertencia en toda regla.

No lo podía entender, no le encontraba sentido, pero fuera como fuese... necesitaba seguir escuchando el relato de su abuelo, a pesar de que le pusiera la piel de gallina y de que la convirtiera en alguien insegura y temerosa.

Se sentó de nuevo, sin dejar de temblar, pasmada por aquel cuento o fábula de Arnold.

—Nos metimos en el interior de las minas hasta las galerías de agua del barranco, y nos internamos por un túnel subterráneo, Cora —lo explicaba de un modo que parecía que aún estaba ahí. Viviéndolo—. Al final del túnel, nos encontramos con una pared, lisa, demasiado para las características del pasaje, y que nos impedía seguir avanzando. Pero entonces vimos que había un orificio en el muro. Un orificio circular, no perfecto, con trozos de piedra más salidos que otros. El medallón encajaba perfectamente en él, incluso en sus muescas laterales, pero había que hacerlo virar de una manera correcta, como se giraría ahora la rueda de una caja fuerte. La inscripción en *maayat' aan* decía: «donde llegue el agua habrá energía para crear vida». Los símbolos que había alrededor del Uróboros eran glifos lunares. Tres de ellos significaban agua, energía y vida —enumeró—. Así que movimos al uróboros posando la cabeza en los glifos correspondientes.

Se hizo un silencio que Cora no supo aguantar.

—¿Y entonces?

—Entonces... una potente luz que emergió de aquel relicario mágico nos cegó por completo, y sentimos que caímos al abismo, como si el interior de la tierra nos absorbiera. Nos mareábamos y flotábamos en todas direcciones. Hasta que, segundos después, de nuevo palpamos tierra firme bajo nuestros cuerpos —exhaló el aire por la boca y sentenció—. Y cuando abrimos los ojos de nuevo... ya no estábamos en aquel túnel sucio y mugriento del barranco. Nos encontrábamos en la metrópoli más hermosa y espectacular que ha podido existir en nuestro planeta. Algo increíble. Asombroso... un lugar hecho de fantasía y leyendas. Se trataba de un reducto de lo que había sido otra civilización. Otro universo —se fijó en Morgan que sonreía conocedor de sus secretos—. Un lugar en el que todavía había mucha vida. Yo le hubiera llamado Poseidonia o Atlantis, pero no se llamaba así. Aquel lugar era reconocido por sus habitantes como «Sirens». De hecho, así se llamaban los que vivían en ella.

Ethan hacía rato que había dejado de pelear para, hipnotizado por el modo de narrar de Arnold, escuchar cada palabra de su boca.

Estaba cabreado, pero cada vez se sentía más curioso. ¿Estaban hablando de un mundo en el interior de la Tierra? ¿En serio? ¿Qué coño tenían que ver él y Evia con esa historia más propia de Verne que de un viejo como Arnold? ¿Sirens? ¿Sirenos? No sabía si reírse o ingresarlos en un psiquiátrico a todos. Sí. Eso haría. Los metería en un centro de salud mental.

Cora, en cambio, ya había dejado de juzgar para simplemente oír lo que tuviera que decir su abuelo. Cuando acabase su narración, ya decidiría qué hacer con su vida. Si es que alguna vez podía volver a ser la de antes después de todo aquello. A lo mejor valoraría meterse en un convento de clausura y desaparecer.

—Sirens —repitió Cora algo escéptica—. Continúa, por favor.



—Jamás te he mentado, Cora. Sé que debe parecerse una locura, que nada de lo que digo es verdad, pero tenéis que escucharme. Debéis hacerlo, porque os incumbe, a ti y a Ethan. ¿O acaso todavía crees que haber soñado con él estos días es fruto de una caprichosa casualidad? —la tomó de la mano—. No lo es. Y me alegra que me lo hayas dicho, porque así podrás creer todo lo que me queda por contarte.

—Continúa —repitió ella cerrando los ojos en desacuerdo—. Quiero que acabes la historia.

Arnold asintió lamentando el estado emocional de su nieta. Sabía que iba a ser un *shock*, pero solo esperaba que se pudiera paliar todas sus consecuencias.

—Allí, en Sirens, conocimos a sus habitantes. Eran supervivientes de la Atlántida. Convivimos con ellos. Nos enseñaron todo sobre sus costumbres, sobre quiénes eran, de dónde venían...

—Cuéntamelo —le ordenó Cora con los ojos vidriosos.

—No puedo hablaros de ello. Las leyes dictan que solo un siren puede introducirte en su mundo. Que la información venga de otro se considera herejía. Y ellos se enterarían.

—¿Qué dices? ¿Cómo se iban a enterar? —dijo incrédula abriendo sus ojos claros con escepticismo.

—Porque ellos están al corriente de todo. De todo —repitió con mirada circunspecta—. Lo que os estoy contando es extremadamente delicado y confidencial.

—¿Y él? —Cora señaló a Morgan—. Él se está enterando de todo.

—Me temo que Morgan sabe mucho más que yo de todos ellos —asumió misteriosamente.

El Mur no dijo ni que sí ni que no, solo continuó mirándolo sin parpadear con aquellos ojos tan azules que casi parecían blancos.

—Estuvimos en la ciudad intraterrena muchísimos años, Cora...

—Me parece de ciencia ficción —murmuró ella sujetándose el puente de la nariz. Pero al mismo tiempo le parecía fascinante. Ella era, entre otras cosas, parapsicóloga. Todo ese mundo debería volverla loca de la alegría. Y en cambio, al verlo tan próximo, no estaba siendo todo lo accesible que se hubiera imaginado.

—Y lo dice la chica que me encontró por un sueño —espetó Ethan de manera antipática.

—¿No le habías hecho que se tragara la lengua o algo así? —Cora increpó a Morgan.

—No hago esas cosas —contestó el Mur.

—Pues deberías —musitó disgustada.

Ethan alzó una ceja negra y perfecta y no contestó.

—¿Qué hicisteis todos esos años en ese lugar? —preguntó Cora a Arnold.

—Aprender. Conocer la verdad. Fue allí donde conocimos a otros humanos que, como nosotros, habían encontrado ese mundo. Entre ellos una mujer llamada María Orsic, una telépata alemana de la orden de las Vrill, declarada desaparecida en 1945. Esta mujer afirmaba estar en contacto con mentes más evolucionadas fuera de la tierra que nada tenían que ver con las humanas. Aseguró que esas "consciencias" le dieron las directrices para construir una máquina voladora que podía cruzar el umbral del espacio y del tiempo y viajar entre dimensiones. Dicen que ella y sus Vrill ayudaron a elaborarla y que finalmente la usaron. Entonces María desapareció del mapa —narró de

manera críptica—. Y fue a parar a Sirens, donde la acogieron, le mostraron su mundo y aprendió a vivir en él y a formar parte de su red de protección.

—María Orsic... —susurró Cora—. ¿María? ¿Mi María? —quiso cerciorarse. ¿Era la misma mujer que veía en los espejos cuando era niña?

—Sí. Tu María. La que haces llamar tu abuela —confirmó Arnold con tiento—. Ella, y muchas otras personas importantes encontraron *sirens*. Porque las puertas de este mundo pueden abrirse para los que de corazón lo quieren ver. A los que quieren creer. A los que comprenden qué hay que hacer y cómo se debe ser.

—¿Y qué tiene que ver ella conmigo? ¿Por qué me hablaba? ¿Cuánto tiempo estuvisteis allí? —se sentía un tanto abrumada por todo, pero sus ansias de encontrar respuestas y de saber podían más que sus reparos.

—Antes de nada, déjame contarte lo que pasó. Estuvimos años obteniendo sabiduría de los sirens. Años, décadas de la Tierra —corrigió— en las que crecimos como seres humanos. Donde comprendimos quiénes éramos y cuál era nuestra función. Lillith, Fred y yo fuimos acogidos entre otros muchos por esta maravillosa civilización. Una civilización cuya historia nadie conocía a ciencia cierta, y cuyo objetivo todavía intentaban cumplir, aunque esta vez debían hacerlo ocultos de los ojos y del juicio humano. Pero un día, en una de sus celebraciones —explicó con gesto arrepentido— los sirens fueron traicionados por uno de nosotros. Por Lillith Bathory. Ella lo desembocó todo. Es culpa de ella que Ethan esté aquí.

Él no movía ni un músculo. Esta vez, solo escuchaba, pendiente de lo que tuviera que decirle Arnold. Su pelo negro caía alrededor de su masculina cara, y sus ojos, enmarcados por larguísimas pestañas oscuras, titilaban desafiantes.

—¿Qué hizo? —quiso saber Cora mirando a Ethan de reojo.

—Sucedió una noche en la metrópolis. Uno puede entrar a sirens de dos maneras: con llave o sin llave. Si entras sin la llave circular, a la que ellos llaman *ch' ootob*, solo puedes hacerlo encontrando un atajo, un agujero dimensional en la tierra por el que poder entrar. El mundo tiene muchos abiertos... En cambio, de Sirens no se puede salir sin llave o si no te acompaña un sabio. Debes abrir las puertas desde dentro para poder huir. Nosotros —explicaba con gesto pesaroso— no hubiéramos salido jamás de allí. Pero Lillith se alió con una de las Vrils del interior, amiga de Orsic. Se hacía llamar Sisé. Lillith estaba muy interesada en el ADN de los sirens. Buscaba las claves de la inmortalidad, de la eterna juventud... Allí le transmitieron muchos conocimientos pero ella, ávara de más, tomó una decisión muy arriesgada. Robó a dos bebés sirens sabiendo que ningún miembro del interior podría salir. Un niño y una niña llamados Ethan y Evia.

—¿Cómo lo hizo?

—Salió de la ciudad con nuestro medallón, acompañada de Sisé y huyó de aquel lugar. Cuando los sirens detectaron que faltaban dos bebés, dieron la voz de alarma. Sin embargo, ellos habían firmado un pacto milenios atrás, uno de no interceder directamente con la humanidad, de no cambiar los acontecimientos de manera premeditada. Así que Fred y yo decidimos ir en su busca. Nos advirtieron que al salir de Sirens, ya no volveríamos a entrar y que el tiempo y el espacio cambiaba súbitamente y todo se aceleraba. Los años que habíamos pasado en su interior, se nos caerían encima de un plumazo, a no ser que lleváramos sus anillos —alzó la mano, abrió los dedos y le mostró su alianza—. El Athlán —confesó—. Estos anillos atlantes nos protegían de envejecer, pero no así a Lillith, que no llevaba ninguno. Las órdenes de los sacerdotes sirens fueron recuperar los cuerpos de los bebés y sacarlos al exterior. Protegerlos de Lillith, de Sisé y de sus respectivas órdenes. Debíamos tutelarlos y mantenerlos a salvo y vivos, creciendo entre los humanos. Fuimos en busca de los niños. Las dos mujeres no pudieron salir del interior de las grutas que daban a la tierra... sus cuerpos habían mutado, haciéndose viejos y lentos tomándoles por sorpresa. Conseguimos

recoger a los dos bebés y los arrancamos de las manos débiles de Lillith y en la superficie nos dividimos, sabiendo que nunca más podríamos regresar a Sirens a no ser que recibiéramos un nuevo permiso. Un nuevo aviso. Mientras tanto, teníamos un cometido: Fred se haría cargo de los niños y del medallón, y se encargaría de cuidarlos y protegerlos siempre, dándoles en cada momento lo que necesitaran. Les metió en el orfanato Lostsoul de Portland, alejándose de las ciudades más caóticas y requisó el medallón — apoyó la mano sobre la caja metálica.

—¿Y tú? —Cora se había metido de lleno en la narración—. ¿Qué hiciste tú? ¿Cómo ibais a recibir nuevo aviso?

—Bueno... yo debía ir en busca de la antena receptora. Una niña con las capacidades telepáticas de las Vril. Una pura. María Orsic me dijo que te encontrara, Cora —su voz bajó un tono—. Ella había captado señales telepáticas muy fuertes de una niña no nata. Su madre se llamaba Helena y compartía línea de sangre con ella. Me dijo que te buscara, pero tardé bastante tiempo en localizarte.

—¿Por qué?

—Tu madre murió en el parto, el hospital en el que estabas fue arrasado por un incendio y todos los datos de las pacientes desaparecieron. Fue como perseguir a un fantasma. La cuestión es que, de recibir noticias de los sirens, tú serías quien lo hiciera, porque ni Evia ni Ethan eran capaces de captar esas señales. No podrían. Sus capacidades no emergerían sin una especie de iniciación que solo se da en Sirens. Y estando en el exterior, en la tierra, ellos nunca podrían establecer ese contacto con los suyos.

—¿Pero yo sí? —susurró.

—Sí. Así es.

—Porque soy una Vril —ratificó.

—Exacto. Eres una Vril.

—¿Y por qué dejé de verla? —no lo comprendía—. De pequeña la veía. En los espejos... y de repente María se fue —se emocionó—. Me dejó sola.

—Te hacía daño. Al parecer tus habilidades te ponían en peligro, no estabas preparada y decidieron cortar la comunicación. Además, Lillith contaba con Sisé y con más mujeres con dones y no cesaría en rastrear todo tipo de señales mentales. Mientras Evia e Ethan seguían en Lostsoul, tú vivías conmigo aquí y te formabas a nivel intelectual. Aprenderías a desarrollar tus aptitudes, como has hecho y esperaríamos a que por fin se retomara el contacto y nos avisaran para devolverles a los dos sirens. Pero por lo visto, el que Fred se quitara el Athlán del dedo activó algo. Como si fuera un despertador —intentó dar una explicación. Algo que diera una respuesta a lo que estaba sucediendo esos días—. Tú viste a Fred y soñaste con Ethan —sus cejas blancas se fruncieron—. Conectaste con el siren. Y ahora... ahora... acabas de hablar con María y nos pide que tenemos que llevarlo allí urgentemente. Todo cuadra. Hay que regresar al mismo interior.

Cora apoyó la espalda en su silla y después echó un último vistazo a Ethan, cuya emoción recorría sus ojos.

—¿Y dices que él no es humano? —espetó, con su atención en el chico alto y musculoso que no podía moverse de su asiento—. ¿Dices que es un siren?

—Lo es. Ethan no pertenece al mundo exterior. Pertenece a los suyos. A su propio mundo. Y, al parecer, ha llegado el momento de llevarlo de vuelta..

—¿Y podemos ir todos a Sirens?

—Debéis ir todos —esta vez fue Morgan quien contestó tajantemente—. Hay una directriz del mundo interior. No se puede ignorar. Desde luego tú eres la antena, con lo cual debes acompañar en la expedición.

—¿Y ya está? —replicó nerviosa—. ¿No nos decís nada más de ellos? ¿Ya está? ¿Nos tenemos que creer todo?

—No podemos hablar de los sirens. Solo os he contado lo que me está permitido. Lo que sucedió y yo viví —se excusó Arnold—. Pero me conoces, Cora. Jamás mentiría sobre algo así. Tú misma estás viendo que lo que ha pasado no es normal. Tantas sincronicidades...

—Libera a Ethan —le ordenó Cora a Morgan levantándose de la silla con mal humor e imperativa—. Algo tendrá que decir, ¿no? Ha oído lo mismo que yo.

—Ethan hace rato que está libre. Si no se ha movido es porque no ha querido —contestó Morgan.

—Oh —murmuró ella. El moreno y ella se midieron con la mirada hasta que Cora exigió saber su opinión—. ¿Y qué tienes que decir, Ethan?

Ethan se levantó lentamente de la silla. Tenía el rictus serio, su barbilla pétrea y los ojos de acero. Caminó lentamente hasta ella y Arnold, y se detuvo frente a los dos.

¿Que qué tenía que decir él? ¿Qué pensaba? ¿La rubia le preguntaba eso?

Pues se cagaba en todo. Su humor era de perros, y aunque todo lo que le habían contado era increíble, se lo empezaría a creer cuando lo viera con sus propios ojos. Pero lo que más le afectaba, lo que le enervaba de verdad y hacía clamar por venganza y ni siquiera sabía contra quién, era saber que se habían llevado el cuerpo de su Evia a ese lugar. No. Eso no lo iba a permitir.

—¿Dices que me puedes llevar hasta los que se llevaron el cuerpo de Evia? —vocalizó con fiereza.

—Te puedo llevar hasta tu fami...

—¡No digas gilipolleces! ¡Yo no tengo familia! —le gritó.

—Sí la tienes —dijo Arnold sin acobardarse ante tal alarde de furia.

—Solo quiero que me lleves hasta ellos por una razón, ¿me has oído? —le señaló mirando a Arnold y a Cora con desprecio—. Y esa razón es Evia. Os acompañaré si me lleváis hasta ella.

Arnold se levantó y lo encaró, aunque Ethan era mucho más corpulento, casi estaban a la misma altura.

—Te puedo llevar hasta ellos.

—Bien. Llévame. Pero no iré solo —iba a poner todas las condiciones que le diera la gana—. Voy a llamar a mi amigo Devil. No iré a ningún sitio sin él.

—Tu amigo no está invitado a entrar a...

—¿De verdad crees que me importa si está invitado o no? —lo censuró—. Me necesitáis, ¿verdad? Voy a acompañaros. Es lo que queréis ¿no? Pero no lo haré solo. Hablo con él, paso a recoger unas cuantas cosas por mi casa y nos vemos en...

—Cora te acompañará —sugirió Morgan con calma.

—¿Yo? —Cora no quería.

—¿Ella? —Ethan frunció el ceño, al igual que Arnold.

—Sí. Debes ir con él. María se ha puesto en contacto contigo y ya ha abierto el canal. Además, hay que echar un ojo a Ethan.

—No pienso irme —aseguró Ethan—. Nadie tiene más ganas que yo de encontrarme con esa gente y de comprobar cuán locos estáis. Que debe de ser mucho: un tío que parece el mayordomo de Batman, un viejo que debe



tener ciento diez años y una rubia que habla con los espejos —silbó malvadamente—. Menudo panorama.

—Te has olvidado del más importante —inquirió Cora con malicia—. El putero suicida.

Él simplemente la miró, pero no le devolvió la puya.

—Tenéis una hora para dejarlo todo listo —anunció Morgan echando un vistazo a su reloj dorado—. Os esperamos en el aeropuerto Midway. En pista. En la terminal para los vuelos privados. Saldremos en cuanto lleguéis.

—Abuelo, prepárame una bolsa con ropa y calzado, por favor —le pidió Cora.

—Yo le acompañaré al Sheraton —convino Morgan.

—¿Cómo sabe usted que...? —Arnold se extrañó.

—Soy un Mur. Sabemos muchas cosas.

—Eh... claro. De acuerdo.

—Entonces, deberíamos irnos ya —sugirió Morgan estirando con elegancia los pliegues de su gabardina—. No hay tiempo que perder.

—Entendido, Morgan —asumió Arnold sin mirar al Mur. Tomó la caja entre las manos y con ojos suplicantes rogó a su nieta que lo escuchara—. Ten mucho cuidado, cariño. ¿Vas a estar bien? —repasó a Ethan de arriba abajo—. ¿Seguro?

—Sí, tranquilo —contestó ella.

—Nos vemos en nada.

Cora lo abrazó y le dio un beso en la mejilla rasposa.

Sin decir nada más, Cora e Ethan fueron los primeros en irse y tomar uno de los ascensores.

En otro, Arnold aprovechó para advertir a Morgan.

—¿Estarán bien de verdad? A Cora no le puede pasar nada, por favor — sujetó fuerte el cofre contra su pecho, visiblemente afectado por la posibilidad de que Ethan molestara a su nieta, o peor, de que alguien les hiciera daño.

—No te preocupes, Arnold —Morgan le sonrió para tranquilizarle—. Ellos van a estar bien. Van a estar protegidos en todo momento.

Más les valía. Cora era su vida, su único y auténtico tesoro.

## 12

Cora caminaba al lado de Ethan, por las medianías del Loop de Chicago. Se dirigían a la calle en la que él había dejado su vehículo. Ambos en silencio, sin intercambiar ni una palabra. Y tenían prisa.

Se sentía violenta e incómoda. Y sabía que nadie la comprendería.

Había sido una chica que durante muchos años soñó con un hombre. Un ser que ella creyó fruto de su imaginación. Un guerrero, sin duda, de los mares, que la miraba como si fuera lo más hermoso que hubiera dado la vida. Cora era independiente, de esas chicas que nunca necesitó ser amada por un hombre para ser feliz, pero él le abrió el pecho de ese modo. Alimentó sus fantasías y anhelos como ningún otro. Así descubrió que también tenía un corazón enamorado como las demás.

Porque sí. Sería estúpida e hipócrita decir que no estaba enamorada de su sueño. Que no había albergado ilusiones fruto de una mente que creía en la magia y en el amor, aunque en la vida real sus incursiones en las relaciones y en las parejas no fueran lo que ella esperó. Aun así, albergaba una esperanza con su misterioso y apuesto desconocido. Porque con él, seguramente, todo sería distinto. Porque ambos conectaban en su mundo astral. Y allí todo era posible.

Cuando noches atrás estuvo soñando con él, con su suicidio, la intranquilidad y la agonía la embargaron. No comprendía nada. No iba a dejarle hacer tal cosa. Si él existía, si era verdad, tenía que hacer lo posible para salvarle.

Y sin embargo... sin embargo ahora, con él al lado en carne y hueso, tan serio y tan tenso, su aura poca fantasía destilaba. Estaba enfadado.

Sí. Sin duda habían tenido una conexión, pero solo en el universo de las ilusiones su conexión era romántica. Porque Ethan era un unicornio para ella. Y ella para él no había sido nada más que... que una más. Así de crudo. Así de duro. Así de ruin.

¿Cuán humillante podía llegar a ser? Y a pesar de todo aquello, les envolvía una historia única, y estaban a las puertas de una aventura sin igual, de poder internarse en un mundo que albergaba la cuna de la primera civilización. O, ¿quién sabe? ¿Tal vez habían más civilizaciones antes que la atlante? ¿Qué iban a ver? ¿Qué iba a descubrir? ¿Qué les iba a pasar?

Pensar que su abuelo Arnold se había visto envuelto en algo así la dejaba descolocada. Y para colmo, le había ocultado cosas sobre ella y sus dones. Siempre la incentivó a dar lo mejor de sí, pero nunca le dijo la verdad. Se lo ocultó.

Era una Vril. O sea, una Vril.

e Ethan era un siren.

Y exactamente, ¿qué significaba ser una cosa u otra?

Ethan la miró de reojo al oírla mascullar algo ininteligible.

—¿Has dicho algo? —le preguntó deteniéndose frente a una Ducati Monster negra.

Ella miró a aquel bicho de dos ruedas y después a él, el bicho de dos patas.

—¿Qué significa esto?

—Vamos en moto. Tú te pones el casco y yo voy sin —contestó sin más.

Cora frunció el ceño.

—No me gustan las motos —señaló, viendo cómo Ethan sacaba el casco asegurado del manillar.

—Ni a mí me gusta nada de lo que está pasando. Pero tenemos prisa.

—A mí, aunque no lo creas, tampoco me gusta nada esta situación —aseguró.

Él se quedó en silencio, hasta que la curiosidad le pudo más.

—Así que soñaste que yo me suicidaba... —susurró estudiándola de una manera extraña.

—Sí.

—Y la noche anterior solo querías hablar conmigo para disuadirme. Para evitar que lo hiciera.

Ella alzó la barbilla con orgullo.

—Esa era mi intención, sí. Pero no contaba con que me meterías la lengua hasta la campanilla. Fue un error de cálculo —aunque ella tampoco contaba con que se abandonaría de esa manera a sus atenciones. Es que no había tenido ni siquiera una oportunidad de rechazarlo. Fue arrollador.

Ethan suspiró y después de negar con la cabeza le ofreció el casco.

—No me voy a disculpar por eso. Creo que ambos lo queríamos, ¿no?

—Bueno... te aseguro que no he hecho nada así en mi vida.

—No eras virgen, Cora.

—Ya lo sé —contestó severa. Sus mejillas adquirieron un leve tono escarlata—. Me refiero a acostarme con un desconocido... así, a la primera de cambio. Pero siempre hay una primera vez, ¿no? —se encogió de hombros y evitó mirarle—. Mis amigas siempre me han dicho que era rarita... Si se enteran de lo que hice ayer, me harán una fiesta.

Él arqueó las cejas.

—Y no tenías ni idea de lo que iba a pasar en el Hancock con la reunión y esos friquis, ¿no?

—Uno de ellos te ha deslizado por el suelo como si fueras un patinador y te ha inmovilizado con la mente. No finjas que no ha pasado, porque ha pasado —le dejó claro poniendo cara de circunstancia—. Y el otro es mi abuelo, así que ten un respeto. Mi abuelo —repitió aún ofendida—. Que no mi chulo.

Él reaccionó encajando el golpe y al final sintió que debía disculparse con ella, porque la había juzgado mal.

Pero, joder. Es que había que verla. Era una chica muy hermosa, sexy y delicada, y nada exuberante ni artificial. Eso debería haberle dado las señales correctas para no juzgarla como a una diva de la noche. Pero al encontrársela en la Madriguera, repleta de escorts que iban a lo que iban, tan bonita, tan llamativa y con esa cara... se precipitó. Sí. Tenía que reconocerlo. Se había precipitado. Metió la pata y se portó mal.

Aunque eso no quitaba que lo inquietara cuando lo miraba de ese modo, o cuando la olía. ¿Qué maldito perfume llevaba que se le metía en el cerebro?

—Te pido disculpas, Cora —le dijo finalmente, echándose el pelo negro y liso hacia atrás—. Siento haber pensado algo de ti que no correspondía a la realidad. Me siento fatal. Lo siento.

Ella tragó saliva y se mantuvo estoica, sin dejar de mirarle.

—Supongo que es a lo que estás acostumbrado, ¿no? —insinuó ella—. ¿No puedes acostarte con chicas normales? ¿Todas son de pago? ¿Te gastas tres mil dólares por polvo? Debes tener mucho dinero... —fingió asombro.

—No —rio algo avergonzado—. Joder, Cora, mírate... yo solo me confundí. Soy un hombre.

—Sí, y pensáis con lo que os cuelga.

—Me recordabas a una Dama de Min —no iba a sentirse mal por sentirse atraído por ella.

—¿A una Dama de Min? —su ceja rubia salió disparada y su ego se infló un poco, aunque no supiera qué significaba.

—De Min... bueno, da igual. La cuestión es que no quiero ese tipo de relaciones con chicas «normales». Probé algo tan verdadero una vez, que no quisiera que nada lo corrompiera —le contó aquella confidencia y fue consciente de que era la primera vez que le hablaba a una chica con tanta claridad. Delphine no contaba—. Después de algo así, del amor...¿qué más podría haber? Por eso si quiero sexo, pago. Para no tener problemas y dejar las cosas claras.

—Entiendo —susurró. Esas palabras tuvieron el mismo efecto que el golpe de una maceta en la cabeza.

—Pero sí lo disfruté mucho. Ayer... me gustó —alargó una mano y tomó un mechón de pelo rubio entre sus dedos, frotándolo con suavidad. Disfrutar como verbo activo no le hacía justicia a lo que sintió. Pero tampoco se iba a esforzar en entenderse a sí mismo respecto a esa chica. Una suave electricidad recorrió su brazo y cuando fue consciente de lo que estaba haciendo, se apartó dando un paso atrás. Alejándose—. ¿Aceptas mis disculpas? —le pidió.

Ella, por su parte, debía encuadrar esas palabras en el cajón del orgullo y la dignidad que había en su interior. Se había acostado con él la noche anterior. Bueno, en realidad, habían... le costaba pensar en esa palabra. Pero sí. Habían follado. No habían hecho el amor.

Aunque jamás la habían besado así, y ya no digamos lo otro. Nadie la había llenado como él ni le dio tanto placer como ese hombre. Si hasta se quedó inconsciente, por Dios.

Cora dejó ir el aire entre los dientes y finalmente aceptó sus disculpas.

—Está bien. Disculpas aceptadas.

—Si te sirve de consuelo, he pagado por ti el triple que con cualquier otra —Ethan se sentó en la moto y ayudó a Cora a sentarse detrás—. Y eso que el precio lo puse yo.

—Cállate ya, por favor, no lo estropees —le pidió sin saber dónde sujetarse—. Tienes el mismo tacto que un guante de esparto. Me parece muy triste que hables así.

Ethan se encogió de hombros y sujetó el manillar.

—Agárrate a mi cintura.

Ella se humedeció los labios, y aún con las palabras de Ethan retumbando en sus oídos, rodeó su torso y se pegó a su espalda. A través de las telas de sus ropas podía sentir su calor. Hasta incluso su corazón, bombeando y acelerándose ante su contacto. Se inclinó hacia adelante y antes de que él arrancara de un potentísimo arreón, Cora le dijo inclinándose a su oído.

—Ethan. Solo para dejarlo claro.

—¿Qué?



—Yo no valgo tres mil dólares. No hay dinero que pueda comprarme.

Él asintió y escondió una sonrisa de satisfacción al tiempo que tomaban la gran avenida Míchigan. Al menos, Cora era distinta, y eso le alegraba.

—Ahora lo sé.

## *LaSalle street*

En la calle LaSalle, había un edificio antiguo que Ethan alquiló como almacén para sus productos de ON2B. Su estructura era homogénea formada por un revestimiento de grandes paneles de piedra lisa de color gris. Tenía las ventanas en arco, con estructura de aluminio de color blanco, y constaba de dos plantas. Aparcó la moto en el parquin pequeño y particular que había en frente y se bajaron de ella.

Cora se quitó el casco negro y miró hacia arriba.

—Esta no es tu casa.

—No lo es —dijo él sacando la llave de la moto y guardándosela en el bolsillo delantero del pantalón. El pelo se le había removido con la velocidad y el viento.

—Hemos tenido suerte de que no nos hayan multado — murmuró ella al observar su pelo leonado. Estaba increíble.

—He estado pendiente de que no hubiera nadie de tráfico cerca.

—Genial. Esquivando la ley. ¿Dónde estamos?

—En mi almacén. Tengo una marca de ropa y me traen las cajas aquí. Igual la conoces. ON2B.

—Pues no.

—Claro, olvidaba que eres alemana...

—¿Eh? ¿Qué quieres decir? ¿Es conocida? ¿Qué tipo de ropa es?

—En Norteamérica sí es conocida—dijo tomando el casco de sus manos—. Es ropa casual, más bien deportiva. Camisetas, sudaderas, leggins... esas cosas.

—Ah.

—Venga, entremos —Ethan abrió la puerta de la calle con llave, y esperó a que Cora pasara primero.

Las luces estaban encendidas, y la persiana metálica de la puerta de entrada se había subido. Por esa razón sabía que Devil estaba allí. Y no se equivocaba.

Después de tres despachos en la entrada, continuaba una sala muy grande con percheros metálicos de ruedas y cajas de cartón por el suelo, apiladas según tamaño, peso y productos.

Abriendo una de esas cajas se encontraba Devil, interesado en obtener prendas de su talla, concentrado en hurgar hasta el fondo. Llevaba unas Converse blancas, tejanos caídos, una camiseta blanca ajustada y una chupa de cuero.

—Joder, tío... estos modelos mo... —se quedó cortado al ver entrar a Cora con Ethan. ¿Ethan acompañado de una chica? ¿Qué demonios estaba pasando?

Ella lo saludó alzando la mano e Ethan sonrió para que ambos se relajaran.

—Cora, este es mi mejor amigo, Devil.

—Tú —la señaló acercándose a ella y dándole la mano—. ¿No eres la de ayer noche? —entrecerró sus ojos claros.

—¿Me recuerdas? Eso es que no ibas tan borracho.

—Impertinente —se dijo para sí, reflejando admiración por la chica—. Me gusta. Ahora cuéntame —exigió a su amigo—. ¿Qué coño está pasando y por qué está ella todavía contigo? ¿Y tu norma de no pasar más de una noche con...?

—Cállate y escucha —le ordenó a su rubísimo amigo—. Coge lo que necesites de aquí. Nos vamos de viaje.

—¿Nos? —les miró a ambos—. ¿Los tres? ¿No es eso multitud?

Cora lo miró como si fuera un enfermo mental, e Ethan rotó los ojos.

—Ha pasado algo, Devil. Algo relacionado con... Mira, acabo de encontrar a mi tutor legal. Al tío que subvencionó el Orfanato Lostsoul. Y que cuidaba de mí y de Evia.

—Vaya... —dijo admirado—. Así que ha aparecido por fin el papaíto.

—No es mi padre —aclaró muy serio—. Pero me ha contado una historia increíble.

—¿Qué tipo de historia? —quiso saber cruzándose de brazos, apoyado en uno de los palés llenos de cajas de cartón.

—Una historia bastante inverosímil...

—¿Inverosímil nivel Burton o inverosímil nivel Spielberg?

—Pues creo que tiene un poco de ambas. Es muy largo, muy increíble... pasaría de ellos si no fuera porque me ha dicho algo sobre Evia.

—¿Evia? —las orejas se le levantaron como a un Doverman—. ¿La nuestra? ¿Qué te ha dicho de ella?

—Dice que unos hombres se llevaron su cuerpo una vez muerta.

Devil se tensó como una cuerda y se descruzó de brazos. Había pasado de ser un tipo despreocupado, a un soldado.

—¿Que se llevaron a Evia? ¿Por qué iban a hacer algo así?

—Dicen que se la llevaron a otro lugar. Un lugar alejado de este, al que ella pertenece —por muy lento que lo explicara, sonaría igual de demente—. Un lugar, Devil, del que según dicen yo también vengo.

—¿De qué coño hablas?

—No... somos de aquí.

—¿Te estás quedando conmigo? —estuvo a punto de echarse a reír—. De dónde eres, a ver. ¿De Kuala Lumpur?

—No. Me dicen que me van a llevar a ese sitio —no quería explicarle mucho más—. Y yo solo quiero asegurarme de que el cuerpo de Evia regresa a su lugar. Y quiero que me acompañes.

—Bueno... ¿así que hay unos lunáticos que se llevaron el cuerpo de Evia porque...?

—Es especial. Y no querían dejarlo en la tierra.

—Ajá. ¿Y te han dicho que tú también eres especial, tío?

—Sí.

Devil se cubrió la boca y negó con la cabeza, aunque los ojos le sonreían. Se estaba riendo.

—Tío, esto es serio. Deja de reírte.

Alzó los brazos en señal de indefensión.

—No, no... No diré nada —replicó Devil tomándolo por tonto.

—Me creo lo mismo que tú. Pero conocían a Evia, sabían de su muerte. Me han contado la historia de cuando llegamos a Lostsoul y para colmo, Cora sabía algo que nadie sabía sobre mí. Algo imposible de adivinar.

—¿Cora? —torció la cabeza hacia ella—. ¿Pero tú no eres una...?

—¿Pero qué os pasa a vosotros? —protestó ella—. Estáis enfermos —murmuró.

—Cora no es una chica de compañía —sentenció Ethan para decirlo suavemente.

—Coño, ¿y has pasado la noche con ella? —A Devil si le pinchaban no le sacaban sangre—. ¿Y ahora estáis aquí? ¿Juntos? ¿Qué está pasando?

—¿Puedes centrarte en lo importante?

—Sí, claro —bromeó Devil riéndose—. Veamos, ¿qué es lo que sabías de él y que nadie más conocía? —cuantas más tonterías decía, peor lo miraba Cora—. ¿Que ronca? ¿Que es uno de los Rebeldes?

—¿Qué rebeldes?

—Vale, eso no lo sabes. Entonces, si no es eso —continuaba Devil pensativo con su show—. ¿Qué puede ser? Veamos... —se frotó la barbilla—. ¿Que habla en sueños? ¿Que le gusta que le calientes los pies? ¿O que le acaricies el culito mientras...?

—Ethan se iba a suicidar hace un par de horas desde el edificio Hancock. Y ni tú, tan amigo de él que eres, ni nadie lo visteis venir. Básicamente, fui a pedirle que no lo hiciera.

Cora no hubiera podido detenerles por mucho que se lo propusiera.

Por Dios. Parecían dos salvajes. En cuanto Devil confirmó de la boca de Ethan que aquello era cierto, el rubio con cuerpo de quarterback ágil y felino se lanzó encima del moreno, impactando contra las cajas que cayeron desperdigadas por el suelo, abriéndose tras el choque.

Devil golpeó a Ethan con el puño en todo el pómulo, y este se defendió como pudo. Pero la rabia del rubio hizo que se colocara encima y lo inmovilizara contra el suelo.

—¿Te has vuelto loco?! —le gritó a un palmo de su nariz—. ¿Por qué ibas a hacer algo así?! ¿Con qué derecho?! Ethan le devolvió la mirada desde el suelo, sin vergüenza ni arrepentimiento.

—Lo hemos hablado muchas veces.

—¿Los cojones! —exclamó—. ¡Todos morimos un poco cuando ella se fue! —los ojos claros de Devil se oscurecieron—. ¡Todos! ¡Pero seguimos siendo una familia! ¡Nos preocupamos los unos por los otros! ¿No pensaste en nosotros ni una sola vez?! —dijo indignado.

—Todos los días —contestó Ethan calmado, como si no le importara recibir esa reprimenda por parte de su mejor amigo. Y aquello no era un toque de atención, era una bronca en toda regla.

—¡Dijimos que éramos familia! ¡Si quieren venir a por nosotros, que vengan! ¡Pero nosotros no nos rendimos! ¡No tiramos la toalla! —lo sacudió y después lo soltó aún muy disgustado—. No vuelvas a hacer algo así nunca más —sentenció, saliendo de encima suyo.

—No tengo intención de hacerlo ya —y era cierto. Esas ansias irremediables de acabar con todo ya no golpeaban su conciencia ni el centro de su pecho. La oscuridad se había esfumado.

—Eso espero, tío. No puedes ser tan egoísta —la mirada de soslayo que le dedicó rebosaba decepción.

Ethan se levantó renqueante, y se pasó el dorso de la mano por el moretón que le iba a salir en el pómulo.

—Sigues pegando como una niña —le recriminó.

Eso no era verdad. Devil se había convertido en un excelente luchador que había practicado todas las modalidades de cuerpo a cuerpo y podía ganar a quien quisiera. Excepto a Ethan. Pero eso era algo que ambos habían asumido.

—Que te follen, Ethan —a continuación se dirigió a Cora con actitud humilde—. Me alegra que estuvieras ahí. Tú y yo ya podemos ser amigos.

—Estuve ahí, pero antes de que lo detuviera, alguien se adelantó. El abogado de su tutor Fred Chatteau estaba en el mismo lugar. Y fue él quien lo paró —dijo ella aún nerviosa—. Ya no os vais a pegar más, ¿no?

—No.

—Vale. Odio las peleas.

—¿Y qué coño hacía el abogado ahí?

—Ya te he dicho que ha sido todo muy extraño.

—¿Y cómo sabías tú que mi hermano iba a estar en el Hancock? —esperó una respuesta convincente por parte de la guapa chica.

Cora contestó con la máxima normalidad posible. Lo suyo era natural, no tenía que avergonzarse de ello.

—Lo había soñado —dijo sin más apartándose de ellos para echar un vistazo a las cajas.

Devil apoyó sus manos en sus caderas y miró a ambos con cara de póker.

—Yo sueño con que me tiro a Megan Fox, y eso no pasa.

—Pero es que lo tuyo es imposible —dijo Ethan sacándole hierro al asunto—. Devil —exigió que lo atendiera—. Vamos a hacer un viaje en busca de mi familia. Quieren llevarme hasta ellos.

—¿Dónde se supone que está tu familia, Ethan? —pidió sin demasiada paciencia.

—No sé, tío... me han hablado de locuras y leyendas. De una ciudad fuera de esta realidad.

—Putos locos —meneó la cabeza haciendo negaciones.

—Pero yo quiero ir solo para recuperar el cuerpo de Evia — le explicó Ethan compartiendo su mismo pensamiento—. Nadie, jamás, debió profanarlo. Y quiero saber por qué lo hicieron. Quiero que vengas conmigo. Ya sé que Sin y Lex no están aquí y que se han ido a Europa. Pero quiero que tú me acompañes. Porque no sé qué va a pasar ni de qué va todo esto.

—Me suena todo a patraña. A fábula —espetó no muy convencido—. Sabes que, como Rebeldes, tenemos enemigos... ¿Y si es una trampa?



—Pues yo me lo creo —dijo Cora hurgando en las cajas y sacando prendas de ropa con los logos de ON2B—. Mi abuelo nunca ha mentido. Y si él dijo que estuvo ahí, es que lo estuvo.

—Su abuelo y mi tutor eran como hermanos —explicó Ethan para que Devil se ubicara.

—Entonces, ¿Cora y tú tenéis a esos frikis en común? Me huele raro, tío. Creo que quieren secuestrarte y sacarte toda la pasta.

—Memeces —dijo Cora sacando el carácter—. Mi abuelo y Fred tienen una fortuna. Y pasan de rebeldes. Ellos han pasado su vida intentando descubrir la verdadera historia de la humanidad.

—Perdona, Cora —Devil no creía en nada—. Estás describiéndome a unos locos buscatesoros de toda la vida.

—Estoy deseando comprobar que todo es real solo para ver cómo a ti y al cagado de tu amigo Ethan se os desenaja la cara —soltó Cora de repente—. Parecéis dos niños llorones y asustados.

Ethan ocultó una sonrisa y Devil pareció ofendido.

—¿Y ella también viene?

El moreno asintió y se cruzó de brazos.

—Sí. La pregunta es: ¿me vas a acompañar tú?

Devil torció la cabeza y clavó sus ojos en su amigo.

—No voy a dejarte solo con este atajo de locos. Voy contigo. Alguien tendrá que protegerte del influjo de la hechicera —señaló a Cora—. Da la sensación que es de esas que puede hacerte pensar lo que ella quiera. Como el Mentalista.

—Perfecto —Ethan se echó a reír—. Cora, coge la ropa que quieras y necesites. Y tú también. Vamos a preparar unas bolsas y nos vamos cagando leches al aeropuerto. Nos espera un vuelo privado. ¿Has traído el Jeep? —le preguntó a Devil.

—Claro.

—Perfecto.

—Mientras tanto, sería todo un detalle que me lo contaras todo bien —sugirió Devil poniéndose manos a la obra.

—¿Qué quieres saber?

—¿De dónde te han dicho esos pirados que vienes?

## 13

Los productos que Ethan tenía de su marca le gustaban. Cora había cogido una mochila Supreme, roja y de piel, que tenía el logo de ON2B, discretito en un lateral. Sabía que había marcas que colaboraban con otras, pero no pensaba que la suya fuera de ese perfil, es decir, tan fuerte como para unirse con otras como Supreme. Lo había visto de Louis Vuitton y de Gucci.

En su interior había metido un par de sudaderas, dos camisetas de tirantes y un pantalón tejano. Le escribió un mensaje a su abuelo para que le trajera calzado cómodo. Iba con botas y estaba segura de que allá donde fueran no sería el calzado más apropiado. Así que le pidió que metiera unas Converse negras de bota alta con suela más gruesa. Le gustaban, le cogía bien el pie y además eran muy confortables.

Se fijó en que Ethan y Devil eligieron la misma mochila pero de color negro. Y las cargaron con todo tipo de prendas. Como llevaban botas tipo militares, no iban a optar por otro calzado. Así que, al acabar, salieron del almacén con una mochila cada uno, un móvil y una cartera.

—¿Tú vas a ir así? —le preguntó Ethan repasándola de arriba abajo. Los tejanos y las botas le quedaban de maravilla, pero no iba a poder moverse con libertad.

—Espero poder cambiarme en el avión.

Él fue el último en salir del almacén. Puso la alarma, cerró la siguiente puerta de seguridad y salieron del edificio. Les quedaban veinte minutos para llegar al aeropuerto.

Una vez fuera del almacén, ya a pie de calle, se disponían a entrar en el mismo parquin para tomar el Jeep de Devil. Parecía que formaban parte de algún tipo de equipo deportivo, los tres con la misma mochila. Pero antes de entrar en el área de aparcamiento, Cora se detuvo en seco y se sujetó las sienes.

Sentía un pinchazo terrible en el interior de su cabeza, tan doloroso que no le permitía avanzar. De hecho no podía hacer nada que no fuera rezar para que ese achaque desapareciera.

—¡Cora! ¿Estás bien? —preguntó Ethan muy preocupado.

La joven sacudió la cabeza negativamente. Quería hacerse un ovillo.

—¿Qué le pasa? —quiso saber Devil nervioso.

—Algo... hay algo dentro de mi cabeza... —musitó entre dientes—. ¡Me duele!

Fue entonces cuando los dos hombres advirtieron la llegada de dos Land Rover Discovery 4, de color gris oscuro con las ventanas completamente tintadas.

Las puertas traseras de los coches se abrieron y de ellos salieron seis hombres, más corpulentos y altos que Ethan, todos con la cabeza totalmente rapada y una especie de dispositivo extraño acoplado a su oído y rodeando toda la zona temporal del cráneo. Ninguno de los dos sabía diferenciarlos. Parecían cortados por el mismo patrón y sus ojos eran totalmente negros. Era como si la pupila se hubiera comido todo el iris.

No les hizo falta saber qué querían. Sabían leer perfectamente las intenciones de aquellos que querían reducir, golpear y buscar problemas. Pero no sabían decir de parte de quiénes venían.

—¿Crees que son de los cazadores australianos? ¿Quieren ajustar cuentas?  
—preguntó Devil poniéndose en guardia.

—No. Estos no tienen nada que ver con los de ayer. Además, parecen sacados de WrestleMania —Ethan colocó a Cora detrás de él, protegiéndola en todo momento.

—Sí. Mezclados con Voldemort y Darth Vader cuando se quita el casco.

Los seis hombres les rodearon poco a poco. Vestían con chaquetas negras tres cuartos, camiseta y pantalón oscuro, y zapatos negros, de vestir, brillantes y con punta triangular y metalizada.

—No me jodas... ¿dónde vais así vestidos y con eso en los pies? —preguntó Devil cubriéndose el rostro con los puños, como si fuera un boxeador.

—Tú —dijo uno de ellos señalando a Ethan—. Te vienes con nosotros.

—Tú —contestó Ethan del mismo modo—. Me vas a comer la polla —se tocó el paquete vacilándole.

Los seis tipos reaccionaban del mismo modo, como si tuvieran una especie de conciencia colectiva. El aparato que les rodeaba el oído y parte del temporal se iluminó intermitentemente.

Y después de eso, los seis se lanzaron a atacar a Ethan, Cora y Devil.

El moreno entendió al detener el primer puño que iba dirigido a su cara, que aquellos hombres tenían una fuerza fuera de lo normal. Él sabía luchar, tenía unas dotes extraordinarias para todo tipo de peleas y encuentros físicos, pero cuando crujió varios de sus dedos y le torció la muñeca, y el otro no hizo ningún amago de dolor ni de sufrimiento, supo que iba a ser una pelea muy dura.

—¡Mete a Cora en el Jeep! —ordenó Ethan.

Esta no podía moverse. Se había quedado paralizada, todavía sujetando su cabeza, aunque con menos dolor que al principio. Era como si oyera las voces de esas mentes, y como si ellos obedecieran la voz de alguien más. Parecían marionetas.

Devil se lió a puñetazos con dos de ellos. Esquivó el primer golpe, se agachó y aprovechó para golpear el duro estómago de uno, y a continuación dio una patada hacia atrás al otro que le rodeaba para alejarlo.

Ethan esquivaba cada ataque.

Se movía como un ninja, estudiando a sus adversarios. Se apartó hacia atrás para eludir un puño, y aprovechó ese movimiento para saltar y golpear al tipo con las dos plantas de los pies por delante, haciéndolo volar por los aires como nunca había hecho. El movimiento fue tan increíble y la fuerza con la que lo lanzó de abajo arriba fue tan descomunal, que él mismo se quedó extrañado. Incluso Devil lo miró con asombro.

Era fuerte. Siempre lo había sido. Pero no tanto...

Uno lo sorprendió por la espalda y lo rodeó con los brazos.

—¡Devil, llévate a Cora! —gritó Ethan.

Pero Devil estaba casi en su misma situación, pretendiendo liberarse del duro estrangulamiento de uno de los afeitados. Le estaba ahogando, y por muchas llaves que conociera, los otros no respondían al dolor y a sus golpes.

—¡Están... hechos de granito...! —masculló faltándole el aire.

A Ethan otro empezó a golpearlo con dureza, en el rostro.

Y no pudo hacer nada cuando vio que se llevaban a Cora tirando de ella sin ninguna delicadeza, arrastrándola hasta el coche.

—¡Suéltame! —gritaba ella.

—¡Soltadla! —gritó con brío.

La misma furia, o algo más oscuro a lo que él todavía no sabía darle explicación, lanzó a su golpeador hacia atrás, haciéndolo volar por los aires como si un tornado lo hubiera empujado.

Ethan no tenía tiempo para analizar lo que estaba pasando. No comprendía cómo, sin tocarlo, había golpeado de ese modo a su agresor. Pero no podían llevarse a la chica.

Entonces, vio que Cora no necesitaba ser salvada. A pesar de sentir ese dolor en la cabeza, tuvo el valor y la sangre fría de cogerle el dispositivo de la oreja a uno de sus atacantes y arrancárselo de cuajo.

El tipo cayó fulminado al suelo.

—Oh, Dios mío —murmuró ella, de rodillas en el pavimento, observando con horror el aparato metálico y de silicona que tenía entre las manos ensangrentadas. Juraría que estaba conectado a su bulbo raquídeo. Y que ese músculo que colgaba chorreante y sanguinolento, como un trozo de carne recién cortado, era precisamente eso. Se giró hacia Ethan, e izó el artefacto como una bandera—. ¡Quitadles esto! ¡Quitadles esto! —repitió eufórica.

—¡Cora, cuidado! —exclamó Ethan.

Cuando Cora se giró para mirar hacia adelante, se encontró con el duro puño de uno de ellos, que la dejó medio noqueada en el suelo, y con el labio partido y sangrante.

—¡Cabrones! —aquello espoleó a Ethan. ¿Cómo se atrevían a golpear a una mujer así? Echó la cabeza hacia atrás y escuchó el sonido del tabique nasal romperse de su oponente. Tuvo que dar un segundo cabezazo para que lo soltara. Pero acto seguido, dos más fueron a por él.

Devil estaba medio ido bajo los brazos constrictores de un calvo. A Cora se la llevaba el otro. Y los otros tres le rodeaban dispuestos a someterle como al resto.

Ethan quería impedir que les hicieran daño pero no podía.

Entonces, cuando pensaba que les vencían, aparecieron un grupo de tres hombres de raza negra. Todos parecidos a Morgan, aunque más jóvenes y corpulentos. Tenían las cabezas de pelo oscuro y rasurado, las cejas del mismo color y los ojos azules como el abogado. Y vestían elegantemente, como él, con traje y chaqueta y unos botines de piel brillante. Como si fueran banqueros o cobradores del frac. Ni siquiera se dio cuenta de dónde salieron.

Y algo sucedió. Los tres hombres salvadores alzaron las manos hacia adelante y se creó una especie de media cúpula translúcida que rodeaba al grupo de mafiosos calvos que les estaban atacando.

Ethan sabía que podía moverse dentro de esa cúpula, y se dio cuenta de que en cambio ellos no. Sus movimientos se ralentizaban como si estuvieran moviéndose a cámara hiperlenta. Un parpadeo de sus ojos, uno de los pocos que hacían, duraba diez segundos.

Uno de los Land Rover que no estaba dentro de aquella burbuja atemporal, arrancó haciendo chirriar las ruedas y dio marcha atrás abandonando el lugar.

Ethan entrecerró los ojos y vio a Devil levantarse poco a poco pero dispuesto a seguir luchando, y después comprobó que Cora también se recuperaba titubeante. Pensaba en el puñetazo que le habían dado y le hervía



la sangre. Decidió hacer caso del consejo de Cora que tan efectivo había sido y soltó un gruñido medio animal.

—¡Devil! —le pidió—. Jódteles la puta cabeza. ¡Arráncales el dispositivo!  
—ordenó señalándose el oído.

Al otro le faltó tiempo para hacerlo. Uno a uno, que parecían estatuas inmóviles, vieron impotentes como Devil e Ethan les arrancaban los aparejos de cuajo, dejándoles un boquete en el cráneo que hasta que se les veía parte del cerebro.

Cayeron fulminados en el suelo. Con los ojos abiertos, el rostro pálido y un charco de sangre a su alrededor.

Ethan ayudó a Cora y la sujetó para asegurarse de que estaba bien y de que no se sentía mareada.

—¿Estás bien? —tenía una brecha en el labio y se le iba a hinchar y a amoratar la comisura.

—No sabría decirte... —dijo ella con voz débil—. ¿Tengo la boca debajo de la nariz o en la nuca?

Ethan la miró reconociendo su valentía. Había tenido las santas narices de arrancarle el dispositivo de la cabeza a un hombre, y matarlo en el acto.

Todavía dentro de la cúpula, los tres hombres que habían obrado aquella magia de locos, les miraron, hasta que uno de ellos, el que parecía mayor, y el único con perilla blanca les dijo:

—Reuníos con Morgan donde os ha dicho. Deprisa.

—Pero... ¿y todo esto?

—Dejádnoslo a nosotros. No os preocupéis. Id —imperó con un gesto solemne de su barbilla.

—Ostia Puta... —gruñó Devil con el cuello rojo del estrangulamiento—. ¿Qué acaba de pasar aquí?—estudió la cúpula con pasmo.

El Mur le miró una vez más solo para repetirle esta vez con más autoridad.

—He dicho que os vayáis de aquí ahora.

—Vamos al coche —Ethan tiró de su amigo hasta el Jeep—. Hay que llegar al aeropuerto. Esperemos que tu abuelo y Morgan nos cuenten qué diablos acaba de suceder y por qué nos han atacado así —musitó Ethan sentándose detrás con Cora, preocupándose en todo momento de ella.

Sí. Necesitaban muchas explicaciones. Todo era nuevo y desconocido, y si había algo que odiaban los tres, era no estar preparados para poder defenderse.

No querían ser presa fácil, pero tampoco podían luchar en inferioridad de condiciones contra individuos que parecían mucho más preparados que ellos para vencerles.

***En los cielos...***

***Embraer Phenom 100***

En aquel jet privado de ocho plazas, la atmósfera era extraña. Arnold se había sentado al lado de su nieta para comprobar cómo tenía el labio después de aquella agresión.

Cora tenía la mirada perdida, y era incapaz de soltar el aparato que extrajo de ese individuo, y que lo mató en el acto. Aún lo tenía ahí, entre los dedos, con la sangre seca como pintura pasada.

Morgan en cambio, servía unos té a todos los presentes, a bordo entre las nubes, mientras se dirigían al Barranco de Badajoz. Era el único que conservaba la calma bajo aquella apariencia soberbia y estirada. Porque, de hecho, era el que más sabía de todo.

Devil no podía creer lo que había pasado, pero de lo que estaba convencido era de que esos tipos que los atacaron era muchísimo más fuertes que ellos, y eso, en alguien tan orgulloso le afligía el pundonor.

Ethan no dejaba de mirar a la chica que, tan valientemente, para evitar que la arrastraran, se había cargado a su atacante. Pero estaba muy afectada. Lo veía en su mirada. Y tenía ganas de tranquilizarla. Se le había hinchado mucho el labio y le saldría un moretón.

—Se llaman Erdélys —contó Morgan sentándose en su butaca. Estiró sus pantalones de pinza y cruzó una pierna sobre la otra—. Los tipos con la cabeza rasurada que os han atacado. Se llaman así. Bebed —les pidió a todos señalando las tazas de porcelana—. Os sentará bien.

Arnold tomó una taza y la acercó a los labios de Cora.

—Bebe, cariño —le pidió preocupado.

—He matado a un hombre —susurró con la vista fija en el extraño dispositivo—. L-le he matado.

—No son personas corrientes. No son humanos —confirmó Morgan.

—Eso no hace falta que lo jures —espetó Ethan—. Soy un tío fuerte, y no he podido con ellos. Era como si no les dolieran los golpes. Y tenían una fuerza increíble. ¿Quiénes son?

—Ya te lo he dicho. Se llaman Erdélyys —él sí tomó un sorbo del té—. Su genética sí es humana, pero son incubados en huevos con una cataplasma especial para la formación de órganos y tejidos. Como en una cuna que actúa como una impresora 3D, pero destinada a la anatomía. Son creaciones de la Condesa.

—¿La Condesa? —dijo Cora volcando toda su atención en él.

—Así es como se hace llamar Lillith Bathory, la líder de la sociedad de los Bathory.

—Lillith —repitió Arnold entre dientes, mirando la tierra desde el cielo—. Su ambición siempre pudo más que su razón.

—¿Lillith? ¿La mujer que nos sacó de ese sitio siendo bebés? —dijo Ethan.

—Lillith, sí. Se ha dedicado a la clonación y a todo tipo de juegos e hibridaciones genéticas. Por supuesto, su empresa está oculta por muchas tapaderas. Los Erdélyys son uno de sus experimentos. Clones. No tienen conciencia individual y su mutación genética les ha convertido en máquinas de guerra. Les ha bautizado así en honor a su familia originaria de Transilvania. Así se llamaban: Erdélyys. Devil, Ethan —les miró penetrantemente—. Bebed. La infusión os ayudará a estar serenos.

—No quiero beber —contestó Ethan muy serio—. Quiero que nos cuentes más. ¿Quiénes eran los tres afros que han venido a nuestro rescate? ¿Qué es lo que les hicieron?

—Son miembros de nuestra sociedad Mur. Debes entender que nos hemos encargado de protegerlos todo este tiempo. A ti, a Evia, a Arnold y a Cora. Y a Fred...

—¿Qué sois exactamente? Hicieron algo con las manos... —Ethan intentó imitarlos, como si dibujara formas con las manos—, y les dejaron

paralizados. ¿Sois magos? ¿Hechiceros? Gracias a ellos nos pudimos escapar —señaló Ethan.

—No importa lo que seamos. Solo tienes que entender que estamos aquí para ayudaros, que somos protectores y guardianes.

Devil se levantó de su asiento y exhaló fuertemente.

—Oye, en serio, no tengo paciencia para nada de esto... no quiero una mierda de té. Dame coraje líquido. ¿No tienes whisky por ahí? —espetó nervioso.

—Controlamos los espacios y el tiempo. Podemos crear burbujas atemporales.

Devil se dejó caer en el asiento de nuevo y se tomó la cabeza con las manos, apoyando los codos en sus rodillas.

—Tío... necesito alcohol ya. No sé si voy a saber sobrellevar esto —se negó en rotundo. Su mejilla se había hinchado, como la de Ethan.

—Debe hacerlo, señor Devil —contestó Arnold con tono autoritario—. No les queda otra. No pueden dar la espalda a esta realidad, ¿no lo comprenden? Son parte de ella. Ethan lo es. Cora también.

Ethan sabía que ya no podía echar marcha atrás, entre otras cosas porque estaba metido hasta el fondo.

—¿Por qué nos querían matar? —preguntó.

—¿Mataros? —le miró incrédulo—. No os querían matar. Os querían llevar con ellos. Lillith quiere tu ADN —confirmó Morgan sin preámbulos—. Quiere el misterio de tu cadena cromosomática. La quiere para ella. Y para su clan. Están obsesionados con la piedra filosofal.

—La eterna juventud —concluyó Arnold—. Era lo que siempre perseguía. Como la Condesa sangrienta original. De ella aprendieron todos los demás y se creó la sociedad que hoy os persigue. Y no cesará hasta que consiga la fórmula exacta. Robó unas tablillas esmeralda de la sala de las Almas, una con información genética —lamentó—. Información complicada de descifrar...

—Pero no le ha servido —continuó Morgan—. Solo ha podido crear su ejército de clones defectuosos y retardar su envejecimiento, el de su compañera y el de los que financien sus proyectos. Pero lo cierto es que ella busca la inmortalidad. Por dentro y por fuera. Ser longeva. Pues sólo así podrá obtener el poder que desea e imperar sobre los demás.

—Un momento... ¿La sala de Almas? —Ethan se quedó pensativo. Le gustaba ese nombre—. ¿Qué lugar es ese?

—Sí —Arnold animó a Cora a que bebiera del té de nuevo. Al final, ella dejó el aparato en la mesa y tomó la taza para darle un par de sorbos—. Es algo que cuando llegues a Sirens verás por ti mismo. No te puedo contar nada más.

Mientras tanto, Devil se había levantado de nuevo para ir al mueble bar y servirse él mismo un vaso de coñac. Además, sujetó un par de hielos contra su mejilla.

—¿Cómo nos han encontrado? —preguntó Ethan tomando del té y copiando a Cora. Vio el modo en que ella cerraba los ojos con gusto y de repente se apoyaba por completo en el respaldo de la silla.

—¿Esto lleva drogas? —inquirió Cora empezando a sentirse mejor, menos aletargada.

Morgan sonrió sin más.

—Es una infusión especial. De nuestros ancestros. La planta de esta bebida se halla en el abismo del mar —contestó arrastrando las palabras, como habla un hombre antiguo. Después accedió a contestar a Ethan—. Os han encontrado porque...

—Porque la llevan a ella —contestó Cora clavando su mirada en Ethan—. Llevan a alguien como yo, aunque mucho más fuerte. A la tal Sisé. La que se unió a la traición de Lillith.

—¿Viste a Sisé? —Arnold no se lo podía creer.

Morgan se quedó en silencio esperando más información.

—No. No la vi. La sentí aquí —se señaló la cabeza—. Muy adentro. Podía escuchar sus pensamientos. Les daba órdenes a los clones. La oía. Creo que ella me rastreó cuando María entró en contacto en el Hancock. Así nos encontró —se disculpó con Ethan—. Lo siento.

—¿Tú la oías a ella o ella a ti? —Morgan estaba muy interesado.

—Sentí un dolor terrible en las sienes que me dejó inmóvil —explicó bebiendo más de su té. Siseó al rozar sin querer la herida del labio—. Fue como si me abrieran la mente. La sentí. La sentí hurgando en mi cabeza, pero al mismo tiempo yo podía escuchar cómo se comunicaba con los otros. Les decía que solo quería que nos metieran en el coche. Menos al rubio —explicó mirando a Devil de reojo—. «A ese podéis matarlo», fue lo que dijo.

Devil alzó la botella que ya bebía a morro y brindó por esas palabras.

—Muy simpática. Por Sisé —bromeó.

—El aparato que llevan clavados al temporal, hace que puedan comunicarse con ella mentalmente. Y que también hablen entre ellos. Ella da las órdenes y los Erdélyls le informan y la obedecen. Como una generala que lidera todas las operaciones.

—¿Y pudiste oír o ver algo más de ella? —Arnold la tomó de la mano.

—No —aseguró Cora—. Solo sé que abrió un canal conmigo.

—Puede que lo hicieras tú, Cora. También eres una Vril de línea pura. Apenas estás empezando a experimentar tus poderes —señaló su abuelo. Le acarició el pelo rubio y sonrió con orgullo—. No debes temer tu potencial.

—No lo hago —contestó—. Es solo que aún estoy haciéndome a la idea de todo lo que está pasando. Si no llegan a estar los Mur —sacudió la cabeza—. Nos habrían matado. Y todo porque yo no sé protegerme. Necesito ver a María. Necesito comprobar que es real y que me ayude a manipular mis dones. No he sabido cómo esquivar a Sisé.

—Aquí no tienes que temer —la tranquilizó el Mur—. Yo protejo al avión para que no nos detecten ni en radares ni mentalmente. Mi labor es garantizar vuestra seguridad.

Ella asintió agradecida.

—Pronto, cariño. Pronto tendrás todas las respuestas que necesitas — Arnold estaba convencido de ello. Solo necesitaban llegar a Sirens.

Cora apretujó los dedos de la mano de su abuelo con dulzura y forzó una sonrisa, para acto seguido, levantarse e ir hasta el baño.

—Voy a cambiarme de ropa, a ducharme y a ver cómo tengo la cara.

—Tras esa puerta —señaló Morgan—. Ahí está el baño grande y si quieres una pequeña cama para descansar.

—Gracias —dijo Cora.

Ethan la observó mientras pasaba por su lado. Estaba asustada, pero aun así, era valiente. Le gustaba ese rasgo en una mujer. Y todavía tenía en la



retina la manera de pelear y no rendirse que había demostrado con el gigante calvo.

Cuando alzó la mirada, Arnold le analizaba con detenimiento. Sus ojos viejos y sinceros le recriminaban cosas.

—Cora es completamente diferente a cualquier mujer que hayas conocido —le recordó.

Solo había conocido a Evia, y seguiría enamorado de ella toda la vida. Pero no podía quitarle razón. Cora estaba demostrando ser muy distinta.

—En ningún momento quise ofender a su nieta —le aclaró—. Es solo que estaba equivocado. Me llevé una idea equivocada. Y le pido perdón.

—Sí. Mucho. Te equivocaste. Y te perdono. Pero necesito que me hagas un favor, para mi salud mental. Quiero que pienses en ella como si fuera Evia, Ethan.

—¿A qué se refiere? —se puso a la defensiva—. Nadie podrá adoptar nunca su lugar.

—No sé qué tipo de relación os unía...

—La mejor. La única —replicó—. Era la mujer de mi vida.

Arnold dejó caer la cabeza a un lado y contempló la espiral que el Siren tenía bajo el oído.

—¿Qué símbolo poseía Evia? —indagó—. ¿Era como un reloj de arena?

Ethan frunció el ceño.

—Sí. ¿Sabe lo que significan las señales?

Arnold arqueó las cejas blancas y espesas y pareció recibir la información con agrado.

—No me corresponde a mí hablarte de ellas.

—Estoy harto de esa respuesta.

—Lo sé. Pero ya queda poco. Solo quiero que trates a mi nieta como la hubieras tratado a ella. Nunca hubieras hecho daño a Evia, ¿me equivoco?

—Jamás —sacó pecho—. Antes muerto.

—Entonces, no se lo hagas a Cora. ¿Podrás hacer eso? Él guardó silencio y pensó en lo que implicaba. Lo cierto era que le gustaba mucho Cora. Había algo en ella que lo atraía sin remedio. Era magnética, le encantaba su olor y su manera de mirar. Y ese pelo... quería verlo enredado de nuevo entre sus dedos.

—¿Ethan?

—Sí, señor —carraspeó—. No le haré daño.

—No puedes decepcionarme. Cuídala como cuidarías a Evia. Respétala. Es lo más preciado que tengo.

Él comprendió la inquietud del anciano. Le estaba hablando de hombre a hombre. Sabedor de que entre ellos dos había pasado algo. No tenía nada que temer. Entre Cora y él estaba todo claro.

—Descuide, señor. Quédese tranquilo. Ahora, si me disculpa, voy a ver cómo está la Vril. ¿Me lo permite?

—No puedo detenerte, ¿verdad? —le devolvió en un tono condescendiente.

Ethan se levantó y siguió los pasos de Cora hasta el baño.

—Morgan, ¿cuánto tarda este avión en llegar a las Islas Canarias? — Arnold miraba a Ethan fijamente. Le había realizado la pregunta en voz muy baja.

El Mur contestó divertido.

—De ocho a diez horas, señor.

Arnold se removió incómodo en la silla.

—Demasiado tiempo —murmuró.

No le gustaba nada la energía que había entre Cora e Ethan. Era demasiado obvia. Y poco reprimible. La cuestión era que los símbolos de Evia y de Ethan se correspondían. Y si fueron pareja, Cora no tendría ninguna posibilidad con el Siren. Era la ley de la naturaleza de los sirens.

Devil le ofreció la botella de coñac alargando el brazo.

—Tome, anda —le invitó—. Beba y relájese. No esté tan pendiente de su nieta. Es mayorcita. Será lo mejor.

—¿Para quién? —siseó entre dientes.

Arnold miró al amigo de Ethan por encima del hombro, pero no rechazó la ofrenda.

Tenía mucho por lo que preocuparse. Pero su prioridad era el corazón de Cora, la más importante de sus preocupaciones.

# 14

La infusión de Morgan la había ayudado a serenarse y a encajar mejor los acontecimientos. Pero necesitaba un tiempo a solas. Se iba a cambiar, a ponerse otros tejanos, pues los que llevaba estaban manchados de sangre.

Se los quitó y se quedó en una sencillas braguitas blancas.

Quería mirarse al espejo y cerciorarse de que seguía siendo la misma. De que nada en ella había cambiado. Pero afirmar tal cosa sería falso.

Sí había cambiado. En poco menos de diez días su vida había dado un vuelco y con ello se había visto forzada a transformarse.

Y, sin embargo, nada había sido tan siniestro como haber estado en la misma frecuencia mental que esa Vrill traidora. De repente, su oscuridad menoscaba la embargó, absorbiéndola de tal modo que no sabía quién era quién.

Sisé tenía una conciencia negra, y recuerdos muy turbadores, algunos de sesiones de espiritismo, otros de encuentros con nazis... de planos de una nave interestelar, y de su traición a las Vrill junto a Lillith Bathory después de que los sirens las acogieran. Sisé sentía una envidia férrea hacia María Orsic. Ella era la principal antena de sus psicografías. Pero consideraba que Orsic no ejercía el poder y la fuerza suficiente para traspasar los límites de su mente y demostrar toda su fuerza, y no comprendía cómo, teniendo esa primacía sobre el resto, no lo usaba en su beneficio ni en el de las Vrill. Sisé quería el sometimiento de los demás ante ellas. Por eso se alió con Lillith, por eso desde la Tierra Siren contactó con su organización Bathory mentalmente para que estuvieran preparados cuando ellas salieran de la isla

intraterrena con los bebés que robaron y con las tablillas con información genética. Porque junto a los Bathory podría ejercer su poder y su superioridad. Esa Vríl era soberbia.

Cora todavía sentía su esencia adherida a la piel. Por ese motivo no solo se quitaba la sangre de las manos, frotando fuerte con agua y jabón. Necesitaba eliminar también el recuerdo de estar en su cabeza, de sentir la malicia de Sisé en ella.

¿Cómo iba a detener toda aquella ansiedad? Se suponía que ella era una Vríl. Una Vríl buena. Pero no era ni un cuarto de poderosa de lo que era esa mujer. Si se volvían a enfrentar, ¿cómo iba a luchar contra ella? Esto era una guerra, ¿no? Unos contra otros. Y temía que era el eslabón más débil.

En ese instante, la puerta del amplio baño del jet se abrió. Ethan y su corpulencia cubrieron todo el marco de la puerta. Cora lo miró a través del espejo y tuvo la sensación de que él veía más en ese reflejo de lo que ella quería mostrar. Además, estaba en braguitas.

¿Por qué? ¿Por qué alguien como Ethan existía? ¿Por qué la afectaba de ese modo? Y, ¿por qué, para su desgracia, sentía que él nunca la vería a ella como ella lo veía a él?

Maldito Karma. Maldito destino. Maldita aventura.

Ethan cerró la puerta a sus espaldas.

—Necesito intimidad —informó Cora.

Aquel no era el típico baño de un avión normal, de dimensiones pequeñas y poco espacio para maniobrar. Tenía lavamanos, retrete y una pequeña cabina para ducharse. Pero eso no era lo único que poseía el avión fuera de lo

común. Al fondo, había otra cabina más que hacía la función de habitación, con una cama doble para quien quisiera acostarse y unas vistas únicas del cielo. La Sociedad Mur se movía con clase por cielo y tierra.

—Te he traído hielo —dijo Ethan alzando su mano para que viera el paño blanco con cubitos en su interior—. Para tu labio.

Ella se secó las mano y se dio la vuelta.

—Gracias —contestó alzando la mano para que se lo diera—. Ya puedo yo.

Ethan frunció el ceño y se acercó a ella dando un paso.

—Echa un poco la cabeza hacia atrás —reclamó.

—¿Qué? No —contestó azorada—. Dame, ya puedo sujetármelo yo.

—No seas niña.

—Ethan, estoy en bragas.

—Cora —su tono fue resiliente—. No pasa nada. Sé que puedes tú. Pero ¿puedes dejar que te ayude un poco?

—Iba a cambiarme —comentó algo incómoda—. Estoy bien, de verdad. Sé hacerlo sola.

—Bueno —aquella boca de pecado esbozó una sonrisa y fingió una inocencia que no tenía—. A eso también puedo ayudarte.

—Ya, claro...

—Escucha —le colocó una inmensa mano sobre su hombro más delgado e hizo que se apoyara en el lavamanos. A continuación, sin que ella pudiera resistirse ni pudiera rechazarlo, como si aquella palabra la hipnotizara por completo, Ethan le alzó la barbilla suavemente con la mano e inspeccionó los

labios magullados de la joven—. Tienes que dejar que los demás te ayuden, ¿entiendes? No puedes ser tú sola contra el mundo.

—¿Como haces tú? —replicó con un hilo de voz. Él era muy grande, y en ese baño lo era todavía más—. Que yo sepa ibas a matarte porque estabas asqueado de la vida. Y no pediste ayuda.

Él parpadeó y se centró solo en ella, apoyando el hielo en su boca de modo que no pudiera hablar. Cora era de largo una contestona.

Ella se calló y miró hacia otro lado. Los ojos de ese hombre eran excesivamente intensos. Tan inhumanos y al mismo tiempo, tan terrenales...

—Has sido muy valiente —reconoció Ethan—. Vi cómo luchaste contra el eliseo ese...

—Erdélys —le corrigió Cora medio sonriendo—. ¿Te cuesta escuchar en clase?

—Eres un poco repelente, pero lo voy a dejar pasar —se encogió de hombros y arqueó una ceja negra y diabólica—. Lo que quiero decirte es que sé que no te encuentras bien por lo que hiciste...

—¿Por matarle, quieres decir?

—Te defendías, Cora. Y hacemos lo que haga falta para sobrevivir. Yo también he matado a uno —añadió sin sentirse excesivamente culpable—. Pero no me dan ninguna pena. Además, ya has oído a Morgan. No eran humanos... —susurró. Entonces, calló de golpe, apoyando levemente el pañuelo húmedo y manchado de la sangre de Cora en su barbilla—. Como yo. Según dicen, yo tampoco soy humano —dijo por primera vez en voz alta, siendo consciente de lo que eso implicaba.

Cora alzó los ojos y los clavó en los suyos fijamente. Sintió el malestar de Ethan y su confusión y empatizó con él.

—¿Qué determina la humanidad de uno? ¿La composición genética? — dijo quitándole hierro al asunto—. ¿O su manera de ser y sus credos? ¿Qué más da eso, Ethan? ¿Qué importa si eres distinto? Todos lo somos, ¿no? Con nuestros defectos y nuestras virtudes. Unos claramente mejores que otros — bromeó—. Pero en serio. Mírame a mí —e Ethan la miraba. Vaya si la miraba. Y de qué manera—. Yo soy humana pero no soy como los demás. Soy una Vrill. Y resulta que puedo tener contacto telepático con quien quiera. Que mis poderes son muy potentes. Pero no tengo ni idea de cómo hacerlos funcionar. ¿Crees que entiendo por qué soñé contigo? —le preguntó—. Yo no lo sé. No tengo ni idea. No sé qué conexión tenemos tú y yo. Pero si lo pienso, creo que guiaron mi mente para encontrarte y detenerte. Y entonces me digo que no tiene sentido, porque ya estaba Morgan ahí para impedirlo — hizo un gesto de incompreensión—. Lo que me confunde todavía más. — Realmente estaba intrigada por aquello. Y eso que nadie sabía que ella soñaba con él desde hacía muchos años, que no solo era fruto de que el anillo de Fred activara algo. No. No tenía nada que ver con eso—. Creo, Ethan, que pediste ayuda a tu manera. Y que yo, por el motivo que fuera, capté tu mensaje. Te escuché.

—¿Porque eras un imán para las causas y las almas perdidas?

—Tal vez. Creo que tu desesperación me llegó. Y ahora, debemos ir juntos a ese lugar del que saliste. Y mi noción de la realidad está sufriendo una enorme sacudida. Y no sé si sentirme emocionada por todo lo que estoy viviendo o aterrorizada porque los mundos que trascienden las fronteras físicas y racionales son mágicos, pero también excesivamente descarnados y peligrosos.

Ethan dejó caer la cabeza a un lado y la miró de una manera extraña.

—Eres una chica especial, Cora. Y me alegra que nos hayamos conocido. Me recuerdas un poco a ella —musitó dejando caer sus ojos sobre sus labios—. Tenéis algo parecido.



—¿A quién me parezco? —susurró siguiendo el trayecto de su mirada plateada que se volvía púrpura de manera intermitente. Ya estaba otra vez ahí. El ardor, el fuego, el cambio de color... ¿era consciente Ethan de lo que le pasaba a sus ojos?

—Evia —dijo deslizando el paño por su barbilla, hasta apartarlo.

«Ah. Sí. Evia», pensó Cora amargamente. Joder, menudo planchazo. ¿Quién había puesto de repente el aire acondicionado que se había quedado tan fría?

—Claro... Evia —murmuró apartando la cara y queriendo salir de ahí rápido.

Lo peor era que por mucho que supiera que Ethan había estado marcado por esa mujer, que la tenía muy presente, ella tenía la esperanza tonta de pensar que ese hombre se había colado en sus sueños para recordarle que le pertenecía. Qué soberana gilipollez. Un hombre que tenía tan presente el recuerdo de otra mujer era imposible que se fijara en nadie más. ¿Quién podía competir con un fantasma? Nadie.

Ella desde luego no. Y, sin embargo, no era capaz de dar la espalda a lo que sentía cuando lo miraba. Era tan real y tan correcto pensar que lo quería e imaginar que él la querría a ella. Era tan normal pensar que estaban conectados.

—¿Tú nunca has tenido a nadie, Cora? —quiso saber él sin dejarla salir del baño.

—Sí, claro —contestó—. Tuve un error —colocó una sonrisa falsa en sus labios, aunque el gesto le dolió—. ¿Tú nunca has tenido uno?

—No —contestó—. No he tenido errores porque no han trascendido más de una noche. No había nada que ganar ni nada que perder.

—Ah, ya —exhaló—. Que tú eres de una noche y de pago.

—¿Qué hay de malo en eso? —se cruzó de brazos entretenido y se apoyó en la puerta, mirándola con curiosidad—. Las cosas claras. Hay que ser honesto. ¿Cómo se llama tu error? — inquirió.

—¿Y por qué te importa? —¿qué estaba pasando ahí? Hablaba de su ex en el baño de un jet privado con el hombre de sus sueños, literalmente.

—Que una chica como tú no tenga pareja solo puede ser por dos motivos. O le tocó un grandísimo gilipollas, o no quiere relaciones. Así que, ¿cómo se llama tu error?

Cora puso los ojos en blanco.

—Se llama Ben. Ya está —le indicó que se apartara para poder salir, pero Ethan no se movía—. Ethan, ¿me dejas salir? —el modo en que la miraba hacia que le ardiera cada centímetro de su piel—. ¿Eres consciente de que tus ojos cambian de color? El púrpura y el plata asomaba intermitentemente en sus pupilas. Mierda. Era arrebatador.

Su rictus, su mandíbula marcada, sus cejas gruesas y aquellos ojos grandes... una cara seductora enmarcada por un pelo azabache de tacto sedoso.

—Déjame salir, anda —le pidió medio empujándolo—. No quiero que mi abuelo se piense que...

Ethan colocó un brazo para que cubriera la puerta de lado a lado, como una barrera prohibitiva. Cora miró sus músculos asomar entre la camiseta de manga corta. Y tenía muchos.

—¿Qué le pasaba a Ben? ¿Era imbécil?

—¿Qué? —musitó al notar el modo en que acercaba su rostro al de ella—. ¿Por qué dices eso?

—Porque si yo fuera tu novio no habría día en el que no te tocara y no te dejara claro que me encanta tu cuerpo —sus narices casi se rozaban—. Te besaría a cada momento, te acariciaría, y te demostraría lo mucho que me calienta tu cercanía. Lo mucho que me gusta cómo hueles.

Cora entreabrió la boca. Nunca le hablaron así antes. Ben jamás. No era nada sensual. Y oírlo de boca de Ethan no la dejaba indiferente.

—Pero no eres mi novio —le recordó tragando saliva.

—No. No lo soy —se repitió.

—Y no quieres relaciones.

—No. No las quiero.

Cora se encogió de hombros.

—Entonces, esta conversación no tiene sentido.

Ethan se movió como un gato y se colocó a su espalda, pegándose a ella, rodeando su cuerpo con el suyo y apoyando las manos en la puerta, a cada lado de su rubísima cabeza.

—Pero aunque no quiero nada de eso —murmuró en su oído—. ¿Crees que tiene sentido que desde que te he visto pelear con ese calvo solo he tenido ganas de hacer que te sintieras bien y protegida? ¿Y que no me quito de la cabeza nuestro encuentro de ayer noche? —pegó su pelvis a la parte superior de sus nalgas—. Si no quiero nada de eso... ¿por qué en lo único que pienso es en follarte otra vez, Cora?

Ella apoyó la frente en la puerta y cerró los ojos. No podía negarlo. Acababa de excitarse y sentía la humedad entre las piernas. Negó con la cabeza y fue a abrir el pestillo de la puerta, pero Ethan lo cubrió con su manaza y se lo impidió.

No podía dejarla ir. La necesidad de estar con ella era más fuerte de lo que jamás hubiera sentido antes. Sería por la pelea, por el riesgo de sentirse perseguidos. La adrenalina recorría sus nervios y debía desahogarse.

Pero no. Era más que eso. La olía, la miraba, y sentía que la tocaba de nuevo. Incluso notaba el gusto de su lengua en la de él. Su deseo era casi imperativo.

—¿Por qué haces esto? —preguntó ella.

—Porque no sabemos nada de lo que va a pasar a partir de ahora. Vamos a llegar a un lugar completamente desconocido y es todo incierto —explicó retirando su larga y desmadejada coleta rubia para pasar sus labios por su elegante nuca—. Y lo único real para ti y para mí, en estos momentos, es esto. Y lo que deseamos —succionó su piel ligeramente y le dijo al oído—: dime que no te apetece. Dime que no has pensado en ti y en mí así —rodeó su vientre con una mano y la deslizó hasta cubrir su sexo por completo. La tela de las braguitas era muy fina y podía sentirlo todo—. Maldito sea —se lamentó—. Estás húmeda.

—Por favor...

—Dime que no quieres que siga y pararé.

La mano de Ethan la masajeaba entre las piernas. Cora se mordió el labio inferior y aguantó la respiración.

—Esto no está bien —dijo—. Aquí no.

—¿Quién lo dice? ¿Quién nos va a decir qué está bien y qué no?

—Mi abuelo está en el avión.

—Cora, soy un Siren y tú una Vril. Y dicen que vamos a entrar en un mundo aparte de este. Nos han atacado y unos tipos han hecho magia para detener el tiempo. ¿De verdad crees que a alguien le importa si echamos un polvazo en este avión?

—¿Un polvazo? —Cora estaba impresionada.

—Contigo hay que hacer las cosas a lo grande —mordisqueó el lóbulo de su oreja y sus dientes blancos destellaron al sonreír, cuando notó su reacción—. Y me muero de ganas de sentirte otra vez, Cora —se rozó ligeramente contra sus nalgas, agachándose un poco—. Es la dosis de realidad que necesito para mantenerme cuerdo. ¿Entonces, rubia?

—¿Qué?

—Folla conmigo.

Ella se dio la vuelta, respirando aceleradamente, asustada y nerviosa. Porque no podía negarse. Era justo lo que quería. Lo que anhelaba. Volver a estar con él. Y cuando la miraba así, tan necesitado, con un reclamo tan franco, sentía que no era capaz de rechazarlo. Era imposible.

Se trataba de Ethan. Un Siren. El hombre que la atormentaba en sueños y la miraba como si fuera un tesoro. Él quería tenerla. Quería tocarla. Y ella quería que lo hiciera.

Evia era el amor de su vida. Pero, lamentablemente, la chica había muerto. No estaba. En cambio, ella sí. Ella estaba ahí llena de vida ante él, las mejillas sonrosadas y la decisión es sus ojos celestes.

Claro que quería hacerlo con él. Ethan debía comprender que ella vivía, que podían estar juntos, ¿por qué no? Como Lois y Superman. Como Spiderman y Mary Jo. Como Arrow y Felicity... Guardaría su secreto y el de su mundo, y pelearía a su lado.

Ethan volvió a cubrir su monte de Venus con los dedos y la miró de frente con los ojos púrpuras muy claros. Dios, era increíble el contraste con su piel y su cara. Era hermoso.

Cora alzó sus manos hasta su pelo y se lo retiró de la cara, tomando los mechones entre sus dedos. Ethan no movía un músculo.

—Dame la respuesta —exigió saber él como una estatua de granito.

—Sí —dijo humedeciéndose los labios—. Házmelo aquí y ahora —le ordenó.

Ethan dejó escapar un gruñido victorioso, y acto seguido pegó su boca a la de ella, encajándola como si quisiera comérsela.

No necesitaba más que eso. Al margen de todo lo que les venía encima, del velo de la realidad que caía ante sus ojos, Cora ansiaba estar con él, como si fuera un apremio personal o una urgencia de su cuerpo, como el respirar.

No pensó en si estaba bien o no hacerlo en un avión, o en si su abuelo la iba a descubrir. Sabía que no. Le había dejado claro que quería descansar y que nadie la molestara.

Pero había algo en esa situación que la excitaba, y no solo por el ansia en las manos de Ethan por desnudarla. Era el riesgo. El saber que estaba haciendo algo prohibido en un lugar inadecuado, rodeada de las personas menos indicadas para que la descubrieran.

No obstante, le daba igual. Estaba en su derecho. Su mundo se había roto, y ante la ignorancia de saber si el que se avecinaba era mejor, sí iba a agarrarse a ese clavo que conocía. El sexo con Ethan era escatológico. Era bueno. Y de lo bueno había que repetir. Aunque ella no fuera Evia.

Abrió la boca y unió su lengua a la de él. Se rozaron, se acariciaron y se empacharon de su sabor. Ethan la tomó por las axilas y la levantó para sentarla sobre el lavamanos.

—No podemos hacer ruido —le dijo bajando la voz y volviéndola a besar.

Ella asintió y recibió aquel nuevo beso, sujetándose a sus hombros y rodeándole la cintura con las largas piernas. Sin querer, abrió el grifo con el trasero y soltó una risita nerviosa de asombro.

Ethan le tapó la boca, aunque sus ojos también rieran.

—Chist... Cora —le recriminó.

Ella apartó la cara, y lo tomó del rostro para volverlo a besar.

—Joder... —gruñó—. Necesito estar dentro ya —le pidió.

Cora se envalentonó y ella misma le desabrochó el cinturón, después el botón del pantalón y al final le bajó la cremallera. A continuación deslizó sus pantalones por la cintura.

—¿Y lo otro? —preguntó Ethan burlón.

Ella miró hacia abajo y medio sonrió al ver el gran bulto que ocultaban sus calzoncillos negros. Ethan la había llenado la noche anterior, de eso no había duda. Era un hombre bien dotado.

Coló los dedos entre la goma de los calzoncillos y los bajó. Y aquello salió disparado hacia arriba.

Ethan se agachó. Removió los pantalones y encontró su cartera negra. De ella sacó un paquete plateado. Lo abrió y tomó el condón.

Le dio rabia ponérselo. Porque quería hacerlo con Cora a pelo. Sin el látex de por medio. Pero era responsable y no iba a ser desconsiderado.

—No puedo creer que eso... —musitó Cora observando cómo el látex se abría bien para adaptarse al tamaño de Ethan.

—Ya lo creo que sí —aseguró Ethan volviendo a pegarse a su entrepierna. Se rozó arriba y abajo contra ella y disfrutó de los gemidos de Cora.

Él había estado con muchas mujeres, y la vergüenza y la timidez de Cora le ponía más cachondo que nada. Le iba a quitar la camiseta para verla bien desnuda, pero Cora lo detuvo.

—No quiero estar aquí mucho tiempo. Alguien puede usar el servicio y me muero de la vergüenza si me ven aquí contigo. Vamos a darnos prisa, ¿vale? —la ternura con la que se lo dijo, lo dejó noqueado.

Él la comprendió. No era el mejor lugar para tener relaciones, pero le urgía tenerlas con ella. La necesitaba, y no se iba a parar a pensar en el motivo de por qué era así. Pero así era.

Le quitó las braguitas deslizándoselas por sus estilizadas piernas y cuando la tuvo desnuda le abrió bien los muslos. Cora no tenía un pelo allí abajo. Nada. Y podía verla a la perfección.

—Estás mojada —a Ethan le encantaba verla así. Eso era señal de que ella también lo necesitaba.

Cora no quería oírlo hablar. Solo quería que la penetrara, que se quedara en su interior de nuevo y disfrutar de esa conexión.



Así que lo atrajo a su boca y lo besó, rodeándolo con las piernas, cruzando los pies sobre sus nalgas duras y musculosas y aproximándolo a su intimidad más que preparada para recibirlo.

—Nunca lo has hecho en un avión, ¿verdad?

—Tú nunca lo has hecho con la misma mujer dos veces — le contestó hundiendo sus dedos en su larga melena.

—Eso es verdad.

Cora sonrió satisfecha. Entonces sintió el grueso prepucio estirar su entrada resbaladiza y entrar poco a poco.

Cuando notó que a ella le dolía un poco, coló su mano entre los dos y le acarició el clítoris con el pulgar.

—Tranquila. Te va a gustar.

—Sí —dijo ella abrazándose a él.

Ethan se hizo espacio para mirar hacia abajo y controlar la penetración. Pero cuando notó que Cora le daba un beso dulce en la garganta y después se atrevía a darle más besos hasta el lóbulo de la oreja, se descontroló y se puso como un toro. ¿Por qué algo tan nimio e inocente lo encendía tanto?

Impulsó las caderas hacia adelante, tomando su estrecha cintura y sujetándola bien, hasta que notó cómo entró hasta la empuñadura.

Cora se abrazó tan fuerte como pudo, pero aun así se quedó sin aire. «Madre del amor hermoso... Me va a matar», pensó cerrando los ojos.

—¿Te he hecho daño? ¿Estás bien? Ella se tomó unos segundos para contestar.

—Sí. Estoy bien.

—Voy a ir muy lento. Voy a...

—Ethan... —se acercó a su oído sin paciencia—. No quiero que vayas lento. Dale.

«Dale». Una orden clara y concisa.

—Agárrate —le ordenó él con su mirada completamente púrpura.

De repente la tomó por las nalgas desnudas, la acercó al límite del lavamanos, flexionó las rodillas y se volvió a impulsar hacia adelante hasta ver cómo desaparecía por completo en su interior. Esta vez podía ver su rostro en el espejo y sus ojos de aquel color tan especial. Frunció el ceño. ¿Por qué pasaba eso? ¿Ese era él?

El interior de Cora lo apretó y por poco le cedieron las rodillas, así que se afianzó bien en el suelo y apresó sus nalgas con fuerza. Le quedarían marcas, pero le daba igual. Iba a darle un orgasmo de locos a Cora.

Ella se aferró a sus hombros y por un momento miró hacia abajo para ver cómo aquel miembro intimidante la abría y se hacía paso hasta su interior profunda y completamente. Dolía. Y al mismo tiempo, sentía placer.

—¿Te gusta? —le preguntó él hundiendo la nariz en su cuello.

—S-sí —afirmó.

—Sí... —repitió él hundiéndose en su interior, disfrutando de su lubricación natural y del modo en que lo apresaba. Querría hacerle todo tipo de cosas, en todo tipo de posturas y con todo tipo de juguetes, pero no podía. Tal vez, solo tal vez, consideraría seguir viéndola, porque aquello, ese sexo con ella, era excesivamente bueno. Porque Cora era intrigante, seductora innatamente y bella e inocente... Y le gustaba.

Ella aceptó cada embestida, cada golpe en su interior, hasta lo más hondo, y cada vez era mejor. Mucho mejor.

Lo abrazó, rodeándolo como una anaconda, e Ethan le dio un beso apasionado, sin dejar de mover sus caderas taladradoras, sin dejar de poseerla. Su ritmo era cadente, no excesivamente rápido, pero tenía ritmo, y sabía cómo moverse y donde rotar para llegar más hondo.

Los dos se miraron, aguantaron unos segundos, hasta que Ethan sintió cómo se endurecía y se hinchaba, y ella también.

Se iba a correr.

Y entonces, Cora cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás para disfrutar del orgasmo que le empezaba muy adentro, hasta acariciarle la columna vertebral, rodear su ombligo y estallar en ese centro, para después recorrer su vagina arriba y abajo y su útero.

Ethan apretó los dientes. Ninguno de los dos podía gritar. Porque suficiente hacían con no hacer ruidos. Pero aquel orgasmo fue devastador para los dos. Y sin embargo, algo sucedió. Justo en el momento que el orgasmo remitía, Ethan fue incapaz de dejar de moverse, y de inmediato, a continuación, los dos a la vez sintieron un nuevo orgasmo, todavía más potente e interior, que les llegó a la cabeza.

Una fuerte luz estalló detrás de sus pupilas y ambos vieron retazos de la vida del otro.

Cora vio a Ethan de pequeño, con los Lostsoul, con Evia... vio el amor que sentían el uno por el otro, vio su muerte, el horror que los abatió a todos... y después vio su adolescencia y cómo se iba haciendo un hombre a pesar de tener el corazón roto. Vio a Ethan en su trabajo de hackeo junto a Devil, y vio a su grupo de amigos llamados «Rebeldes» defender todo tipo de causas animalistas y medioambientales.

Estaba conociendo detalles de su vida al completo. Un resumen exhaustivo que en teoría tenía lugar en los segundos de ese orgasmo.

Y para Ethan no era distinto. Él veía a la niña Cora en los centros mentales en los que estuvo; vio el día en que la recogió Arnold, y cómo crecía con una excelente educación y un gusto innato por lo desconocido, por la magia y lo paranormal. La vio sacando notas excelentes, compartiendo momentos divertidos con sus amigas de la universidad y después vio a ese gilipollas, a Ben. Eran todo secuencias, como fotogramas con voz y movimiento. Hasta el día de hoy. En el avión.

Cuando el orgasmo cesó, las visiones de ambos se detuvieron. Fueron devueltos a la realidad.

Ethan parpadeó, todavía perdido y desubicado y focalizó en el rostro de Cora, que lo miraba de igual manera. Ella miró hacia abajo y vio que él estaba en su interior hasta la empuñadura y que había tenido dos orgasmos brutales, uno de los cuales le había conectado con los recuerdos del Siren.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella.

—¿Qué ha sido el qué? —dijo Ethan de repente.

—¿No te ha pasado lo mismo? Yo... yo he visto cosas de tu vida —explicó limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano—. He visto muchas cosas... a los Lostsoul, a Evia, el orfanato, tu trabajo, tu...

Ethan se salió de ella sin mucha delicadeza. Su erección aún duraba pero ni mucho menos tan erguida como antes. Se sacó el condón, y lo tiró al retrete. Se limpió como un robot mientras oía las palabras de Cora sobre lo que había experimentado.

—Siento que sufrieras tanto... —le dijo Cora con voz temblorosa, intentando acercarse a él—. Cuando Evia se fue, tú...

—¿Por qué lo has hecho? —le dijo él de golpe, sin rastro de la pasión que habían compartido hacía unos instantes. Ni siquiera la miraba. Se estaba limpiando el miembro, y una vez seco, se subió los calzoncillos y el pantalón.

Cora, sorprendida, no sabía qué decirle.

—¿Por qué he hecho el qué?

—Meterte en mi puta cabeza. Jugar con mis recuerdos y los tuyos. Hay cosas de mi vida que son mías. No tengo que contarlas si no quiero hacerlo. ¿No lo entiendes?

—Yo... —sacudió la cabeza negativamente—. Yo no he hecho nada, Ethan. Ha pasado solo. En la segunda vez que me he corrido yo...

—No puedes hacer eso. No tienes derecho a abrirme la mente así. Por muchos poderes que tengas no puedes aprovecharte —la miró con frialdad y le dio la espalda muy tenso—. Yo no te he pedido que me cuentes tu vida. Lo has hecho porque te ha dado la gana. Ni te he dado permiso para que me robes la mía —dijo muy enfadado.

—¿Qué? —estupefacta por el malentendido intentó retenerlo bajándose del lavamanos—. Espera, espera. ¿Por qué te vas así? Yo no he tenido nada que ver...

—Claro. Seguro. Eres una Vrill. Tienes dones mentales, y estás deseando que alguien te quiera y se abra a ti, y no del modo en que lo hizo Ben, ¿verdad? Has hecho que lo viera todo.

Aquello hirió a Cora. Ethan también había visto retazos de su vida, de eso no había duda. Pero pensaba que lo había provocado ella y se sentía violado en su intimidad.

—Yo no he hecho nada de eso. Sea lo que sea, ha pasado y ya está —se defendió. Lo tomó del brazo para que no se fuera—. Ethan, ¿qué crees que

voy a hacer con lo que he visto? Te estoy diciendo que no tengo nada que ver.

—¿Y qué coño ha pasado?! —exigió saber forzando la voz susurrante.

—No lo sé...

—La cuestión es que no deberías haber visto nada, ¿no lo entiendes? —espetó entre dientes mirándola furioso por encima del hombro—. No debiste mover la mierda. Las cosas que no cuento no las cuento por alguna razón, ¿no crees? No tienes derecho a remover mis recuerdos así. No tienes derecho si quiera a mirar a Evia como yo la miraba. Ni tú ni nadie tenéis nada que hacer a su lado. Siempre saldréis perdiendo.

Guau. Eso sí había dolido de verdad. Pero Cora aguantaría el chaparrón y después decidiría qué hacer al respecto.

—Me ha costado mucho mantener esos recuerdos a raya —continuaba Ethan muy enfadado— para que ahora una Vrill como tú juegue a hacer malas pasadas. No me imaginaba que eras así.

—¿Así cómo? —se preguntó seriamente afectada. Acababa de tener un orgasmo, tenía las endorfinas por las nubes, pero también se sentía vulnerable. Y aquella reacción de Ethan a su experiencia "mística" le estaba sentando fatal. ¿Se creía de verdad que ella habría violado su intimidad así?

—Se trata de que me folles a mí, Cora —se liberó de su amarre—. No de que violes mi cabeza. No está bien forzar las cosas. Y yo que pensaba que podíamos seguir viéndonos cuando todo esto acabara... —meneó la cabeza disconforme—. Finges estupendamente.

—¿Qué? A ver, un momento, Ethan. Te estás equivocando.

Y estás siendo un... un gilipollas —dijo permitiendo que abriera la puerta del baño. De repente, aquello era muy pequeño para un hombre frío y

cabreado—. No sé lo que nos ha pasado. Pero no tengo nada que ver. No hago cosas así.

—Mientes igual que follas.

—No te pases —le pidió con los ojos vidriosos—. Para ya.

—Oh, pero no te preocupes —usó el sarcasmo más doloroso—. Lo haces todo muy bien. Siéntete orgullosa de eso, al menos.

Ofendido y visiblemente afectado, salió del baño y dejó a Cora en *shock*, desnuda y mirándose al espejo sin comprender qué había pasado..

Recogió las braguitas del suelo. Las miró sin verlas en realidad, y empezó a llorar.

¿Cómo podía haberles pasado eso y que él la acusara de haberlo provocado? ¿No se daba cuenta de que había sido mágico?

Se metió en la cabina de la ducha y decidió que lo mejor era renovarse con el agua. Allí nadie la oiría llorar. Y nadie vería lo humillada que se sentía. Ella no había hecho nada malo. Solo entregarse a Ethan. Solo hacerlo con él, porque era superior a sus fuerzas y a sus convicciones. Porque la verdad era que ella sí lo quería para sí misma. Pero nunca pasaría por encima de nadie para conseguirlo. Y ni mucho menos por el recuerdo de alguien que ya no vivía y que Ethan seguía queriendo.

Qué equivocado estaba.

Tenía claro que debía tomarse unos minutos para salir de nuevo allí y enfrentarlo, a él y a todos. Debía recomponer los trocitos que el huracán Ethan había dejado a su paso.

No era una llorona. Ni una mujer débil.

Estaría bien. Solo necesitaba volver a ponerse la coraza y después de lo claro que se lo había dejado Ethan respecto a sus posibilidades con él, no volver a quitársela jamás.

Podía estar enamorada. Dudaba que alguna vez dejara de estarlo. Pero no era masoquista. No era de esas mujeres que se rasgaban las vestiduras y perdían su dignidad por el hombre que querían.

Ella no era así. Le podía doler, le podía hacer daño, pero encontraría la manera de estar en esa aventura sin perder el corazón por el camino. Manteniendo distancia.



## 15

Ethan se sentía enrabiado. Cora no tenía derecho a desempolvar algo suyo tan privado. Era reservado por una razón. Porque todo le afectó, todo le marcó, y le hizo daño. El tiempo, el paso de las horas, los días, las semanas, los meses y los años, así, en orden y sin saltarse nada, le aleccionaron a tolerar su angustia y su desesperación. Y esa chica, por muy buena y guapa que fuera no tenía ninguna potestad en eso. Era intolerable. ¿Con qué derecho le reabría las heridas? ¿Con qué derecho le refrescaba la memoria y le hacía ver de nuevo a Evia, tan viva, tan linda y maravillosa? ¿Por qué tenía que recordarle de una manera tan real que la había perdido?

Salió tan cabreado del baño que cuando se sentó al lado de Devil, le arrebató la copa de coñac y se la tomó de un trago.

Arnold y Morgan tenían la mirada fija en la misteriosa caja donde decían reposaba un medallón que hacía de llave a otros mundos. A su mundo.

Devil observó impasible el modo en que su mejor amigo se bebía la copa. Cuando la acabó, el rubio entornó los ojos.

—Ahora me la llenas otra vez, friqui de ojos lilas.

Ethan apretó los ojos con muchísima fuerza, y se los frotó, como si así pudiera hacer que esa tonalidad desapareciera, como si sus dedos fueran una goma de borrar.

—¿Problemas en el paraíso? —preguntó jocoso.

—No estoy de humor —contestó Ethan sin más.

—Sí, ya lo veo. Ese color raro te sale cuando sueles cabrearte. Debe ser porque eres medio pez.

Ethan frunció el ceño y se quedó mirando a su amigo como si fuera un jodido loco.

—No soy medio pez.

—Eres capitán Pescanova. Medio Sireno —se rió de su propio chiste. Le encantaba molestarlo, sobre todo porque sabía que ese era el modo de que ambos tuvieran normalidad ante tantas revelaciones y cambios. Su relación jamás cambiaría. De eso ambos estaban seguros.

—Ethan —Arnold lo miró desde su butaca, con gesto serio y amenazador. Lo marcaba como haría un padre protector. Y ni siquiera se imaginaba lo que acababa de pasar en el baño.

—¿Qué?

—¿Cora está bien? —preguntó preocupado.

Él se encogió de hombros.

—Como se espera que esté después de todo —«estaría de puta madre si no fuera una manipuladora»—. Tranquilo, Arnold. Va a sentirse mejor. Es una chica fuerte. Seguramente se quede un rato descansando.

—Ya —contestó el mayor sin estar muy convencido—. Voy a abrir la caja —le dijo de repente—. Morgan dice que aquí estamos seguros. Que él protege la señal electromagnética del medallón. ¿Lo quieres ver?

Ethan y Devil se miraron el uno al otro y, al mismo tiempo, se levantaron para observar en primera persona la reliquia que abría portales.

—Claro. Si Morgan dice que no hay problema, habrá que hacerle caso... — espetó Ethan con tono irónico.

Morgan observaba la caja con reverencia y Arnold con melancolía. La tenía apoyada sobre sus piernas y posaba sus manos sobre ella, como un escudo protector. Recordaba el momento exacto en el que, décadas atrás, bajo las capas y los túneles secretos de la pirámide de Keops, abrieron aquel sarcófago y hallaron el cofre, en lugar del cuerpo del atlante que esperaban. Recordaba la emoción, la ilusión que entonces les embargaba y que hacía que sus cuerpos temblaran presos de la adrenalina. Ahora la emoción era otra. La de volver. La de regresar al hogar que tuvieron que abandonar por la vil traición de dos mujeres: una Vril oscura y una heredera de la Condesa Bathory, igual de ambiciosa.

Abrió la caja sin más dilación, con cuidado. Y cuando lo hizo, una fuerte luz que emergió del colgante redondo les cegó parcialmente. Cuando Arnold tomó el medallón después de que la luz cesara, lo acarició con los dedos y sonrió con pena.

—Fred murió por protegeros a ti y a Evia —le dijo Arnold a Ethan—. Y a esto. *Ch'otob* —susurró en idioma maya antiguo—. La llave.

Ethan observó el medallón con atención, con sed de saber más sobre él.

Era bonito. Redondo, con el uróboros de ojos púrpura, con incisiones y muescas alrededor del metal, círculos sobre el cuerpo de la serpiente y radiales alrededor que hacían que se asemejara a las circunferencias de un reloj.

—Esta llave nos llevó al Barranco de Badajoz —aseguró Arnold dándole la vuelta—. Sus coordenadas y su leyenda nos indicó ese punto de la tierra. Y es allí donde volveremos a... —Se detuvo para observar bien la inscripción de detrás del medallón—. Un momento... —susurró nervioso. Se colocó las gafas de ver de cerca que colgaban del cuello de su camisa y revisó el dorsal

del medallón con atención—. Las coordenadas han cambiado. ¿Cómo es posible? Y la leyenda también —miró a Morgan con asombro—. ¿Por qué?

—Sirens es una tierra dentro de esta y está en continuo movimiento. Conecta con todas sus entradas y salidas pero los portales para acceder a ella no siempre son los mismos. Se abren y se cierran. No tiene un lugar fijo de apertura ni de cierre. Por eso han esquivado a todos los buscadores de tesoros y de la metrópolis, por eso no es fácil de ubicar. Porque no están donde se les espera. La puerta que abre esta llave ha cambiado de localización —contó sin más—. Déjame ver las coordenadas —el Mur, sin perder el temple, memorizó los números atlantes escritos en el medallón. Y después sonrió—. Marca un punto en Málaga. En el Sur de España —concretó sin necesidad de mirar ningún mapa.

—Tío —gruñó Devil—. No sé qué eres, pero quiero tu cerebro...

Arnold le arrebató el medallón y lo acercó a su nariz.

—¿Es de Málaga? —preguntó—. ¿Seguro, Morgan?

—Ya lo creo que sí —Morgan asintió sin mover un músculo de su rostro—. Un lugar mágico.

El viejo arqueólogo apoyó la espalda en el sillón y suspiró como si viviera una nueva revelación.

—Me imagino qué lugar marca —espetó—. En nuestra búsqueda pasada, barajamos la posibilidad de que allí hubiera una entrada al mundo intraterreno, pero nunca lo confirmamos debido a la falta de pruebas.

—¿Qué lugar marca el medallón? —indagó Ethan.

Entonces, la reliquia volvió a iluminarse y lanzó un haz de luz al techo, dejando a todos boquiabiertos. En este se reflejó una imagen de un lugar

rodeado de desierto, y un dolmen que ejercía de puerta hacia el interior de una montaña de arena blanca.

—¿Qué coño es esto? —se preguntó Devil—. ¿Un proyector?

—Es la primera vez que veo que el medallón puede revelar la imagen de la puerta que abre —reconoció Arnold estupefacto.

—Es por él —Morgan fijó sus ojos azules albinos en Ethan—. Es porque es un siren. Y las *ch'otob* revelan al siren lo que necesiten saber.

—Pues yo no sé qué lugar es ese... —contestó el aludido.

—Yo sí —dijo de repente Cora, saliendo del baño totalmente aseada y con la atención fija en el holograma. Llevaba el pelo húmedo recogido con una trenza ladeada, su labio ya no estaba tan hinchado, incluso parecía que el corte se le había cerrado. Se había puesto unos tejanos ajustados que marcaba toda su silueta, una camiseta de ON2B de color negra, las Converse que le había pedido a su abuelo y la mochila roja de Supreme—. Yo sí lo sé —repitió de manera altiva.

Arnold se sentía tan orgulloso de ella que tuvo que sonreír. Su nieta había estudiado mucho y él también le había ido contando miles de cosas de un montón de cónclaves mágicos del mundo.

—¿Y qué lugar es, Lara Croft? —le preguntó Devil.

Cora miró a Ethan sin prestarle demasiada atención y contestó, entusiasmada y abrumada al mismo tiempo con el funcionamiento de aquel artefacto.

—Es el dolmen de Menga. Y se encuentra en Antequera. En Málaga —Cora confirmó con aquello la información facilitada por Morgan y Arnold. Pasó entre medio de Ethan y Devil y se sentó al lado de su abuelo, rodeando su brazo con ambas manos para apoyarse en él, como si minutos atrás no

hubiera tenido un encuentro íntimo con Ethan. A él aún no se le había ido el color violeta de sus ojos y la miraba incesantemente, pero ella optó por ignorarle—. ¿Entonces? ¿Vamos hacia el dolmen?

Morgan se levantó de su butaca y se cerró con delicadeza las solapas de la gabardina. Asintió al tiempo que decía a los presentes:

—Voy a avisar al piloto del cambio en el vuelo. Nos desviamos hasta Málaga.

—De acuerdo —Arnold cerró la caja, y con ello, el medallón dejó de emitir aquella imagen 3D. Posó una mano calmante sobre la rodilla de Cora y añadió—. Vayamos hacia el dolmen.

## ***Antequera***

### ***16:30 de la tarde, hora española***

En la zona monumental del Campo de los Túmulos, cerca del dolmen de Viera, se encontraba el dolmen de Menga, un sepulcro de corredor de tradición atlántica con galería cubierta, formado por enormes piedras blancas verticales y horizontales.

Cora había visto muchos dólmenes. Sabía que las leyendas hablaban de ellos como lugares de reunión de brujas, de sacrificios, lugares sagrados y entradas a otros mundos. Y al margen del malestar por lo sucedido con Ethan, el cosquilleo de anticipación por tener la posibilidad de presenciar algo único estaba ahí, en su estómago, haciéndola vibrar. No le costaba nada imaginarse a los druidas de antaño en el interior del dolmen, celebrando sus reuniones secretas.

Y ahí, según afirmaba su abuelo, se hallaba otra entrada a Sirens, un mundo de los descendientes del increíble continente que había sido Atlantis. Una magna extensión de tierra poblada por una poderosa y antigua civilización.

Habían llegado al aeropuerto, y allí mismo tomaron un jeep negro que ya les esperaba, y que les llevó hasta Antequera.

Cuando Ethan vio el símbolo que a modo de escudo decoraba la esquina del cristal trasero del coche, recordó haber visto un vehículo parecido con el mismo logo, el día en que se llevaron el cuerpo de Evia del orfanato. Cosa que certificaba que los Mur estuvieron allí aquel día, y si era verdad que manipularon su cuerpo, el Siren quería llegar hasta el fondo de la cuestión.

Cora y él no habían vuelto a hablar desde su encuentro en el baño del avión, y ella apenas le miraba. Lo peor de todo era notar, percibir que se sentía mal y no entender el porqué. Ella se había metido en su cabeza sin permiso. ¡Eso era poco ético, joder! Y a pesar de ello, el destello rubio de su trenza yendo de un lado al otro, le distraía de sus convicciones.

Sin embargo, cuando el grupo entró en el dolmen, estando ellos solos, sin un visitante más alrededor debido a las facilidades que otorgaba el Mur en cuanto a contactos y métodos, se dejaron abrazar por el silencio solemne del interior de aquel monumento de ciento ochenta toneladas de piedra dispuestas por pilares macizos y lisos, y columnas robustas entre las cuales se distinguían un corredor, una cámara funeraria al fondo y un atrio. Allí, Ethan se sintió más inquieto que nunca. Aquella sensación que lo embargaba, sacudiéndolo por dentro, le hizo sentir extraño, y distinto en su propio cuerpo, como si notara, antes de que fuera realmente consciente, que estaba próximo al lugar del que venía.

No pudieron hacer otra cosa que aguantar la respiración y dejarse sobrecoger por aquella supuesta tumba de piedra megalítica que ocultaba más secretos de los que mostraba. Y que era mucho más de lo que se veía a simple vista.

—Caramba... —dijo Cora emocionada—. Qué lugar más increíble.

—Existe desde el Neolítico. En su interior —dijo Arnold— hay un pozo muy profundo en dirección al núcleo de la tierra de unos veinte metros de hondo. Nadie entiende cómo se formó ni para qué lo usaban, pues entonces se desconocían los pozos de agua como tal —comentó crípticamente—. Y en sus paredes —las señaló con admiración— existen dibujos antropomorfos que aún tienen que ser descifrados y que no poseen similitud con ninguna otra lengua conocida. Si el medallón señala este lugar, es que debe de haber un orificio en el que meter la llave. Debe de estar en algún sitio —vaticinó adaptando la visión de sus ojos a la poca luz que había en el interior del dolmen.

Cora sintió la necesidad de tocar las paredes, apoyó una de sus manos en la piedra, la notó fría y rugosa al tacto, pero lo que nunca imaginó fue lo que vivió a continuación. Sintió uno de sus increíbles fogonazos mentales, hasta que casi trastabilló y viajó en el tiempo hasta otra época. Un hombre de túnica blanca y pelo largo y platino, como su barba trenzada y su rostro con tatuajes cenizos, entraba en el dolmen y hacía un ritual, que Cora interpretó que era de protección de aquel enclave sacro. Algo se iluminó en el interior de aquel lugar, el hombre desapareció y su visión se esfumó.

Cuando abrió los ojos, apoyaba las manos sobre sus rodillas, y aquel vago recuerdo había desaparecido por completo. Lo cierto era que hacía días que ya no era la misma, y experimentaba que sus poderes tan ejercitados durante años, y los que tan bien comprendía, al menos en la teoría, se despertaban poco a poco. Lo que acababa de sucederle era un don llamado «psicometría» en el que a través del tacto se obtenía información relevante de un objeto, de una persona o de un lugar.

Nunca antes lo había experimentado, y para ser su primera vez, fue intenso y tan real que aún podía ver a aquel hombre.



—¿Qué te sucede, Cora? —quiso saber Arnold ayudándola a medio incorporarse—. ¿Te has mareado? Ella negó con la cabeza, se humedeció los labios reseco y confesó su inquietud.

—Abuelo, mis dones se están despertando —reveló algo aletargada—. Todo lo que he ensayado, todo lo que he estudiado, todo lo que he aprendido... es como si el fuerte que estaba deteniendo mis capacidades se hubiera roto, y ahora toda esa energía se precipitara por mi cuerpo y mi intención —él la escuchaba con toda su atención. No quería verla preocupada, pero la joven lo estaba, porque no adivinaba cuál era su verdadero potencial. Ni siquiera lo intuía—. He visto a un hombre de pelo largo y plateado y túnica blanca. Llevaba un bastón en mano y oraba aquí, en el interior. De repente una luz me cegó y dejé de ver nada más.

—Puede que hayas visto parte de los registros pasados de este lugar. Para eso se te ha entrenado, Cora. No debes tener miedo. Solo tienes que dejar que salga. Si este medallón abre una puerta, y los sirens nos dejan entrar a todos, podrás conocer a María. Y ella te ayudará a aceptarte.

Cora hizo un gesto de no estar muy convencida de ello.

—¿Qué quieres decir con que nos dejen entrar a todos? ¿No nos van a dejar entrar a todos? —Cora no comprendía nada.

—Se cerraron en banda —aclaró Morgan en voz alta—. Cuando comprobaron que les traicionaban, que los humanos que dejaban entrar a su hogar no eran de fiar, decidieron cerrar sus puertas para siempre, hasta nuevo aviso. No permitieron que nadie del exterior tuviera contacto con ellos. Ni siquiera nosotros, los Mur, volvimos a ver su isla. Nadie más poseía ninguna llave, y lo más importante —alzó un dedo oscuro—, nadie gozaba de su permiso para ingresar en su mundo.

—¡Eh! —Ethan que había encendido la linterna de su móvil para ver mejor, les llamó mientras se quedaba inmóvil frente a uno de los pilares del

dolmen, ortostatos se llamaban. Ahí, en su superficie, a la misma altura de sus ojos, había un orificio circular, no perfecto—. ¿Puede ser esto lo que buscamos? Morgan, Cora y Arnold se acercaron a los dos amigos, y fue el anciano el que abrió el cofre, tomó el medallón y lo alzó para encajarlo bien.

—Sí —susurró Arnold feliz—. Puede ser. A ver, déjame probar...

El pilar de piedra parecía estar imantado, y el medallón se quedó pegado en él.

Todos esperaron con expectación el siguiente movimiento de Arnold.

—La vida —recordó en voz alta la nueva leyenda que tenía grabada la reliquia detrás— debe fluir como el agua, y el humano dejarse caer y ser aire.

Marcó los tres glifos lunares en orden, moviendo el cuerpo del uróboros y marcando cada glifo con su cabeza.

—Vida. Agua. Aire —repitió Ethan para sí mismo.

En ese instante, el medallón se iluminó desde el centro hueco y un fognazo emergió desde su interior. Y a continuación, detrás del último pilar, en la zona del pozo, hubo una especie de temblor, y un potente rayo luminoso salió disparado del algibe intraterreno, haciendo volar la rejilla metálica de contención y las vallas de seguridad a su alrededor.

Cora se cubrió la boca con ambas manos, y su abuelo la rodeó con los brazos, emocionado por ver que el mundo que él había amado volvía a abrirle la puerta.

—El portal se ha abierto —Morgan parecía maravillado de verlo.

Ethan y Devil caminaron como zombies hacia el resplandor, pues necesitaban ver con sus propios ojos que aquello era verdad.

—Hay que dejarse caer —señaló Morgan con una sonrisa—. Ser aire —les recordó—. ¿Asustado, Ethan? —el Mur intentaba provocarle.

En cambio, Ethan negó con la cabeza, y se colocó alrededor del pozo cuya luz brillante no se desvanecía. Devil siguió sus pasos, y ambos, parecían decididos a dar el salto.

—¿Vamos, Devil? —preguntó Ethan a su mejor amigo.

—Hay que joderse —musitó echando los hombros hacia atrás y cogiendo aire—. Voy donde tú vayas. Pero salta tú primero.

—Maricona —le picó.

—Calla tonta, que sé que tienes miedo —replicó el rubio tomándole el pelo.

Y sin esperarlo, vieron una cola rubia pasarles por delante y espetarles con toda su cara:

—Hay que vender dos gallinas por falta de huevos —acto seguido, echó una mirada desafiante a Ethan al tiempo que caía pozo abajo.

Arnold, que tenía el medallón colgado del cuello y Morgan, que parecía satisfecho de estar ahí, siguieron a la Vrill.

—¡Espera, Cora! —gritó su abuelo.

Ethan frunció el ceño, agarró a Devil por el cuello de la camiseta y después de soltar «a la mierda con todo», tiró de su amigo y juntos desaparecieron por el túnel.

Porque la aventura y los misterios de la vida no tenían sentido si para vivirla no dabas varios saltos de fe.

## ***Barranco de Badajoz***

Lillith miraba el muro que una vez se abrió para ella décadas atrás. Un muro del interior de las minas del barranco que cedió a la llave, al *ch' otop* de los sirens. Entonces tenía casi cuarenta años. Y en la actualidad, casi setenta años después, continuaba como entonces, joven, hermosa, y longeva.

Pero en aquel lugar, no había resquicios de que nadie allí hubiera llegado antes que ella. La llave abría el portal del Barranco, por tanto, esperaba que el Siren y la Vril estuvieran ahí.

Sisé le había dicho que poseían el cofre del medallón y que su intención era usarlo. Así que imaginó que el siguiente movimiento de Arnold era devolver al chico a su casa para alejarlo definitivamente de ellas.

Había deseado encontrarles con las manos en la masa. De hecho, un destacamento de Eldérlys rodearon la zona montañosa esperando cogerlos por sorpresa. La caza habría terminado con la llegada de ella y de Sisé al lugar y obteniendo por fin lo que les pertenecía. Pero cuando llegaron, no había nadie, de hecho, sus rastreadores aseguraban que en ese día nadie había pasado por ahí.

Lillith pasó su mano por su pelo recogido y dibujó un rictus de amargura y decepción en sus labios.

—Dijiste que la chica tenía constancia del cofre. En él está la llave que abre este portal hasta Sirens. ¿Por qué no están aquí? —preguntó con aquel tono aristócrata y estirado.

—Te dije la verdad.

—¿Y dices que la chica que va con ellos no es una Siren?

—Sí —confirmó Sisé—. Esa chica no era una Siren. No era Evia. Esa chica era una Vril. Lo sé porque podía leerla, y ella me leyó a mí. Es una mujer joven y fuerte, aunque algo insegura respecto a su poder. Pero en su cabeza tenía muy presente la imagen del cofre. Además, no tenían otro lugar al que dirigirse. La llave abre este portal, ¿no? ¿No es por aquí por dónde entraste?

—Sí. Sí es por aquí... ¡Pero no están! —exclamó Lillith sin paciencia.

La Sisé de ojos negros, mono oscuro y ajustado y pelo rojo y suelto, no se asustó por su beligerancia.

—No. No están —repitió Sisé con calma.

—No pueden haberse escapado de nuevo, malditos sean — dijo la bella y malvada Bathory. Inspeccionó por última vez el lugar y esperó a que sus especialistas leyeran la energía electromagnética del emplazamiento.

Uno de sus científicos miró el medidor y negó con la cabeza.

—Aquí no ha habido ninguna variación de energía, Condesa —contestó el muchacho.

Lillith apretó los dientes, se dio la vuelta haciendo que su capa se moviera airadamente y esperó a que Sisé la siguiera.

—Quiero que controlen todo el orbe y que me digan si han visto algún punto energético extraño.

—Sí, Lillith —dijo Sisé.

—Y ponte a trabajar —le ordenó la líder de la orden—. Eres una Vril. Detéctala.

—Con uno de esos tipos negros cerca es prácticamente imposible. Ellos parece que crean escudos protectores...

Lillith se volvió iracunda y la cortó de golpe.

—Sé muy bien cómo funciona todo —su mirada se acercó—. Pero quiero que hagas lo imposible para traerme a esa maldita muchacha y al Siren. Rastréala. Si la encuentras, sabremos dónde están.

—Si están en Sirens no podremos hacer nada —le aclaró malhumorada—. Reforzaron la seguridad y ya no hay fugas por las que captar pensamientos. Habrán desaparecido, Lillith. Asímelo.

Lo que más repateaba a Lillith era que le dijeran que no podía conseguir algo. Odiaba el conformismo y adoraba la competición. Llegaron al helicóptero, y ambas se sentaron en los asientos traseros, la una frente a la otra, con gestos serios y contradictorios.

Lillith parecía meditar su siguiente movimiento hasta que, mientras se quitaba los guantes de piel y de color negro por las puntas de los dedos, añadió:

—Puede habérselos tragado la tierra —miró a través de la ventana al tiempo que el helicóptero se alzaba—. Pero tarde o temprano tendrán que salir de ahí.

—Nosotras tardamos cuarenta años —susurró Sisé entre dientes.

Lillith dejó ir el aire sin paciencia.

—Comprobemos si ha habido algún pico electromagnético —insistió—. Y nos dirigiremos a ese lugar, sea el que sea. No se me van a escapar otra vez. Quiero a ese Siren ya —su ambición y su objetivo le daba energía para continuar. No desfallecería. Tenía métodos y medios para ser inmortal, si se lo proponía.

Pero nada estabilizaría todos sus experimentos, mejor que el cuerpo y el genoma de ese Siren. No quería entrar a su ciudad. No era una persona grata

allí. Lo único que deseaba era que él no entrase de nuevo, que volviera a perderle la pista cuando hacía nada la habían encontrado de nuevo.

Y por ahora, parecía que se lo había tragado la tierra.

Maldito fuera.

## 16

Cuando Cora abrió los ojos, después de saltar por el túnel, vio a su alrededor al resto del grupo, que poco a poco se despertaban como ella. Corrió a ayudar a su abuelo y a Morgan, que ya se levantaba, y después de verificar disimuladamente que Ethan y Devil estaban bien, decidió observar lo que tenía alrededor.

Se encontraba sobre una plataforma lisa de no más de diez metros de diámetro y que levitaba sobre el mar, un mar limpio y puro, manso, y con un color turquesa fascinante. Sobre su cabeza, había un arco de piedra con símbolos parecidos a los del medallón, y al frente, había una tierra basta, que tenía un canal abierto desde el centro y que desembocaba en el mar, aunque permitía que el agua viajara a su interior.

La parte que ellos veían parecía un vergel de vegetación selvática muy verde, piedra blanca y armónica y unos acantilados altos por los que caía agua, formando cascadas naturales. Sobrevolaban la isla todo tipo de aves extrañas y de múltiples colores.

—Estamos en Acogida —dijo Arnold sin dejar de mirar aquel lugar, sonriendo de oreja a oreja—. ¡Hemos llegado! —exclamó abriendo los brazos provocando que una nueva bandada de aves saliera del interior de los árboles—. ¡Estamos dentro! —gritó eufórico abrazándose a su nieta—. ¡En Acogida, Cora! —sostuvo su rostro con ambas manos con los ojos llenos de emoción.

—¿Qué? —Cora continuaba embelesada con la imagen que presentaba la isla cuyo final no se adivinaba, y cuyo cielo presentaba dos lunas y... ¿en el extremo izquierdo había una aurora boreal?



—Acogida. Este es el punto de entrada a Sirens —repitió Arnold mirando a todo el grupo—. Sabemos que hay otras entradas que dejan a los visitantes en otros lugares de la isla. Pero las dos que conozco yo nos dejan aquí, en Acogida. No tardarán en venir a recogernos —dijo mirando al frente.

—¿Tú estás bien, Ethan? —Cora se aproximó al Siren, que buscaba el modo de comprender cómo había ido a parar a aquel lugar, envuelto en agua y el cielo abierto y extraño—. ¿Recuerdas algo especial o te sientes extraño? —posó su mano sobre su antebrazo, pero sintió un chispazo tan fuerte en la punta de los dedos que se apartó de golpe.

Él también lo sintió, pero la mirada que le dirigió fue tan recriminatoria que se aseguró de mantener alejada a esa mujer.

Morgan achicó sus ojos azules al mirarlos, extrañado por lo que sucedía. Y Devil en cambio, se había agachado para hundir la mano en el agua. Se llevó los dedos a la boca para probar el agua.

—Joder, sí... es mar. Está salado — comentó sin poder creérselo—. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

—Agujeros. Pliegues en el espacio tiempo —dijo Morgan—. Portales. Hay muchas respuestas a tu pregunta relacionadas con la física cuántica y la ciencia avanzada.

—Mirad —Arnold señaló al canal.

Desde allí vieron llegar dos embarcaciones blancas, de elegantes y aerodinámicas formas y superficies lisas parecidas al marfil. En las proas asomaban dos cabezas de dragones, y las popas acababan en cola de pez y se hundían parcialmente en el agua. Sujetos a cada cuello curvado y cabeza de dragón habían dos hombres, con el rostro vuelto hacia ellos. Ambos tenían largas melenas lisas, pero uno negra y el otro blanca. El de melena cana además llevaba barba casi tan larga como su pelo. Y Cora lo reconoció.

—He visto a ese hombre —le dijo al oído a Arnold—. El de pelo blanco. Lo he visto en mi visión, en el dolmen.

Arnold asintió conforme. Para él tenía sentido. Pero no podía hablarle de ello a su nieta. Solo los sirens hablaban de ellos, de sus principios y de su mundo a los demás. Él no podía contarle nada.

Cora frunció el ceño. A medida que se acercaban se dio cuenta de que no usaban motores. Y entonces, ¿qué los impulsaba?

—¿Esos son sirens? —Devil sonreía burlonamente—. Parecen elfos.

Ethan, en cambio, no decía nada. Era incapaz de apartar su mirada de las dos embarcaciones. Podía oler en el aire que estaba en otro mundo, que aquello era diferente. Lo notaba incluso al respirar. Era como si el oxígeno no estuviera viciado. ¿Esos dos hombres que se acercaban al punto de acogida eran sirens? ¿Él era un siren?

El velo de la realidad caía ante él sin consideraciones de ningún tipo, y de su capacidad de adaptación dependería que no se volviera completamente loco.

Las dos barcas se detuvieron a solo veinte centímetros de la plataforma y el único que habló fue el hombre de pelo blanco.

—Sed bienvenidos a nuestro mundo, que ahora también es el vuestro —dijo en un perfecto inglés—. Mi nombre es Merin, y me encargaré de recibirlos —después dejó caer sus ojos plateados sobre Arnold—. Hola, viejo amigo —le ofreció la mano, y ambos se cogieron del antebrazo—. Estoy muy feliz de poder verte de nuevo. Sé bienvenido en mí.

—Hola, Merin. No te imaginas lo que siento de nuevo por estar aquí —le aseguró visiblemente emocionado—. Soy bienvenido en ti.

—Tenemos mucho de lo que hablar.

—Lo sé.

—Puedes quedarte todo el tiempo que desees. Esta siempre será tu casa.

—Eso también lo sé. Gracias por la hospitalidad.

Merin se centró en Morgan y añadió:

—Feliz de verte, hermano Morgan de Mur —arqueó sus cejas blancas—. ¿Es este el momento de que hagas uso de nuestra invitación?

Morgan negó con la cabeza.

—Sabes que no. Aún no. Mi presencia es más importante fuera de Sirens que dentro —dejó caer la mirada azul en Cora y en su abuelo.

—Entiendo —musitó conforme con la respuesta—. ¿Y tú debes de ser la Vril? —se dirigió a Cora.

—Soy Cora —contestó ella con voz temblorosa. No porque tuviera miedo, sino porque estaba terriblemente emocionada.

—Un placer es conocerte, joven Vril.

—Gracias, Merin. El... el placer es mío —contestó con mucho respeto—. Yo le he visto en el dolmen —le contó—. Usted estuvo ahí.

Merin sonrió y se le dibujaron arruguitas en las comisuras de sus ojos plateados y más pequeños que los de Ethan. Como los de Ethan no habían, por eso pondría la mano en el fuego.

—Yo he estado en muchos lugares —afirmó—. Protegiéndolos. Escondiéndolos. Pero me satisface saber que tus dones despiertan. Necesitamos toda la ayuda que sea posible y agradecemos cualquier colaboración.

Ethan la miró de reojo y ella vio cómo palpitaba un músculo tenso en su mandíbula.

Las palabras del anciano hicieron sentir bien a Cora, pero le dio a entender algo. Su ayuda era bienvenida pero no determinante ni primordial. Aun así, Cora ayudaría en lo que fuera. Estaba deseando poder entrar ahí y conocer el mundo de Ethan, para entenderlo, para ayudarlo y para que la conociera a ella de verdad. No quería perderle. Sabía que tenían algo especial y no iba a dejarlo ir así como así. Él creía que había manipulado su cabeza, pero ni mucho menos fue eso lo que les sucedió. Lo que tuvo lugar en el avión había que analizarlo con calma.

—Y tú —a Merin los ojos se le iluminaron con alegría al mirar a Ethan—, tú fuiste arrebatado de nuestro hogar, Ethan. Nos hace felices a todos el tenerte de nuevo con nosotros. Sé que estarás sorprendido —señaló leyendo en su lenguaje corporal—, pero todas estas emociones desaparecerán al entrar en Sirens y sentir su corazón.

—¿Su corazón? —repitió Ethan.

—Sí. Nuestro núcleo. Nuestra fuente de energía. Cuando la sientas todo te será dado. Además, hay muchos que te esperan en la metrópoli para acogerte de nuevo.

Él echó una mirada a todos, buscando respuestas a todas las preguntas que se agolpaban en su cabeza.

—Pero solo te puede acompañar uno al interior —Merin les miró disculpándose—. Desde hace tiempo restringimos las invitaciones a nuestro mundo. Han sido muchas decepciones.

—Lo entendemos, Merin —dijo Arnold.

—Pero tú puedes entrar, Arnold —convino—. Eres nuestro amigo y has cumplido tu labor a la perfección. A ti no te hace falta invitación.

El arqueólogo negó con la cabeza. Y pasó el brazo por encima de los hombros de Cora.

—Me quedaré donde se quede mi nieta —juró.

Merin asintió solemne y admirado por la lealtad del viejo humano.

Cora no pensó que iba a haber una selección para entrar ahí. Todos habían cruzado la puerta, ¿no? ¿O acaso solo habían hecho de taxistas para Ethan? ¿Era eso justo?

—Elije, Ethan —repitió Merin. Las embarcaciones permanecían quietas sobre el agua, como si no se vieran afectadas por las corrientes internas. Aquello era antinatural.

El Siren alzó la barbilla y miró hacia la isla con una aplastante determinación.

—El único que debe venir conmigo es Devil. Mi hermano —aclaró.

Cora dejó caer la cabeza, ligeramente abatida. Ni siquiera la tuvo en cuenta. No entendía por qué era tan estúpida de seguir abrigando una esperanza con ellos, que Ethan la viera y la tuviera presente como una posibilidad, como algo más. Como su amor. Pero el hombre ya se lo había dejado claro. Y con esa decisión todavía más. Devil era su mejor amigo, ella era solo una chica con la que se había revolcado un par de veces. Ya está. No había nada más que rascar. Y todo era fruto de su mente romántica y fantasiosa. Así que aceptó el golpe como pudo. Y rezó porque el tiempo que estuvieran separados, él pensara un poco en ella y se diera cuenta de que podría quererlo y cuidarlo como hizo su anterior amor. Porque la esperanza era lo último que se perdía.

—Entonces, subid —Merin se hizo a un lado y permitió que Devil e Ethan subieran a su barca. La embarcación se movió sola y se puso encarada a la isla.

En ese momento, Ethan miró hacia atrás y se permitió mantener la mirada de Cora, que la apartó enseguida y se cobijó en el cuerpo de su abuelo Arnold, como si buscara protección de él, como una niña que sentía vergüenza cuando la miraban.

—¿Dónde se quedarán los demás? —quiso saber sin preguntar especialmente por nadie.

Merin señaló en dirección a su espalda.

—En los acantilados de Thot. En los límites de nuestro mundo. Pero estarán muy bien, no tienes que preocuparte. A ellos también les esperan con los brazos abiertos.

—¿Quién? —quiso saber Cora.

—María Orsic —contestó dibujando una sonrisa comprensiva—. Las Vrill te están esperando, Cora. Desean conocerte.

—¿Y a ellos? —indagó la joven con una extraña sensación de desazón en el pecho. Por un momento le importó menos el verse con su abuela que el conocer la identidad de quiénes esperaban por Ethan—. ¿Quién le espera a él?

Merin pareció un tanto sorprendido por la inquietud de la humana.

—A ti te espera tu familia —le dijo a Ethan al tiempo que su embarcación se movía hacia su destino—. Y alguien muy especial que, estoy seguro, te encantará ver —asintió.

—¿Quién? —preguntó Ethan con curiosidad.

Ethan y Devil permanecían callados y expectantes, sin imaginarse que el nombre que iban a oír les iba a dejar fuera de juego.

—Evia está esperando por ti. Lleva mucho tiempo haciéndolo.

A Ethan las piernas le fallaron, como si se le fundieran los fusibles y tuvo que dejarse caer y sentarse. Devil no fue capaz de mover un solo músculo de su cuerpo. Se quedó bloqueado.

Mientras tanto, en la plataforma de acogida, una Vrill enamorada tuvo que oír el nombre de la única mujer que podría romperle el corazón en pedazos.

Era muy consciente de ello. Jamás podría competir con Evia. La había visto en los recuerdos de Ethan. Y era increíble. Una chica impresionante. En la tierra, un ángel. No quería imaginarse cómo sería en su hábitat. Seguramente, una Reina.

Así que rota y con sus sueños hechos pedazos subió a la segunda embarcación con los ojos llenos de lágrimas y un silencio que hablaba a gritos.

Ella sentía que Ethan le pertenecía. Lo sentía de verdad. ¿Cómo podía estar tan equivocada? ¿Tan ciega de amor estaba? ¿Tan necesitada de que la quisieran hasta el punto de encapricharse de quien no era para ella?

Al final, Ethan tenía razón. Su necesidad se había tornado una exigencia para los demás. Pero ella no podía obligar a nadie a que la amaran y a que la vieran.

Y no había querido obligar a Ethan. Solo había querido ayudarlo, conocerle y comprobar que no estaba enamorada de él. Pero lo estaba.

—Vamos, cariño —Arnold la ayudó a subir a su pequeña nave.

Ella se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí. Es la sal... Debe de ser el mar de este lugar. La brisa marina hace que me escuezan los ojos —contestó sorbiendo por la nariz. Sacó fuerzas de flaqueza para dirigirle una sonrisa que no sentía.

Pero a Arnold no le engañaba nadie. Podía ser mayor, pero no tonto. Precisamente su edad le confería experiencia. Y en amores también era versado.

Él se enamoró de una mujer de otro mundo, y tuvo que abandonarla para cumplir una misión.

Ahora la volvería a reencontrar. Se volverían a ver, y se sentía como setenta años atrás, la primera vez que la vio. Ella estaría igual, y él más viejo. Pero el amor de verdad era inmune al tiempo y no envejecía.

Cora tenía que alejarse del Siren de quien se había prendado. Su pequeña Vrill tenía que decirle adiós, y más aún si existía Evia, porque los sirens creaban binomios irrompibles con sus parejas, y nada era más importante ni más fuerte para ellos que los vínculos de su relación.

Unos se alejaban y otros se encontraban.

La barca, llevada por el Siren silencioso de pelo negro y mirada serena, cruzaba el mar en dirección a los acantilados, dejando tras de sí sentimientos silenciosos dispersos y violentos.

Así era el amor de caprichoso y cruel, y era una verdad que existía en todos los mundos, en todas las especies.

En todos los universos.

Y en cualquier civilización con corazón y emociones.



## *Sirens*

### *Acantilados de Thot*

¿Cómo era posible aquella arquitectura?, se preguntaba Cora al desembarcar en el elegante embarcadero de madera y piedra que bordeaba todo el repecho de aquella zona de la isla, y que después subía a cada uno de los edificios que habían integrados en el interior de las piedras que conformaban el acantilado.

Era precioso. Armónico y evocador. Las balconadas se cubrían de las mismas plantas que discurrían por las piedras, cayendo haciendo cascadas de colores, moteadas por las flores extrañas y llenas de vida que veían sus ojos por primera vez, y cuyas cortinas silvestres creaban improvisados escondrijos en los que perderse. Las ventanas en arcos y de intrincadas y enrevesadas formas daban al mar y permitían que los interiores se bañaran de aquella luz especial que había en Sirens.

Cora cerró los ojos un momento e inspiró. Olía tan bien... a vida. A naturaleza. A perfección.

—Joven Vril —el Siren silencioso le llamó la atención—. ¿Tienes hambre? ¿Quieres ingerir algo en especial?

Ella parpadeó en un nanosegundo.

—Ellas os esperan arriba —señaló las escaleras que daban a uno de los pisos con vistas al mar—. Pero si necesitáis algo... —repitió solícito.

Cora negó con la cabeza.

—Como deseas.

El Siren sonrió a Morgan y a Arnold y se despidió de ellos subiendo de nuevo a su extraña barca que parecía funcionar sin motor y sin remos.

—Usan la intención —le explicó Arnold viendo lo perdida que se sentía.

—¿Qué? —dijo ella aún aletargada.

—Los sirens usan la intención para mover sus naves. Lo piensan —se tocó la sien— y lo hacen. Están conectados a todo lo que les envuelve, esté vivo o no. Y pueden ejercer influencia sobre ello. Es uno de sus poderes. Vayamos arriba —le pidió—. Allí podremos estar más tranquilos.

Ella absorbió ese conocimiento, y siguió a Morgan y a Arnold a través de la robusta escalinata que estaba clavada a la misma piedra. O eso creía ella, hasta que se dio cuenta de que no habían ni orificios ni clavos y que todo se sostenía sin artefactos de ningún tipo.

—Geomagnetismo —señaló Arnold pasando la mano por la baranda repleta de cenefas con extraños serigrafiados—. Usan la atracción magnética de sus polos y se sirven de un material pesado pero al mismo tiempo increíblemente elástico. Uno que no está en la tabla periódica de los elementos de la tierra. Es moldeable y soporta todo tipo de temperaturas. Con él construyen casi todo, y no usan máquinas para ello. Usan esto —se señaló de nuevo la sien.

—Interesante —murmuró Cora pisando los escalones con firmeza y quedándose embelesada por los pájaros excepcionalmente diminutos que revoloteaban a su alrededor. Parecían colibríes, pero no lo eran. Eran todavía más pequeños.

Llegaron al balcón que tendría una altura de un tercer piso y se encontraron con un arco de piedra blanca decorado con piedras preciosas de colores blanco y azul. El suelo liso y también marmóleo hacía todo tipo de cenefas que parecían cobrar vida y bailar como el cuerpo de una serpiente.

Cruzaron el arco en completo silencio y máxima reverencia y fueron a parar a una sala de techos altos y ovalados. De hecho, allí no había ni una pared recta. Parecía el hogar de un hobbit pero adaptado a la estatura de alguien muchísimo más alto. Era sobrecogedor. Todo aquello estaba en el interior del acantilado de piedra y tierra. Habían mesas y sillas de madera blanca y pulida con sinuosos diseños, unas escaleras de caracol que daban a la planta de arriba y unas puertas que parecían abatibles de cristal y que aún no había cruzado. Y alrededor de aquella primera sala se ubicaban tres ventanas totalmente circulares que daban al interior del acantilado, y a las que Cora no tardó en asomarse. Y lo que vio la dejó sin habla. Era hueco. Las ventanas eran miradores a las grutas y lagos intraterrenos. Había un lago con una cascada en el centro, como si fuera un patio comunitario rodeado de rocas y plantas altas fosforescentes de tonalidades rosas y lilas que iluminaban el agua. Allí habían muchas viviendas, Cora contaba demasiadas ventanas. Las aves iban y venían, tocaban el agua para beber y alzaban de nuevo el vuelo. El acantilado tenía una oquedad enorme por dentro, por eso los seres alados podían ir y venir a su antojo. Entraban por el mar y salían por la abertura superior de los acantilados, que se cerraban dibujando la forma de un volcán. Seguían siempre el mismo circuito. De allí también entraba la luz, de forma que aquellas casas siempre tenían claridad por el mar y por la montaña.

Sonrió al darse cuenta de que estaba en un reino distinto y mágico, pero eso no le quitaba de encima la losa amarga de saberse rechazada por Ethan. Era demasiado doloroso para olvidarlo.

—Y todavía no has visto nada en absoluto, querida.

La voz que oyó a sus espaldas hizo que se diera la vuelta de golpe. Y entonces abrió los ojos de par en par, porque frente a ella, en carne y hueso, se encontraba la mujer a la que siempre llamó «abuela» y que no era otra que la Vril María Orsic.

—En persona —afirmó la mujer sonriendo a Cora—. Ya era el tiempo de que nos conociéramos, ¿no crees?

Cora no supo reaccionar. Era hermosa. Tal y como la recordaba. Vestía con una túnica larga y ajustada que marcaba sus formas pero no se le pegaba al cuerpo. No era excesivamente alta, pues era más bajita que ella, pero sí muy sensual y transmitía una imagen etérea de fortaleza y también poder. Su cola alta y rubia le marcaba las facciones bellas y femeninas, sin nada de maquillaje, muy limpias y sus ojos parecían transparentes como los de un niño.

Ella no se dio cuenta de que arrastraba los pies hasta que no la tuvo a un palmo de distancia.

La joven la estudió, se cercioró de que era realmente ella y acto seguido, la abrazó. Y cuando sintió que era de carne y hueso, que era real, se rompió y se echó a llorar desconsolada entre sus brazos.

María respondió devolviéndole el abrazo y dirigiendo una mirada de pesar y alegría a Arnold, que estupefacto, veía como su nieta perdía todo el temple y serenidad adquiridos en años, y estallaba en brazos de la Vrill. Pero en ese llanto no había solo el desahogo de comprobar que jamás estuvo loca, y que el mundo que imaginaba de pequeña, era real; en ese abrazo lleno de lágrimas también estaba el amargo sentimiento de una mujer que no sabía cómo gestionar las emociones que la arrasaban, y que tenían que ver más con el corazón que con el descubrimiento.

María que sabía lo que quería y más, lo comprendió al momento, así que la mecía y permitió que la chica dejara ir su dolor, aunque no tuviera remedio para ello.

—Hola, Arnold —lo saludó María con voz dulce y suave, mirándole con ojos llenos de cariño, sin dejar de abrazar a Cora.

Él sonrió y le devolvió la mirada llena de adoración silenciosa.

—Hola, Vril.

—Mur —María saludó a Morgan con respeto y disculpa.

Morgan, que observaba todo con muchísima atención, viendo más allá de las miradas y las palabras, le devolvió el gesto.

—Un honor conocerte, Orsic.

—El honor es mío —aseguró—. ¿Permitís que me lleve a Cora a otro sitio? Tenemos mucho de qué hablar con ella.

Arnold lo comprendía a la perfección. Más allá de las bienvenidas y del deseo de verla y reunirse con ella de nuevo, estaban las responsabilidades y los compromisos, las labores y las misiones, y supo, desde que recogió a Cora siendo una niña, que su nieta acarrearía una gran misión y un gran poder del que debería hacerse responsable. Y por fin se había reunido con María y el resto de Vrils, para que se lo contaran todo. No iba a interceder en ello, pues necesitaban intimidad.

—Por supuesto —contestó Arnold—. Cuida de Cora.

—No lo dudes —afirmó decidida—. Querido Arnold, tú ya conoces los acantilados. Ve donde desees y muéstrale al Mur lo que convengas. Tú y yo nos reuniremos con ella más tarde.

Arnold miró su reloj para preguntarle sobre qué hora, pero entonces recordó que allí no funcionaba y que el tiempo era relativo. Alzó los ojos y descubrió que María se reía con disimulo por su gesto involuntario.

—Recuerda. Aquí el tiempo no existe —memoró acariciando la trenza de Cora, que en sus brazos parecía recobrar la calma.

—Lo veo —señaló Arnold admirando su eterna belleza.

María le devolvió la sonrisa.

—Lo haremos como siempre. Missus (nombre sánscrito para mensajero) vendrá y te llevará hasta donde estemos.

—Entendido. —Oír de nuevo el nombre de sus mensajeros le encogió el estómago y le expandió el pecho.

—Te veo en un rato, Arnold —le prometió. María se llevó a Cora, salió por la puerta acristalada que se abrió automáticamente al percibirlas, y juntas desaparecieron de la sala, en dirección al interior de la montaña.

Arnold dejó ir el aire por la boca e intentó ignorar el comentario que le hizo Morgan, aunque no lo logró.

—Llevo milenios viendo cómo los demás se relacionan entre ellos —el Mur andó hasta ponerse a su altura, y miró hacia la puerta, a la que Arnold no le quitaba ojo—. Sería una indiscreción afirmar que María y tú tenéis una historia, supongo.

—Sería indiscreto hasta pensar que algún día podríamos llegar a tenerla. Pero eso no importa ya —le dijo—. Ven. Te enseñaré los acantilados de Thot. Espero que no hayan cambiado mucho desde mi partida...

El Mur le siguió con buena predisposición, aunque era evidente que a pesar de que el universo estaba en cambio permanente, los humanos eran los mismos, pero envueltos de novedad.

Por eso sabía que lo que hubo entre el arqueólogo y la Vrila, perseveraba en ellos.

Aunque uno lo creía más que el otro.

**E**l lugar al que María la llevó parecía salido de un cuento de hadas. De una novela de los Grimm. O de la mente de James Cameron mientras canalizaba su mundo avatar.

Aquel lugar le llenó el alma, la apaciguó, y le hizo ver que había algo más a lo que podía agarrarse. Algo hermoso, y no destructivo como las emociones que la golpeaban por dentro.

María la llevaba de la mano a través de esas cuevas iluminadas por la claridad que se colaba por los acantilados y el enorme hueco que dibujaban en lo alto. El sol le ofrecía otro color a la roca y jugaba con los reflejos del mar.

Las aves diminutas volaban a su alrededor y se colaban entre su trenza, haciéndole cosquillas y provocándole una sonrisa sincera.

—Así me gusta, Cora —le dijo María—. Me gusta verte sonreír.

Ella sorbió por la nariz e intentó relajarse.

—Han sido muchas emociones —aseguró.

—Me lo puedo imaginar —llegaron a una sala circular rodeada de agua, cuyo resplandor provenía del interior del mar. Sus paredes con grabados en símbolos y letras parecidos a los del medallón, se cubrían parcialmente por enredaderas vivas. Vivas. Se movían y se frotaban contra la superficie—. En Sirens todo está vivo —le explicó ante su sorpresa—. No temas. Nada te hará daño.

—No me da miedo —y era verdad. Nada de ahí le asustaba—. Es solo que me parece sorprendente e irreal.

—Te darás cuenta de que ya nada es real o irreal. Todo existe.

En el centro de aquella cueva reposaba la figura de piedra de una mujer con una cola alta, como la que llevaba María, con los brazos hacia el cielo y de pie sobre lo que parecía un platillo volante metálico que hacía de mesa.

Cora lo miró respetando el silencio reinante que las embargaba. Alrededor de aquella mesa habían cinco butacas, cinco tronas igualmente de piedra, creadas desde las entrañas de la misma montaña. El respaldo era liso y en la parte posterior salían cuatro picos de igual medida hacia arriba, muy puntiagudos.

—¿Sois cinco Vril? —observó.

—Éramos —María se sentó en su trono e instó a Cora a que hiciera lo mismo y tomara asiento a su lado—. Sisé, a la que ya conoces, nos traicionó. Y queda un trono vacío ahora.

El respeto que sintió la dejó momentáneamente en *shock*.

—¿Dónde están las otras tres?

—Medea, Lia y Arium se encuentran en la metrópolis, reunidas con otros grupos de integración, conversando sobre temas metafísicos de la dimensión de la Tierra.

Cora asumió aquellas palabras, las sintetizó.

—Eres consciente de que tengo muchas preguntas, ¿verdad?

—Lo soy —María cruzó una pierna sobre la otra y posó sus dos manos perfectamente alineadas sobre su rodilla—. Tenemos tiempo todavía.



Pregúntame lo que desees. No voy a ocultarte nada más.

Acto seguido, su mente práctica puso sus ideas en orden y guió el interrogatorio a Orsic.

—De acuerdo... ¿Cómo llegaste hasta aquí?

María no dejaba de mirar el pelo a Cora, como si hubiera algo que le incomodase, así que se levantó y se colocó a su espalda.

—¿Me permites? —preguntó antes de tocarle el pelo.

Cora frunció el ceño pero no puso ningún impedimento.

—Somos Vril. Soy una Vril —le dijo María—. Tenemos la capacidad de poder contactar mentalmente con otras entidades. Es una capacidad que tienen solo algunas mujeres humanas. Pero la desconocen, o no la explotan —tomó su trenza y la deshizo poco a poco—. En mi época estuve muy interesada por la metafísica y la existencia de otros mundos. Yo sabía que tenía el don. Lo percibía. Aprendí a meditar y junto con otras mujeres formamos una sociedad de telépatas y receptoras de mensajes de otras entidades y dimensiones.

—¿Hacías espiritismo?

—No —contestó contundentemente—. La mente, Cora, está preparada para conseguir cualquier cosa que puedas lograr. Cualquiera. Es el instrumento más poderoso que tenemos, pero la sociedad de los humanos nos ha enseñado a no usarla correctamente. A ignorarla. Nosotras, en cambio, nos abrimos al conocimiento y aprendimos a hacerlo. Nos ejercitamos y desarrollamos nuestro potencial. Y con ello conseguimos el contacto con otra civilización. Yo era quien recibía los mensajes más concisos.

—¿Qué civilización entró en contacto con vosotras?

—Los Sumi de Aldebarán.

—¿Eso existe? ¿Era verdad?

—Existen. Ya lo creo que sí. Fue la civilización que se instauró en Sumeria. Tienes que abrir la mente, niña y comprender que la tierra ha sido visitada por todo tipo de entidades y civilizaciones mucho más avanzadas y mucho antes de que llegáramos nosotros. Aunque nos enseñen a creer que no ha sido así y que venimos de los primates. Es todo una falacia. Todo falso. La verdad pondría en jaque a toda la sociedad. Y eso es lo que no quieren. No quieren perder el poder sobre vosotros, por eso os mienten. Pero con nosotras no pudieron. Teníamos el contacto y la información de primera mano.

—¿Qué mensajes recibías de parte de ellos?

—Me decían que debía construir una nave para que las Vrill saliéramos de la Tierra. Éramos humanas evolucionadas mentalmente y era un riesgo que sirviéramos a la oscuridad. Para ellos, para los Sumi, éramos valiosas. Tenían mucho que decirnos, pero si seguíamos en ese plano, otros vendrían y se aprovecharían de ello queriendo usarnos para su propio beneficio.

—¿Los Sumis os advirtieron de que estabais en peligro?

—Sí. Y tenían razón. Se acercaban tiempos muy oscuros para todos. Los nazis iban a provocar una guerra mundial y para asegurar sus victorias, se valían de personas superdotadas mentalmente, con poderes y facultades psicofísicas fuera de lo normal. Y tenías que colaborar con ellos, o mataban a tu familia —juró con amargura—. La guerra más oscura de la humanidad, Cora, se hizo mediando en el ocultismo y la magia negra. Todos querían su parte del pastel. Mi emisor, que se llamaba Amat, nos advirtió y nos aconsejó. Así que cuando vino la sociedad Thule a buscarnos, no tuvimos más remedio que colaborar con ellos.

—¿Los Thule? —Cora había leído algunos artículos sobre ello. En Alemania eran muy conocidos—. Esos fueron los que patrocinaron el partido de los trabajadores alemanes. El mismo que después Adolf Hitler adoptó para su partido nazi.

—Exacto. Eso es. Los Thule estaban interesados en el origen de la raza Área. Consideraban que había nacido en la Antártida. Eran adoradores de algo a lo que ellos llamaban el Sol Negro. Y nosotras, durante un tiempo, tuvimos que fingir que también lo éramos, porque toda la gente que nos importaba o queríamos, estaría en peligro de no seguir sus normas.

—Pero ¿qué querían Hitler y los Thule de vosotras?

—Querían los planos de esa nave que Amat me indicó con tanto detalle. Ese artilugio cruzaba dimensiones, aprovechaba la energía electromagnética y podía viajar a otras constelaciones. Pero debíamos mantenernos al lado de los Thule y los nazis porque ellos subvencionaban el proyecto con su poder económico. Ellos pagaban las piezas y todo lo que se necesitaba para que la nave volara. Estaban convencidos de que la nave les llevaría a conocer a los creadores de la raza aria. Y acto seguido, lo que querían era llevar la aeronave a la base que tienen en la Antártida, construir muchas como ella y elaborar una flota para someter al mundo. Los Thule ya habían confeccionado platillos de todo tipo, contruidos por ellos, pero no cumplían los objetivos. La cuestión —mientras hablaba iba estirándole el pelo hacia atrás y recogíendoselo en una coleta bien tensa—, es que con el paso del tiempo, siguiendo las directrices de Amat, la nave se construyó.

—La usaste para entrar aquí —concluyó Cora.

—No —María se rio y observó el pelo liso y fuerte de Cora—. Yo sabía cómo funcionaba la máquina. Así que un día, a escondidas de los Thule, decidimos usarla. Éramos cinco Vrils las que emprendimos el viaje y desafiamos a Hitler y a los Thule huyendo de ellos. Rezamos por que la nave realmente nos alejara del influjo de los nazis y nos hiciera desaparecer, pero

ocurrió algo maravilloso. Rezamos por que nos llevara a Aldebarán. Pero la nave traspasó la barrera del espacio y del tiempo, y se programó para entrar a través de un agujero espacial a esta dimensión, a Sirens. Cuando llegamos aquí, pensamos que habíamos conseguido nuestro propósito para reunirnos con los Sumis en Aldebarán. Pero todo era más enrevesado. Amat y el resto contactaron mentalmente con nosotros porque querían que estuviéramos protegidas en Sirens pues sabían que si seguíamos con los nazis ellos nos matarían y nos usarían para la investigación ya que intuían que no estábamos de su parte. La construcción de la nave siempre fue para que llegáramos hasta aquí y nos quedáramos con ellos. Los Sumis nos protegieron. Nos guiaron. Porque como mujeres humanas y telépatas querían que ayudáramos en la labor de mantener la tierra en equilibrio, pero desde este reino. Junto con otras civilizaciones que compartían la misma labor. Aquí debíamos trabajar codo con codo para crear una hermandad intraterrena. Una hermandad blanca de luz y protección.

—Entonces... quieres decir que aquí, en Sirens, existen muchas razas de civilizaciones antiguas.

—Sí —contestó elaborando una trenza en su pelo—. Este es un lugar especial. Es como un arca, Cora. Los Sumi que contactaron conmigo lo hicieron desde este lugar. Amat forma parte de la comisión de civilizaciones, igual que yo, igual que muchos otros. Todos representamos nuestra raza, y todos trabajamos para el bien común de la tierra y de los humanos. Porque, esto es lo que debe importarte ahora, Cora —acabó su trenza alta esta vez y miró orgullosa su creación—. La tierra pasa por dificultades, y creen que con el paso del tiempo será peor. Tú eres una Vrill, una de línea pura y la más poderosa de todas.

—Yo no soy poderosa —se defendió Cora mirándola por encima del hombro.

—Sí lo eres. Ya lo creo que sí —repitió con seguridad—. Pero estás bloqueada. Aun así —María se posicionó frente a ella—, estos días tus dones

se han ido despertando a pesar de tu bloqueo. Y creo que entiendo a qué se ha debido. Lo veo en tu cabeza —su cara, lejos de juzgar, parecía sorprendida—. Mantuviste relaciones con el Siren. Con Ethan.

—Oh, por Dios —Cora, muerta de vergüenza se levantó de su trono de piedra y se cubrió el rostro con las manos—. Esto de no tener intimidad es una mierda.

—Cora, una Vril nunca había estado con un Siren —la tomó de los brazos—. Desconocemos lo que eso puede provocar en una de nosotras.

—Lo que provoca es un desastre. Eso provoca —dijo entre dientes.

—Ethan es un hombre muy poderoso. Al menos, lo será cuando lo inicien. Pero capto energías en ti, activadas sin ser plenamente consciente de ello... y se han activado a raíz de que tú y él...

—Sí, María. Sí —la cortó ruborizada y se alejó de ella—. Sí. He tenido sexo con él. Y sí... fue todo muy intenso y... En fin —se encogió de hombros—. Pasó. Pero no volverá a suceder. Eso también lo tengo claro —se puso a andar nerviosa de un lado al otro, alzando el dedo índice para dar más credibilidad a sus palabras—. No va a volver a ocurrir. En el avión... fue como si nos intercambiáramos los pensamientos... como si viéramos la vida del otro ante nosotros. Y después de eso, él me acusó de violar su intimidad, cuando yo no hice nada de eso de manera voluntaria.

María guardó silencio ante lo que oía. Sabía de lo que era capaz una Vril y de lo que podía llegar a hacer usando el sexo como herramienta de trabajo, pero lo que le contaba Cora no tenía nada que ver con un don Vril. ¿Sería posible que...?

—Te has enamorado de él —emitió María, con rostro compasivo—. Te has enamorado de un Siren —como si fuera lo más normal del mundo—. Te abriste a él. Estás enamorada de ese hombre.

—María —Cora se rindió a la evidencia y dejó caer los brazos con abatimiento—. Sueño con él desde que tengo quince años. Quince malditos años. ¿Cómo crees que me siento al saber que es real? Me enamoré de él en sueños... —susurró pasando los dedos de manera distraída por la mesa redonda—. Yo era una muchacha, pero lo veía cada noche, en mi mundo astral. Era Ethan. Y le salvé. Le salvé de una muerte segura. Él se iba a quitar la vida... ¿te lo puedes creer? —preguntó incrédula—. Y ahora resulta que ese hombre que creía que era para mí, se enfada conmigo, me aparta de la posibilidad de entrar en Sirens, y para colmo le espera el amor de su vida que, ¡adivina! —abrió los brazos—: ¡No estaba muerta, estaba de parranda! —los ojos se le aguaron de nuevo, y chasqueó con rabia mirando hacia otro lado—. Lo siento. Nunca he llorado por un tío. Ni siquiera por mi ex —se secó las lágrimas con la punta de los dedos—, pero lo de Ethan me supera. Jamás me había sentido así de... de derrotada. Y de vacía.

—Los sirens son seres magnéticos y de muchísima energía, Cora. Son mágicos e intensos. No dudo que puede provocar cosas en ti que te sobrepasan. Solo te puedo decir que las Vrils sabemos a quién pertenece nuestro corazón. Lo sentimos. Y nunca erramos.

—¿Ves? Por eso no soy una Vril poderosa. Mi corazón se droga o algo... no entiende nada. Ni yo tampoco. Lo sentí verdad. Sé que es una locura —posó su mano sobre su pecho—, que no nos conocemos... pero yo sí siento que le conozco de toda la vida. Y en cambio, él va a reunirse con su amor de siempre. ¿Sabes lo que me hace esto? ¿Por qué me duele tanto? —se preguntó en voz baja, negando con la cabeza—. Quiero estar feliz por él. Pero no puedo. ¿Me convierte eso en una persona mala y egoísta?

María la apoyó acercándose a ella y buscando las palabras más sensatas.

—No, *baby*. Eso te convierte en una mujer enamorada. Solo eso. Pero todo pasará. Ya verás...

—No lo sé —dejó caer la cabeza hacia atrás, expuso su garganta y cerró los ojos consternada—. Ahora mismo te digo que me parece imposible.

—Entonces, lo mejor para ti será que no te quedes aquí por más tiempo, Cora.

—¿Por qué dices eso?

—Porque las Vril somos mujeres mentales, pero si nos enamoramos y sufrimos, nuestros dones se ven muy afectados, y no rendimos como debemos. Y ahora necesitamos más que nunca tu ayuda. No puedes quedarte. Aquí sufrirás mucho. Las relaciones de los sirens son muy intensas con sus parejas. Mucho. Si Evia e Ethan son binomio...

—No quiero oír eso.

—Lo sé. Por eso te digo que no será bueno para ti ver a Ethan y a Evia juntos. Tienes que alejarte y protegerte. Te necesitamos en el exterior.

—Créeme, lo último que quiero es verles. No tengo estómago para aguantarlo —era imposible. No lo toleraría—. Así que, sí. Acepto lo que me ofrezcas. Sácame de aquí. Pero si salgo afuera, no puedo seguir sintiéndome así. Necesito controlar mis habilidades, María. Tuve un enfrentamiento con Sisé, y me hizo papilla, no fui capaz de defenderme. Así que explícame qué hacer y todo lo que necesito saber para atacar, defenderme, sentirme fuerte y conocer todas mis capacidades como Vril en el exterior. Quiero ser útil.

—Cariño —María la tomó de las manos—. Ya lo eres. No hay nadie más fuerte que tú. Todo lo que te propongas a nivel mental, todo, lo harás realidad. Entrenaste mucho desde pequeña, y ahora tu cerebro es un músculo hiperdesarrollado al que hay que quitar el precinto, pero lo único que te impide hacer uso de él es el miedo. Tienes un bloqueo aquí —posó su mano en el centro de su pecho—. Es un bloqueo emocional. Lo tienes por Ethan, y lo tienes por ti misma, porque siempre has tenido miedo de descubrir quién

eras en realidad. Te hicieron sentir mal por tus dones cuando eras pequeña, y te cohibiste. Rompí el contacto contigo porque tu antenaje era muy potente y podía emitir señales a Sisé y al equipo de telépatas que trabajan con los Bathory. Eso te hizo sentirte abandonada de nuevo, y lo lamento —le acarició la mejilla, y se le rompió el alma al ver cómo Cora intentaba evitar un puchero—. Y ahora crees que tus dones no son suficientes para retener a un Siren. Pero no se trata de eso. Niña... tú y yo tenemos una línea de sangre en común. Y somos familia de verdad. Muy lejana, pero familia. Y Arnold te adora. Él es tu abuelo y durante años te dio lo que necesitabas para seguir ejercitando tu cabeza, pero habíamos decidido cortar la comunicación para mantenerte a salvo. Por tu bien. No obstante, ahora que todo se ha precipitado y que ya sabes quién eres, tienes que liberarte, Cora. Tú serás quien controle a Sisé y a Lillith en el exterior y quien nos avise de sus movimientos. Y si me dejas, si me lo permites, puedo ayudar a desbloquearte para que seas tú quien mande, y no ellas.

—¿Cómo? —dijo desesperada.

—¿Tú confías en mí? —esperaba una respuesta afirmativa.

Si no confiaba en ella, que era su única familia de sangre, lejana, pero real al fin y al cabo, ¿en quién iba a confiar?

—Sí.

—Bien. Cuando te desbloquee notarás que tienes un control total de tus pensamientos y te sentirás muy poderosa. Fuerte y capaz como nunca. Serás consciente de tus dones. Podrás hacer todo lo que te propongas. Pero solo tienes que tener en cuenta que si te metes en la cabeza de una Vrill como Sisé, ella deja una huella en ti, y tú la dejarías en ella, a no ser que puedas evitarlo. Pero como sea, podréis encontraros a través de las huellas. No te voy a decir qué tienes que hacer para impedirlo, porque has estudiado para ello, y conoces la telepatía, sabes cómo va. Así que lo único que espero es



que demuestres lo fuerte que eres y te encargues de limpiar tus huellas cuando leas a los demás. ¿Entiendes a lo que me refiero?

—Sí. Es como si tu coche pierde aceite. Va dejando gotas por toda la carretera. Pues con la mente sucede lo mismo. No puedo dejar gotas de aceite en nadie. Porque luego cuestan de eliminar.

—Exacto —María sonrió—. Buena analogía. También deberás aprender a no leer si no es necesario. Tener el poder de las Vril es muy goloso, pero no por eso hay que abusar de ello. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Y otra cosa. Las Vril, como los sirens, adoramos nuestras melenas. Son esenciales para nuestro antenaje. El pelo acumula mucha energía electromagnética —le acarició la trenza y tironeó de ella cariñosamente—y es un buen receptor para el lenguaje mental. Así que siempre que estés trabajando, siempre que estés intentando recibir información o rastreando huellas, lleva una cola alta o una trenza como ésta. Pero deja que tu pelo actúe como la antena que es.

—¿El pelo? —se pasó la mano por la trenza alta y gruesa que le había quedado—. De acuerdo, María. Entendido —volvió a inspirar.

—Si en algún momento necesitas silencio o quieres dejar de recibir información de manera inconsciente, recógete la melena en un moño, o bien escóndela por completo bajo un gorro. Será tu manera de reposar. Y nunca, bajo ningún concepto, te cortes el pelo más arriba de los hombros. Luce tu melena siempre a la altura de las escápulas o más abajo, nunca por encima. No te imaginas lo importante que va a ser tu pelo a partir de ahora, en cuanto desaparezca tu barrera emocional. Así que ten claro estas premisas que te he dado, ¿sí? —quería asegurarse de que las instrucciones habían sido concisas.

—Sí. Me ha quedado claro. No dejar huellas, aprender a no leer constantemente y cuidar mi melena como buena Vríl — sacudió las manos a ambos lados de su cuerpo y se preparó—. Ahora, dime, ¿qué vas a hacer para desbloquearme? ¿Algún juego psicoterapéutico? ¿Una sesión de programación neurolingüística? ¿*Coaching*? ¿Gestalt? ¿Constelaciones? — enumeró todas las terapias que conocía.

María dejó caer la cabeza a un lado y sonrió. Sus ojos azules se entornaron, analizándola con compasión y sabiduría.

—Esos métodos son usados por personas que no tienen ningún poder — María unió sus manos con una palmada y empezó a frotárselas con fuerza.

—¿Qué haces? ¿Tienes frío?

—Los que poseemos poder —continuó la Vríl—, usamos nuestro poder. Esto te va a doler —le aseguró disculpándose de antemano—. Solo el corazón de una Vríl puede activar el corazón de otra. Solo el corazón de una Vríl puede derrumbar las barreras de otro —dio un paso adelante y, de repente posó su mano derecha en el centro del pecho de Cora.

A la joven no le dio tiempo a reaccionar. Tan pronto notó la mano ardiente de María sobre ella, una presión colosal se apoderó de su plexo solar, y sintió como si le recorrieran mil voltios de electricidad por dentro. Las manos de María eran desfibriladores humanos.

No pudo hacer nada para evitar salir volando hacia atrás, despedida con una fuerza sobrehumana. No pudo hacer nada para no quedar inconsciente, pues el dolor atroz hizo que perdiera el conocimiento.

## 18

**E**than continuaba en silencio, al lado de Devil. La noticia de que Evia seguía viva les había dejado en un profundo estupor e incredulidad.

En ese mundo increíble por el que avanzaba la barca, sin remos, sin motor, sin impulso, con un mar que parecía un ser más de la isla, vivo, transparente y de un color limpio y claro, Merin había informado sin más que Evia, su Evia, había vuelto a la vida.

Devil se había sentado en los costados del casco de la popa y sujetaba su cabeza entre sus manos. Como si no aguantara el peso de aquella noticia. Ninguno de los dos decía nada.

Ethan agradecía que Devil no dejara ir ninguno de sus comentarios irónicos o ácidos, porque la situación no era para hacer ninguna gracia. La realidad ponía la piel de gallina.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Ethan.

Merin, sin dejar de mirar al frente, de pie y con las manos detrás de su espalda, sujetas la una a la otra, contestó:

—Uno regentado por descendientes de los atlantes. Era una tierra conocida como Sirens. El lugar en el que naciste, Ethan.

—¿Sois atlantes de verdad?

—Descendientes. Al menos, de lo que queda de ellos — Merin miró hacia atrás y clavó sus ojos en Ethan—. Eres un siren. Uno de nosotros. De eso no tengas ninguna duda. Pronto, en tu iniciación, comprenderás todo.

—¿En mi iniciación?

—Para saber hacia dónde vas, tienes que saber de dónde vienes. Te ayudaremos a recordar.

Ethan tuvo que dejar de prestarle atención cuando vio que al final de ese canal de agua, rodeado de los árboles más espectaculares que jamás había visto, se encontraba una metrópolis de muros blancos, y cristales de todos los colores, en formas concéntricas.

—Ostia puta —murmuró Devil levantándose de golpe, estupefacto por la visión de fantasía que ofrecía aquel lugar.

—El lenguaje es una herramienta de comunicación —aseguró Merin desaprobando a Devil—. No debería usarse para blasfemar tan a la ligera.

Devil ignoró a Merin, pues no podía hacer otra cosa que embeberse de aquella estampa.

—Solo quiero ver a Evia —dijo Ethan sin más—. Es la razón por la que estoy aquí. Solo esa. Hablar bien o mal no nos importa.

—Verás a Evia, hijo de Samun y Lys. Pero no te equivoques. Esa no es la razón por la que estás aquí. Hay mucho detrás de tu llegada, y muchos motivos por los que tu arribada es ahora y no antes o después. Pero tienes que aprender a escuchar y a tener paciencia, Ethan.

¿Hijo de Samun y Lys? ¿Hijo de? Aquello le hizo callar de golpe. Tenía una familia. Él, aseguraba Arnold, fue robado de su núcleo, de Sirens. Y se suponía que ahora iba a encontrarse con todos. Pero la única persona que le haría sentir de verdad en casa, sería Evia. A los demás no los conocía.

La metrópoli era impresionante. Las puertas se abrieron para que ellos entraran en el primer anillo de la ciudad, en el que habían más concéntricos, todos llenos de edificios singulares, de formas circulares y esféricas, de

crystal, aunque no se podía ver su interior. Habían estatuas de piedra, algunas aladas, otras con cola de sirenas, mirando hacia sus posiciones, ubicadas en zonas estratégicas que uno podía contemplar desde abajo. Le fascinó el modo en que estaban dispuestas, como vigías.

Llegaron al lugar de desembarque, y se dieron cuenta de que no había nadie en el exterior. Nadie. Ni un alma.

—Vamos a entrar al corazón de la metrópoli. Allí esperan recibirte todos.

Ethan bajó de un salto de la barca, al igual que Devil. Ambos caminaron el uno al lado del otro, precediendo a Merin, que iba a su paso, confiando en todo momento en que ellos le siguieran.

Ethan alzó la mirada hacia arriba y contempló el sol brillante a un lado, dos lunas que se desdibujaban en el horizonte, una de ellas anaranjada, y más al norte, una sobrecogedora aurora boreal de colores rosas y lilas eléctricos. ¿Qué universo era ese?

—¿Por qué nos entendemos? ¿Por qué hablas nuestro idioma siendo un...?

—Hablamos todos los idiomas del mundo. Somos comunicadores y mediadores, y debemos poder hablar con todos. Aunque en el fondo, todos los idiomas que decís que habláis en la Tierra, no son sino meros dialectos del original. Nosotros venimos de una civilización biológicamente y morfológicamente igual a la vuestra, aunque mucho más evolucionada, por tanto podemos hablar como vosotros. Pero fuimos los que instauramos la primera lengua —explicó sin detenerse. Las puertas del muro de la metrópoli se abrieron de par en par, y se internaron de nuevo en un intrincado de canales y de parcelas redondas en las que habían nuevos edificios, conformando otro círculo perfecto alrededor del agua. En el muro que daba al agua habían dragones, hombres y mujeres a modo de estatuas por cuyas bocas emanaba el líquido cristalino en forma de fuente y de cascada. Era un

circuito que se iba retroalimentando—. De ella, de nuestra lengua, nacieron todas las demás.

—¿Qué idioma es el original? ¿Cómo se habla? Merin ocultó una sonrisa y miró de nuevo al frente.

—Cuando recibas la iniciación hablarás todo lo que quieras hablar. Y del modo en que te puedas imaginar.

Aquello le impactó. ¿De verdad aprendería a hablar todos los idiomas del mundo? ¿En qué se basaba la Iniciación?

—¿Quién vive en estas casas? —quiso saber Devil.

—En la metrópoli viven las cuatro facciones de los sirens. Cada uno tiene su lugar especial.

—¿Cuatro facciones?

—Sí. Aquí vivimos las cuatro casas que quedaron de nuestra civilización. Las que sobrevivieron al gran diluvio. Sanaes, Magiks, Mayans y Mysts. Cada uno de esos grupos responde a un símbolo, una marca en su piel. Ethan la tiene. Igual que Evia también la posee.

Devil desvió la mirada al cuello de Ethan. Y recordó el elegante cuello de Evia. Ambos tenían una señal. Debajo de su oreja había una especie de candelabro hacia abajo, con la punta del Centro más larga de lo normal. Como un tridente. El de Evia era un reloj de arena.

—La señal de Ethan, ¿a qué grupo corresponde?

—Ethan es un Mayan. Pero no uno cualquiera. Es el guerrero esperado. Pero eso ya lo sabías, ¿verdad, Ethan? Tú capacidad para luchar, la fortaleza que tienes... sabías que no eras corriente.

—Yo no sé nada, Merin —contestó Ethan cortante—. Lo único que sé es que me he criado en Portland, que mi familia son los Lostsoul y que cuando Evia murió os llevasteis su cuerpo a este lugar, mientras nosotros la llorábamos en su tumba del cementerio, sin saber que ahí no había nadie. Eso es lo que sé. Si soy un Mayan, si vengo de otro lugar... todo eso me trae sin cuidado, porque hasta que no vea a Evia y ella me cuente de su propia boca quiénes somos y qué hacemos aquí, no voy a acceder a hablar con nadie más, ¿queda claro?

—Somos conscientes de ello —no parecía afectarle el tono intimidante de Ethan. Al contrario, daba toda la impresión de que le hacía gracia.

Continuaron avanzando, cruzaron un puente que les llevaba a otro círculo concéntrico dentro de la metrópoli, y allí había una cúpula de cristal azulada, de unos trescientos metros de diámetro. No podía ver nada del interior, excepto naturaleza y vegetación.

Los tres se detuvieron hasta que la cúpula se abrió mostrando una puerta en arco que para ellos fue indetectable. ¿Dónde empezaba y donde acababa?

Antes de que siguieran adelante, Merin se detuvo frente a ellos, sin dejarles pasar. Esta vez su gesto era severo y serio. Decidido a transmitirle una gran verdad, que no por más verdad era menos dolorosa.

—Tras estas puertas se encuentra Evia. Solo ella. Nadie más. Sabíamos que no accederías a hablar con nadie si no la veías antes, así que tuvimos deferencia. Pero déjame decirte, Ethan, que no deberías dar la espalda a tu destino. Esto que apenas has empezado a ver, es tu mundo. Nosotros somos como tú, y tú como nosotros. Como Evia lo es. Confío en que ella te haga comprender la importancia de tu llegada a Sirens. Durante años has vivido amargado por su pérdida, y te has dejado llevar por la depresión más amarga y desesperante. Entendemos que hayas tenido motivos para sentirte mal, pero un Mayan nunca, jamás, se rinde —le reprendió—. Ver a la joven Myst te hará ser consciente de muchas cosas. A los dos —aclaró con misterio

censurando a Devil—. Cada uno debe saber cuál es su lugar y a dónde pertenece.

Aquello no gustó al amigo de Ethan, pero prefirió centrarse en la información que le estaban facilitando.

—¿Myst? —repitió Devil—. ¿Dices que Evia es una Myst?

—Evia es de la facción de los místicos —continuó—. Solo te pido que dejes a un lado tu ego, Ethan y aceptes lo que Akasha tiene para ti. No hay demora posible.

Él no apartó sus ojos de los de Merin en ningún momento. Aceptaba lo que se le dijera. Pero a duras penas podía darle más importancia a aquella palabras que al hecho de ver a Evia de nuevo, y con vida.

—Cuando acabes tu reunión con Evia, ella te llevará hasta la sala de las leyendas. Y después, allí, te encontrarás con tu familia. Están deseosos de volver a verte. Todos queremos recibarte. Confío en que sabrás lo que tienes que hacer —vaticinó dejándoles pasar y haciéndose a un lado—. No lo dudo. Ahora, id al encuentro de vuestra amiga. Yo entraré cuando sea el momento.

Sin más, Ethan y Devil entraron corriendo al recinto cubierto por la Cúpula de cristal.

La ansiedad y los nervios corroían a Ethan. Miraba a todas partes, prosiguiendo el camino empedrado rodeado de vegetación, fuentes, y lagos llenos de vida. Las flores, con cientos de colores intensos y poderosos se abrían y se cerraban al oírles, como si les diera vergüenza mostrarse en todo su esplendor.

Evia... Evia estaba viva, se repetía Ethan.



Al final del camino, frente a una fuente central escalonada de la que caía agua provocando saltos de cataratas, vio a una chica de pelo castaño oscuro suelto, con reflejos más claros. Tenía el pelo largo, y le caía entre los omoplatos. Llevaba puesto un vestido blanco vaporoso y sencillo, que se sujetaba al pecho con una cinta plateada y después caía con peso hacia abajo, sin marcar su femenino cuerpo.

Adoptaba una posición casi aristócrata. Hombros elegantes y suaves hacia atrás, columna recta, cuello erguido.

Devil se detuvo a medio camino, porque ya no se atrevía a avanzar más, y así permitió que Ethan se adelantara. La impresión de verla ahí lo paralizó. No le hacía falta que se diera la vuelta para saber que era ella.

Ethan, en cambio, tembloroso y con el corazón encogido, se acercó a aquella mujer que parecía un hada de las aguas. Entonces ella se dio la vuelta, y cuando lo hizo, a él se le detuvo el corazón. Evia siempre había sido hermosa, pero la persona que tenía en frente, estaba más viva que nunca y con una luz que sí, Merin tenía razón, la llenaba de misticismo y una donosura difícil de igualar.

Sus ojos se habían aclarado y poseían una tonalidad más limpia y brillante, mezclada con azul. Para colmo los llevaba enmarcados por Kohl negro, como los egipcios. Y ese fondo de ojos... de plata azulada, eso era. Y no solo eso. Era toda una mujer. Seguía teniendo ese aspecto joven pero al mismo tiempo, había madurado. En su brazo derecho, del hombro al codo, lucía un tatuaje lleno de color y de hermoso trazo, con una simbología que Ethan no podía comprender, pero juraría que cada elemento que había grabado en su piel, se movía, y estaba vivo.

Ella sonrió, le hizo entender que comprendía su desasosiego y sus ojos se humedecieron llorosos. Cuando por fin lo tuvo delante, se echó a sus brazos, exclamando:

—¡Mi Ethan! ¡Por fin!

Como si no hubiese pasado el tiempo se fusionaron, se hicieron uno, indivisibles y sentidos, pareja y compañeros. Era como si el mundo desapareciera y no existiera nada más.

—¡Evia! Evia... —Ethan la abrazaba con tanta fuerza que temía hacerle daño, pero aquella Evia había perdido toda fragilidad. Parecía más fuerte, mucho más mujer, y con una energía que ni Devil ni él tenían—. Evia... mi Evia. Te he echado tanto de menos. Tanto... —repetía Ethan en su oído. Aquella conexión, aquel vínculo estaba ahí. Seguía siendo verdadero. Superaba la muerte y los otros mundos.

Entonces, Evia alzó la mirada aún abrazaba a Ethan, y estudió a Devil con intensidad.

El rubio había apartado los ojos para darles intimidad, y daba la impresión de que no quería acercarse a ella.

—Hola, Devil —lo saludó ella estirando la mano para que el hombre se uniera a su abrazo—. ¿Vienes a saludarme? —le pidió.

El rubio, enmudecido y atónito por volverla a ver, arrastró los pies hasta donde ellos estaban, y permitió unirse a aquel abrazo que él consideraba que debía ser de dos y no de tres. Pero lo aceptó igual. Estaba bien. Volver a ver a Evia viva lo volvía dichoso.

Ella sonrió al verlo tan callado.

—Sabía que no dejarías solo a Ethan —le dijo en voz baja.

—Eso nunca. Yo voy donde vaya el cabeza hueca —contestó.

Y así, los tres, se permitieron compartir aquel gesto de afecto durante un largo y sanador momento. Celebrando su reencuentro. Pero sabiendo que en

el horizonte les esperaba una larga conversación.

Sentados alrededor de aquellas cascadas en fuente, Evia en medio de Devil y de Ethan procedió a responder todas las preguntas que le hicieron. Entrelazaba los dedos con él, con su pareja y sonreía con serenidad cada vez que le miraba.

—Morí. Sí. Así fue —explicó—. Ethan, tienes que entender que yo, como tú, no sabía que no era humana. Sí, hacía cosas extrañas y difíciles de explicar, pero nunca imaginé que se debía a nuestros orígenes —reveló con sinceridad—. Luego, después de morir en tus brazos, desperté de nuevo en este lugar. Y aquí comprendí por qué. En el interior del centro de esta metrópolis, aquí bajo la cúpula, existe una pirámide de energía que nutre Sirens y que equilibra la Tierra. Es energía creadora, energía del universo —contó con la sabiduría que le había dado el tiempo vivido allí—. Le llaman el corazón. Nael. Soy una siren, miembro de la facción Myst, y la primera que vivió como humana fuera de los confines de nuestra casa. Los Myst tenemos una relación muy estrecha con «el corazón». Yo estuve diecisiete años humanos sin él y me afectó, porque no pude crecer con la pirámide para hacerme fuerte, por eso mi cuerpo se resintió y morí. Eso no sucedió contigo, Ethan. Porque eres un guerrero, un mayan, y no uno cualquiera. Eres El Esperado. Has crecido entre los humanos. Has sobrevivido. Y ahora mismo eres una especie de rara avis entre los sirens. Por eso eres importante.

Ethan intentaba encontrar sentido a las palabras de Evia, pero para él lo rara avis ahí era que ella estaba viva, y que lo tomaba de la mano como siempre hacía.

—Llamaron a los Mur, que es una civilización muy antigua que siempre ha velado por Sirens, y ellos, gracias a Fred, me llevaron a un punto del océano en el que se abrió un portal, y de este modo me devolvieron a la metrópoli.

No tardaron en ponerme bajo la pirámide, en el corazón. Y de repente mi cuerpo absorbió su energía, y reviví. No fue inmediato. Pero lo hice. Volví a la vida —posó su mano en la mejilla de Ethan y rió—. Pero no podía salir de aquí para avisaros, porque se nos está prohibido salir.

—Entonces, tú e Ethan sois sirenos —indicó Devil.

—No somos sirenos —contestó Evia divertida—. No tenemos cola de pez. Nacimos aquí, venimos de una civilización antigua muy avanzada que vivió en la tierra muchos años, hasta que el continente desapareció hundo por las aguas, y una colonia, la nuestra, decidió vivir en el interior de la tierra hueca. Un mundo dentro de vuestro mundo. Un universo dentro de otro. Con nuestro sol, nuestras lunas, nuestros mares, nuestras tierras y nuestros polos... Tal y como es arriba —mencionó con respeto— es abajo.

—¿Y quién te ha tatuado el brazo? —preguntó Ethan al ver el hermoso diseño con tonos tan intensos y femeninos—. ¿Te gustan los tatuajes, Evia?

Evia observó su dibujo con orgullo.

—Ahora sí. Todos los sirens tenemos uno. Se le llama *legend*. Leyenda —tradujo—. Y habla de quiénes somos, de cuál es el tótem de cada uno, de cuál fue el sonido de nuestra alma al nacer, de nuestra melodía personal, que es como un mantra: habla nuestro color, de quiénes somos hijos y cuál es nuestra función en el libro de Akasha —señaló cada parte correspondiente del tatuaje.

—Muy completito, sí señor —soltó Devil.

Evia se encogió de hombros.

—Recibimos la *legend* en las aguas de la sala de las leyendas, bajo nael. Nos cubre la parte superior derecha del brazo hasta el codo —contó frotándose la parte desnuda—. Yo la recibí cuando volví a la vida y me sumergí en sus aguas. El anciano Merin debe acompañarte para ello, pues él

es el más sabio lector de almas. Merin sabe todo de todos. Entonces —suspiró y puso rostro de soñadora, recordando con cariño cada momento vivido—, cuando me metí en las aguas y se me grabó el tatuaje, fui realmente consciente de todo, de quién era. Fue como si el conocimiento de los mundos y del universo me entrara en estampida en la mente, arrasando con toda idea juiciosa o preconcebida. Incluso llegué a ver mi nacimiento, aquí, en la metrópoli. Vi a mis padres, sus rostros cuando me sostuvieron entre sus brazos y yo apenas aprendía a respirar; y entendí la vida que me había sido negada al haber sido sustraída de Sirens y llevada al mundo exterior. Los sirens tienen unas nociones que las aprenden de su conciencia colectiva. Tenemos unos vínculos especiales entre nosotros —explicó con paciencia—, y hay conocimientos que se adhieren a uno en cuanto recibe la *legend*.

—Como un disco duro con información —resumió Devil.

—Sí, más o menos —contestó ella dándole la razón—. Conocerás la isla de punta a punta —informó con entusiasmo—. Y a todos sus habitantes, entre otras muchas cosas. Ethan —lo tomó de los hombros, dándole la espalda a Devil—, no puedes pelear contra esto. Imagino que ha debido de ser muy duro pasar todo este tiempo sin mí ahí afuera... Yo no he dejado de pensar en ti ni un solo día. Ojalá pudiese haber hecho algo para comunicarme contigo, pero nos prohíben cambiar el curso de la vida de la humanidad y no nos dejan hacer nada que pueda suponer un cambio radical en los registros.

—No entiendo nada de lo que me dices —unió su frente a la de ella—. Esto es muy turbador.

—Lo sé. Pero mantén la calma. Lo comprenderás todo, ya verás. Ahora estamos juntos, yo estoy viva. Tengo padres, igual que tú —sonrió abiertamente—. Y tú tienes un papel fundamental que cumplir. Así que no te resistas, por favor. Accede a recibir tu *legend*. Será el modo más sencillo de que comprendas este mundo, que es el nuestro. Tendrás poderes que ni

siquiera imaginaste... podrás hacer todo lo que te propongas. Entenderás cuáles son tus capacidades.

Devil se levantó algo malhumorado.

—¿Y qué mierda pinto yo aquí? —los juzgó abiertamente—. Vosotros dos ya os habéis reencontrado, ambos sois del mismo mundo. Yo soy humano. Y aquí no tengo nada que hacer.

—Puedes acompañarme —pidió Ethan levantándose—. Necesito a alguien conmigo. A alguien de mi familia de verdad. Quiero que formes parte de esto.

—Ethan —interrumpió Evia pidiendo disculpas—. Tus padres están esperando a que recibas la leyenda para que puedas reencontrarte con ellos. Pero no solo están ellos. Tienes un hermano, llamado Idún. Él también está deseoso de conocerte. En tu ausencia ha sido el líder de los Mayan.

Devil frunció el ceño, al igual que Ethan.

—¿Soy el líder de los Mayan?

—Bueno. Ahora lo es Idún. Pero solo hace falta que recibas la *legend* para recuperar lo que es tuyo.

¿Lo que es mío?, pensó Ethan. Aquello fue extraño porque, tenía a Evia frente a él, y se moría de ganas de besarla, como si fuera suya. Pero al mismo tiempo, había algo en la recámara que no dejaba de molestarle. Algo que cambiaba su realidad, y que destrozaba sus dogmas. ¿Por qué tenía que pensar en ella en ese momento?

—Coño, Ethan, venga tío —Devil tiró de él—. Vamos a dejar toda esta intriga. Ya va siendo hora de que te tatúes. Te convertirás en hombre.

—¿Te has seguido haciendo tatuajes, Devil? —el tono de Evia lo tomó por sorpresa. Ella se levantó—. Recuerdo que tenías uno en la espalda. ¿Te has hecho más?

—Claro que sí —contestó él nervioso al ver cómo pasaba por su lado con una sonrisa altanera—. Pero tengo que desnudarme para enseñártelos. ¿Los quieres ver?

Ethan tomó la mano de Evia y besó su dorso.

—Ni caso. Como puedes ver, Devil no ha cambiado nada. Sigue siendo el mismo insolente de siempre.

—Ya veo —murmuró Evia dirigiéndole una mirada enervada.

—Mira, Ethan. Te metes en esa piscina, te tatúan, te enteras de todo para luego explicármelo y después vamos a conocer a tu familia —murmuró Devil caminando detrás de ellos—. Y así yo podré irme de aquí y dejaros en vuestro mundo feliz.

—No seas gilipollas —replicó Ethan enfadado.

—¿Entonces? ¿Aceptas ir a las aguas de las leyendas para que Merin, el lector de almas, te la lea? —Evia estaba ilusionada ante la posibilidad de que Ethan diera ese paso y no opusiera resistencia.

El Siren movió la cabeza afirmativamente.

—Tú lo hiciste, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces yo también —aseguró—. Si la leyenda va a hacer que todo el conocimiento se introduzca en mi cabeza, entonces lo haré sin pensármelo.

Además —guiñó el ojo a Evia y esta sonrió—. Quiero saberlo todo sobre mí y sobre ti. Quiero saber qué has estado haciendo todos estos años.

—Eso no vendrá en tu leyenda —dijo conforme—. Eso te lo contaré yo, pero no hay demasiado que contar. Básicamente, he estado en Sirens meditando y esperando a que las cosas se pusieran más emocionantes. He sido criada entre humanos y los ritmos aquí son otros. Creo que prefiero los que hay en el exterior —insinuó aburrida.

—¿Echas de menos estar entre los niños perdidos? —preguntó Devil como un gañán, ocultando una sonrisa ladina—. Nosotros también echamos de menos a una Wendy cuenta cuentos.

Evia osciló los ojos y evitó contestarle.

—¿Cómo lo has soportado todo este tiempo? —miró a Ethan como si fuera un superhéroe.

—Años de indiferencia —él se encogió de hombros.

—Como sea, solo sé que si los registros de Akasha se cumplen, todos tendremos nuestro papel en ellos —dijo esperanzada.

Ethan no iba a preguntarle qué eran los registros de Akasha. Lo único que quería era recibir ya la *legend* y saber todo lo que sabía Evia.

Estaba deseoso de vivir aquel mundo con ella. Aunque, en el fondo no se sentía parte de él ni creía que debía quedarse allí.

Y eso era lo más preocupante de todo. Si él era un Siren, ¿por qué no se sentía feliz de regresar?



## 19

**E**than no podía dejar de mirar a Evia. Verse allí con ella, tocarla, tomarla de la mano, sonreírle, oír su voz... le parecía irreal. Y, sin embargo, era ella, más viva y más hermosa que nunca. Y agradecía a la vida el poder permitirle verla de nuevo, en otro mundo, en otra dimensión, pero con sus ojos abiertos y despiertos. Un ser como esa mujer no debía desvanecerse como se desvaneció entre sus brazos. Era un pecado, una inmoralidad del destino. Por eso se alegraba tanto de que en aquel universo su corazón lleno de luz y compasión volviese a latir de nuevo. Al menos, por eso, siempre estaría en deuda con Sirens.

Al mismo tiempo, sabía que Devil se sentía mal allí, porque no soportaba verse diferente a los demás, y menos a ellos. Y aun así, le conocía, y sabía lo feliz que estaba por ver a Evia de nuevo. La relación entre los dos siempre fue extraña y difícil. Pero Ethan nunca se imaginó, que el más destruido por el adiós prematuro de su amiga, después de él, fuese Devil. Esa fue la razón de su vínculo, de su estrecha amistad. Evia les hizo inseparables.

Continuaron por un caminito de piedra, cuya densa vegetación les subía por encima de la cabeza dibujando arcos verdes y floreados. Sirens era una metrópoli enorme, pero no tenía nada que ver con las ciudades de la Tierra.

Aquella se había unido a la naturaleza en una perfecta simbiosis, y todo iba acorde en cuanto a colores. Era como si respetaran cuál era el lugar de cada árbol, cada lago, cada riachuelo, cada planta y cada flor. Y en base a eso, construían.

Después de aquel sendero de piedra blanca y caliza, y acompañados del sonido de algunas aves y del rumor natural de los riachuelos adyacentes,

entraron a un pasillo adoquinado de piedra lúcida cuya luz azulada al fondo le llamó la atención. En el centro había una ermita de formas curvas y gaudianas, muy pequeña, de piedra. Parecía haber sido construida alrededor de un gran árbol, ya que las raíces salían en todas direcciones y las ramas, repletas de hojas, emergían a través de las ventanas. El tronco, grueso y lleno de mariposas luminosas tenía una abertura central que era la que emitía esa luz azulada.

Evia lo guiaba de la mano e hizo que se internaran en el interior del árbol, cuyo pasadizo descendente recorría las entrañas de la tierra. Cuando finalizó el túnel, se encontraron con una cueva descomunal, con un lago central profundo cuya luz interior iluminaba la gruta.

En el centro del lago, cuyas estalactitas nacían del techo como canelones inversos y puntiagudos, sin llegar a tocar el agua, un sereno Merin esperaba impaciente inmerso en sus aguas la llegada de Ethan. Y cuando vio que Evia le había convencido, no pudo evitar reflejar su expresión de alivio y orgullo. Era un siren. Tenía que reconocerse como tal. Y su leyenda le haría ser consciente de ello, y le ayudaría a sentirse mejor. Por ahora, casi todo para él era extraño y desconocido, excepto Evia.

Merin abrió los brazos dándole la bienvenida.

—Bienvenido a tu bautismo. Este es el lago de las leyendas —le saludó sin alzar excesivamente la voz.

Ethan clavó su mirada sobre la pirámide flotante, cuya luz poderosa y dorada llegaba a cohibirle.

—Ese es el corazón —le dijo Evia señalándola—. Una pirámide de cristal ancestral e irrompible.

—¿Eso te salvó la vida?

—Sí —contestó en voz baja.

—Ven. Acepta tu sino y métete en el agua, desnudo —le ordenó Merin cuya túnica blanca ondeaba en la superficie.

—¿Desnudo? —repitió.

Evia le miró de reojo y puso cara de circunstancia.

—Los bautismos se hacen así.

—Entiendo.

Sin más, Ethan se descalzó las botas, se quitó los calcetines, y el frío de la superficie húmeda de la roca le entumeció.

Se liberó de los pantalones y la camiseta, y se dejó los calzoncillos negros puestos. Evia admiró el cuerpo escultural de Ethan. Siempre había sido fuerte. Su cuerpo estaba hecho para la guerra y para el poder, y era un increíble atleta. No se imaginaba los cambios que sufriría cuando la leyenda se apoderara de él y le otorgara todas sus capacidades. Ni siquiera ella lo sabía. Ethan ya no era un chaval. Era un hombre. Uno duro y fuerte. Cuando se despertara su ser siren interior, sería una bomba de relojería.

Él entró en el lago y se quedó en la orilla. Miró por encima del hombro a Devil, que no dejaba de mirar a Evia, y a Evia, que le transmitía la calma que necesitaba para aquella iniciación.

—Ahora os veo —les dijo.

—Aquí estaremos —contestó Evia sin más.

Ethan exhaló y decidido, continuó su andadura hasta el centro del lago, deteniéndose ante Merin.

—¿Estás dispuesto a descubrir quién eres? —preguntó el anciano con tono ecuánime.

—Sí.

—Cuando recibas tu leyenda, aceptarás tus cualidades sirens y recibirás la información de la consciencia colectiva que nos une y nos vincula. El pueblo siren estamos hermanados, y podemos percibirnos nada más vernos. Somos biológica y genéticamente iguales a los humanos, pero nuestro cerebro está mucho más desarrollado, y como consecuencia de ello tenemos muchas capacidades y dones que para los terrestres se consideran mágicos. Conocerás hasta el último rincón de nuestro mundo, lo verás en tu cabeza —dijo tocándole la frente con dos dedos—. Aceptarás el Dharma. La verdad universal y la naturaleza de nuestra creación y nuestra civilización. Y sentirás y sabrás lo que un Siren debe sentir por su familia, por sus amigos, y por su devi.

—¿Por su devi? —no entendía su sentido.

—La devi de un Siren. La pareja que lo complementa. Lo sabrás. Lo sentirás aquí. Y del mismo modo, tu devi sabrá que tú eres su amara. Diosa y Dios. También la llamamos aimán. Que significa Imán. Una pareja siren está —juntó sus palmas— imantada.

Ethan no necesitaba tener la leyenda para saber que Evia siempre había sido su pareja. Siempre fueron inseparables y se quisieron como nadie.

—No me hacen falta leyendas para saber quién es mi pareja.

La ceja blanca de Merin se elevó.

—Si no sabes quién eres todavía, es imposible que sepas quién ha elegido tu corazón. Porque tu corazón aún no sabe lo que quieres, porque aún no te conoce —aclaró pasando la mano por el agua—. Hoy tu corazón y tú os conoceréis por fin. Hoy el Ethan niño de alma perdida criado con humanos, se reencontrará con el siren hombre y adulto.

Ethan frunció el ceño. Ahora solo faltaba que le dijeran a quién debía querer y cómo hacerlo.

—Nadie te está diciendo eso.

—¿Me lee la mente?

—Soy el lector de almas, Mayan. Lo leo todo —le aclaró sin ánimo de parecer soberbio—. Ahora cierra los ojos y abre el espíritu y la mente. Deja de protegerte —le sugirió—. Llevas demasiados años haciéndolo. Aquí nadie te va a hacer daño —le explicó para tranquilizarlo—. Estuviste a la defensiva en tu vida en la Tierra.

Ethan cerró los ojos no sin recelo.

—La vida en la tierra no es el bálsamo que reside en esta dimensión. Ahí hay que pelear y sobrevivir como se pueda — contestó Ethan.

—Créeme. Conozco perfectamente la belicosidad de los humanos. Conozco sus miedos, sus inquietudes, sus envidias, sus ambiciones y su confusión —asumió Merin caminando alrededor de Ethan y permitiendo que su mano dibujara ondas por su contorno—. Pero tú también conocerás que la paz que reside hoy en Sirens nos costó mucha guerra y dolor. Y no solo eso —después de dibujar varias ondas más, cerró el puño en el interior del agua, y de repente, el lago se removió como si hubiera una marea interna—, Sirens está en sus últimos días de calma, Mayan. Por eso estás aquí.

Dicho esto, Ethan quedó paralizado, cubierto de agua desde los pies hasta la parte media del abdomen.

El agua a su alrededor burbujeó y cobró vida, transformándose en manos líquidas y volubles que le recorrían la piel y los musculosos y desnudos hombros; le mojaban el pelo, el rostro y el cuello. Pasaban por su piel, tan frías y heladas que le quemaban.

Era una sensación tan extraña que no supo cómo reaccionar. Aunque tampoco podía. De repente sintió una descarga eléctrica en la columna, que le hizo dejar caer la cabeza hacia atrás, y mirar la pirámide de energía cuyos rayos le cegaban. No podía cerrar los ojos ni parpadear. Entonces, las manos de agua le rodearon el brazo derecho, y empezaron a marcar un dibujo sobre su piel, húmeda y tersa.

Los dedos de las manos se desplazaban con agilidad, iluminaban su extremidad y grababan su diseño, a pleno color. Pero Ethan no podía verlo, porque había quedado absorto en el poder de aquella estructura lumínica, que suspendida sobre él, le alumbraba con sus rayos casi elevándolo del agua, pero sin hacerlo por completo.

Y mientras su leyenda se grababa, la pirámide, el corazón, le mostró una historia. Una historia que tenía que ver con quiénes eran los sirens.

Al principio de los tiempos, unos seres ultraterrestres llamados «sembradores», buscaban planetas habitables para desarrollar sus esporas y crear vida. En aquel eon, habían siete planetas de características Ur en el universo, aptos para la siembra, pero el único en el que se desarrolló la vida después de plantar las esporas fue en la Tierra.

Los planetas Ur fueron seleccionados para desarrollar un proyecto de evolución y aprendizaje para las demás civilizaciones ya desarrolladas del universo, las cuales habían creado una confederación galáctica. Esos planetas Ur reunían las condiciones para la vida y esas civilizaciones necesitaban nuevos proyectos evolutivos, porque ellos se habían estancado en su evolución. La Tierra era un planeta de energía muy densa y muy potente, que podía atraer a cualquier civilización para experimentar en ella. Y así fue.

Con el paso del tiempo, con los prototipos humanos nacidos de las esporas de los sembradores en aquel vergel, que era visitado por muchos viajeros y entidades de otras dimensiones y civilizaciones con el objetivo de estudiar su evolución y experimentar con ellos, se tomó la decisión en la confederación de enviar a unos guardianes y vigilantes de la humanidad, para que nadie abusara de ellos y para que nadie interviniera en su crecimiento ni en su aprendizaje. Así fue como llegaron al planeta Ur los atlantes. Para entonces, ya habían otras civilizaciones que se mezclaron con los humanos haciendo hibridaciones prohibidas, pues la energía que estos desprendían era muy carnal y primitiva y se habían transgredido muchas normas. Pero todo eso cambió cuando los atlantes se instauraron en el ombligo del mundo, entre continentes, como si fuera el corazón de la Tierra, y retomaron el rumbo del proyecto humano, pues eran muy poderosos y avanzados, echando del planeta a aquellos visitantes que habían jugado con los homínidos, estorbándoles, confundiéndoles y entorpeciendo su crecimiento como civilización.

Durante un tiempo, Atlantis fue la cuna y la vida de la Tierra. Los humanos conocían su existencia, pero no podían acercarse al continente ya que estaba prohibido que se mantuviera contacto con ellos.

Sin embargo, todo cambió cuando un grupo de atlantes rebeldes sucumbió a la energía de los humanos y desobedecieron las órdenes de su propia confederación. Pero aquello no fue lo más flagrante. No solo mantuvieron relaciones sexuales con ellos. Además, decidieron que no les servían para nada más que no fuera esclavizarlos y usar su planeta, un paraíso lleno de posibilidades, como laboratorio. Ese grupo de atlantes se dejaron llevar por la soberbia y se negaron a trabajar y a velar por una raza claramente inferior, poco inteligente y dada a la destrucción y a la guerra. Y entonces, abusaron de su poder, y eso provocó que la energía de la Tierra se desequilibrase, y que la furia de los Contempladores que controlaban su proceder, cayera sobre el orbe, provocando la conocida inundación que destruyó la Atlantis y a sus habitantes.

Pero no a todos. Un grupo de ellos, viendo lo que iba a pasar, decidió ocultarse en el interior de la Tierra y accedió a orar y velar por la humanidad desde dentro. Nunca jamás volverían a tener contacto con los humanos. Los estudiarían, les ayudarían para que no se autodestruyeran, pero nunca les facilitarían los atajos pertinentes para su educación. Pues no querían que sucediera lo que les había sucedido a ellos, que fruto de su propio poder, se habían hundido en los mares. Así que, nunca, jamás, intervendrían en nada que tuviera que ver con la raza humana.

Además de los nobles atlantes hubieron otras civilizaciones que se quedaron en la Tierra a pesar de la llegada de la hecatombe, pues todas las demás huyeron del planeta antes del desastre, y una de las que resistieron, fueron los lemurianos. Una raza de guardianes y cuidadores, muy pacíficos y serviciales, que apoyaron a los atlantes que no querían formar parte de aquella violación a las normas. Ellos acordaron quedarse en el exterior, sin poder entrar jamás a la Tierra hueca, y su función sería la de vigilar a los humanos y no intervenir tampoco. Bajo ningún concepto. Estarían siempre a las órdenes de los atlantes, pero porque consideraban que los humanos podían superarse a sí mismos, y no eran la escoria que consideraban y afirmaban que eran los demás rebeldes huidos o desaparecidos tras el diluvio.

Y así había sido desde tiempos ancestrales. Los atlantes que sobrevivieron a la poderosa arriada se refugiaron en el interior de la Tierra, en una extensión firme con acantilados, mares y montañas a la que llamaban Sirens. Ellos eran los descendientes de todos aquellos hombres y mujeres de las estrellas que viajaron a un planeta Ur para cuidar de aquella raza inferior, y que ni siquiera pudieron detener la revuelta de su propia especie contra el plan.

Pero no se rendirían y estarían allí hasta que el humano fuera la civilización en la que mirarse, o hasta que llegase el momento de salir para ayudarles.

Se harían llamar sirens para olvidar así el pasado transgresor de su raza, y tendrían el mismo nombre que su isla suspendida en otro tiempo y otra



dimensión en el interior de la Tierra. Y eran los protectores silenciosos de los terrestres. Se encargaban de mantener siempre pura y enérgica a la gran pirámide de energía, el corazón de Sirens, que se nutría de las oraciones y los buenos pensamientos, y para ellos usaban a los «Ceres», oradores espirituales de su mundo.

Los sirens poseían poderes que nadie tenía. Su comunidad estaba dividida en cuatro facciones: los Mayan (guerreros), Los Mysts (místicos), Los Sanaes (sanadores) y los Khumat (alquimistas-magos).

Y él era Ethan. De la casa de Samun y Lys. Y era un Mayan. El Esperado.

Se sumergió en el agua. Notó que había caído desde una gran altura, como si aquellos brazos líquidos lo levantaran a peso por encima del lago y después lo dejaran caer.

Abrió los ojos dentro del agua, se impulsó hacia arriba con los pies en la tierra sólida del interior y volvió a emerger cogiendo aire con una potente bocanada y abriendo los brazos, deseosos de abarcar cuanto le rodeaba.

Se sentía distinto. Los conceptos, las ideas, las enseñanzas y los métodos de Sirens, se integraron en su mente a una velocidad pasmosa. Incluso acababa de recibir recuerdos de sus padres, contemplándolo con orgullo, cuando era un recién nacido, como si fuera un milagro. Su madre y su padre, a los que conocería en breve, pues incluso los sentía cerca.

Cuando abrió los ojos, estos veían como nunca. Su visión se había agudizado, era más clara, más intensa, y podía ver aquello que le era oculto antes. Se echó el pelo húmedo hacia atrás, que parecía más largo, y contempló su leyenda, que estampada en su piel, en toda la parte superior de

su brazo derecho, desde el hombro al codo, aún se movía y absorbía color. Era increíble. Estaba viva. Era un tatuaje vivo.

Rodeaba todo su bíceps un animal medio dragón y medio serpiente, de ojos amatistas, que se movía por su piel. No era uno. Eran dos.

—Sé lo que es... —murmuró atónito. Ahora sabía tantas cosas...—. Es un Uróboros.

Merin se acercó a él y pasó la mano por su leyenda.

—Eres Ethan Silanis, de la casa de Samun y Lys —señaló la parte de su hombro con una especie de hoja de trébol y en su interior los rostros perfectos de sus padres—. El sonido de tu alma creó un nombre: *le ke neu sol dosnum*. El que une las almas. El agitador —las letras parecían tener origen en el sánscrito y aquel era su idioma. Idioma que Ethan sabía leer después de su bautismo—. Respondes a esta canción. Todos los sirens tenemos una melodía —estudio con fascinación la suya escrita con notas musicales de una escala superior—. Es como una nana sanadora. Pero nadie te la podrá cantar igual que tu devi. Quien aprenda a cantarla, sabrá curarte.

Ethan escuchaba con suma atención cada palabra del anciano.

—¿Y qué tenemos aquí? —preguntó al repasar el tótem de Ethan—. Caramba —lo miró con asombro—. Es un Uróboros, el Rey de Las Criaturas fantásticas. Es muy interesante —susurró—. Tu fondo de piel parece que posee las escamas de tu tótem, aunque ha adquirido tu color, el de tu esencia, por eso es azul oscuro. Los sirens somos seres en simbiosis con la naturaleza, por eso nuestra leyenda nos pone en vibración con ella y nos hace indivisibles. Y estas ramas con flores pequeñas y rojas que se agarran a tu piel son las del Clarín de guerra. Porque estás hecho para cualquier batalla, Ethan. Y para proteger. Justo aquí en el codo, tienes tu *p'aat*. Tu misión, que como el glifo indica tiene que ver con el equilibrio y el orden de Gaia, de la

Tierra. Pero tu misión está incompleta. Señal de que para completarla, deberás encontrar a tu pareja. Debes entender que los sirens somos duales.

—¿Duales?

—Sí. Nuestra alma se parte en dos al nacer. Y nuestro objetivo de vida es dar con ella para poder lograr nuestra misión y completarnos. Por eso somos fuertes solos, pero lo somos mucho más cuando encontramos a nuestra devi. Pero al mismo tiempo, esa es nuestra primera debilidad. Porque nada te hace más fuerte y más débil que amar con tanta intensidad. Puede ser incluso desgarrador y confuso amar así.

Ethan pensó en Evia, pero su imagen se difuminó en su mente. La quería. Claro que la quería.

—¿Todos los sirens tenemos leyenda?

—Todos tenemos la individual, que es la que has recibido tú. Y todos los que están emparejados tienen la dual, que cubre nuestro brazo hasta la mano en su totalidad. Unos recibieron misiones poderosas y otros menos comprometedoras. Otros sirens no estábamos destinados a emparejarnos, así que nuestra leyenda es única y es de vida. Nos sacrificamos por los demás.

Merin no tenía pareja. Eso le había quedado claro.

—Hay misiones que no aceptan la intervención de una segunda persona. Y muchos debemos elegir —le explicó—. Y yo decidí el Dharma y Akasha antes que el amor. Pero en Sirens todo cuenta. Desde la más grande misión hasta la más pequeña. En Akasha deben encajar todas las piezas.

—¿Cómo se consigue la leyenda dual? —preguntó fascinado con aquel uróboros en movimiento.

Merin sonrió de manera misteriosa, y al final le dijo:

—Tienes todos esos conocimientos en la cabeza, Mayan — le tocó la frente con un dedo—. Déjalos salir. Pero ten paciencia. Durante el día de hoy todo te será dado. Ahora sal del agua. Tu bautismo ha finalizado.

—Quiero ver a mis padres —y era así. Lo necesitaba. Los recordaba. Tenía sus rostros en mente. Y ahora que empezaba a comprender y a descubrirse, quería ir a verles.

—Lo suponía —contestó Merin—. El efecto de la leyenda en tus emociones es inmediato. Ellos te están esperando en la sala contigua, ansiosos por recibirte y abrazarte de nuevo.

—Bien —Ethan no quería ir a verles desnudo—. Pero necesitaré ropa. Volveré a ponerme la que...

Merin alzó la mano, mientras salía del agua y negó con la cabeza.

—No. Puede que no te des cuenta. Pero la leyenda ha provocado cambios físicos en ti. Has ganado músculo, y tu biología se ha modificado. La ropa que llevabas ya no te sirve.

Ethan se miró a sí mismo. Debía valorar si las palabras de Merin eran ciertas. Y sí lo eran. Se notaba más marcado y un poco más grande. Puede que hubiera ganado una talla más en músculo.

Con un gesto de su mano Merin vistió en un visto y no visto al Siren. La ropa se le materializó sobre la piel. Un pantalón negro, las mismas botas que llevaba y una camisa larga de cuello mao de color blanca.

—Así podrás verles.

—Tú eres un Khumat —comprendió—. Un mago alquimista. Y eres el más anciano de los sirens —aquel conocimiento también residía en la conciencia colectiva. Merin era el ser más importante de los sirens, altamente conocido y muy antiguo en Gaia.

—Así es.

—Mis respetos, Khumat Merin —lo saludó reverentemente ahora que era consciente de quién era.

—Vamos —estiró su brazo hacia adelante señalándole el camino—. Tus padres son los guías de sus respectivos clanes. Tu padre es un Mayan como tú, y tu madre es una Myst. Su dicha será inconmensurable cuando vean que el hijo pródigo ya ha llegado.

Ethan asintió e hizo una señal a Evia y a Devil, que lo saludaron desde su posición. Les indicó que iba a conocer a sus padres. Y Evia le dio a entender que aquel momento era de él y de ellos, de nadie más.

—¿Adónde va? —se preguntó Devil.

—Va a conocer a los miembros guías. Son sus padres. Samun y Lys, la pareja más respetada de Sirens. Líderes de sus facciones. Lys es guía de las Mysts.

—Ya. ¿Y no vamos a ir con él? Le he dicho que no le dejaría solo.

Evia se dio la vuelta, negó con la cabeza y lo encaró.

—No. Necesitan intimidad —aseguró.

—Evia —Devil la detuvo posando su mano sobre su brazo, y ella dio un respingo y desvió la vista clara a sus dedos—. ¿Cuánto de Ethan hay en el hombre que ha salido del agua? ¿Sigue siendo él?

Evia osciló las pestañas y contestó sin dejar de controlar aquella mano que la sujetaba.

—De Ethan hay lo mismo que antes —contestó—. Pero se le ha sumado su parte Siren. No va a cambiar su carácter y sus gustos, si eso es lo que te

preocupa.

Devil negó con la cabeza.

—No me preocupa —la miró intrigado—. ¿Y cuánto hay de Evia en ti? —la acercó para mirarla bien.

Evia alzó la barbilla, y sonrió fríamente.

—Lo mismo. Soy Evia, pero soy Siren. ¿Hasta qué punto puedes tolerar que tus amigos no sean humanos, Devil? —de repente su tono se acercó.

—A mí no me importa lo que seáis. Lo que no quiero es quedarme atrás —contestó—. Y si veo que estoy en desventaja, y que no os puedo seguir el ritmo, no tendré ningún problema en irme de aquí —sus ojos azules brillaron decisivos y firmes—. Tú e Ethan sois de un mundo que a mí no me pertenece. Así que prefiero ser útil en el exterior que ser un invitado inútil en vuestro reino.

—Y te irás. Huirás, como siempre has hecho —asintió peleando por recuperar su brazo.

Aquel golpe no lo esperó. Silbó anonadado y después sonrió como un pirata.

—Sí que has cambiado. La Evia que yo conocía nunca echaría nada por el estilo en cara. Pero me gusta —corroboró—. La gatita saca las uñas.

—La Evia que conociste no se conocía a sí misma. No sabía cómo debía comportarse. Ni sabía cómo debía gestionar los continuos ataques de un chico que debía tratarla como a una hermana, no como a una enemiga. No entendía por qué alguien que debía quererla y protegerla no dejaba de increparla.

Devil entrecerró los ojos, sin soltarla en ningún momento.

—¿En serio, Evia? Entonces, puede que no sepas tanto como creo que sabes.

—Puede que no.

—¿Y no recuerdas lo que te dije antes de que te fueras para siempre en brazos de Ethan?

Ella guardó silencio largos segundos, sin dejar de mirarlo a los ojos. No parpadeaban por no perderse un solo detalle de sus expresiones.

—No lo recuerdo —contestó finalmente—. Pero la Evia que soy hoy, sí que conoce las reglas de Sirens. Y ahora mismo estás violando una.

—¿Cuál?

—Las Mysts somos sagradas, y nadie que no sea Siren y que no sea nuestro amara puede tocarnos jamás —dejó caer los ojos a la mano que aún sujetaba su antebrazo—. Ahora mismo estás transgrediendo el Dharma.

Devil apretó los dientes iracundo y humillado, y la dejó ir, apartando el rostro y fijándolo en aquella pirámide de energía que no solo mantenía la isla viva, además, procuraba equilibrio a la Tierra.

Evia carraspeó ligeramente:

—Si lo deseas, puedes ir a asearte. Al salir de la sala de las leyendas te guiarán a tus aposentos. Y allí te iremos a buscar más tarde para cenar todos con Ethan en una ceremonia de bienvenida. Sé bienvenido tú también, Devil.

Él se metió las manos en los bolsillos delanteros del pantalón, y suspiró levemente por la nariz.

—Yo no necesito asearme. Ve a lavarte tú —su tono fue despreciativo, pero así se sentía él—. No querrás estar manchada por la marca y el hedor de

un humano, ¿verdad?

Escuchó el sonido de su vestido bailotear alrededor de sus piernas, y después sus pasos rítmicos y elegantes alejarse de aquel lugar.

Ethan podía sentirse extraño en su casa, era comprensible y confiaba en que tarde o temprano haría aquel hogar de fantasía y leyendas suyo.

Pero en cambio, él ya no tendría remedio. Estaba perdido para toda la eternidad, y no importaba a qué universo fuera a parar. Era esclavo de sus emociones y sus sentimientos. Y nunca escaparía de ellos, por mucha rabia y mucha vergüenza que le provocaran.



## 20

### *El llano de la Llegada*

**E**n el llano de la llegada, rodeada de hayedos y plantas luminosas, reposaba una nave lisa, plateada y ovalada, que destellaba por los reflejos de los rayos del sol. Se encontraba justo detrás de los acantilados de Thot.

Allí, Cora contemplaba la aeronave, todavía con dolor de cabeza por el desbloqueo al que había sido sometida por María. La molestia remitía poco a poco, al igual que la tensión y la presión en las sienes.

María, de pie a su lado, admiraba su hermoso perfil. El sol de Sirens le daba en todo el rostro, y sus ojos se veían enormes y sin mancilla. Pero ella leía perfectamente su quebranto interior.

Cora sería poderosa, conocía más técnicas de las que ellas pudieron llegar a dominar jamás, y era un máquina telepática al lado de las Vrils originales. Era, sin duda, la más fuerte.

Y ahora que estaba al corriente de todo, y que conocía la responsabilidad que como Vrill caía sobre sus hombros, había tomado la decisión correcta. Sabía lo que tenía que hacer. Y era muy madura para aceptarlo.

Se hallaba en un mundo mágico, un universo paralelo a la Tierra y no podía quedarse. No podía verlo. Primero porque se la necesitaba fuera, y segundo, porque era incapaz de quedarse dentro. Le dolía el alma. Estaba enamorada del Siren, pero Ethan ya tenía deví. ¿Cómo iba a tener estómago para estar en el mismo lugar que ellos?

Evia era la pareja de Ethan. No ella. Y eso devastaba a Cora. Una Vrill con el corazón roto no podía rendir. Necesitaba alejarse, y centrarse en sus capacidades cognitivas para obtener toda la información posible sobre las Bathory, las Vrill oscuras, lo que quedaba de los Thule y su Sol Negro, y su asedio constante a Sirens. Debía tener la mente despejada, y ahí, en aquella isla, no obtendría la paz que necesitaba.

La muchacha cargaba con su mochila roja, su trenza perfectamente hecha, y su rostro limpio aunque desolado.

—Me parece fascinante que recibieras las directrices para construir algo así —dijo Cora.

—Fue todo gracias a Amat. Él me guió muy bien.

—Me hubiera gustado conocerle —pensó melancólica.

—Lo sé —dijo ella acatando su decisión de marcharse—.

Él está en la metrópoli con el resto de confederaciones. Esta noche van a darle la bienvenida a... —se calló de golpe.

—Sí. A Ethan. No pasa nada, puedes decirlo.

—Sí —asumió arrepentida—. Pero puede que en otro momento vuelvas a venir, Cora. Nunca se sabe.

—Sí. En otro momento —aunque tuvo la contundencia de alguien que no creía ni una sola palabra de lo que decía—. ¿Sabes? Es increíble que esté en este lugar y no lo pueda explorar —musitó con el rostro alzado, admirando la elegante forma de la nave con la que llegaron Orsic y las Vrill a Sirens—. Es de risa, en realidad —reconoció—. Toda mi vida estudiando temas sobre otros mundos, sobre seres con poderes mentales, otras civilizaciones y otras realidades. Soñando desde los quince con lo que creía que era una fantasía, un egrégor. Pero no, era un Siren. Me enamoré de él hasta el tuétano,

creyendo que no era real —se rió de su propia ingenuidad—, para comprobar años más tarde que existía, pero que dolorosamente no estaba hecho para mí. Y ahora no me puedo quedar aquí ni descubrir este lugar a su lado, porque él ya tiene con quien ahondarlo. Es como si me dijeran: «Puedes ver Fantasía, Cora, pero no la puedes tocar ni subirte a sus atracciones —su voz estaba teñida de desilusión y pena—. Lo sentimos. Adiós y muchas gracias —se encogió de hombros y sonrió forzosamente».

María le puso la mano en el hombro para transmitirle calor y fuerza.

—Cuando una descubre esta realidad y comprende la importancia del plan que hay a nuestro alrededor, deja de ser egoísta y se sacrifica por el bien general. Tú lo vas a hacer porque has tomado la decisión correcta.

—Lo voy a hacer porque no me da la gana de quedarme aquí para ver lo felices que son —la cortó con honestidad. Se refería a Ethan y a Evia—. Porque si tuviera una sola oportunidad, una por pequeña que fuera, me arriesgaría y elegiría luchar aquí por él —aclaró sin arrepentimiento—. Porque esto que siento, no lo he sentido nunca. Y dudo que lo vuelva a sentir jamás. Yéndome, renuncio a ese tren, ¿sabes? Eso me convierte en una cobarde, no en alguien responsable.

—Eso te convierte en alguien entero y probo. Y tienes todos mis respetos.

Missus, el pájaro mensajero, empezó a revolotear alrededor de ellas. Cora sintió la presencia de su abuelo Arnold incluso antes de que estuviera a sus espaldas. Los dones se activaban al no tener nada que los retuviera, y debía empezar a controlarlos con serenidad. Conocía las facultades de la mente y no iba a abusar de su poder. Al contrario de lo que pensaba Ethan sobre ella, jamás violaría la intimidad mental de nadie.

Aunque no pudo obviar la corriente de pensamiento entre ellos. Eran un libro abierto para ella.

—Hola, Arnie —lo saludó María con alegría—. Me complace ver que no has olvidado nuestra manera de mandarnos mensajes.

—Es imposible olvidar nada de lo que hay aquí —repuso Arnold caminando con su característica serenidad. Sus ojos adoraban a María, no podía disimularlo.

Cora miró a uno y a otro con mucha intriga. Y en los pocos segundos que tuvo su canal abierto a la recepción, leyó su historia perfectamente.

Les vio mandándose mensajes a través de los Missus, quedando en lugares secretos para hablar de todo lo que les gustaba y les interesaba. Ellos se querían, aunque nunca tuvieron la oportunidad de estar juntos.

Arnold se enamoró de María nada más verla y conocer su historia. Y María se entusiasmó con los conocimientos de Arnold. Hacían un gran equipo juntos, hasta que tuvieron que separarse por la traición de Lillith. El alejamiento entre ellos tendría consecuencias nefastas para ambos.

Mientras María no envejecería en Sirens, su abuelo se haría mayor a pesar del retardo que le ofrecía el anillo atlante.

Y sin embargo, Cora captaba aquella magia entre ellos, ineludible e inequívoca.

Sus almas se querían como antes del distanciamiento, como si el tiempo no hubiera pasado. Pero Arnold se sentía viejo a su lado. Y María odiaba que él se sintiera así, porque para ella, el amor no tenía ni tiempo ni edad.

Cuando María lo abrazó sin reparo alguno y acunó su rostro con arrugas y barba blanca y rasposa, la sonrisa que le dedicó no mostraba reproche. Solo felicidad y aceptación.

—Estás más guapo que antes.

Su abuelo sonrió con vergüenza y negó con la cabeza.

—Sabes que no. No me mientas.

—Ya lo creo que sí —repuso con seguridad.

—Te saco más de treinta años.

—Lo que me sacas es un peso de encima al ver que la vejez puede ser tan atractiva como tú.

—Oh, mi bella Vril —agradecido por sus palabras, tomó sus manos y besó la punta de sus dedos con adoración—. Treinta años no son nada comparados con la dicha de verte de nuevo.

Unieron sus frentes y se quedaron en silencio.

—Te he echado de menos —reconoció ella.

Cora no quería interrumpirles, pero debía hacerlo porque cuanto antes saliera de allí, antes podría recuperarse y preparar su nueva vida en el exterior. No aguantaba ni un minuto más en la misma dimensión en la que Ethan estaba con su chica. No lo soportaba. No imaginaba que el amor fuera tan doloroso. Jamás, ni cuando Ben la engañó, sufrió tanto como en ese momento.

—Abuelo —carraspeó incómoda—. María me ha puesto al tanto de todo. Ya comprendo cuál es mi posición y lo que se espera de mí —se metió las manos en el interior de su chaqueta—. Y quiero ponerme a ello lo antes posible. Decido irme ahora. No quiero prolongar más mi estancia en Sirens.

Arnold se apartó ligeramente de María para admirar a su nieta con orgullo.

—Está bien. Nos iremos, cariño, si es tu deseo.

—No —negó Cora deteniéndole—. No, abuelo. No me has entendido. Me

voy a ir yo. Tú debes quedarte aquí.

Arnold frunció el ceño rechazando la propuesta.

—Ni hablar. Voy a ir contigo.

—Y yo te he dicho que no, abuelo. No puedes —repitió—. Afuera estás en peligro.

—Y tú también. Necesitas que alguien cuide de ti, y siempre lo he hecho —se apartó de María y caminó hasta su nieta—. Esta vez no será diferente.

—Pero sí lo es —contestó afable—. Tú siempre has mirado por mi bienestar. Siempre me has cuidado —sujetó su mano con el anillo y lo acarició condescendentemente—. Me has preparado para este día, ¿verdad? Llevas toda la vida haciéndolo.

—Lo que he hecho ha sido quererte con toda mi alma. Si te he preparado o no —hizo un mohín—, lo he intentado al menos.

—Lo has hecho muy bien —le dijo María—. Siéntete orgulloso. Es una mujer espléndida.

Cora sonrió con aprecio.

—Me has preparado, me has querido tanto y me has educado tan bien, que ahora soy yo quien debe hacerse cargo de ti. Y te pido, abuelo, que te quedes aquí. Con ella —dirigió su barbilla hasta María—. Con María y las Vril. Quiero que te quedes aquí en Sirens. Esta isla es tu sueño, te encanta y la echas de menos. Te obligaron a salir una vez... no quiero que te sientas obligado a hacerlo una segunda.

—Pero eres mi nieta... ¿quién va a...? —preguntó nervioso.

—No te preocupes, amigo —contestó Morgan acompañado de otro Missus. Había seguido el trayecto de Arnold. Y lo había oído todo. Porque los Mur podían escuchar lo que quisieran—. Cora estará en buenas manos.

—¿Tan urgente es que ella salga? —preguntó a María y a Morgan.

—Es casi tan urgente como era urgente que Ethan regresara —respondió María—. Merin nos dijo que ellos dos eran claves en las tablas del destino. Que todo empezaba con la llegada del Esperado. Ethan ya está aquí y cada uno tiene sus propios movimientos en este tablero. Cora será nuestro enlace directo en el exterior. Es indispensable para nuestros intereses.

—¿Está preparada? —preguntó Arnold.

—Ahora sí —certificó María.

Arnold meditó las palabras de Orsic y esperó a ver alguna grieta en la armadura de su nieta. Pero no la encontró.

—¿Estás segura, cariño?

Cora afirmó sin más.

—Este no es mi lugar, abuelo —reconoció—. Aquí todos tenéis una vida. Una historia. Tú viviste más aquí adentro que afuera. Tienes a gente que te importa y que nunca quisiste abandonar —señaló a María.

—Pero no quiero abandonarte a ti —le dijo.

—Pero no lo haces. Soy una mujer, abuelo. Tomo mis propias decisiones —miró el paisaje único y verde con tristeza—. No tengo nada aquí —pudo haberlo tenido de haber sido correspondida por Ethan. Pero qué idiota fue, por favor—. Este lugar es maravilloso. Y eso que solo he visto los acantilados. No puedo imaginarme cómo será lo demás. Pero si no lo veo, no

podré compararlo ni echarlo de menos. Será como si nunca hubiese entrado. Por esa razón creo que debo irme ya.

—No te has despedido de Ethan ni de Devil —señaló nervioso.

—Déjalo, abuelo. Tendrán cosas que hacer. Ethan estará ocupado con su autodescubrimiento, y Devil tendrá su lugar de honor aquí como su mejor amigo. Yo no necesito reconocimientos. Sirens no es mi casa —sentenció—. Y tengo una labor que hacer afuera. Tú ya la hiciste, abuelo. Ahora te toca descansar y reponerte —buscó a Morgan con sus ojos gatunos—. No demoremos más —le pidió.

—Espera, Cora —su abuelo la rodeó con sus brazos y la mantuvo contra su pecho largos minutos. Entonces le dijo al oído—: eres y serás para siempre mi mayor descubrimiento.

Cora se abrazó fuerte a él y apretó los puños contra su chaqueta.

—Quiero que pongas en uso todo lo que sabes. Y que nunca te rindas, cariño.

—No lo haré.

Arnold se negaba a dejarla marchar. Besó su cabeza y la meció durante unos cuantos segundos más.

—Estarás en contacto con las Vril, supongo.

—Sí —contestó.

—No te olvides de dejarme algún mensaje.

—Descuida, abuelo. Cerraré cada comunicación con una palabra para ti. Ah, se me olvidaba —se metió la mano en la chaqueta y sacó su péndulo—.



Toma. Quiero que se lo des a Ethan si alguna vez lo ves. No pienso usarlo de nuevo. Este ya encontró lo que no era para mí.

Arnold, impresionado por su dolor, dejó caer alguna lágrima sobre el pelo rubio de su nieta.

—Tú te mereces todo, Cora. Todo. Así que no te desanimes. Vendrá alguien mucho más adecuado para ti. Alguien que lo entregue todo para estar a tu lado.

—Venga, vamos, Morgan —ordenó Cora afectada, apartándose de su abuelo. Le dio un último beso en la mejilla y sorbió por la nariz.

—Sí, Cora —contestó el lemuriano.

—Morgan —Arnold exigió que le mirase a los ojos—. ¿Vais a cuidar de ella?

—Siempre lo hemos hecho —replicó—. No te preocupes. Estará en muy buenas manos. Ni Lillith ni Sisé podrán detectarla nunca. Nos espera el barquero para llevarnos a acogida y salir al mundo exterior —alzó la mano para despedirse—. Hasta pronto.

Arnold asintió y pasó el brazo por encima de los hombros de María para contemplar cómo su nieta se alejaba acompañada de un Mur, hasta el nacimiento de los acantilados.

Saldría al exterior. Por primera vez iba a ser Cora quién cuidara de él.

—Cora va a estar bien —María lo tranquilizó con un toque de su voz—. Estaremos en contacto con ella continuamente.

—Bien —contestó dolorido por la pérdida—. ¿Dónde está Ethan? Querría hablar con él.

—Esta noche tenemos cena de bienvenida y hermandad. Es posible que lo veamos.

—De acuerdo.

—No me gusta nada esa expresión en tus ojos. ¿Qué va a pasar?

—Nada. Solo quisiera dejarle claro algo.

—Me imagino qué debe de ser...

—Ese chico está equivocado, María.

María le pasó la mano por la espalda.

—¿Por qué no nos ponemos al día, Arnie? Tenemos mucho de lo que hablar.

—Será un honor —con gesto adusto accedió a caminar con María por los acantilados, sin perder de vista el punto en el horizonte por el que desaparecieron Cora y Morgan.

Cora empezaba su andadura, y él le desearía toda la suerte y la tenacidad del mundo. El exterior era muchísimo más peligroso que el retiro que había en Sirens. Pero confiaba en ella.

La había educado para que en la batalla fuera inteligente. Y Cora era astuta como un lince, aunque en otros aspectos de su vida hubiera sido ingenua como un cervatillo.

De pequeño siempre se imaginó a sus padres. Durante una época fantaseaba con Evia sobre cómo serían los de ella y los de él. Si tendrían los mismos ojos, si sonreirían igual, ¿a quién se parecerían más? Y aunque el

tiempo pasó y dejaron de pensar en reencontrarse con ellos, sí elucubraban cada uno en su fuero interno, en cómo serían físicamente.

Ethan lo estaba descubriendo en aquel momento. Como en su momento lo descubrió Evia.

Merin le había sacado del lago de las leyendas, el corazón de la metrópoli, para atravesarlo y acompañarlo hasta un patio circular contiguo, exterior por completo, en el que ubicadas de manera alterna, habían mesas redondas rocosas y perfectamente lijadas de color lechoso, rodeadas por un vergel verde y floreado, protegido por árboles selváticos, que de humano no sabía identificar, pero ahora, con aquella consciencia que iba calando poco a poco, sí podía nombrar: equisetos gigantes y helechos la mayoría, todos de la época prehistórica, y que ahí, en aquella metrópoli, coexistían todavía.

Allí, de pie alrededor de una mesa, habían tres personas esperándole que no podían ocultar su ansiedad.

Cuando sus padres posaron sus ojos en él, lo supo. No había vuelta atrás. Lo sintió muy adentro de él. Eran ellos. La certeza de que su misma sangre corría por sus venas, hizo que se tambaleara y que el corazón se le saltase algún que otro latido.

No eran mayores. No sabía cuantos años tendrían aproximadamente, pero rondarían los cincuenta más o menos como humanos. Su padre Samun tenía el pelo recogido en dos trenzas, de un color índigo muy parecido al suyo. Tenía la tez morena, la misma forma de sus ojos, y un gesto puede que un tanto más duro en la mandíbula, pero todo él irradiaba bondad.

Su madre llevaba la melena suelta y ondulada, y sus labios gruesos sonreían con adoración y alegría, aunque estaba muy emocionada, por eso lloraba cuanto más cerca lo tenía. Vestía con tonos plateados, con una túnica que se ajustaba a sus caderas. Era menuda y preciosa. Lys. Así se llamaba... Joder, recordaba sus rostros cuando lo tuvieron en brazos por primera vez.

Cuando nació en su hogar, en su crioma, su casa. En Sirens todos nacían bajo el techo de sus viviendas, no en hospitales.

Ethan tragó saliva. Nunca pensó que llegaría a vivir aquella experiencia.

Y al lado de sus padres, protegiéndoles, con una compostura rígida y un rictus soberano, con unas facciones como las de él pero más pálido incluso y de mirada no tan penetrante, se encontraba su hermano pequeño. Se llevaban muy poco, porque había sido concebido justo después de que a él lo sacaran de la isla. Debían paliar el dolor de alguna manera.

Lo reconoció, no por ningún recuerdo que poseyera, sino por la energía inconfundible que transmitía la familia. Su padre y él vestían de manera parecida a como le había vestido Merin, excepto por las botas. Pantalones negros sueltos en la zona de las nalgas y estrechos de medio muslo hacia abajo, camisa larga parecida a una chilaba pero sin colores chillones... y unas zapatillas planas en los pies que le recordaban a las típicas surferas.

Fue su madre, la que dio el primer paso para acercarse y admirarlo con ese amor único, poderoso y divinamente maternal. Casi todos los sirens tenían el mismo color de ojos, exceptuando esas pecas, esas motitas extrañas que parecían moverse en el fondo de sus iris y que adoptaban su propia personalidad y su tono.

Lys sonrió y se mordió el labio inferior, visiblemente emocionada. Y entonces algo hizo clic en el interior de Ethan.

El vínculo volvió a reconectar, y la amó de nuevo. Sentía que la amaba. Que los amaba a los tres. A su padre, a su madre y a su hermano. Los sirens y sus vinculaciones mentales y emocionales eran muy poderosas. Todos sentían que formaban parte de todos, eran como una gran red de amor y respeto los unos hacia los otros. Si el lazo con los de su especie era así de especial, el que tenía lugar entre miembros de la familia era brutal. Sentía que unas manos invisibles tejían un manto de lana entre ellos, uniéndolos,

haciendo miles de conexiones, despertando en él todo lo dormido en sus años en el exterior.

Lys tomó la mano de su hijo robado y entonces, él, que desde la muerte de Evia siempre fue fuerte, poderoso e inquebrantable, se rompió ante ellos.

Cubrió su rostro con la mano libre y permitió que sus padres le abrazaran e hicieran una piña a su alrededor.

Merin se acercó a ellos y dijo:

—Este es Ethan. Robado al nacer. Regresado de adulto. Él es el Esperado. Hijo y hermano.

Su padre apoyó su cabeza en la de él y le susurró:

—No tienes que preocuparte por nada, *sonn*. No estés nervioso. Todo se dará. Eres de los nuestros y mi corazón se ha henchido de alegría por tu vuelta.

Ethan asintió, aún perdido y algo nervioso, pero con la certeza de que sí, aquellos eran como él, de su misma sangre. Con su mismo corazón.

Su familia real.

—Yo soy tu hermano Idún —le dijo el joven, rodeándolo con el brazo—. Bienvenido a tu casa. Me agrada conocerte.

Ethan no sabía que los añoraba y que se sentía así, hasta que no recibió el calor de los suyos. Los había echado de menos, incluso sin conocerlos.

—Samun. Tu hijo ha recibido la leyenda —anunció Merin—. Deberíamos ir a la Tabla Esmeralda del destino. Veremos lo que dice la profecía al tenerlo con nosotros.

Ethan vio la Tabla Esmeralda en su cabeza. Jamás había estado ahí, pero

esa conciencia colectiva de Sirens llegaba en oleadas. Y cuanto más pasaba despierto, más información recibía.

Sabía que era un muro de cristal verde en el que había plasmado en letras cuneiformes el destino de la vida de Sirens y de Gaia, enlazados como si fueran uno solo. Un cristal que no era de ese mundo. Ni del otro. Era sin duda del más allá. De las esferas creadoras. De las que los mismos sirens como él hablaban, como hablaban los humanos de Dios. Por encima de ellos había algo más. Porque nada era definitivo. Siempre había un último escalón, incluso después del que creían que era el conclusivo.

—Vayamos, hermano —los animó Idún observando su leyenda. Sus ojos plateados, más oscuros que los de Ethan, se entrecerraron. Después, desvió la mirada hasta Merin, que impertérrito, le mantuvo el golpe de vista.

Lys tomó la mano de Ethan, y este sintió que la corriente de amor incondicional lo barría de arriba abajo, y lo convertía en alguien humilde y no tan aguerrido como había sido.

—¿Sabes cómo me llamo? —le preguntó ella empezando a caminar a su lado. Lys era más pequeña que él, pero tenía algo muy parecido. Una especie de salvajismo oculto que indicaba que era una líder, una mujer de armas tomar.

Ethan apretó sus dedos ligeramente y la contempló anonadado por su benevolencia.

—Te llamas Lys. Lys Sylanis. En Sirens llevamos el segundo apellido de las mujeres. Porque es una sociedad basada en la importancia de la figura femenina. Una sociedad matriarcal.

Lys sonrió pero negó con la cabeza.

—No. Yo no me llamo así para ti —su hijo y su amara les precedieron, caminando tras ellos, acompañándoles en su travesía hasta la Tabla

Esmeralda—. ¿Cómo me llamo para ti? —le preguntó con dulzura.

Ethan tragó saliva y comprendió lo que quería decirle.

— *Mamán* —contestó acongojado—. Eres mi *mamán*. Lys apoyó su rostro en el musculoso brazo izquierdo de su hijo y sonrió con los ojos llorosos.

—Agradezco tanto al Dharma por haber hecho que regresaras, mi *sonn*. He llorado cada noche por ti —reconoció con la voz rota de una madre a la que le arrebataron lo máspreciado—. Siempre te esperé. Incluso cuando sabía que aún no podías volver.

Ethan cerró los ojos al percibir su dolor. La imagen de ella destruida al saber que su hijo había sido robado, el tiempo que estuvo esperándolo, y la resignación al conocer de la boca de Merin que él no regresaría hasta que fuera adulto.

—Hay tantas cosas que no comprendo —musitó Ethan.

—Lo entenderás todo, Mayan —le aseguró Merin—, cuando leas lo que la Tabla del Destino tiene para ti y para todos.

Como fuera. Necesitaba más que eso para comprender. Tal vez Evia lo ayudara a asumir lo que vendría. Por cierto, ¿dónde estaba?

—¿Y Evia y Devil?

—Los verás en el Crepúsculo. Hemos preparado una cena de bienvenida para ti. Conocerás a toda nuestra comunidad.

—Estoy ansioso —murmuró.

Y no mentía. Estaba ansioso por conocer todos los secretos que bailaban a su alrededor. Estaba enfadado porque entendía que nadie quiso salir a buscarle, ni a él ni a Evia, cuando los sacaron de Sirens. Y quería averiguar

cuál fue el motivo de su abandono. ¿Por qué no le dijeron a Fred que los regresara?

Si los sirens eran tan poderosos, ¿qué motivo había para que no fueran en su busca?

Ethan empezaba a ser consciente de quién era. Y quería llevarse bien con su nueva naturaleza, pero además de sus preguntas obvias y naturales, también estaba inquieto.

Inquieto por algo más íntimo e interno. Aunque antes de expresar su inquietud, necesitaba pasar un tiempo con Evia para cerciorarse de que sus sensaciones eran reales, y no fruto de la sorpresa de verse envuelto en un mundo como aquel.



## *La Tablas del Destino*

Tenía el mapa de Sirens en la cabeza. Lo veía a la perfección. Y sabía que era un terreno basto en medio del océano, con pequeñas islas orbitales. Un lugar único en un plano en el interior de la tierra, y en una dimensión de diferente vibración por eso nadie la podía ver ni encontrar, a no ser que diera con esa fuga, ese agujero negro por el que acceder.

Podía ver a la perfección el punto de acogida, los acantilados de Thot, el llano de la llegada, la costa amaru, la metrópoli, la cueva de las leyendas, el corazón, el faro, el volcán de los oráculos, criaturiam, el lago de los sueños... eran tantos los lugares que visualizaba en su mente y en los que no había estado.

Aquel lugar era mágico, un universo en el que todo tenía cabida y todo podía suceder. Lo más extraño, lo más inaudito, existía en Sirens.

Y le gustaba darse cuenta de que venía de un cónclave con tanta libertad y mística, lleno de posibilidades inimaginables.

Merin era, sin duda, el hombre más respetado de la comunidad y el que más poder poseía. Formaba parte del Consejo de Ancianos y desde su llegada a la Tierra había velado por el bienestar y la seguridad de los seres humanos. Pero después de la gran inundación, intentó que ninguno de sus actos tuvieran consecuencias directas con el desarrollo de la humanidad. Y algunas veces tuvo más éxito que otras. Algunas veces se involucró más de lo debido y otras decidió no hacerlo.

Pero siempre que participó lo hizo por una razón. Aunque los motivos solo los sabría él.

Él mismo les guió hasta las llamadas Tablas del Destino. Y lo hizo de un modo que dejó a Ethan sin palabras.

Abrió la palma de su mano dirigiéndola al frente, y hubo una onda parecida a la que hacía el agua estancada cuando caía una piedra en ella. De repente, al cruzar esa superficie acuosa, nacida de la mano de Merin, cruzaron el umbral y fueron a parar a un lugar pétreo, grisáceo y ríscoso.

Era enorme y muy amplio, infinito y de su interior emergía una luz verdosa. Cuando alzó los ojos comprendió de donde venía aquel alumbre. En la parte de arriba de la sala, que tenía unos diez metros de altura, habían dispuestas en perfecto orden, una detrás de la otra, como si fueran fichas de dominó, unas tablillas de cristal verde que irradiaban luz.

Habrían unas diez mil tablillas.

—Son las genis. Las tablas con la información genética de cada Siren. De los que una vez estuvieron y de los que siguen aquí —aclaró Merin.

Entre todas esas miles de tablillas, una parpadeaba en color púrpura y resaltaba entre las demás.

—Esa es la tuya, Ethan —señaló el viejo atlante—. Se acaba de grabar todo tu código genético en ella. Por eso fluctúa así.

—¿Los has conocido a todos? —preguntó Ethan—. ¿A los propietarios de cada genis?

El asintió con la cabeza.

—A todos. Ven, acompáñame. Quiero ver lo que dice la Tabla del Destino.

Ethan siguió los pasos del anciano, sin soltar la mano de su madre.

Caminaron hasta el centro de aquel salón ovalado y justo en medio hallaron una tabla de cristal verde translúcido, clavado en el suelo como si fuera una puerta, cuyas letras cuneiformes aparecían y desaparecían para contar una historia. Era una profecía, comprendió Ethan.

—Desde hace milenios los sirens intentamos entender el azar y la buenaventura y nos guiamos por la historia que muestra este tablero. En él hay una profecía, una leyenda que va cambiando según los acontecimientos. Pero hacía mucho que permanecía impertérrita —señaló con asombro.

—Pues está cambiando —dijo Lys con preocupación.

—El futuro es voluble. No existe, pero se moldea —anunció Merin—. La llegada de Ethan ha activado el Dharma.

Impresionado, se dio cuenta de que sabía leer de repente aquel lenguaje. Ethan se acercó y su rostro se iluminó por el reflejo de la luz del tablón.

*«Cuando el hijo robado retorne, el corazón grabará su leyenda y habrá decisiones que tomar. El Mayan con alma humana deberá demostrar que es el Jinete de los Uróboros. Deberá decidir qué camino elegir y correrá el riesgo de ser esclavo de sus decisiones y de condenar a los demás. La noche de la desaparición de la luna de Gaia, las garras de la traición romperán el velo de Sirens. Será momento de dejarse de esconder. El corazón está en juego, se debilita y corre el riesgo de apagarse para siempre. Se acerca El Segundo Armagedón, y solo la reagrupación y la colaboración de los clanes amigos ofrecerá una oportunidad de salvarse».*

Cuando acabó de leer, permaneció en silencio. Después se giró y encaró a su familia y a Merin. Sus ojos se volvieron púrpuras. Se sentía agitado.

—¿Soy el hijo robado?

—Sí —contestó Samun.

—¿Por qué el tablón habla de mí? —exigió saber.

—Ethan —Merin lo intentó tranquilizar—. Cuando te sacaron de aquí y te llevaron al exterior, los ancianos originales, los oráculos, me advirtieron que había una posibilidad futura de que regresaras. Y que en ese caso, no podíamos ir a buscarte ni intervenir, porque de hacerlo violaríamos el pacto. Debíamos dejar que todo siguiera su curso porque intuían que Evia y tú tendríais participación directa en el Dharma. Y así fue. Vuestro tiempo entre los humanos os transformó. Os hizo distintos. Sin embargo, a Evia, que es una Myst, el tiempo que fue alejada del corazón la debilitó y la hizo perecer. Su naturaleza exigía comunicarse con los animales y los elementales, y hacerlo desde Sirens. Necesitaba el poder del corazón para hacerse fuerte. Cuando la recuperamos, la pirámide de poder le devolvió la vida, en un acto de reanimación sin precedentes. Pero tú, que eres un guerrero, te sobrepusiste a la energía de la tierra y te nutriste de ella. Por eso sobreviviste. Los sirens no pueden vivir en el exterior si no han recibido su leyenda, o si no llevan consigo el anillo atlante. Nuestra metrópoli está oculta en otra dimensión en el interior de la tierra. El tiempo y el espacio discurre de modo distinto al del exterior. Vuestro cuerpo —explicó estudiando su corpulencia— se adaptó a esos cambios, y creció al ritmo humano. Tenemos una genética que nos ayuda a esa adaptación. Pero somos seres diferentes. Nuestras leyendas nos definen, nos otorgan el poder y los dones y nos vacunan contra todo tipo de amenazas externas — se acarició la barba pensativo y dijo—. Sois puros. Sirens puros. Las leyendas se dan en el equinoccio del paso de la infancia a la adolescencia de nuestra raza. A Evia le pasó factura en su cambio en la tierra. Sin leyenda, y justo en la edad que debía recibirla, murió. Pero tú no, Ethan. Tú eres distinto. Tú superaste ese trámite. Y ahora has regresado a tu casa, para ser un líder, recibir tu leyenda y...

—Mantener el corazón vivo —entendió finalmente—. La pirámide de poder se apaga, ¿verdad? Por eso me necesitáis. Me dejasteis ir y ahora queréis que os ayude, ¿es eso?

—Si quieres verlo así... —contestó con pena.

—¿Por qué? Pensaba que se nutría de las oraciones de los Ceres y de la propia energía de Sirens.

Lys negó con la cabeza y entonces intervino su padre.

—La pirámide de poder existe desde nuestra llegada a este planeta. La instauramos nosotros para que la tierra estuviera equilibrada y su magnetismo se mantuviera balanceado. Pero su energía viene del sol central de la galaxia, y es como un ser vivo. Absorbe las energías y las transmuta en luz. Sin embargo, aunque mantiene a Gaia, se ha visto afectada por todo lo que los humanos han hecho con su planeta y por su falta de evolución espiritual. Tienen una mente destructiva, como has podido comprobar. Y eso la ha debilitado.

Ethan no lo iba a negar. Su padre tenía razón. De hecho, él había creado al grupo de los Rebeldes para enfrentarse a los abusos. Los humanos no hacían bien las cosas. Se centraban en tonterías materialistas y políticas y olvidaban lo más importante.

—Se están destruyendo —continuó Samun— los polos se invierten y empieza a desestabilizarse mucho. Nosotros somos meros observadores de lo que sucede. Intentamos que la pirámide no muera y no se agote, pero la energía del exterior es agresiva y si esto continúa así, será vencida.

—¿Y se supone que yo soy quien debe revertir la situación? —se señaló incrédulo—. ¿Cómo?

—Tú eres el Esperado. El Regresado —informó Merin—. Se supone que eres el catalizador para que todo cambie. ¿Cómo se va a hacer? Por el

momento lo desconocemos. Solo sabemos que debías regresar.

Nunca temió a las responsabilidades. Aunque aquella en particular, era palabras mayores. No sabía que podía llegar a ser un salvador.

—¿Evia también es... especial? —quiso saber.

—Evia también tiene su labor en el Dharma.

—Comprendo. Entonces puede que nuestra leyenda de pareja se complemente —divagó deseando que así fuera—. Puede que así sepamos los dos lo que debemos hacer.

En ese instante, Idún tensó los hombros y la espalda. Y se removió inquieto. Sus padres tuvieron que calmarle. Ethan lo advirtió, notó el cambio de energía entre ellos.

—¿Qué sucede?

—Evia está destinada a ser mi devi, hermano —contestó con voz dura y acerada—. Soy el líder de los Mayan. Los Mayan y las Mysts hacen parejas equilibradas. En tu ausencia ese ha sido mi papel, y todos me reconocen como tal.

Merin negó con la cabeza.

—En realidad no es así —dijo—. Las leyendas de pareja no funcionan por acuerdos entre facciones. Los Mayan y los Mysts suelen acordar enlaces entre sus hijos, pero eso no quiere decir que ese enlace vaya a tener lugar si las dos partes no están de acuerdo.

—¿De qué estás hablando? —le dijo Ethan—. Entiendo que las leyendas de pareja salen cuando encuentras a tu devi, la supuesta mitad de tu alma, no cuando la firmas sobre papel. ¿Aquí también hay matrimonios de conveniencia? ¿Como en la realeza o en la inmigración?

Merin sonrió disculpando la impertinencia de Ethan. Idún no movió un solo músculo. Y seguía mirando fijamente a su hermano.

—Nuestra alma se divide en dos al encarnar, cierto —explicó Merin—. Y lo ideal es encontrar a la otra mitad. Pero muchas veces, decidimos y optamos por otra posibilidad que nos complementa, si las dos partes así lo desean. Por eso las relaciones entre Mysts y Mayan son fructíferas, porque son facciones que se complementan muy bien. En realidad, no nos diferenciamos mucho de los humanos en ese aspecto. A veces, el Dharma no facilita que encuentres a tu pareja en tu mismo reino.

—Y menos si nos encerramos en una dimensión. Las posibilidades se limitan —añadió Ethan sin filtro.

—Tienes razón. Pero los sirens nos amamos entre nosotros. Nuestra conciencia colectiva nos une de muchas maneras, y nuestra vinculación es especial. No nos es difícil convivir y enlazarnos con un alma afín. Aunque no sea tu mitad.

—¿Y la leyenda de pareja? —inquirió—. Si te enlazas con una devi o un amara que no es tu mitad. ¿Sale igual?

—La leyenda responde al destino, y el destino se modifica con nuestras acciones. En todo caso, al unirse una mujer y un hombre Siren sin ser almas complementarias, se formaría una leyenda distinta a la que podía haberse formado. La pirámide la decide. Pero no se entrelazarán desde el codo. Estarán plasmadas en nuestro brazo, como partes diferentes de un lienzo. No como uno uniforme como la que surge cuando son mitades de una misma alma.

Ethan levantó la manga del vestido de su madre y comprobó su leyenda. Estaba dividida en dos.

Samun se levantó su manga sin necesidad de que su hijo recién llegado le pidiera nada.

Ambos lucían el mismo dibujo, pero invertido. La leyenda del antebrazo de su madre correspondía a la que tenía su padre del codo al hombro. Y al revés para ella. Pero no se unían los dibujos a partir del codo.

Lys sonrió con amabilidad y sinceridad a raudales. Su padre la miró e hizo lo mismo.

—Amo a tu madre. Me ha hecho muy feliz, Ethan —confesó Samun.

—Esto solo indica que yo soy su devi y él mi amara. Es mi alma afín, porque lo he decidido así. Nos queremos igual. Y hemos tenido muy buena vida y convivencia.

Ethan respetaba esas decisiones. Cada uno era libre de unirse a quien quisiera, faltaría más. Además, parecía fácil enamorarse entre sirens, porque ese cariño, esas conexiones y lazos a los que los predisponían su genética, lo hacían todo natural y sencillo.

Pero aquellas revelaciones ahondaron en él. Entendía que si no elegía a su devi real, su leyenda conjunta no se completaría. Saldría una leyenda sin *páat* conjunta. Pero aun así sería feliz.... Entre humanos no sucedía eso. No amabas a las mujeres porque eran humanas. Ni tampoco ellas amaban a todos los hombres humanos. Debías conocerlos para enamorarte de ellos. En cambio, en Sirens esa predisposición a quererse y a respetarse iba intrínseca en ellos. Mantuvo la compostura y decidió no decir nada más al respecto. Pero aquel conocimiento sembró la duda en él. Y la semilla arraigaría con fuerza en su alma.

—No es mi intención arrebatar nada a nadie —aseguró Ethan algo confuso—. Pero dudo que Evia te haya elegido a ti. Ella y yo estuvimos muy unidos en el exterior.



—Evia no ha elegido a nadie —contestó Idún admitiendo la verdad—. Pero si la reclamas, tendrás que demostrar muchas cosas, hermano.

—Solo Evia decidirá a quien quiere, ¿no crees?

—¿Porque tú estás convencido de que ella es tu devi, hijo? —preguntó Lys titubeante, sin ánimo de molestarle—. ¿Estás seguro?

Ethan iba a responderle, pero su hermano le interrumpió.

—Tu leyenda habla de que tu tótem es un uróboros. Y la profecía siempre ha hablado del regreso del Jinete de los Uróboros... Nunca ha habido un jinete de esas bestias indomables — Idún parecía disconforme con todos aquellos develamientos. Sus mejillas pétreas mostraban una cicatriz en el lado derecho. Ethan se lo quedó mirando fijamente porque entendía que los sirens se sanaban y nada los hería en su isla. ¿De donde venía esa herida?—. Si es cierto que eres quien dice la profecía, demuéstalo. Y si lo eres, entonces, en señal de sumo respeto me retiraré de tu camino hasta Evia y acataré mi nuevo rol.

Ethan alzó la comisura de su labio y sus ojos púrpuras entonces chispearon.

—¿Qué quieres que haga? —le encantaban los desafíos y no se iba a echar atrás.

—Ve a la Costa Uróboros. Tendrás que entrar en Armium como Mayan — sonrió y se encogió de hombros con malicia—. Y allí te los encontrarás.

—¿Cómo dices? —Ethan entrecerró los ojos.

—Todos los Mayan tenemos que ir a Armium a elegir nuestras armas como guerreros. Armium se encuentra en...

—Sé muy bien dónde está —se señaló la cabeza—. Tengo el mapa de bits aquí metido.

—¿Mapa de bits? —repitió Idún sin entender.

—Olvídalo. Es jerga humana —desvió la vista a Merin y le dijo—: Quiero ir a Costa Uróboros. ¿Qué puedo hacer para llegar hasta allá?

Idún se cruzó de brazos en un gesto soberbio que Ethan reconoció como suyo.

El anciano lo miró de manera penetrante.

—La Costa Uróboros no es un juego —dijo—. En tu ausencia, muchos Mayan han intentado ir a probar suerte en sus mares y su monte oscuro y ríscoso. Todos querían probarse para ver si eran el jinete del que hablaba la profecía. El que más cerca estuvo de uno de ellos fue Idún, por eso lo respetan tanto — Idún parpadeó inclemente—. Por eso lo consideran el líder. Porque la única criatura que puede herir de muerte a un Siren es un Uróboros. Y él fue rozado por la cola de uno de ellos. Pero sobrevivió.

—Así que por eso tienes tu cicatriz en el rostro... —comprendió un tanto picajoso—. Uno de esos bichos te golpeó.

—Pero no me mató. Intenté montarlo. No tendrás valor de hacer lo mismo.

—¿Quieres que nos apostemos algo?

Idún arqueó las cejas negras pero ignoró su ofrecimiento.

—Ellos protegen el monte en el que se encuentra Armium, nuestra sala de las armas mágicas —explicó Merin abriendo la palma de la mano como había hecho para entrar en la cueva de la tabla del destino—. Nunca nos atacarán. Nunca nos harán daño a no ser que nosotros intentemos acceder a Armium de manera ilícita. Son protectores, y no tienen dueño. Conviven en la isla con nosotros, pero su lugar es la Costa Uróboros. Son sus centinelas y tienen que vigilar a los objetos de guerra más poderosos, para que no caigan en manos indebidas —ante ellos se volvió a abrir esa onda expansiva de

tacto acuoso y transparente. A través de ella, Ethan avistó una isla solitaria en medio del mar, de piedra negra, nubes bajas y espesas que coronaban su pico, y olas bravas que chocaban y morían violentamente explotando en su orilla.

—Es salvaje —No encontraba las palabras para describirla.

—Tienes que ser salvaje y aguerrido para atreverte a ir allí —indicó su padre con orgullo—. Idún lo hizo. ¿Crees que es tu turno, Ethan?

—No tengo miedo —contestó decidido. Y era cierto. ¿Cuándo había sentido miedo él? El peligro le parecía seductor.

—Sabes todo lo que tienes que saber. Y tienes las habilidades de un Siren... puede que sea el momento de dar el paso adelante que reclaman de ti — preconizó Merin agitando la mano para que esa puerta acuosa se mantuviera abierta.

—¿Aceptas mi desafío, hermano? —Idún le ofreció la mano para cerrar su acuerdo.

Ethan lo observó con detenimiento. Si se parecían, sabría que eran animales competitivos, y que la aventura les podía. Idún tenía el pelo más largo que él, pero no mucho más. Eran igual de altos. Y aunque sus rostros eran distintos, la forma de sus ojos y sus barbillas se parecían. Aunque Idún poseía una mirada más hosca. Y dura.

Al final, Ethan aceptó su mano. Y en el momento en que lo hizo, supo que se había equivocado.

Idún tenía una fuerza brutal, así que posó su mano en su hombro y lo impulsó hacia atrás para hacerlo caer dentro del portal que había abierto Merin hasta la Costa.

Y no tocaba tierra. Cuando se dio cuenta, caía al vacío, como si hubiera dado un salto desde un avión.

Mierda. ¿Cómo se suponía que iba a caer? ¿A cuatro patas como los gatos? ¡Se iba a matar!

## *Costa Uróboros*

Un impacto desde esa altura contra el agua, equivalía a rotura de huesos completos.

El aire le helaba la garganta y le robaba el oxígeno. Las nubes que atravesaba le empapaban la ropa, y la sal del mar le escocía a los ojos.

Pero era un Siren. Y había un instinto en él, heredado gracias a la leyenda que se había impreso en su brazo. Un instinto que le ponía en guardia y le hacía reaccionar con conocimientos que ni siquiera había puesto jamás en práctica.

Y comprendió. Y vio. Y supo que la diferencia entre un siren y un humano era su cerebro y el uso que había hecho de él. No solo tenían el cerebelo inferior más fuerte y desarrollado, también tenían el cerebro medio a pleno funcionamiento, y gracias a ello eran capaces de hacer muchas cosas que en la Tierra se consideraban paranormales. Mecánica cuántica, campos subatómicos... sabían de qué se trataba todo. Cómo hacer trabajar los campos electrostáticos a su alrededor y también cómo usar la intención. Mente, conciencia, cerebro. Todo era distinto. Pero el cerebro más desarrollado les daba todos los dones que heredaban al recibir la leyenda, que era como un catalizador, un activador de su potencial. El que de verdad accionaba el

campo cuántico de las partículas que los formaban a ellos y que constituían el todo.

Un siren sabía cómo interactuar con el entorno y hacerlo accesible y válido para sus propios intereses. Para un Siren no habían leyes, no existían los límites, porque sabían cómo burlar esas redes instauradas en las que sí creía la humanidad y moldearlas a su antojo.

Por eso mismo, cuando abrió los ojos y se supo capaz de tantas cosas, solo necesitó poner su intención y saber que podía hacerlo.

Así que se dejó caer como un hombre bala al océano que rodeaba el islote, se abandonó a las sensaciones y cuando se hundió en el mar frío y limpio, abrió sus ojos que eran totalmente púrpuras y vio su interior, como podía ver fuera de él en la superficie.

Y recibió información ancestral, que rondaba en las mentes de toda la comunidad. Y comprendió por qué los humanos creían en las sirenas, cuando veían a los antiguos atlantes vivir en sus metrópolis acuáticas, emerger de las profundidades de los océanos sin necesidad de oxígeno... por eso los dibujaban con colas de pez. Por eso el mito de las sirenas existía. Pero nunca fueron sirenas. Eran ellos.

Se movió a gran velocidad por debajo del mar, esquivó las rocas, oteó con fascinación las plantas luminosas de colores extraños, y vio complacido la cantidad de peces y seres que poblaban las profundidades de la costa. Incluso caballos de mar gigantes, que triplicaban su tamaño y lo rodeaban como pura sangres, festejando que él estaba allí.

Se embebió y se empapó de aquella porción de su mundo y se sintió parte de él. Podía estar mucho rato debajo del agua, más de lo que se imaginaba, incluso podía respirar. Recordaba los sueños que tenía de niño en los que buceaba extraños mares y podía oxigenarse en ellos. Tal vez era un reflejo entonces de quién era, una manera que tenía su subconsciente de hacerle

recordar su naturaleza. Pero entonces no prestaba demasiada atención a sus sueños.

Nadó hasta el nacimiento del Monte Amaru, en la Costa Uróboros, prosiguió su falda que iba por debajo del mar y entonces, se impulsó sobre sus talones y salió a flote como una flecha, pero esta vez, levitando y alzando el vuelo como haría un ave. Y entendió que las leyendas de los humanos donde veían a hombres y mujeres sobrevolar los cielos, no se trataba de una fantasía. Los dibujaban con alas para representarlos, porque volaban. Pero no eran ángeles. Eran ellos.

Un Siren podía volar. Al menos, los Mayan podían. Y joder... menuda sensación de libertad y poder.

Solo tenía que pensarlo, solo debía visualizarse en su cerebro medio y *voilà*. Ahí estaba. Remontando el vuelo y rodeando el collado hasta ubicar aquel lugar llamado Armium, un edificio macizo cuya piedra oscura se camuflaba con la de la montaña, y cuya estructura metálica le daba aire de búnker.

Armium. Un museo, una sala de armas donde los Mayan se equipaban.

Sin embargo, antes de entrar en el edificio, escuchó un increíble rugido que lo detuvo y lo dejó suspendido en el aire.

En el pico puntiagudo del islote, apareció un monstruo de escamas negras, ojos plateados y luminosos, cuerpo de dragón con unas alas increíbles, plateadas y de venas rojizas y cuello y cola de serpiente.

Sus garras se clavaban en la roca, y las piedras se desprendían cayendo colina abajo, hasta impactar en Armium y después seguir su destino a la orilla arenosa y al mar.

Era un Uros. Y no solo había uno. De repente. El cielo se plagó de ellos. Volaban en círculo, y lo miraban con desconfianza.

Cuando posó sus pies en la arena oscura y miró hacia arriba, notó una fuerte presencia detrás de él. Fue como si escuchara emerger un submarino del agua. Pero allí no habían submarinos.

Eran Uros y Boros. Los Uros parecían dragones voladores. Los Boros, eran inmensas serpientes de agua, con escamas rojizas, dientes puntiagudos y ojos violetas. Eran criaturas fantásticas propias de la prehistoria. Uróboros, bestias que en todas las mitologías aparecían mordiéndose la cola, anunciando la repetición de los ciclos. A Cora aquello le habría encantado...

Ethan se quedó de piedra al pensar de ese modo. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué la Vrill acudía a su mente en momentos así? No. Debía sacudírsela de su cabeza. No entendía nada. Esa mujer lo había embrujado o algo por el estilo.

El clima del Monte Amaru no era apacible, sino más bien tormentoso y huracanado.

Pero Ethan, a pesar de estar impresionado, tenía que ir a por su objetivo. Entraría en Armium, y tomaría sus armas como Mayan. Y si después tenía que enfrentarse a los Uróboros, lo haría.

Así que, sin perder de vista la bestias que se arremolinaban a su alrededor vigilando cada paso que daba, subió la colina con decisión. Le sobrecogía tener a aquellas criaturas pendientes de él. ¿Cuántas habían? ¿Veinte? Por Dios, era desalentador. Y precisamente entraba en Armium para armarse y coger aliento.

El Uros de la cima, continuaba gritándole amenazante. Se oía igual al graznido de un ave mezclado con un león. Era subyugante y ensordecedor.

Pero no importaba. Ethan continuó hasta que las puertas metálicas de Armium se abrieron para él. Y cuando se internó en aquel edificio y estas se cerraron a su espalda, el silencio lo embargó y también la oscuridad. Hasta

que las luces de las paredes se prendieron, dado que no eran bombillas, sino antorchas repartidas metódicamente alrededor de la estancia circular.

En las paredes habían escaparates rectangulares no muy anchos en los que se mostraban armas de todo tipo, objetos y artefactos que nunca antes vio.

Notó que algo lo seguía. Se dio la vuelta para ver qué era y se encontró de bruces con una esfera plateada que levitaba frente a su rostro. Poseía muchos agujeros, como una pelota de golf, pero en cada hoyo había un visor acristalado.

Ethan se lo quedó mirando extrañado. La esfera lanzó un rayo rojo desde una de sus muchas pínulas sobre su ojo, y de repente se iluminó como si lo hubieran recargado.

El Siren cerró el ojo y se lo frotó. Y cuando volvió a mirar al aparato, le vino a la mente el conocimiento de lo que era aquello. Los Mayan lo llamaban Ich o canepla.

Se vinculaba con un guerrero a través del escáner de su córnea, y de alguna manera, era una cámara remota y espía que mostraría al Siren todo aquello que monitoreaba.

—Mierda... —espetó todavía frotándose el párpado—. Supongo que tú eres mi *ich*.

La canepla dio una vuelta completa como si afirmara con alegría y después se quedó flotando de manera estática sobre su hombro derecho.

—Vale —musitó mirándola de reojo—. Por ahora quédate ahí hasta que te dé nueva orden.

Ethan prosiguió su andadura por aquella armería de última generación. Y de repente, se detuvo frente a una vitrina en la que solo había un objeto cilíndrico plateado con extrañas inscripciones y símbolos. Algunos eran



parecidos a los que habían grabados en la llave de los sirens. Fue entonces cuando el cristal del escaparate se esfumó como si fuera un holograma, y aquel artefacto que parecía una empuñadura, flotó hasta él. Ethan comprendió que eran las armas quienes elegían a su portador, no al revés.

La tomó entre los dedos de la mano derecha, agarrándola fuerte después con las dos manos, y súbitamente, un haz de luz, un rayo láser salió despedido del mango. Se podía escuchar su sonido eléctrico y enérgico.

—Vaya... —solo pudo añadir eso, contemplando la hoja láser de aquella espada que le recordaba a las de las películas de *Star Wars*. Devil iba a alucinar cuando la viera. Tal vez, incluso él podría tener una—. *Ts'oon* —dijo entre dientes.

Así se llamaba aquel arma. *Ts'oon*. Y solo respondería a partir de ahora a sus huellas, a su tacto. Solo él podría coger aquella empuñadura.

No quería nada más. Se sintió completo con aquellos dos artilugios. Un ojo de halcón y una espada láser. Con sus dones ya tendría suficiente.

Pero entonces, algo se le enredó en la muñeca izquierda. Algo frío que le dio una descarga. Cuando Ethan quiso ver qué era, se dio cuenta de que se trataba de un brazalete. Era un *Talrop*, un brazalete que abría portales en Sirens como los de Merin. Sonrió. Tenía de todo.

Tomó aire para encarar la salida. Aquellos monstruos lo esperaban.

Se armó de valor, y húmedo como estaba del chapuzón en el mar, salió por donde había entrado, con todo el pelo goteando alrededor de su cara. Se quedó en la llamada de la entrada de Armium y se dio cuenta de que ya no podía dar un paso más.

Los Uróboros cubrían todos los caminos y se habían puesto en fila, como un muro infranqueable, barriendo su avance.

El Uros que seguía en la cima, alzó el vuelo de nuevo, y se dejó caer en frente del siren. La tierra tembló y el resto de bestias le hicieron sitio. Aquel era, sin lugar a dudas, el líder de la manada.

Era un ejemplar espléndido. Parecía un dinosaurio serpentiforme, con alas de pterosaurio y dragón. Lo cierto era que parecían dragones de dos patas. Eso sí, unas patas poderosas con las que se podían erguir, y adquirir la altura de un edificio de dos plantas. Simbolizaban la unidad de todas las cosas, materiales y espirituales que permanecen inmersas en un mismo ciclo de transformación. De ahí que los representarían mordiendo la cola.

Sus escamas brillaban como la de un pez negro, y tenían la textura de la piel de un cocodrilo. En la parte del cuello y parte de la larguísima cola tenían plumas oscuras como las de un cuervo. Las pezuñas de las patas eran rojas y afiladas, como roja era la cresta de su columna, que se hacía más grande en la parte media del cuerpo y disminuía en la cola. Sus dientes puntiagudos parecían sables, su rostro iba a caballo entre una serpiente y un lagarto, y sus ojos, eso sí, eran púrpuras excepto por el iris que era una línea vertical negra. No parpadeaban casi. Y tenían lengua bífida.

Ethan sabía que si abría la boca y se lo quería comer, lo haría en un segundo. Así que se quitó aquella chilaba extraña que se le pegaba a la piel y mostró su cuerpo a las bestias, para no ocultarles nada.

Sabía que un cazador no llamaba a todos los suyos para compartir la caza. Y los Uróboros los rodeaban como en una reunión.

Ethan alzó la barbilla y sin pensárselo dos veces, abrió la palma de su mano y la alzó por encima de su cabeza, en dirección al líder. No quería mostrarse agresivo. Solo conciliador.

—No vengo a molestaros —le dijo en voz baja.

Acto seguido, el Uros lanzó la cabeza hacia delante y emitió un grito ensordecedor a medio metro de Ethan. La fuerza era tal que removió su pelo en todas direcciones, incluso secó su pantalón.

Y ocurrió algo que no podía creer. Dócilmente, el dragón tocó la mano de Ethan con su morro, y una potente descarga eléctrica recorrió sus extremidades. Experimentó cómo su tatuaje se removía y como el Uróboros de su piel paseaba por su brazo a su antojo. Su leyenda se iluminó y en su muñeca, salió impreso un brazalete que era igual de correoso que su tatuaje y que reflejaba a un uróboros como el que lo había tocado, mordiéndose la cola.

Ethan cayó de rodillas, preso de una extraña simbiosis con los Uróboros, como si los sintiera en su interior y fueran una parte de él. La sensación era tan fuerte que cayó de rodillas, sobre la piedra. Y cuando lo hizo, todos los Uróboros bajaron la cabeza en señal de reverencia, arrodillándose también ante él.

Sus ojos no daban crédito, como tampoco daba crédito de las palabras que oía en su mente. Como si ellos le hablaran para certificar su vinculación. Y lo que oía continuamente era: «Bienvenido, Jinete de los Uróboros. Ahora somos uno».

El líder de las criaturas que tenía un nombre como el resto, se llamaba Nahte, que era su nombre al revés. Y se llamaba así en honor a su primer y único jinete.

—Nahte —dijo Ethan posando las dos manos sobre las inmensas fosas nasales de Nahte. Rió como un niño feliz. Emocionado e incrédulo.

«Estoy a tu disposición», sintió en su mente.

Ethan comprendió que la profecía era cierta. Él era El Regresado, el esperado y el jinete de los Uroboros. Pero también tenía que averiguar qué

debía hacer para ayudar a la pirámide de energía a que se recuperara. Y ver hasta qué punto los sirens y la tierra estaban en peligro.

Con la fuerza y la determinación de los Uroboros recorriendo su ser, se levantó y comunicó a sus bestias mentalmente que por ahora no los iba a necesitar.

Los animales se retiraron a sus hábitats. Unos debajo del mar, y otros por los aires.

Salía de allí con un rastreador, una espada y un ejército de dragones a su disposición.

Si eso no era tener poder, entonces nada lo era.

Pero antes de regresar a la metrópoli para que le dieran la bienvenida, que todos vieran sus nuevos dones y el cumplimiento de la profecía, quería hacer una parada en su travesía de vuelta.

Una parada que no quería eludir por más tiempo.

## *En el exterior*

Cora permanecía sentada en aquella cama que no era la suya. Nunca había estado en aquel lugar. Era su primera vez. Se miraba la punta de sus pies desnudos, con las uñas pintadas de blanco y meditaba sobre su situación.

Los sirens los habían dejado en Chicago, en la orilla del lago Míchigan. A ella y a Morgan. Al parecer, ellos podían abrir portales hacia ubicaciones elegidas a dedillo. El Mur la había acompañado hasta ese espacio en el que se suponía iba a estar segura y protegida. A salvo.

Se llamaba Horus. Y estaba regentado por mujeres que parecían una mezcla de hechiceras y Amazonas, todas ellas muy seductoras.

Eran femeninas y lo cierto era que la intimidaban un poco, porque tenían esa presencia poderosa de unas hembras dominantes y acostumbradas a mandar.

Pero cuando una de ellas, con dos trenzas africanas a los lados de la cabeza que mostraban su rostro venusiano, le dio la bienvenida, y le sonrió sin un ápice de desagrado y beligerancia, Cora se relajó.

Se fijó en sus andares, en su aplastante confianza manifiesta. Era mulata, o eso le parecía. Tenía la piel ligeramente oscura, los ojos marrones claros y era alta y esbelta.

Allí vestían todas de negro. Con ropas muy ajustadas que insinuaban y no mostraban.

Se llamaba Zoe y en cuanto vio a Morgan salir del ascensor que llevaba al intramundo del Horus, supo todo lo que tenía que hacer. Y no le dijo nada más, excepto mirarla y decirle que estaban encantadas de tenerla allí.

Antes de despedirse del Mur, Cora le pidió que le trajera ropa de su casa. No llevaba nada excepto lo que había en el interior de la mochila roja Supreme que le recordaba más a Ethan de lo que le hubiera gustado.

—¿Ropa de tu casa de Berlín? —le había dicho Morgan sorprendido.

—Sí. ¿No puedes? Los Mur podéis moveros por el espacio como queráis, ¿me equivoco? —insinuó en voz baja para que Zoe no la oyera.

Morgan sonrió y negó con la cabeza.

—No funciona así. Pero descuida. Recibirás ropa, si es lo que necesitas.

—Ni mucho menos es lo que necesito —señaló. Se sentía un poco frustrada y enfadada, pero no quería pagarlo con Morgan—. Estará bien lo que puedas facilitarme. Gracias, Morgan.

El Mur parecía sentir la desazón de la joven.

—Cora.

—¿Sí?

—Has tomado la decisión correcta. Y vas a hacer una gran labor.

—No he tenido otras opciones, ¿no crees? —se obligó a sonreír—. Por mucho o poco que yo pueda hacer.

—A veces puedes sentir que lo que haces es solo una gota en el basto mar. Pero sin esa gota, Cora, el mar sería menos.

Ella asumió aquellas sabias palabras e hizo un gesto de resignación.

—Supongo que si te dicen que tienes que echar una mano para que los malos no ganen, lo haces y ya está.

Morgan sonrió más abiertamente y repitió con agrado.

—Lo haces y ya está. Ese es un lema de los Mur. Si tenemos que hacer algo, lo hacemos y ya está. Me gusta. La oscuridad vence por culpa de la indiferencia de la luz. Hay que actuar, Cora. Los Thule y los Bathory han unido sus fuerzas. No sabemos a ciencia cierta lo que puede pasar pero estamos a las puertas de un punto de inflexión que puede cambiarlo todo.

—Procuraré seguir vuestro lema y sumar, como bien dices —añadió preocupada por aquellas palabras.

—Eres valiente. No dudo en que conseguirás todo lo que te propongas.

Ella no estaba tan convencida de eso. Pero pondría toda su energía en ello, porque necesitaba distraer su mente de otros focos de atención.

Cuando él se fue, Zoe se hizo cargo de ella. Todas las mujeres de aquel lugar la miraban a lo lejos y la saludaban con los ojos. Era tan extraño... Una vez llegó a su destino, por los pasillos secretos y estratégicamente escondidos de aquel local nocturno, la mulata le dio otras instrucciones.

—Recibirás la visita de Delphine —anunció la Dama de Min antes de cerrar la puerta de sus aposentos—. Ella hablará contigo. No estés nerviosa —le pidió.

Pero que le dijera eso ya la ponía nerviosa. Era inevitable. Con todo y con eso, ya nada le daba miedo. ¿Qué más le podía pasar?

—Gracias.

Y antes de que se fuera, la mulata se detuvo y añadió:

—He escuchado lo que le has dicho al Mur —musitó medio disculpándose—. Esta habitación es muy grande. Es una *suite*. Y tienes un vestidor para ti, con ropa... la que desees —señaló una puerta blanca en arco en la pared—. No está usada.

—¿Ah, no? ¿Para quién reservabais esta alcoba tan completa si puede saberse? Para una mujer seguro —oteó todo el mobiliario y cada detalle. Desde los armarios empotrados de elegantes formas curvas, hasta las cómodas, la tele blanca collada a la pared con un sistema de altavoces incrustados en el mismo pladul... Y lo que aún no había visto.

—Es para las invitadas. Tenemos muchas —aseguró—. Y nos gusta cuidarlas como se merecen.

—Entiendo. Deben de ser muy buenas. Pero yo no creo que merezca este trato.

—Te ha traído Morgan. Por supuesto que debes ser tratada con respeto. Además, no queremos que os falte de nada. Pero en fin... de todo eso ya te hablará Delphine.

—Gracias, Zoe —estaba asombrada.

—De nada —no le dio importancia.

Después de aquello, Cora se tomó un baño en el jacuzzi. Se puso las sales de baño que olía a una mezcla peculiar de fresa y menta y que creó espuma en la superficie, y después se hundió en el agua caliente.

Ni siquiera advirtió lo destemplada que estaba hasta que el ardor del agua la sacudió.



Qué locura todo... se agarró las rodillas y apoyó su barbilla en ellas. ¿Tenía que olvidarse de su casa de Alemania? ¿De sus amigas? Ahora que los velos de los otros mundos se habían abierto para ella, no podía compartir esa información. «Esto no es algo de lo que puedas conversar con los humanos», le había dicho el Mur. Pero lo cierto era que le hubiera gustado hablar de ellos con Cassandra, al menos. Cerró los ojos saturada.

Y cuando lo hizo, no pudo detener el vendaval de imágenes de Ethan que la sacudieron de arriba abajo. Eran como flashes, explosiones poderosas detrás de los ojos. No sabía cómo detenerlas. Le sucedía desde que tuvieron sexo en el avión.

¿Por qué le tenía que pasar a ella? ¿Hasta cuándo iba a durar?

Ethan de pequeño correteando por el jardín del orfanato; Ethan comiéndose un helado y compartiéndolo con Evia; Ethan jugando un partido de fútbol americano con sus amigos y tumbándolos a todos; Ethan cantando; Ethan estudiando... Ethan protegiendo a Evia; y cuidando a Nina... ¿Cómo podía conocer a esos chicos si nunca los había visto? ¿Por qué sabía quiénes eran y qué lugar ocupaban en el corazón de aquel hombre? ¿Acaso se habían pasado los pensamientos y la vida de Ethan a su mente? ¿Por qué? ¿Qué tipo de fenómeno había tenido lugar entre ellos para algo así? ¿Se habían intercambiado sus campos electromagnéticos? ¿Sus cerebros eléctricos habían conectado?

Se hundió en el agua del jacuzzi y aguantó la respiración, pensando que si se concentraba, con voluntad, la amalgama de recuerdos del Siren la dejarían en paz. Pero no fue así.

Ethan pidiendo clases especiales para todos; Ethan peleándose con Devil por Evia; Ethan besando a Evia; Ethan llorando desolado la muerte de Evia, mientras ella perecía en sus brazos. Y todos cantando esa canción entre lágrimas... Ethan cerrando su corazón para siempre para no volver a amar así ni a sufrir; Ethan reencontrando al amor de su vida en Sirens.

Ethan. Lo sabía todo de él. De repente conocía todos sus secretos. Como pasaba con las personas que eran una constante en la vida de uno y de la que conocías todos los detalles.

Ethan haciéndose mayor y bunkerizándose a las emociones y al amor.

Y ella jodida, sola y vacía.

Después del baño seguía igual de inquieta, aunque las visiones habían desaparecido. Se relajó, se puso una bata que había colgada en el aseo. Era preciosa. Negra, con grullas de colores estampadas. Y tenía etiqueta. Con un precio que no quiso volver a mirar. Zoe estaba en lo cierto. Era ropa sin estrenar. Nada se había usado.

A continuación, se estiró en la cama enorme con dosel, donde cabrían tres personas a sus anchas, cuya estructura era de armazón total negro cubierto por cortinas translúcidas. La colcha era blanca con orlas doradas al igual que los ribetes. A mano derecha el balcón exterior de estilo maltés, de roble oscuro, iba de punta a punta de la habitación, y contaba con hermosos detalles tipo árabes además de poseer un techo de la misma estructura para disfrutarlo también en días de lluvia. El paraje al que daba el balconaje era un bosque privado que Cora pensaba que pertenecía a los condominios del Horus, aunque jamás se hubiera imaginado que allí habría un espacio natural de ese calibre. Estaba en Chicago, en el centro de la ciudad, ¿podía ser que alguien tuviera un jardín personal de ese tamaño y con esa espesura?

Como fuera, se abrazó a uno de los cojines decorativos que iban a conjunto con el cobertor del lecho. Y suspiró, pensando que podría dormir y al mismo tiempo temiendo hacerlo. Durante un tiempo centró su atención en aquel techo de la habitación con cuatro escuadras, molduras de escayola artesanales y una estrella central pintada a mano y con pequeños cristales de

colores incrustados. Sin duda alguna, aquel establecimiento tenía influencias de Oriente Medio.

Al ver que no podía conciliar el sueño, se reincorporó y se quedó sentada allí, en silencio, acariciando la suave alfombra con los dedos de los pies, y pensó en cómo debía empezar a hacer uso de sus dones. Tenía las directrices claras.

Y muchos objetivos: localizar las corrientes mentales de Bathory y Sisé. Ver qué planes tenían, y ubicar el Sol Negro que se suponía adoraban. Cora no tenía ni idea de cómo era, ni de cómo funcionaba ese sol, pero por lo que le había contado María, era un artilugio muy poderoso. Cuando lo detectara, no tendría dudas acerca de su naturaleza. Era algo maligno y oscuro. Y atraía los instintos más perversos, despertaba la naturaleza del mal.

Tendría que comunicar a las Vril todo lo que ella fuera descubriendo, porque los sirens decidirían qué hacer al respecto. Y debería poner en práctica sus conocimientos para protegerse y cubrirse de sus rastreos. María le aseguró que ella era la Vril más poderosa de todas. Tendría que hacer honor a aquel título.

Aquella sería su labor. Y la cumpliría. Al menos, no todo había sido malo en su intensa aventura en el otro mundo. Su abuelo estaría ahí, le cuidarían y se aseguraría de mantenerse vivo y rodeado del mundo al que su corazón pertenecía.

Y ella... ella en cambio se responsabilizaría de sus capacidades y haría de ese mundo en el que vivía uno mejor, colaborando con los sirens, e intentando ignorar lo mucho que le dolía haber perdido su corazón.

Alguien golpeó la puerta, y lo hizo con seguridad y contundencia.

—¿Puedo entrar? —dijo una voz que le puso la piel de gallina.

Después de estremecerse, Cora carraspeó y miró al frente.

—Sí. Adelante.

La puerta maciza se abrió para dar paso a la *suite* a una mujer de melena rubia y dorada, leonada y salvaje, y ojos marrón claros enmarcados por una gruesa línea de kohl.

Menuda estampa. Menudo alarde de distinción. Menudo porte. Todo eso pensó Cora al ver entrar a aquella persona tan bella. Porque era una persona bella a más no poder. Una apariencia que si era el reflejo de su alma hablaba con excelencia de ella.

Aquel traje chaqueta negro, con unos pantalones muy ajustados, su camiseta roja con un escote de vértigo debajo y unos Jimmy Choo de tacón que la hacían altísima, hablaban de alguien acostumbrada al poder. De un ser que disfrutaba mirando desde las alturas, como un ave depredadora.

Ambas se miraron con curiosidad. La mujer no tuvo reparos en escudriñarla de arriba abajo, y Cora tampoco. Con respeto y cautela. Pero sin temor alguno.

—Hola, Cora. Soy Delphine —se presentó.

No llevaba nada en las manos. Aunque sí se fijó en un colgante con un escarabajo esmeralda que colgaba de su cuello.

—Hola, Delphine —contestó Cora con educación—. ¿Delphine? —repitió—. Joder... —¿era la Delphine de Ethan? Mierda. No quería saber nada de ella ni de lo que él hacía ahí, así que se apresuró a cortar lo que iba a decir—. Gracias por tu hospitalidad. Me han dicho que eres la dueña de este lugar.

Delphine parpadeó una sola vez y no le dio importancia a su rango.

—No me las des. No soy dueña de nada. No poseo nada, pero si tengo un lugar como este, me gusta cederlo a quien yo quiero.

—Gracias igualmente.

Delphine inclinó la cabeza a un lado. Cora pensó que tenía un control de sus emociones muy madurado.

—¿De quién te escondes? —le preguntó ella de frente.

Cora arqueó las cejas sorprendida.

—Disculpa mi atrevimiento —Delphine andó hacia ella moviendo las caderas a un ritmo hipnótico—. Mi templo es lugar seguro. Es refugio para mujeres especiales e importantes. Asediadas por Gräen.

—¿Por Gräen? No sé quién es ese.

Delphine se rió.

—No es una persona. Es una energía que corrompe. Hay luz y hay oscuridad, ¿verdad?

—Sí.

—Gräen es un nombre de la oscuridad que afecta a todas las personas. Un Sol Negro. El que no alumbr.

—El Sol Negro... —repitió Cora entendiéndolo—. ¿Quiénes sois vosotras? ¿Cómo sabéis esto?

—¿Qué más da? El mensajero no es importante —certificó guiñándole un ojo.

La energía de Delphine la ponía nerviosa. Era muy sensual.

—Hacía mucho que Morgan no venía por aquí. Debes de ser muy importante para que haya pedido nuestro asilo.

—No lo sé —dijo insegura. Delphine la observó inquisitiva—. Soy una Vril. Una telépata. Tengo la misión de seguir la señal de Lillith Bathory y Sisé...

—Ah —abrió la boca con sorpresa—. Los Bathory, las Vril, los Thule, su Sol Negro, su raza área y el control del mundo — musitó sin darle mucha importancia—. Y vas a boicotearlas.

—Eso intentaré.

—¿Y por qué?

—¿Cómo que por qué?

—¿Te lo han pedido ellos?

—¿Ellos?

—Los de la isla. Los atlantes que ahora se hacen llamar sirens —entrecerró su mirada melosa. No tenía ningún respeto hacia aquella civilización—. Los que están escondidos en la tierra hueca, permitiendo que los demás externos estemos expuestos a que nos hagan cualquier cosa hasta que se decidan a salir y actuar... —se acercó a ella y se sentó a su lado, en la cama.

Cora no se lo podía creer. ¿En serio hablaba así de ellos? ¿Los conocía? ¿Había estado en Sirens? ¿Los demás? ¿Quiénes eran los demás?

—No he estado ahí si eso es lo que te preguntas. Pero sé quiénes son. Y se están durmiendo en los laureles —alzó un dedo y cambió el tono a uno exigente—. No tienen ni idea de cómo se está espesando la energía por aquí... Gräen gana mucho más terreno del que se imaginan —suspiró y apoyó las manos hacia atrás, en la cama, inclinándose ligeramente.

—Tengo que descubrir sus planes y ubicar ese Sol Negro.

—Pues buena suerte, nena. Toda mi admiración hacia ti. Debes de ser una Vrill muy poderosa para que te den esa responsabilidad. O tal vez seas la única buena que hay en el exterior. El poder es tan corrupto... —se quedó meditando—. Bueno. Como sea. Me alegro que te hayan dejado aquí para instruirte.

Cora dio un respingo y la miró de frente.

—¿Instruirme?

—Claro. Estás en el palacio de las Damas de Min, querida. No son unas vacaciones. Te vamos a proteger y también a enseñarte a hacerte fuerte.

—¿A hacerme fuerte?

—¿Te has comido un repetidor? —preguntó con fina ironía.

A Cora le hizo gracia su descaro.

—No entiendo nada de lo que me dices.

—Tenemos que prepararte. Mírate. Tienes el síndrome de la mujer rechazada. Las Mins somos expertas en los instintos pasionales y en temas del corazón. Tenemos nuestros propios poderes, Cora. Y te hemos olido a leguas. Un hombre te ha dejado en el chasis —la tomó de la barbilla y le alzó el rostro ligeramente—. Un hombre único, adivino.

De alguna manera los ojos de Delphine sufrieron un espasmo dorado, como si les hubiera bañado una bola de fuego. Y Cora parpadeó confusa, pero no pudo retirarla.

El rostro de Delphine no pudo ocultar el gesto de sorpresa cuando percibió que Cora notaba su intrusión y se cerraba en banda.

—¿En serio? —susurró estupefacta como si hubiera leído toda su historia—. Caprichoso destino... Pensaba que era un imposible que una humana y... —dijo con los ojos oscurecidos repentinamente. Con sombras que ocultaban pasados tormentosos.

Cora retiró el rostro repentinamente y espetó:

—No está bien entrar en la cabeza de los demás.

—No he entrado en la cabeza de nadie. Solo he entrado en tu corazón para ver tu mal de amor. Soy una Dama de Min. No puedes hacer nada contra eso. No puedes luchar contra mí —parpadeó rápidamente para apartar aquel disturbio interior—. La telepatía y las emociones están en ondas diferentes.

—Podría luchar —aseguró sacando un arrojito desconocido—. Soy una Vril.

Delphine se tomó aquel desafío al pie de la letra. Entonces sonrió y posó una mano sobre el muslo desnudo de Cora, para acercarse a su rostro y decirle en voz baja:

—Bonita, si quisiera, podría revolcarte por la cama toda la noche y no harías nada para impedírmelo —sus labios se curvaron hacia arriba—. Podría hacer que me desearas hasta el dolor.

Cora sintió el calor. La sangre le hirvió, los pezones se le endurecieron y la entrepierna le palpitó. Tragó saliva y deseó besarla como nunca había besado a una mujer. Pero entonces, el embrujo desapareció como se esfumaba un ligero vendaval.

—Pero no quieres... ¿verdad? —dijo Cora aún afectada.

—No lo sé —Delphine disfrutaba de aquello—. ¿Te gustaría, Vril? Una Dama de Min es incatalogable. No podrás compararlo con nada.



La madre que la trajo. Esa mujer tenía que dejar de hacer lo que estuviera haciendo, o de lo contrario, se quitaría la bata y que fuera lo que Dios quisiera.

Delphine se apartó de golpe como si no hubiera sucedido nada y se rió.

—No. No me voy a aprovechar. Además, tienes una raíz arraigada muy profunda en el corazón como para obviarla.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Cora nerviosa, cerrándose la bata con el cinturón. Celosa de su intimidad—. A mí no me gustan las mujeres. No me atraen...

—¿Acaso has probado a alguna para tal afirmación? —preguntó divertida. Al ver que Cora se incomodaba dejó ir una carcajada—. Qué mona... Tranquila, pichón, eso ha sido el efecto de una Min... —se encogió de hombros con parsimonia—. Y ahora ya sé qué te pasa. Estás con el perfil bajo porque te han hecho mucho daño —observó compasiva—. Te sientes poca cosa porque han preferido a otra en vez de a ti. Pero, oye, ¿sabes qué? —Delphine la miró de frente—. Tú eres una bomba, Cora. Y estás en el lugar perfecto para que aprendas a ser osada con tus dones y a dejar de sentirte mal y contusionada emocionalmente. Te han traído aquí para que cuidemos de ti y para que cojas confianza.

—¿Por qué vosotras? ¿Qué sois? ¿Sois sirens?

—No, por favor... —puso los ojos en blanco—. Qué aburridos.

—¿Entonces por qué?

—Porque este lugar está lleno de mentirosos y de mentirosas. De personas con muchos secretos. Aquí llegan hombres y mujeres buscando consuelo y aquello que no tienen en sus casas. Tienen tanto que callar... y vas a aprender a leerlos a todos —se cruzó de brazos—. Eres telépata, ¿verdad?

—Sí.

—Pero hace poco que te han desbloqueado... —meditó comprensiva.

—Sí.

—Entonces, antes de ponerte a espiar mentalmente a la facción dura de los Bathory y los Thule, más vale que entrenes con todo lo que entre por nuestras puertas. Y no te será fácil. Los muros que forjan los clientes del Horus a su alrededor son altos, pues son infieles la mayoría. Y tienen muchas vergüenzas, muchos temores y muchas inseguridades. Empieza entrando en sus cabezas, empieza desgranando la mente de un infiel o de un mentiroso. Y antes de que te des cuenta, sentirás lo fuerte que te habrás hecho y estarás preparada para esa Sisé —le guiñó un ojo de nuevo, y a Cora le volvió a parecer guapísima.

—¿Por qué estás tan segura de eso? ¿Por qué crees que no puedo hacerlo ya? Llevo preparándome para ello desde que soy una niña.

Delphine la miró con condescendencia.

—No dudo que estás preparada para ello. Pero ahora mismo eres un pichón herido. Emocionalmente no estás bien. Y con esa debilidad no puedes meterte en la mente de nadie. Te pillarían en un santiamén. ¿Quieres que te cacen y te destruyan?

—No.

—Pues hazme caso. Aquí te recuperarás. Y aprenderás a usar tu poder. El de dentro y el de afuera —su tono se tornó exigente.

Se dio la vuelta para salir de la habitación pero las siguientes palabras de Cora la detuvieron en seco.

—¿Es lo que te pasa a ti? ¿Te han destruido, por eso ves esos efectos en mí? —Delphine era muy intuitiva y leía muy bien las emociones de los demás. Pero ella también podía hacerlo. Era sensible y tenía dones, no solo el de leer la mente. También tenía buenas dotes en psicología, aunque no las aplicara en ella misma. Y aquella diva, esa Dama de Min autoritaria y poderosa, estaba resentida y tenía alguna que otra cicatriz, que procuraba ocultar con su dominancia, porque eso intimidaba a la gente e impedía que nadie se le acercase demasiado.

La Min giró la cabeza y la miró por encima del elegante hombro.

—Lo intentaron. En un tiempo en el que regían otras leyes. Y casi lo consiguieron. Pero aprendí. ¿Sabes el qué?

—¿Qué?

Abrió la puerta y antes de salir de la alcoba se giró para mirar a aquella invitada que tan poco respeto le mostraba. Si supiera quién era de verdad, se tragaría la lengua antes de tratarla con aquella familiaridad. Pero al mismo tiempo, le gustaba Cora. Le gustaba que fuese así. Era refrescante. Aunque había que espabilarla. Era demasiado buena, ingenua e inofensiva para el mundo convulso al que acababa de entrar. Una mujer con su poder nunca debía quedarse tan hecha polvo por la decisión de un hombre. Las mujeres eran infinitamente más fuertes, no pedían a nadie que las quisieran.

—Aprendí que como mujer tengo una apariencia que me hace imparable, pichón de olivo. Y la uso. Ya lo creo que sí — aseveró—. Pero es mi fuerza de voluntad la que me convierte en indestructible. Y tú vas a aprenderlo también. El hombre que merece tus lágrimas, nunca te hará llorar —recitó—. Métete eso en la cabeza. Y si te ha dejado así de mal, tal vez sea porque no es el indicado... Disfruta de tu instrucción, porque empieza hoy mismo — ocultó una sonrisa ladina y cerró la puerta.

Cora se quedó mirando con fijeza el lugar por el que se había ido.

—Joder... —espetó dejándose caer de nuevo en la cama.

Delphine la había impactado más que el encuentro con María. Tal era el carisma de la dueña del Horus.

La Dama de Min no había rogado por nada en su vida. Ponía la mano en el fuego por ello. Ni siquiera para pedir que le dejaran el corazón intacto.

## 23

**D**e estar más preparado y en otro lugar, podría haber viajado por la isla de otro modo. Los sirens aprovechaban la energía del mar y la de la pirámide de poder. Para ello habían colocado cristales en las zonas más altas de los edificios para que conformaran una red conductora, un circuito de energía pura, a modo de antenas. Actuaban como condensadores eléctricos, y dotaban a toda la isla de dinamismo y de conducción. Puesto que siempre fueron una civilización más avanzada, toda su energía era ecológica y renovable, y cada uno de los vehículos que usaban para transportarse por tierra eran geomagnéticos. Aprovechaban la energía magnética de la isla para funcionar. Así tenían barcas cuyos motores se activaban con la misma energía hidráulica de la isla, y cuyo timón eran los espasmos eléctricos de la intención mental. Y tenían naves, algunas parecidas a modernas motocicletas, que se elevaban varios palmos del suelo y que igualmente aprovechaban la levitación magnética. Por eso en todas las culturas antiguas, cuando mencionaban a sus dioses creadores, tanto en pinturas rupestres como en jeroglíficos los escenificaban montando naves de ese estilo. Ethan ahora lo entendía todo.

No había hecho uso aún de los vehículos de Sirens. Pero en ese momento de clarividencia tampoco le había hecho falta. El brazalete que se había adherido a su muñeca, era el mismo que tenía su hermano Idún y su padre. Y sabía que proyectaba el cuerpo a los lugares que uno pensaba dentro de la isla. Casi como Merin. Aunque él no necesitaba ese brazalete cuántico.

Ethan no quería alargar más su confusión. Porque cuanto más tiempo pasaba ahí, peor era. Por tanto, después de su encuentro con los Uróboros y de que estos se postraran ante su persona, copió el gesto de Merin abriendo

la palma de la mano y colocándola al frente, y pensó en ese punto del mapa mental de Sirens que le llevaría hasta el llamado Árbol de los Amantes, salvado de la inundación y plantado en aquella nueva tierra.

Aquel que decían fue plantado en el continente cuando los atlantes llegaron a la Tierra para controlar la evolución humana. Lo llamaban Cercis, y era un algarrobo loco o árbol del amor.

Aseguraban que la primera pareja de su raza murió abrazada a su raíz, de ahí que su grueso tronco adoptara la forma de dos cuerpos entrelazados: un hombre y una mujer.

La pulsera emitió una luz al frente, que se transformó en décimas de segundo en un círculo dorado a través del cuál Ethan pasó.

Cuando llegó al otro lado, había dejado la Costa Uróboros muy lejos. A cientos de kilómetros atrás, para ir a parar exactamente, a aquella parte del continente. En el momento que posó los ojos en aquella amplia campiña que delimitaba con el mar, vio a Cercis en el precipicio. Aquel árbol era increíble.

Verlo con sus nuevos ojos por primera vez, le sobrecogió y pensó: «A Cora le hubiera encantado verlo». Ya ni siquiera se planteó si estaba bien o no pensar en ella. Lo único de lo que era consciente era de que no lo podía evitar. De ahí su agitación. Y por esa razón había querido visitar al Árbol de los Amantes. Porque sabía que en el interior de su base, que estaba rodeada por un pequeño lago, vivía un ser al que llamaban Azul. Y él quería ir a hablar con ella, porque esperaba que tuviera las respuestas que necesitaba.

El cielo en aquella parte de la isla era completamente estrellado con tonalidades fucsias, moradas y verdes, como si la aurora boreal más espectacular adorara posarse en aquella dehesa solitaria presidida solo por el árbol ciclamor. A Cercis se le conocía por muchos nombres y todos venían a su cabeza.

A medida que se fue acercando, tomó conciencia de lo alto que era. Llegaba a los quince metros. Su tronco, donde dormía aquella perenne pareja de atlantes abrazados, ya no poseía la madera losa y clara de su juventud, ahora la corteza se había vuelto escarpada y negra, y misteriosa.

Se detuvo para no meterse en el lago donde el reflejo de Cercis se plasmaba como una doble realidad. Allí no corría el aire, no se oía un solo zumbido, excepto el susurro de los luceros y las estrellas que lo juzgaban con antelación.

—¿Azul? —preguntó en voz alta. Esperaba que le atendiera.

De repente, las flores rosas del árbol se mecieron y sus hojas verdes, lisas, redondeadas y glabras, con tonos glaucos en el reverso, temblaron con emoción.

De las raíces del árbol afloraron diminutas luces blanquecinas y azules que levitaron hacia el lago, almas de elementales, y rodearon al tronco abrazándolo silenciosamente e iluminando todo el espacio.

—¿Azul? —preguntó de nuevo.

—Chist... —dijo una voz etérea y cadenciosa. El agua del pequeño lago se removi6, las ondas llegaron hasta los pies de Ethan, y del centro de la onda, sali6 a la superficie la cabeza de una mujer de larga melena zarca y ojos del mismo tono. Sonreía y parpadeaba con coquetería. Su cuerpo se dejó ver por completo, cubierto por un vestido de gasa blanco y brillante que parecía no mojarse—. Deja a los amantes bailar —susurró señalando las luces brillantes que se elevaban en el aire.

Ethan frunció el ceño, y tragó para humedecerse la garganta.

—¿Eres Azul?

La mujer elevó su ceja derecha.

—¿Es una pregunta con trampa? —su voz poseía un tintineo especial—. Soy Azul —se señaló el cabello—. Sí. Y tú eres... —oteó la leyenda del brazo de Ethan y se detuvo en su avance a través de las aguas—. Eres el Jinete de Uróboros —murmuró sorprendida mirándolo osadamente—. Me alegra saber que eres real y que has regresado. Tu profecía ha obsesionado a los ancianos desde hace mucho tiempo.

—Sí, soy yo.

—Y adivino que vienes de la Costa y que acabas de recibir tu leyenda.

—Sí —asintió.

—Entiendo... ¿Y por qué el jinete esperado ha decidido venir hasta mi árbol después de someter a los Uróboros, en vez de disfrutar de la bienvenida que te están preparando todos en la metrópolis? —jugó con el agua entre sus dedos, permitiendo que esta se moviera arriba y abajo de manera antinatural.

—Tengo una pregunta —contestó con seriedad.

—Tienes una pregunta —repitió distraída—. ¿Tiene que ver con la mitad de tu alma? Solo respondo a ese tipo de cuestiones.

—Quiero entender cómo funciona la vinculación entre parejas de los sirens.

Azul dio una vuelta sobre sí misma y desapareció del agua. Así. Sin más.

Ethan la buscó sorprendido por la orilla y los alrededores, pero esta apareció de nuevo detrás del tronco de los amantes.

—Acércate —le ordenó Azul.

Ethan rodeó el lago y llegó hasta las gruesas raíces del algarrobo loco y gigante, que se movían en el interior de la tierra como si fueran gusanos.

Azul se apoyó en el tronco y suspiró.



—No funciona de ninguna manera —contestó sin más—. O te enamoras hasta que duele o no te enamoras —se encogió de hombros—. O tienes a tu alma que te complementa, a esa parte que separaron de ti, o no la tienes. O tienes una leyenda dual, o no la tienes —sonrió con evidencia—. Es así de sencillo.

—¿Cómo puedes tener o no tenerla y estar bien con eso?

—Es posible enlazarte con otra alma afín y ser muy feliz, sobre todo en seres como los sirens, que tienen ese respeto y cariño hacia los suyos en el código genético. Pero afín —señaló con énfasis— no es gemela. Tener respeto, cariño y sentir atracción, no es amar apasionadamente hasta el punto en que ese amor te marca la piel como nada —sus dedos se envolvieron de llamas azuladas—. No hay nada igual a esa sensación —el reflejo de esas llamas llegaron a sus ojos y a los de Ethan—. El amor que existe entre las devis y los amaras reales, es infinito e inabarcable. Y si se encuentra, es... una locura divina —se rió y puso los ojos en blanco—. Las vinculaciones que crean las parejas reales y completas son muy intensas, muy carnales y al mismo tiempo espirituales. Hay una persona, un ser totalmente mágico para cada uno de nosotros, Jinete. Encontrarla es un regalo del Destino y de Akasha. No se le puede dar la espalda. Cuando se hace el amor con esa persona es... creación. Pura química. Celestial. ¿Lo has descubierto ya?

—¿El qué?

—El sexo entre almas gemelas. El sexo entre un siren y su pareja —arqueó las cejas—. No hay nada igual. Te quedas marcado para siempre al compartir el *élan vital*. Nuestra energía vital. Nuestro *prana*. ¿La has compartido conscientemente con alguien? ¿O acaso no eres consciente de que ya lo has hecho? — se tocó la nariz—. Creo que estás marcado por una hembra. Como los animales, ¿lo sabías? Los sirens se quedan marcados por su *aimanes*.

Ethan sacudió la cabeza para centrarse.

—Azul... Mis padres afirman no ser almas gemelas. Y también han afirmado ser felices y haber tenido una vida plena.

—Cada uno mide su felicidad según lo que ha conocido. No pueden hablar de otro tipo de amor que no han experimentado, solo del que conocen. Saben que hay algo más... porque lo han visto en los antiguos, pero ellos no han vivido ese tipo de amor. No han podido. Ni han compartido la experiencia sensorial del sexo pránico. Una lástima...

—¿Por qué no? ¿Por qué no han podido vivir ese tipo de amor?

—Verás, cuando me enviaron aquí, a este planeta, lo hicieron como un seguro de vida de los atlantes para contrarrestar la energía terrenal y sexual de los hombres y mujeres humanos, debido a su poca evolución y su alta carnalidad y visceralidad. Los atlantes descendieron para ser guardianes y vigilantes de la raza humana, pero lo hicieron con la condición de que se aseguraran que sus almas gemelas se reencarnarían en este plano con ellos, así nunca sucumbirían a la belleza y la atracción que los humanos ejercían en las demás civilizaciones. Porque alguien con su alma gemela al lado no mira a nadie más, ¿verdad? Y me pidieron a mí, una ultraterrestre, que me encargara de que esas almas gemelas fueran accesibles en ese planeta. De alguna manera, estoy en contacto con los que programan los ciclos de reencarnaciones y demás... pero esa es otra cuestión —no le dio mucha importancia—. Pero como todos los demás, los atlantes también se equivocaron al menospreciar a una raza tan nueva y joven como la humana. De un magnetismo brutal, que también tiene su propio ciclo de reencarnación. Creían que teniendo cerca a su alma gemela no sucumbirían a los placeres terrenales. Pero sucumbieron. Los atlantes se dejaron llevar por la energía de los habitantes de la Tierra, y permitieron que su deseo les dominara. Violaron el pacto y eso rompió el acuerdo de las almas gemelas. Era un sacrilegio despreciar algo así.

—Y les castigaron. Pagaron todos —musitó con tristeza—. Justos y pecadores.

—Un alma afín es maravillosa. Pero un alma gemela es inolvidable. ¿Cómo podían estar con otras mujeres y otros hombres teniendo el mayor regalo de todos? Tenían la posibilidad de complementarse y completarse hasta ese nivel con otro ser, y decidieron menospreciarlo fornicando con los humanos —su voz plasmaba la deshonra que sentía—. ¡Solo porque los deseaban! ¡Por los bajos instintos de la conquista y la lujuria! Después de que un gran número de atlantes empezaran a relacionarse sexualmente con aquellos que debían vigilar, llegó el gran diluvio. Cuando los atlantes que sobrevivieron y que no violaron el pacto decidieron quedarse en Sirens, sabían que sus mitades no iban a reencarnar todas en ese plano porque era un precio que debían pagar por su aislamiento y también por su profanación de las leyes. Muchas almas encarnarían en el exterior y ellos se quedarían sin la posibilidad de obtener sus leyendas duales, ni de amar con la desbordante intensidad y el corazón infinito con el que se ama a tu verdadera devi. Sin embargo, Sirens debía prosperar, debían crecer, tener niños y desarrollarse como la raza que son. Su vida continuaba en esta realidad. No podían esperar a sus almas gemelas. Porque no podían salir de aquí —señaló aquel cielo de fantasía—. Y no les ha ido tan mal. Han seguido adelante. No obstante, el velo se ha empezado a romper —mencionó acariciando la coraza agrietada del árbol—. Y algo me dice que tú eres el detonante.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Soy espíritu muy antiguo, Jinete. No puedes ocultarme nada. Tú y la Siren que regresó de la muerte...

—Evia.

—Sí, Evia —sonrió—, habéis convivido con los humanos y sois distintos. Milenios después, dos sirens han regresado a casa con muchas experiencias que contar de su vida en el exterior. Con muchas vivencias —se acercó a él y dio una vuelta a su alrededor, hasta que se detuvo a sus espaldas y se inclinó de puntillas para susurrarle—. Los dos con mucha confusión en el corazón.

Ethan se giró nervioso y escudriñó su rostro de ninfa.

—¿Qué sabes sobre mi corazón?

Azul cruzó sus manos a sus espaldas y dejó ir una risotada.

—Vamos, Ethan. Estás aquí por eso. Sé lo que no te atreves a aceptar. Sé lo que callas. Sé lo que te duele —pasó un dedo por su leyenda y los Uróboros se removieron inquietos—. Estás asustado y confundido. ¿Y sabes qué? Debes estarlo.

A Ethan le gustaba la franqueza. Pero precisamente en aquel instante buscaba respuestas claras y no adivinanzas.

—Ambos habéis abierto la veda. Tú y Evia, los dos, sois el inicio de algo a lo que aún no nos atrevemos a poner nombre. Pero tú tienes una gran responsabilidad. Tú lo inicias todo. Tú lo cambias todo. Y nunca antes fue tan trascendental para un Siren unirse a la verdadera devi. Porque solo ese tipo de amor forja las verdaderas leyendas, Mayan. Y la tuya es trascendental.

—¿A qué te refieres?

Azul parecía burlarse de su desconcierto.

—¿Vas a hacer que sea yo quien lo diga? Ya has visto que cuando te unes a una pareja que no es tu otra mitad la leyenda se queda desnuda en la zona del codo, donde debe estar tu misión... No puedes arriesgarte a eso. Tú no. Debes ser valiente. No concibo al Jinete de Uróboros de otro modo.

Ethan entrecerró los ojos y asumió aquellas palabras.

—¿Tienes miedo de hacer tu pregunta?

—Solo quiero cerciorarme.

—Has venido aquí para saber si lo que sientes por Evia es real. Si de

verdad estás enamorado de ella o es solo el instinto de vinculación y de conciencia que tenéis los sirens los unos entre los otros. Temes que al haber estado los dos solos en el exterior, ese nudo fuera más fuerte. Y os confundiera. Pero yo no soy quién para responderte. Solo tú sabes la respuesta. Porque tú mismo has notado la diferencia entre querer y respetar a una mujer, y desearla y necesitarla hasta el punto del dolor, ¿me equivoco? Te ha pasado con ella. Con la humana.

Ethan se tensó y apretó los puños al lado.

Todo era por culpa de Cora. Ella lo había cambiado todo. Lo había trastornado y le había volado el mundo tal y como lo conocía. Y lo que más rabia le daba era darse cuenta de que le había hecho falta muy poco para girarle la cabeza y hacerle dudar del amor que sentía por Evia. Nunca se sintió tan mal y tan inquieto por nada. Y le frustraba verificar que no podía disfrutar de su regreso a Sirens, porque sentía que le había fallado a Cora. En vez de estar feliz por reencontrar al supuesto amor de su vida, solo podía pensar en el daño que le podía haber suscitado a la hermosa y valiente Vril el haberla dejado de lado de ese modo. Y ese sentimiento iba a peor hasta hacerlo sentir miserable y vacío. La sensación acrecentaba a cada momento hasta provocarle un nudo de ansiedad.

—¿No lo notas, jinete? —le preguntó Azul posando su mano en su corazón —. Justo aquí. Aquí está la respuesta. Y es muy clara. Y lo sabes. Y lo sientes.

—No quiero equivocarme —admitió con pesar. Evia le había estado esperando. Y él a ella. Pero algo se había transformado. Algo en él, en su interior.

—Sigue a este y no lo harás. Dudando ya estás errando. Aunque, si lo necesitas, puedo mostrarte a la Vril ahora, solo para que entiendas qué sientes por ella.

—¿Cómo?

—Podrías verla. Podrías hablarle. ¿Quieres que te la muestre?

—¿En los acantilados? —preguntó lleno de curiosidad. De repente, tenía muchas ganas de verla. Sonrió imaginándose la haciendo clases con las Vrils para poner a prueba sus dones. Ella era una mujer inteligente y capaz de todo lo que se propusiera. Seguro que las había dejado boquiabiertas con sus facultades.

—¿En los acantilados? —Azul parecía extrañada—. Si tú lo dices... Te mostraré a Cora donde sea que esté. ¿Estás listo?

Azul se acuclilló en la orilla del lago y tocó la superficie con un dedo luminoso.

—Sí. Estoy listo —Ethan se acuclilló a su lado y miró el agua.

Al instante, el agua se tornó un espejo a otra realidad, y en ella vio el reflejo de Cora.

Estaba sentada en una mesa privada de lo que parecía un restaurante. Había una lámpara en medio, sobre el mantel rojo y dorado, y su copa de Moët & Chandon estaba llena. A él le sonaba aquella ambientación, medio egipcia y de tonos sinuosos, como los de un club nocturno.

Y, mierda, Cora parecía haberse vestido para matar a alguien de un infarto. Estaba guapísima, joder. Increíble. Se había pintado de un modo que acentuaba su belleza de por sí gatuna, sus ojos, su boca... tenía los labios rojos y brillantes. Y se había recogido el pelo en una coleta alta y extremada. Jugeteaba con la base de la copa y sonreía. Se le marcaban los hoyuelos al reírse. Ethan parecía verlo todo a cámara lenta. Por un instante creyó haber oído su perfume. Lo recordó porque llevaba una muestra en su bolso la noche que la besó por primera vez. *Eau des merveilles Bleue*, de Hermès. El

agua de las maravillas azules, de Hermes. Muy apropiado. Frutal y cítrico, muy fresco. Maldita sea, lo estaba oliendo en ese instante.

Acababa de descubrir que adoraba verla reír. Ethan quiso alargarse la mano como si así pudiera acariciar su rostro. Le venían a la mente imágenes de Cora cuando era pequeña, riéndose con su abuelo Arnold, correteando por su castillo de Alemania, jugando a exploradores con él; a Cora escribiendo una carta fantasiosa para su futuro amor, un amor que no conocía, pidiéndole que fuera bueno con ella... hasta que probó a unos cuantos sapos, y después llegó el gusano de Ben. Y después apareció él. Cora no estaba hecha para ese tipo de hombres... eso pensaba, hasta que se dio cuenta de que él no había sido mejor. Incluso fue desagradable en algunas ocasiones. Seguro que pensaba que era un miserable y... un momento. ¿Esa era Delphine? ¿Esa mujer que le guiñaba el ojo a Cora al pasar por su lado era su amiga Delphine, la dueña del Horus? ¿Cora estaba en el Horus?

¿Qué diantres hacía ahí? ¿Por qué? Entonces, en la visión que le mostraba Azul, vio que alguien compartía mesa con Cora. Era un hombre. Un tipo joven, de su edad. La miraba embelesado, no paraba de hablarle, y Cora lo escuchaba con interés, como si quisiera sacarle hasta el último secreto. El tipo alargó la mano y la posó sobre la mano de Cora. Y ella no la apartó. Solo continuó mirándolo.

Ethan se levantó de golpe, retiró la visión del lago y se apoyó en el árbol para recuperar la compostura.

—¿Qué me has enseñado, Azul? —quería romper algo en ese momento.

—¿A la chica que no puedes sacar de tu cabeza? Una humana. Una evolucionada, con dones. Una de la nueva generación.

—¿Es un hechizo?

—¿Tú crees? —Azul borró la imagen del agua como si tuviera una goma de borrar, y el lago recuperó su estado normal—. Es una humana —repitió sorprendida.

—Cora está aquí. No está en el Horus.

Azul se plantó delante de él, a una velocidad pasmosa.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué te sientes tan solo y abandonado? — le recriminó de golpe—. Estás en casa. Con tu supuesto amor. Con tu familia. Y te sientes incompleto y derelicto. Algo falla, ¿no crees? —Azul le alzó la barbilla y fijó su atención en sus ojos. Ahí estaban—. Púrpura. Amatista. El color más emocional del Siren —señaló—. Así tienes tus ojos ahora. Cuando amas, cuando deseas, cuando te enfadas, cuando te encelas —enumeró sin tacto—. El violeta os toma la mirada y con ella no podéis mentir. Y tu leyenda, Mayan... mírala —desvió la vista a su brazo musculoso—. Parece lava. Como si quemara en tu piel. Naranja, roja y amarilla... esos tonos delatan que estás convulso. Irritado. Enfadado. ¿De verdad crees que puedes sentirte así de afectado por algo que no te importa? ¿Por algo que no te enciende? ¿Por qué no abres los ojos y entiendes que estás así por ella?

Ethan apretó los ojos con fuerza. Quería sacudirse esas imágenes de Cora en el Horus. Aquel baboso le había tocado una mano, solo eso, y lo único que deseaba Ethan era arrancarle la cabeza, porque sabía que los ojos negros de ese tipo la desnudaban y querían llevársela a la cama. Y no lo soportaba. No quería ni imaginarse...

—Mierda —gruñó acerado. Lo único que le consolaba era saber que Cora estaba en los acantilados. Que solo había sido un juego ilusionista de Azul. Pero le había afectado más de la cuenta. Necesitaba calmarse.

—¿Qué vas a hacer al respecto, Jinete? ¿Todavía tienes dudas?



Ethan, que tenía las manos sudadas, las secó en su pecho desnudo y todavía contrariado miró a Azul. Aquella entidad sabía lo que debía hacer, mejor que él mismo.

—Debo irme —musitó todavía violento por las imágenes de Cora.

—No puedes huir de tu destino. No puedes huir de la verdad —sentenció Azul abrazando al árbol, conforme con la labor que había hecho—. Esa chica es humana. Humana —canturreó—. Vuestra vinculación va a ser apoteósica.

—¿De qué hablas?

—Tú abrirás la puerta. Lo cambiarás todo. Lo iniciarás todo. A veces, las decisiones más difíciles y las correctas son las mismas. Solo hay que tener arrojo para llevarlas a cabo. No te demores, Ethan Silanis, Jinete de los Uróboros y el Esperado —lo llamó por todos los títulos de su profecía—. Ya no tenemos todo el tiempo del universo.

Ethan dio la espalda a Azul. Se sentía nervioso, intranquilo, y celoso como nunca antes había experimentado. Era un horror aquella sensación.

Abrió la palma de la mano y la colocó ante él.

Pensó en Evia, y esperó a que el brazalete le llevara a la metrópoli, donde estaban sus padres, su hermano y Merin. Pero sobre todo Evia.

Quería verla. Quería hablarle. Porque estaba a punto de reconocer una verdad, y de tomar una decisión que aunque podría hacer daño a un corazón, tranquilizaría su alma.

***Metrópolis***

Cuando el portal se abrió e Ethan llegó a la cúpula de cristal que confirmaba el centro de la ciudad en círculos concéntricos, admiró el lugar en el que estaba y lo vio con el amor y el respeto que los sirens profesaban a la naturaleza. Ahora esos eran también sus ojos. Aquella era también su sensibilidad desarrollada. Su esencia reencontrada.

Era un jardín tropical increíble, uno que centraba el oxígeno y en el que se cuidaban plantas de todo tipo, llenas de propiedades.

Allí dentro pensó en cómo era la ciudad. Dividida en tres anillos, uno exterior, otro medio y otro interior, de formas gaudianas, piedras blancas, lisas y curvas, formas de fantasía y cristales azulados algunos con dibujos que representaban la llegada de los atlantes originales a aquel planeta Ur.

Sabía que en el círculo medio se hallaba una biblioteca con incunables de otras dimensiones, de otras culturas, de otras vidas, leyes y energías. Ahora también sabía que las cuatro facciones de los sirens, los mayan, los mysts, los sanae y los khemist convivían en la metrópoli en total armonía, combinando sus conocimientos, debatiendo sobre el futuro, meditando y creciendo juntos y evaluando el modo en que miraban al universo y a la vida. Cada uno tenía su función en aquella isla, y todos se complementaban.

Aunque no todos vivían ahí. Muchos de ellos se habían alejado de la metrópoli y vivían en urbanizaciones en las afueras, dispersados por zonas. Unos se hospedaban en el bosque de los olvidos, otros alrededor del lago de los sueños; en los acantilados de Thot, en las dunas, en la columna del dragón... y luego estaban las otras civilizaciones que aceptaron ocultarse con los sirens para seguir orando y trabajando en secreto por y para la humanidad. Eran diferentes a ellos, pero pacíficos y evolucionados. Estos vivían en la tierra del cielo, o en el interior de la llanura del uno. Y lejos de la isla habían dos tierras más. La del hielo y la del fuego.

Ethan podía cerrar los ojos y ver la isla en su totalidad. Podía comprender cómo vivían, qué comían, su agricultura, su manera de obtener energía... y

sus códigos, basados en los principios universales de Thot. Ahora que su mente se había hecho a la iniciación de los sirens era como uno más.

Aunque no lo era. Y creer que podía serlo era de necios. Era el Jinete de Uróboros, y debía decidir su destino, que estaba muy relacionado con el futuro de Sirens y el de la Tierra. Y ya no solo debía lidiar con el alto sentido de la responsabilidad que poseía. También necesitaba aclarar sus emociones. Porque era lo que más desequilibrado lo tenía. Y, o encontraba la respuesta correcta o no podría tomar buenas decisiones.

Salió de la cúpula, y dejó atrás la plaza central flanqueada por cuatro edificios maravillosos en los que cada facción estudiaba sus ciencias. La alquimia, la naturaleza y los animales, la espiritualidad y la evolución, la biogenética y la cuántica... todo se tocaba y nada era tabú.

Cruzó el puente y llegó al primer anillo. El agua entre los canales fluía con rapidez. Los peces recorrían los pasillos y se ocultaban por los caminitos ocultos en la base. Era un circuito acuoso perfectamente comunicado que recorría la metrópoli y tenía flujo continuo con el mar. Pisó el pavimento de mármol hasta que, al cruzar el segundo anillo, entró en el edificio circular que lo rodeaba y que poseía cuatro balcones de más de doscientos cincuenta metros de largo cada uno, en los que se solían celebrar eventos y festividades.

Allí en la azotea del segundo anillo, que era una terraza circular inacabable, se estaba celebrando una recepción en su honor, con todos los sirens que querían conocerle y darle la bienvenida. Los sentía. Les oía cantar. Los sirens y la música estaban íntimamente relacionados. Sus voces eran especiales y podían influir en el ánimo de quienes les escuchaban.

Pero no le apetecía formalismos ni eventos diplomáticos. No estaba de humor para poner su mejor cara en su presentación en sociedad.

Lo que quería era hablar con Evia. Solo eso.

Así que cuando subió a lo alto del edificio, antes de formar parte de aquel anillo lleno de sirens, buscó a la Myst entre la multitud.

Localizó a Merin, que parecía preocupado hablando con sus padres. Idún no estaba. Y halló a Evia, cuyo vestido violeta oscuro resaltaba entre los pasteles que allí llevaban tanto hombres como mujeres, como si fueran ángeles.

Evia alzó la mirada entre la multitud y cuando lo miró, Ethan sintió un fogonazo de dolor. De arrepentimiento. La típica sensación que uno tenía cuando le llegaba una gran revelación que negaba todo lo que creía haber sentido.

Evia caminó sigilosamente hacia él sin levantar muchas suspicacias, e Ethan le indicó que lo siguiera.

Desaparecieron los dos por la puerta que llevaba a la planta inferior. Ethan se dirigió a uno de los balcones ovalados en los que no había nadie, solo estarían ellos dos solos y unas vistas maravillosas de la isla y de la metrópolis, custodiados por un espléndido anochecer en el que se contemplaban las dos lunas y las estrellas más grandes del universo. Solo visibles desde aquella dimensión de Sirens.

Ethan miró al frente y apoyó las manos en la balaustrada de formas sinuosas y color marmóreo. Parecían tener la forma de la cola de un dragón.

—Increíble, Ethan... —susurró Evia al verlo sin camiseta, solo con los pantalones y las botas. Lo único que vestía su piel era aquella leyenda atrayente y arrobadora que se movía por su bíceps, como se movía la de ella—. Los Uróboros —musitó acercándose para contemplar mejor el tatuaje—. Eres de verdad el Jinete de Uróboros —tocó su dibujo y estos volvieron a removerse. Estaba fascinada y no podía ocultarlo—. Mi Ethan es el jinete Esperado.

Ethan torneó los ojos y observó a Evia. Quien no la amara, quien no la deseara, quien no la quisiera tener siempre cerca estaría completamente loco. Pero él había enloquecido en pocos días, y ya no sentía lo que tenía que sentir por ella. Lo sabía. Pero quería una prueba firme de que estaba en lo cierto.

—Sí, eso parece —contestó Ethan—. Me han lanzado por los aires en Costa Uróboros y ahí me he tenido que buscar la vida para encontrar mis armas —se señaló el *icht* del bolsillo y el *ts' oon* que guardaba sujeto detrás del pantalón—. Puedo levitar y volar. Puedo bucear sin ahogarme y hacerlo a mucha velocidad.

—Sí, es una locura —reconoció intentando no reírse.

—Tengo una pulsera que me lleva por toda la isla —sacudió el brazalete—, y un tatuaje como los hombres malos.

Evia sonrió y le acarició la mejilla, compartiendo la intimidad y la confianza que no cambiaría con el tiempo, pasara lo que pasase entre ellos.

—Tú no estás hecho para ser malo, Ethan.

—Ya no sé para lo que estoy hecho. Me cuesta reconocermé, Evia.

—¿Por qué no subes arriba? —le preguntó—. Todos te estamos esperando para darte la bienvenida. Enloquecerán cuando comprueben que eres el hombre del que habla la profecía.

Ethan se disculpó con la mirada y negó.

—No puedo. No puedo subir ahí sintiéndome como me siento.

—¿Qué te pasa, niño? —le hablaba como se solían hablar en la Tierra.

—Evia... —no sabía cómo decírselo. La miraba y veía a la chica que creyó amar siempre, hasta que conoció a la mujer que lo quemó—. Hay algo que no me deja estar bien.

—¿De qué se trata? —preguntó apoyando las caderas en el barandal de piedra—. Ya sabes que puedes hablarme de lo que sea. Entiendo que es un *shock* llegar aquí y darte cuenta de quién eres. A mí me pasó.

Ethan no pudo hacer otra cosa que no fuera admirar su serena belleza. Aquel pelo castaño oscuro, sus ojos azules, sus labios... era muy bonita. Y tan buena. Ahora su bondad era mucho más exponencial que antes.

—Eso también. Tengo un par de *shocks*, no solo uno, pero estoy intentando permitir que el conocimiento me entre en la cabeza sin juzgar si es una locura o no —explicó girándose hacia ella—. Aunque lo siento natural.

—Yo también lo sentí así. Eso no me dio tanto miedo. Hay cosas que me asustaron más. Cosas que me aterrorizaron —explicó crípticamente—. ¿Qué es lo que te asusta a ti, Ethan? — indagó buscando su mirada—. ¿Cuál es tu otro *shock*?

—Dicen que tú y yo somos diferentes. Que lo vamos a cambiar todo.

—Sí, eso dicen. Solo que yo esperaba a que volvieras para entender a qué se referían. Porque aún no lo tengo claro.

—Tú lo sabes. Todos lo piensan. Tus padres —adivinó sin conocerlos—. Los míos...

Evia no lo negó, pero el modo en que lo miró le dio a entender que no sería ella quien lo dijera.

—Creen que tenemos una leyenda dual. Que tú y yo nos pertenecemos como pareja —Ethan no podía avergonzarse. No podía no ser franco con la chica que más había querido en su vida—. Y que tenemos algo que hacer

juntos. ¿Y sabes qué? — alzó la mano y le retiró unos largos mechones de su rostro femenino—. En la Tierra habría matado a quien dijera lo contrario.

Evia entreabrió los labios.

—En la Tierra... ¿Y ahora? ¿Aquí en Sirens? —parpadeó expectante—. ¿Cómo te sientes aquí?

—Siento el mismo amor que sentía hacia ti en el orfanato. Y verte viva me ha devuelto la alegría y la ilusión —afirmó afectado—. Pero he comprendido nuestra naturaleza y... —se relamió los labios con nerviosismo— tengo que reconocer que no me siento como debo. En la Tierra me parecía una conexión mística muy especial. Única. Era lo que me sustentaba, lo que me daba vida, porque no había conocido otra cosa. Pero aquí, donde todo es místico, no me siento enamorado —buscó sus ojos plateados y esperó a ver algún reproche en ellos.

—Me estás diciendo, Ethan, ¿que no estás enamorado de mí? ¿Que no vas a reclamar lo que todos creen que debes reclamar? —Evia se dio la vuelta y desvió su atención al horizonte estrellado y al mar que rodeaba aquel continente—. Vas a hundir a mis padres y a los tuyos —murmuró en voz baja.

Ethan la tomó por los brazos y la acercó a él.

—Hundirles a ellos no me importa. Quiero saber cómo te dejo a ti.

Evia dejó caer los ojos con incomodidad.

—Cuando nos besamos al vernos... —dijo con la boca pequeña—, me sentí feliz de volver a verte. Porque te quiero. Y te he echado mucho de menos. Pero... para serte completamente sincera, yo tampoco siento que estemos enamorados como debe de ser.

Dios. Evia había sentido lo mismo que él entonces. ¿Tenían las mismas dudas?

—Evia, podría quedarme contigo. Podríamos querernos y amarnos como lo hacíamos en la Tierra. Y seríamos como todos los que se quedan aquí. Viven juntos, se quieren, se respetan, pero... tú y yo hemos sido terrestres. Hemos visto otras cosas. Y nuestras emociones son más...

—Estamos más vivos —confirmó ella con su mirada llena de luz—. Somos más intrépidos. Sentimos más.

—Sí. Piénsalo. Tú y yo nunca nos acostamos —le recordó.

—No. No lo hicimos. Aunque yo morí pronto —recordó Evia.

—Sí pero podríamos haberlo hecho mucho antes. Como Devil, que a los catorce ya se estaba bajando la cremallera del pantalón.

Evia forzó una sonrisa y entornó la mirada.

—Devil es un caso aparte. No todos son como él.

—Lo sé. No ha sido un buen ejemplo. Lo que quiero decir es que a pesar de tenerlo todo a favor para vincularnos más, nunca dimos el paso. Nuestro corazón sabía algo acerca de nosotros que yo hasta ahora no he comprendido.

Ella afirmó con resignación y exhaló suavemente por la boca.

—No somos pareja, Ethan. Eso es algo que yo también puedo sentir. Aunque para admitir tal cosa es porque algo ha debido sacudirte el corazón. Has tenido algo mejor. ¿Quién? ¿Es esa Vrill de la que todos hablan? ¿La humana?

Él inclinó la cabeza a un lado y la miró con atención.

—¿Hablan de ella?



—Sí. Dicen que el poder mental de esa humana no tiene igual en la tierra.

Ethan sonrió. Cora era realmente fuerte. Por dentro y por fuera.

—Sí. Es ella.

—¿Te has enamorado de una humana? —quiso asegurarse—. Hace miles de años que eso no sucede. Los sirens han estado encerrados por haber sucumbido milenios atrás al sexo con la raza humana. Y ahora sus almas gemelas apenas se reencarnan en Sirens...

—Lo sé. Sé la historia. He hablado con Azul.

—Ah —se calló de golpe—. Entonces sabrás que vas contra las normas. Una pareja humana contraviene el pacto.

—Me da igual —contestó con valentía—. Si no querían que esto pasara, que no nos hubieran abandonado en manos humanas. Se llama Cora —alzó la barbilla con orgullo—. Y creo... creo que siento cosas por ella. Muy fuertes —reconoció nervioso sacándose un peso de encima—. Cosas que no comprendo. Que...

Evia cubrió sus labios con sus dedos y negó dulcemente.

—A mí no tienes que darme explicaciones, Ethan. Cuando el amor llega, es como un huracán. Imparable. Yo crecí leyendo a Shakespeare, ¿recuerdas? Sus historias de amor imposibles — miró al cielo— me tenían loca. Y me encantan —se emocionó y tomó el rostro de su amigo. Del chico que siempre quiso como Siren y como hermano, hasta que comprendió que aquello no era amor. Solo cariño y veneración eternos.

—Evia.

—¿Qué?

—¿Qué coño voy a hacer? —dijo aterrado.

Evia parecía entretenida viendo a Ethan en ese estado. Se apoyó en sus hombros y lo abrazó. La música que cantaban los sirens en la azotea llegó hasta sus oídos, y ambos se empezaron a mecer, como si bailaran.

—Cora es una Vrill. Es una humana. Yo no sé...

—Exacto. Tú no sabes. Hasta que no lo intentes no sabrás lo que puede suceder entre vosotros. La profecía habla de ti y de lo trascendental de tus decisiones. ¿Qué crees que debes hacer?

Ethan apoyó la mejilla en la cabeza de Evia.

—Lo fácil sería decir que me quedo contigo —la miró a los ojos mientras bailaban—. Porque nos queremos. Eres una siren como yo —encogió sus anchos hombros—. Todos quieren que estemos juntos. Todos creen que debemos estarlo. Que fuimos injustamente separados... Y ahora por fin los dos estamos en casa. Pero si lo hago —negó con la cabeza— creo que tomaría la peor decisión de todas. No porque tú y yo no nos lleváramos bien. Sino, porque me perdería la oportunidad de vivir enamorado de verdad, de amar locamente, con todo, como Azul me asegura que los sirens pueden llegar a amar cuando encuentran a la mitad de su alma.

Evia le acarició la mejilla y lo admiró. Era un hombre. Había cambiado. Y su corazón también.

—Cora será una mujer muy afortunada por tenerte. Serás apasionado como un Mayan. Nunca había visto ese brillo enfermizo y entregado en tus ojos, Ethan. A mí nunca me miraste así —pensó feliz por él.

—Tengo que ir a buscarla. Tengo que hablar con ella. Necesito estar con ella —le explicó—. Es una locura —reconoció sin querer pensar más en ello—. Hace solo unos días que la conozco y...

—Pero Ethan —lo miró sorprendido—. El amor es una distensión del tiempo. Pura emoción. Por eso no necesitas mucho para enamorarte de alguien. Cuando es esa persona, los minutos parecen siglos. Y en unos segundos puedes saber lo que necesitas. Que esa persona es la adecuada y que querrá estar contigo por encima de todo lo demás.

Ethan alzó la comisura de sus labios y sus ojos plateados destilaron adoración por esa chica y un aprecio sincero.

—¿Desde cuándo eres tan sabia?

—Desde que nací. Soy mujer —sonrió.

Él rió, se inclinó y la besó en los labios con dulzura. Gesto que ella le devolvió sin ir más allá.

Cuando se separaron ambos se miraron fijamente.

—Quiero que seas feliz. Así que ve a por lo que quieres, Ethan —le recomendó—. Puede que a su lado dejes de ser un alma perdida.

—Creo que en el fondo, jamás estuve perdido. Siempre te tuve a ti. Una hermana del alma —le guiñó el ojo, besó el dorso de su mano y ella le agradeció las palabras, porque era justo así como se sentía hacia él—. Cuida de Devil en esta fiesta, por favor.

—No sé dónde está, no le he visto —contestó—. Aunque dudo que esté aburrido. Esto está lleno de mujeres bonitas.

—Pero tú eres la mejor de todas ellas. Te veo más tarde.

—Suerte, Ethan.

—La necesitaré —aseguró resoplando.

Ethan utilizó la pulsera de nuevo, y esta vez pensó en los acantilados de

Thot, donde esperaba encontrar a la rubia Cora. Y estaba histérico y con unas ganas de verla terribles. Era la ansiedad de la separación. Las almas gemelas se dolían al estar separadas una vez ya se habían encontrado. Aquel conocimiento también era nuevo.

Evia se quedó mirando cómo cruzaba el portal, y esperó a que desapareciera.

Después, sola, se abrazó a sí misma, y pensó en su vida y en su papel ahí. El viento meció su larga y espesa melena castaña y alzó el rostro para que le acariciara la piel.

Ethan no era de ella.

Era honesta con eso. Y agradecía que él fuera el más valiente de los dos para admitirlo.

Tal vez, algún día, ella sería lo suficientemente valiente para admitir esa parte de sus sentimientos que no comprendía y que la habían bloqueado durante demasiado tiempo.

Tal vez ahora era libre de poder reconocerlos. O tal vez no.

## 24

Ojalá y tuviera poderes como para provocar un incendio. Ojalá. Eso pensaba Cora en aquel instante. Y le daba tanta rabia... porque le ardía la sangre. Y quería que todo ardiera con ella. Porque aquella noche había ido de maravilla. Había sido buena.

Llevaba una semana en el Horus, conviviendo con Delphine y las Mins. Ellas le habían enseñado muchas cosas sobre sí misma, sobre la seguridad que debía mostrar como mujer poderosa que era, sobre su propio potencial y sobre cómo ejercer esa influencia ascendente en los hombres. Las Damas de Min eran expertas en ello. Cómo controlaban a los que buscaban sus servicios, cómo se los ganaban con solo una mirada o una palabra, justo la que ellos necesitaban escuchar... era increíble. A Cora no le hizo falta ser una eminencia para captar el caudal de energía que ellas irradiaban. Tenía muy claro que no eran sirens. Pero aquel potencial femenino tampoco era común ni humano. De eso estaba más que convencida.

Aquellos días de prácticas constantes con todo tipo de clientes, le habían servido para entender el funcionamiento de las mentes y para desentrañar el tipo de protecciones que erigían las personas alrededor de sus mentiras, levantando muros a veces complicados de derruir. Cómo se las creían, qué eran capaces de decir por un polvo... cuánto les podía llegar a transformar su dolor y su soledad. Cora les escuchaba y los descubría, pero nunca hacía nada con ellos. Ni siquiera se dejaba tocar. Porque no obtenía nada de ello.

No era una Min. Además, no quería. No quería porque para su más absoluta humillación, el tacto de aquel Siren aún perduraba sobre su piel. Y quería que desapareciera de ella, y tanto que sí. Pero ni las duchas de agua

ardiendo ni los perfumes aromáticos ni los masajes con esencia habían hecho que el aroma de Ethan se desdibujara de su cuerpo.

Después de haber descubierto las vergüenzas ocultas de aquel nuevo hombre que visitaba a las Mins, y una vez había comprendido lo que hacía ahí, huir de un matrimonio que lo asfixiaba y también esconderse de su propia cobardía por no acabar con aquello con honor, Cora habló con Delphine para contarle lo que había descubierto de su nuevo cliente.

La Dama de Min asintió conforme con su información. Siempre lo hacían. Cora investigaba, ahondaba en las psiques de los clientes, y Delphine contrastaba la información con lo que ella ya sabía. Y Delphine sabía de todo y mucho.

—¿Qué hay de su familia? ¿Has descubierto algo más? — preguntó Delphine caminando con ella a través de los pasillos que daban a las alcobas secretas de las Min, y a la suya propia.

—Tiene un hijo en silla de ruedas. Él paga todas las facturas y se hace cargo de todo. Su mujer está de baja por depresión y hace un año, desde que el chico quedó afectado por una meningitis, que ha olvidado por completo a su esposo. El hombre está muy deprimido. Y viene aquí a buscar el consuelo que ya no tiene.

Delphine sonrió y le dedicó una mirada castaña y confidente.

—Me enorgullece ver cómo te desenvuelves. Hoy te has metido en la cabeza de seis hombres. ¿Qué te han parecido?

—Planos. Muchos están muy mal emocionalmente. Pero con razones o sin ellas, hay un patrón que se repite en todos.

—¿A que lo adivino? —la retó sin pretender contestar.

—La mayoría quiere ser como una especie de actor porno y cree que se puede follar a todo lo que se menea. Tener sexo y convertirse en sementales, eso desean. Pensé que eso de que los hombres tenían la mente monopolizada por un único tema era solo una leyenda urbana. Pero cualquiera lo diría ahora.

Delphine se echó a reír.

—Bueno, mira qué tipo de lugares frecuentan los tipos a los que has leído. No creo que entren aquí pensando en si Dios era feminista o no. La cuestión es que hace unos días todavía no sabías cómo funcionaban tus dones. Y ahora... puedes salir y entrar en la cabeza de alguien sin esfuerzo. Así, sin despeinarte. Si hasta pareces una de nosotras.... —la aplaudió en silencio, admirando su nueva actitud.

Cora no podía negarlo, aunque no le gustaban demasiado los halagos. Desde que María la desbloqueó y nada más llegar al Horus, decidió que pondría en práctica todos sus conocimientos y que se concentraría solo en ellos. Y ahora ya se sentía preparada para dar el siguiente paso.

—Voy a contactar con María. Y quiero ver... quiero ver cómo está mi abuelo —corrigió—. Iré a la sala de meditación.

—A mí no me tienes que engañar, Cora —miró de soslayo—. Sé la verdad. Sé lo que pretendes. Pero no seré yo quien te diga lo que debes hacer con tu potencial.

—No. No deberías —miró al frente mientras avanzaban hasta llegar a la puerta de su habitación.

—Pero mientras estés aquí, me siento responsable de ti. Así que solo te pido que seas consecuente. Ahora eres más fuerte que hace una semana —le recordó—. Has madurado. No quiero que te desmorones otra vez. Haces mucha falta —posó su mano sobre su hombro y la animó con cariño.

—Gracias, Delphine. No lo haré.

—No hay de qué, Vril. Saluda a los Sirenos de mi parte — se burló de ellos y alzó la mano con un ademán burgués mientras se alejaba—. Tengo un par de asuntos que atender en Nueva York. Pórtate bien y no salgas de aquí sin que avisemos a Morgan.

—Pero, ¿Morgan tiene teléfono? —preguntó extrañada..

—No. El Mur no tiene teléfono —sentenció—. Pero acudiría a mi llamada sin dudarlo —le dedicó una última sonrisa altiva y desapareció.

Después de aquella charla, Cora se dirigió a la sala de meditación. Un cónclave de culto a Isis, rodeado de velas con olor a naranja y vainilla. Una combinación que a Cora la hacía volar cuando se ponía en posición de loto con las demás Mins que meditaban al mismo tiempo. Les gustaba permanecer en silencio y mantralizar. Ella en cambio iba ahí a desconectar totalmente. Por alguna razón no podía leer a esas chicas. Lo intentó con Delphine y le regaló una migraña a cambio. Se burló de ella todo el día.

Sin darse cuenta había pasado una semana en ese lugar. Y ahora estaba decidida a hablar con María con la seguridad de saber que nadie podría rastrearla. Porque se protegía mejor.

Así que se centró, focalizó su atención en un punto de su frente y pensó en María Orsic. Y pudo hablar con ella sin problemas.

—Cora... —la saludó la Vril—. Es fascinante la fuerza con la que te siento. ¿Dónde estás?

—En un lugar llamado Horus. Con unas mujeres muy misteriosas y sabias. Las llaman Damas de Min.

—He oído hablar de ellas —afirmó con mucha curiosidad—. ¿Y te tratan bien?



—Sí. Estoy bien —podía estar mucho mejor pero no se iba a quejar—.  
María... ¿Cómo está mi abuelo? No he dejado de pensar en él desde que  
llegué aquí.

—Arnold está bien. No te preocupes. Yo me hago cargo de él.

—Gracias, María.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? Te percibo distinta. Más... serena. Más convencida  
de lo que eres.

—Lo estoy.

—Cómo me alegra oír eso. Sabía que estabas preparada para ello. Cuídate  
en el exterior e intenta buscar el rastro de Sisé y Bathory, Cora. Necesitamos  
reducirlas. Tienen que dejar de perseguir a los sirens. Y tienen que olvidarse  
del Sol Negro. Debemos averiguar dónde está y qué hace exactamente.

—En eso estoy. Ahora que he podido acostumbrarme a mis canales  
abiertos, estoy dispuesta a contactar con ellas y a averiguar todo lo que  
pueda sobre sus siguientes movimientos y sobre ese Sol Negro. Os  
mantendré informadas... ¿María?

—Dime.

—¿Ha ido Ethan a hablar con mi abuelo en algún momento? —quiso saber  
teniendo la respuesta.

—No. No ha pisado los acantilados aún desde que te has ido. Aquí no ha  
pasado ni un día, Cora... ya sabes que el espacio y el tiempo son distintos en  
esta dimensión.

—Lo... lo sé —replicó—. Es solo que... pensaba...

—Cora...

El modo en que lo dijo, compadeciéndose, no le gustó. Nadie debía sentir lástima por ella. No lo iba a aceptar.

—No. No pasa nada —dijo conforme—. Yo estoy bien. No os preocupéis por mí. En cuanto tome contacto con los Bathory os avisaré. Supongo que tendréis directrices para los que están en el exterior, ¿no?

—En cuanto sepamos lo que hay que hacer, te avisaremos. Esperamos noticias tuyas. Suerte, Cora.

—Gracias. Dile a mi abuelo que lo quiero. Que lo añoro.

—Por supuesto. Está aquí a mi lado. Dice que él también te quiere a ti. Más que a nada en el mundo.

—Sí —asintió sabiendo que era verdad—. Más que a nada en el mundo. Voy a cortar la comunicación —y la cortaba porque le hería no estar en Sirens con ellos.

—Está bien. Adiós.

—Adiós.

Y después de aquella conversación, vino lo peor. Cometió el error.

Tenía la huella mental de Ethan en su cabeza, el rastro de sus recuerdos, y solo tenía que seguirlo para contactar con él y ver lo que él veía en ese mismo momento.

Podía hacerlo. Y sabía, por alguna extraña razón sin explicación, que con él sería más fácil vincularse. Así que mantuvo los ojos cerrados, y en la misma posición de loto, trató de alcanzar la conciencia de Ethan, poniendo la intención y el corazón, sabiendo que solo en un segundo traspasaría las dimensiones.

Y lo sintió. Fue una caricia. Una caricia en la mente y en el alma. Como una bienvenida a casa.

A Cora se le humedecieron los ojos y dio gracias por tenerlos cerrados, aunque las lágrimas se le escaparon por las comisuras y mojaron sus mejillas. ¿Por qué se sentía tan conectada a alguien que había desconectado de ella sin miramientos? Era masoca. Seguro. O no... Odiaba sentirse tan abandonada. Y al mismo tiempo sentía que esa ausencia, esa sensación de pérdida también debió sentirla Ethan cuando ella abandonó Sirens junto a Morgan y se esfumó de aquel reino. Deseaba que él la hubiera echado de menos. Porque ella moría cada noche pensando en él. La zozobra y el padecimiento de su alma no desaparecían. Una semana le parecía un mes. Y lo peor era que ya no soñaba con él. Y nada le dolía más. Se sentía como una muñeca inservible a la que habían tirado a la basura.

Se enamoró de su sueño. Y después cayó rendida al hombre. Cuarenta y ocho horas con él y una aventura entre mundos era lo que le habían hecho falta para verificar que creía en las almas gemelas. Y que, aunque pareciera de locos, Ethan era la suya.

Cora sorbió por la nariz, deseando encontrar una imagen de Ethan, un gesto, una acción, algo que le diera esperanza. Que no la dejara hueca y vacua como un fantasma. Tenía una misión por cumplir pero, sin corazón, ¿con qué pasión llevaría a cabo su papel?

Por eso necesitaba aquello. O una alegría o la mayor bofetada de todas. Posiblemente no sabría cómo gestionarlo si llegaba la segunda opción. Pero, al menos, tenía que intentarlo.

Así que buscó el rastro, las huellas de Ethan en su mente, y cuando las detectó, como si fueran cordeles, se agarró a ellas. El cordel se iluminó y viajó en el abismo de su mente a la velocidad de la luz, aunque nunca dejó de sujetar la pita de oro a la que se agarraba. Acto seguido, el resplandor se fue, y en su lugar se vio en un balcón.

Ethan estaba allí. El cielo nocturno tenía dos lunas y las estrellas eran enormes. Le iba el corazón calmo y relajado, como si estuviera en paz. Entonces, a través de sus ojos, Cora la vio.

Ethan miraba a Evia, eso era lo que recibía su mente.

La maldita Evia... era como una aparición con ese vestido violeta, su pelo precioso y aquel abalorio brillante en medio del entrecejo. La envidiaba. La admiraba. Y también la odiaba un poco.

Cora prestó atención a la escena y tragó saliva. En aquella sala de meditación en la que estaba, nadie sabría en qué parte de su mundo interior se encontraba.

Nadie menos ella. Y prefirió no haber estado ahí nunca.

—El amor es una distensión del tiempo —aseguraba Evia bailando con él—. Pura emoción. Por eso no necesitas mucho para enamorarte de alguien. Cuando es esa persona, los minutos parecen siglos. Y en unos segundos puedes saber lo que necesitas. Que esa persona es la adecuada y que querrá estar contigo por encima de todo lo demás. Solo eso. Esa es la máxima que necesitarás saber.

—¿Desde cuándo eres tan sabia?

—Desde que nací. Soy mujer.

Él rió, se inclinó y la besó en los labios con dulzura.

Fue como un cuchillazo en el pecho. Cora salió de ahí abriendo los ojos abruptamente, y tan desorientada al verse en la sala de meditación, que perdió el equilibrio y se quedó a cuatro patas en el tatami.

Las dos Mins que meditaban mirando la figura de Isis la regañaron por ser ruidosa.

Pero Cora se levantó del suelo como un vendaval y corrió a su habitación, con la sensación de ahogo en el pecho y ganas de vomitar.

Le dolía. Le quemaba. Era un ardor que hacía que le saltaran las lágrimas. Se sentó en la cama y se sujetó la cabeza.

—Basta, por favor —se meció adelante y hacia atrás—. ¿Cuándo va a dejar de doler? —se repetía—. Sácatelo de la cabeza, Cora. ¡Sácatelo! —se golpeaba la crisma.

¿Cuándo se detendría esa agonía? ¿Cuándo sanaría esa aflicción? Cómo odiaba a Ethan... cómo lo amaba. Adoraba ser bipolar. Menuda mierda.

Se levantó de la cama y empezó a caminar alrededor de la habitación como una auténtica histérica. Tenía que salir de ahí... tenía que escapar. Centrar su cabeza en otra cosa que no fuera Ethan y Evia siendo felices. Almas reencontradas. Besándose.

Ella tocaba esos labios que Cora consideraba que le pertenecían, y se ponía enferma.

Celos. Se reía de los celos, y señalaba a esas personas que se veían afectadas por ellos. Porque Cora jamás había tenido celos. Nunca se creyó celosa. Pero Ethan la superaba...

De los tres, la única alma perdida era ella. Menuda ironía. Los Lostsoul juntos. Y ella extraviada y sola en el Horus.

No. No iba a caer en ese hoyo. Era oscuro. Terrible. Penoso. No podía seguir pensando en él y en que había elegido a Evia, la no muerta.

Y aunque no tenía el valor suficiente como para autolesionarse, necesitaba dejar de sentir dolor. Por eso tomó la decisión que tomó.

Nunca había hecho locuras ni salvajadas. Siempre fue una mujer responsable y seria. Pero todas las etapas se acababan... Se quemaban, decían.

Bien. Ella iba a quemar una bien rápido. Porque o focalizaba en algo así, o se haría daño en esa habitación. Porque el rechazo de un Siren provocaba dolor físico. Y nadie le había hablado de eso. Por eso tomó la decisión de salir del Horus e ir a por su objetivo más claro.

Quería sentir que su cuerpo le pertenecía y que lo sentía, que era suyo. Y solo la adrenalina y la determinación se lo devolverían.

Salió al exterior con la excusa de que necesitaba tomar el aire. Y era cierto. De repente se ahogaba en el Horus. Afuera era de noche, aunque desconocía la hora exacta. Pero le traía sin cuidado. ¿Acaso había una hora para romperse el corsé?

Se puso una de las chupas del vestidor que habían comprado para ella incluso sin haberla visto nunca. Se cubrió con ella, y se cambió los zapatos de tacón por unas botas. Con el vestido negro y corto con media manga como el de las Mins ya que Delphine quería que siguiera los protocolos, enseñando unos bonitos muslos torneados, y las botas oscuras, su cola alta y tensa y su mirada ahumada, empezó a caminar por la calle con el ímpetu y el fuego de quien camina con el diablo y las llamas del infierno. Con el desdén de quién se siente menos y despechado y la atribulación de una mujer herida. Caminó deseando hundir el suelo o, como mínimo, dejar huella.

Solo pensó en hacerse valer, en ser lo importante que decían que era y en quedar por encima por una vez en su vida. Tomar sus decisiones sin que otros intervinieran y actuar como quería. Equivocarse si le daba la gana. Y olvidar. «Que alguien me arranque la cabeza para dejar de pensar, como han hecho con mi corazón», pensó.

Bien. Dio un sorbo a la botella de whisky que había robado del Horus sin que las Mins de la barra se dieran cuenta y prosiguió con su camino.

Le había dicho a Zoe que llegaría en nada, que solo quería salir a la calle un rato. No se lo habían prohibido, solo le pidieron que avisara a Morgan, pero no requería su ayuda para hacer lo que iba a hacer, así que pensó que podía sola. Y si no podía, pues por una vez en su vida iba a romper las normas.

Porque necesitaba aquello, aquellos minutos de libertad en los que su vida fuera suya, con todo su dolor y todo lo que apestaba emocionalmente en aquel instante.

Por ese motivo, fue al lugar donde empezó todo. Y se fue sola.

Porque al lobo había que matarlo en su propia madriguera.

## ***Sirens***

### ***Acantilados de Thot***

Ethan llegó al punto de La llegada, donde la nave de las Vrill permanecía clavada en la Tierra fértil, producto del impacto al caer en aquella realidad.

La miró con interés hasta comprobar que en el metal exterior se reflejaban unas luces, justo detrás de él.

Eran pequeños fuegos flotantes que iluminaban a un grupo de personas. Supuso que allí estaban Arnold y esa tal María, porque su pulsera cuántica lo dejaba justo ante la persona que él pensaba, o el lugar al que requería ir.

Allí, la noche también era igual de impresionante, aunque más salvaje. Los acantilados daban al mar, eran altos, y se oía a la perfección el sonido de las olas morir contra las orillas y las rocas.

Se acercó al grupo de personas reunidas alrededor de un fuego mayor que nacía y moría en el interior de un cuenco de cristal enorme, al parecer estaban preparándose para algo. En Sirens nunca quemaban nada. Todo estaba hecho de cuántica, naturaleza y materiales controlados, de esos que después no podían provocar devastaciones de ningún tipo.

Cuando ubicó a Arnold lo vio sentado al lado de una hermosa mujer de unos cuarenta y tantos años, de piel pálida, largo pelo rubio y ojos azules. Llevaba un jersey blanco y holgado que le cubría las manos. María Orsic sin duda. A su lado estaban las otras tres tripulantes del vehículo que construyeron, cubiertas con unos mantos de lana. Allí refrescaba. Llegaron cinco. Pero una de ellas les traicionó. Y era Sisé. La que quería complicar la vida de los sirens desde el exterior junto a Lillith Bathory.

Arnold se levantó en cuanto lo vio llegar, y se dirigió hacia él, que se quedó al margen de aquel círculo de hermandad repleta de humanos. Humanos que conocía, humanos de todas partes y que habían formado parte de la historia de la humanidad. Muertos o desaparecidos en circunstancias extrañas. Y allí residían ahora. Nunca murieron. Nunca desaparecieron. Solo tomaron un atajo a un mundo mejor.

El hombre se abrigó con el manto gris que lo recubría y le lanzó una mirada azul llena de decepción.

—Arnold, hola —lo saludó con un perfil que nunca mostró ante él.

Él lo estudió de arriba abajo. Miró su leyenda, sus pies desnudos, el pantalón negro y holgado en los muslos aunque estrechos en los tobillos que llevaba, y su peinado de guaperas salvaje y canalla. Aunque era un Siren no podía mostrarle el respeto que se le suponía.

Ethan era el motivo de las lágrimas de su nieta. No iba a perdonárselo.



—¿Qué quieres? —le recriminó—. Ya nos han dicho que el Jinete de Uróboros ha cumplido la profecía. Iba a ir a la cena de bienvenida, todo el mundo Sirens ha sido invitado —comentó ácidamente— pero no quería faltarte al respeto tan pronto. Así que he preferido quedarme aquí, en sosiego y calma.

—Arnold...

—¿Qué haces aquí y por qué no estás celebrándolo con Evia?

Ethan miró a un lado, incómodo por el disgusto en los ojos del arqueólogo. Se pasó los dedos por el pelo y se arrepintió por cada paso en falso dado con él. Miró por encima del hombro del abuelo de Cora para ver si la veía, pero no la localizaba.

—Arnold, sé que no hemos empezado con buen pie.

—No. Desde luego.

—No voy a pedirte que me perdones. Creí que tomaba la mejor decisión y...

Arnold alzó la mano para acallarlo.

—No es a mí a quien debes pedir perdón. Cada uno es como es y acarrea con sus imperfecciones. No voy a juzgarte. Tú tomas tus decisiones. Todos las tomamos, algunos con más acierto que otros.

—Lo asumo. Pero estoy aquí porque quiero ver a Cora.

El rostro de Arnold mostró su sorpresa.

—¿A mi Cora?

—Sí. Creo que ella y yo tenemos que hablar... tenemos asuntos pendientes.

—¿Asuntos pendientes? —frunció el ceño.

—Quiero pedirte permiso para estar con ella. La quiero a ella. Y me gustaría poder verla para decírselo en persona. Yo... — dijo atribulado—, estaba muy confundido.

Arnold dio un paso atrás y esta vez no se esforzó en reflejar su perplejidad.

—¿Y ahora no estás confundido?

—No —contestó muy decidido—. Sé que soy un Siren y acepto lo que ha deparado el destino para mí. Pero no voy a vincularme con una Siren que quiero pero no amo. He encontrado a mi alma gemela, Arnold. Y es humana. Y he sido un necio por no advertirlo —en sus últimas palabras mostró su autocrítica.

Él se cruzó de brazos.

—¿Y si es un capricho? —le insinuó—. ¿Si no es de verdad?

—Tú sabes cómo somos —sonrió altivo—. Los sirens que encuentran a su devi, son inseparables. Lo sienten. Se nos graba en la piel —mostró su leyenda—. Me duele el jodido antebrazo desde que estuve con ella por primera vez. ¿Por qué crees que es?

—La trataste como un capricho antes. ¿Cómo puedo confiar en ti? ¿Cómo puedo asegurarme de que no le harás daño otra vez? Si ella es tu devi y tu su amara, ¿imaginas cómo se tiene que sentir después de que la dejaras de lado?

Ethan odiaba pensar en ello, porque le hacía sentirse como una mierda, y percibía parte de esa agonía como suya. Pero ahora que sabía que era Cora la otra parte de su alma, también sentía esa desesperación por estar con ella. La iba a recompensar. La iba a resarcir por todo.

—Estoy aquí para arreglarlo. Dime dónde está.

María y las Vrils se levantaron y se acercaron a ellos con interés. Porque intuían que hablaban de Cora. Y aunque no pronunciaron ni una palabra, se quedaron cerca para escucharlos.

—Cora no está aquí —contestó Arnold.

Ethan permaneció mudo. Sabía que no se lo pondrían fácil.

—¿Me puedes decir dónde está, por favor? Iré a buscarla inmediatamente.

Arnold negó con la cabeza y suavizó su juicio sobre él.

—Se fue esta mañana. No soportaba estar aquí, donde no la querían —le recordó zahiriente.

Ethan abrió los brazos exigiendo saber más.

—Bien. Pues dime dónde. Conozco esta isla al dedillo, aunque no haya nacido aquí.

—No está en esta isla —contestó María dando un paso adelante.

—¿Qué has dicho?

—Cora no está aquí —repitió enfadada con él—. Está en la Tierra, en el exterior, donde más se la necesita. Sus dones son más útiles afuera. Es la Vrill más poderosa, y va a obtener información sobre Sisé, Lillith y el sol oscuro. Va a ayudarnos a desarticularlos.

—¿Que está dónde? —no se lo podía creer. Pensar en ella sola en el mundo exterior lo ponía nervioso y al borde de un colapso—. No me jodas... —gruñó—. ¿La habéis dejado ir? ¿Con los Érdelys, la Bathory y la Vrill siguiéndonos el rastro? ¿En qué coño estabais pensando?

—Yo no pienso en ningún coño —replicó María cortándolo en el acto—. Esa manera de hablar vuestra es muy desagradable. Cora es una Vrill —le

dejó claro—. No es una princesita que no pueda moverse de su castillito hasta que el hombre no la rescate. Hará lo que deba como deba, ¿entiendes? Además, está protegida. Te recuerdo que los Mur están a su alrededor. No van a permitir que le ocurra nada.

Ethan inspiró profundamente. Estaba muy irritado.

—¿Dónde?

—Los Mur la dejaron en el Horus. Un local que creo —lo miró de reojo— conoces muy bien.

—¿Estás de broma? —replicó—. ¿Es que acaso queréis que no me reconcilie con ella nunca? —se exasperó.

—Somos esclavos de nuestros actos y de nuestras palabras, Ethan Silanis —le advirtió María ocultando una sonrisa—. Cora es una de las nuestras. Así que si ella te da la oportunidad de explicarte, procura portarte bien con ella de ahora en adelante. Cuídala. Lleva soñando contigo desde hace doce años. Cada maldita noche.

Ethan no parpadeó. Se quedó frío. ¿Había oído bien?

—Sí. Debías saberlo —continuó Orsic—. Como ves, ella siempre ha tenido claro que os pertenecíais. Y tú, un Siren, un ser más evolucionado, no has sido capaz de aceptarlo. Has estado a punto de negarla.

—Quiero redimirme —se apresuró a decir. ¿Cora había estado soñando con él desde hacía tanto tiempo? ¿Por qué no le dijo nada? Y en todo caso, ¿qué habría cambiado? Entonces él estaba ciego.

—Hace una semana de la tierra que está ahí —entrelazó el brazo con el de Arnold que la miraba con preocupación.

—¡Una semana! —No entendía nada. Cora llevaba una semana afuera. Sin él. En el Horus... ¿En el Horus? ¿Por qué allí? Y peor aún, ¿la visión de Azul era real? Le hirvió la sangre y sus ojos adquirieron un tono púrpura mortal.

—Lo dejamos todo en tus manos. Solo tienes una oportunidad con ella. No suele darlas —dijo Arnold—. No le gusta que la gente le falle.

—Gracias —susurró Ethan sintiéndose como un trapo—. Me tengo que ir ahora.

Se dio la vuelta, para huir de ahí corriendo y abrir un portal directo hasta el exterior, con su pulsera. Pero se detuvo al ver a Merin ante él, con un bastón de haya blanca en su mano derecha, y una túnica larga de color naranja.

El anciano lo miró con sus ojos de color niebla e hizo negaciones de lado a lado.

—Dejadnos solos —pidió el anciano.

Las Vrill y Arnold no dudaron en obedecer la orden del atlante. Nadie debía. Todos le respetaban, pues él era sinónimo de sabiduría y poder.

Ethan observó su brazalete con extrañeza y después esperó una respuesta de Merin.

—¿Por qué no funciona?

—Porque este brazalete solo funciona para viajar a través de Sirens —contestó el sabio—. En la Tierra no tiene poder. No puedes abrir ningún portal con él. Solo yo puedo hacerlo.

—Pues necesito irme.

—¿Qué piensas hacer? ¿Cuál ha sido tu decisión?

Ethan necesitaba salir de ahí con urgencia y ver qué demonios pasaba con

Cora.

—Algo me dice que ya lo sabes.

Merin no iba a llevarle la contraria. Lo sabía. Pero antes debía advertir a Ethan sobre los peligros de enlazarse a una humana.

—No puedes irte de aquí sin entender lo que tus decisiones pueden provocar. Eres el Esperado, Ethan. Todo lo que hagas a partir de ahora, contará. Se escribirá en la piedra del destino. Incluso puede que cambie las leyendas venideras.

Ethan tragó saliva y aceptó el reto.

—Me dijiste que el corazón está perdiendo poder —contestó—. Y me explicaste que este mantiene en equilibrio Sirens pero también la Tierra. Los humanos del exterior, aquellos que acogisteis en vuestro seno, os traicionaron —le recordó— y permitisteis que nos llevaran a Evia y a mí, porque tú y los Oráculos, o el Consejo de Ancianos, o quienes fueran, contabais con que regresaríamos. Y aun así, nos dejasteis solos con los humanos para hacernos fuertes. ¿Y sabes qué, Merin? Nos hicimos fuertes a su lado. Ellos son ahora mi familia. Les he aprendido a querer. Y me he enamorado de una de ellos, que casualmente es una Vril. Entiendo que esperabais un enlace con otra Siren, con Evia, porque así estaba estipulado. Pero mi corazón no funciona de ese modo. Voy a ir a por Cora, y voy a ayudarla y a protegerla de las Bathory y la sociedad Thule que siempre ha ido detrás de nosotros. No voy a permitir que se juegue el pellejo por nosotros sin decirle que la quiero. ¿Puedes comprenderlo?

Merin abrió los brazos y estuvo de acuerdo en todo.

—No te juzgo, Ethan. Yo sabía que el Esperado no podía actuar como todos esperaban de él. Por algo tú cambias las cosas, por algo eres el punto de inflexión. Pero déjame decirte cómo las cambias. Si te unes a una humana,

sea Vril o no, estás abriendo la posibilidad de leyendas duales para todos, incluso entre civilizaciones. Abrirás la veda.

—Creo que va siendo hora de que asomemos la nariz al exterior. Os castigaron por intervenir hace milenios. Pero creo que la indiferencia que mostráis ocultándoos en esta isla, es una penitencia mucho mayor. Tal vez todos deberían tener la posibilidad de encontrar a su verdadera alma gemela. Pero nunca la descubrirán si no se atreven a salir de aquí.

—Tú vas a dar el primer paso, Ethan. Abres Sirens para siempre. Si te vinculas con Cora, debes comprender que es humana, que puede que ella no tolere el intercambio de energía pránica contigo. Azul te habrá hablado de ello.

—¿Ahora hablamos de sexo? —repuso incómodo.

—No. Hablamos de que no eres un siren cualquiera. Estás marcado por los Uróboros. Tú y tu devi tendréis acceso a Sirens cuando queráis y desde donde queráis, sin necesidad de usar ninguna llave. Porque esto —tomó su muñeca y mostró el Uróboros que le rodeaba la piel y que se movía según lo tocaban— es una llave universal. Y si Cora logra sobrevivir a la leyenda, ella también podrá hacerlo. Salir y entrar contigo o sola, cuando ella quiera. Estamos dando las llaves de nuestro mundo a tu devi. ¿Podemos confiar en ella?

Ethan se asustó y abrió y cerró la boca contrariado.

—¿Por qué no iba a sobrevivir Cora a la leyenda?

Merin no quiso contestarle.

—Te repito la pregunta: ¿podemos confiar en ella?

—No lo sé, Merin —dijo cansado—. Mis mejores amigos son humanos. ¿Te responde eso a algo? Tal vez la pregunta sea: ¿te atreves tú a confiar de

nuevo en la humanidad? —aquello dejó al sabio en silencio—. Cora es leal y fiel. Íntegra. Jamás traicionaría a nadie —aseguró enfadado. Y más al haberla visto en su mente, compartiendo recuerdos de cuando era pequeña—. Responderé por ella si hace falta.

—Entonces, haz lo que debas. De ahora en adelante las decisiones de tu vida son tuyas. Lo único que puedo hacer yo es apoyarte y estar aquí cuando me necesites. Estaré aquí para cada uno de los que estarán por llegar. No lo dudes.

—¿A qué te refieres?

—El futuro es nuevo, Mayan —Merin posó su mano sobre su hombro desnudo. Y de repente, la ropa de cuando llegó lo cubrió por entero. Sus botas, los pantalones que llevaba, la camiseta de ON2B—. Pero solo es incierto para aquellos que temen a seguir sus sueños y los dictados de su corazón. Ese no es tu caso.

—Entonces, ¿me das tu bendición? —quería el sí del atlante.

Merin sonrió y las arrugas asomaron a sus ojos.

—¿Qué clase de sabio sería si le niego a un valiente la oportunidad de atreverse a vivir el futuro que ni siquiera los Oráculos esperaban? Es también mi oportunidad para aprender y entender cuántas cosas se han podido hacer mal aquí desde nuestro encierro.

—Quiero pedirte un último favor antes de irme.

—¿De qué se trata?

—Quiero a Devil conmigo. ¿Podrías traérmelo para salir a la Tierra juntos?

Fue entonces cuando Merin se negó a su petición.



—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque Devil se fue este mediodía, instantes después de que recibieras tu leyenda. Cuando te dejamos en la Costa Uróboros. Me pidió que no te dijera nada. Le acompañé al punto de acogida y le hicimos aparecer en el lago Míchigan, en Chicago.

Aquello dejó mudo a Ethan. ¿Que el cretino de su mejor amigo se había ido sin decirle nada? ¿Estaba loco?

—¿Cómo has permitido que se fuera sin decirme nada?

—Porque no retenemos en Sirens a los que no quieren quedarse —contestó con absoluta normalidad—. Cada uno decide su destino, Ethan.

Ethan y Merin se miraron a los ojos desafiándose. El Mayan estaba más que en desacuerdo con aquello. Si Devil se convertía en un objetivo de la Bathory, no se lo perdonaría nunca. No podía estar desprotegido. Acababa de echarlo a los lobos.

—Dos de las personas más importantes de mi vida están en el mundo exterior con una diana en el culo por nuestra culpa. Por culpa de descubrir el mundo Sirens —las venas del cuello se le marcaron, cabreado como estaba—. Sé que aquí me he vinculado con mi familia. Y siento que ya les quiero —dejó claro—. Pero ellos también lo son. Si les ha sucedido algo mientras yo he estado aquí de iniciación en iniciación, volveré a rendir cuentas, y puede que no debáis temer tanto a los que vengan de afuera, como a los que ya están dentro —sentenció sin tener en cuenta que perdía el respeto al gran atlante.

—Espero entonces a que vuelvas, jinete. Aquí estaré esperándote. Todos te esperaremos. Tal vez entonces recibirás la bienvenida de tu familia que hoy has ignorado —mencionó con calma, sujetándose a su bastón de haya

blanca, más alto que él—. Y en cuanto a tu segunda advertencia: hace milenios que sabemos que las peores traiciones nunca vienen de un enemigo. Solo esperamos estar preparados para lo que venga.

—No quiero bienvenidas —dijo desafiante.

—Como quieras. Usa tu brazalete de Uróboros. Actúa igual que el metálico que llevas en la otra muñeca —observó cambiando de tema—. Visualiza dónde quieres llegar, y en pocos segundos aparecerás en ese lugar.

Merin se apartó para ver cómo Ethan le dirigía una última mirada facciosa y con su intuición, abría un agujero luminoso en frente que no tardó en cruzar.

—Suerte, Mayan —le deseó.

Ethan le devolvió el gesto antes de desaparecer.

Merin se quedó solo, en el llano de La llegada, bajo la atenta y lejana mirada de todos los que se habían reunido en círculo alrededor del fuego. Arnold y María en particular, no ocultaban su curiosidad hacia aquella repentina visita. Les hubiera gustado saber de qué iba. Pero las Vrill no podían escuchar los pensamientos del atlante. Ni tampoco de Ethan.

Merin adoptó una actitud de serenidad.

Se giraban las tornas, pensó. Se dio la vuelta y decidió caminar un rato a solas, siguiendo el río que lo llevaría a la metrópoli.

Suerte iban a necesitar todos. Los cambios llegarían de manera fulminante.

Y en su mano estaba rebajar la tensión. Tal vez debiera hacer una visita a los Oráculos. Ellos mejor que nadie podrían hablarle de los pros y los contras de cada decisión tomada.

Y él había tomado muchas en ese día.

## 25

**L**e dejaron entrar en la Madriguera a pesar de cargar con la botella de whisky. Y no fue una decisión voluntaria de los de seguridad.

Ella les impelió a hacerlo. No había pensado en la cantidad de ventajas que obtendría de sus nuevos dones. Si fuera mala y villana doblaría a los demás a su voluntad.

Pero no lo era. Si hubiera sido un poco más mala, más segura de sí misma, más valiente, tal vez habría tenido una posibilidad con Ethan. O tal vez no, y en realidad su historia de amor estaba destinada a no tener futuro. Solo era fruto de la imaginación de una chica que siempre quiso a alguien que la eligiera por encima de los demás. Alguien que apostara por ella.

Allí todos la miraban con interés. Hombres y mujeres que bailaban al ritmo de *Champion* de *Fall Out Boy* dejaban caer sus ojos sobre ella. Atraídos por aquella cola alta y rubia, su presencia y sus andares resolutos. Pero a Cora le traían sin cuidado. Estaba ahí para exorcizar sus demonios, y para actuar. Porque todo respondía a su plan.

Dio un nuevo sorbo al whisky. Se subió a uno de los dos podiums que habían en aquel pub nocturno y musical.

Intentó no pensar en la noche que ella fue a la búsqueda de Ethan y que tan lejana le parecía. Entre ese día y el de aquel momento actual había entre medio besos, sexo, sueños y confidencias, una aventura, un mundo paralelo y un corazón roto. Era como haber pasado de ser una mujer a otra, creciendo con cada experiencia.

Cuando se subió a la tarima, buscó al DJ con la mirada y como este la miraba como todos, no le fue difícil hablar con él mentalmente y exigirle que subiera la música.

Él lo hizo. Cora sonrió y pidió la atención de todos mentalmente. La rabia y el desafío le dio la decisión que le hacía falta, y el coraje líquido que tenía en mano le otorgó la inconsciencia y la valentía para dar su siguiente paso.

«Quiero que me habléis y me contéis vuestros problemas por aquí», se señaló la sien.

Y allí todos lo hicieron.

Cora era una Vrila, tenía sus dones telepáticos totalmente desarrollados, el whisky había borrado cualquier reparo, y la sensación de no tener nada que perder la volvió una kamikaze. Bebió lo suficiente para calentarse la sangre, pero no para emborracharse. Necesitaba sus aptitudes mentales para subir el siguiente escalón.

Cora empezó a bailar al ritmo de la música, meciéndose de un lado al otro como una serpiente que escuchara el pungi de un indio y encantara a todos los demás que posaran sus ojos en ella, y se puso de espaldas a ellos moviendo las caderas lentamente, seductoramente.

Alzó los brazos por encima de su cabeza, con la botella en mano, y permitió que todas aquellas voces entraran en su cabeza. No prestó atención a ninguna en particular. Solo dejó que estuvieran ahí, llenando la habitación de su mente de un eco brutal. Ignoró cualquier comentario sobre si se la querían follar de cualquier manera, solo quería que esas doscientas voces intentaran cohabitar en su mente. Porque necesitaba todo el ruido posible.

Iba a aislarse y a seguir la huella de Sisé sin que ella se diera cuenta. Las voces, la música alta y el alcohol la aturdirían y la confundirían en caso de que la Vrila traidora la detectara. Por eso había montado todo aquello. Tenía

que usar estrategias para evitarla y sortearla mientras obtenía la información que necesitaba.

Mientras seguía moviéndose al ritmo de la música y al *"if I can live through this, i can do anything"*.

Si sobrevivía al dolor del Siren, haría cualquier cosa, de eso estaba segura.

Conectar con la esencia de Sisé era como tirar del hilo de una bola de lana negra. Así que Cora la siguió y jaló de ella.

Sisé se iba a volver loca en cuanto oyera todo el concierto en su cabeza. Por su parte, Cora bailaba para relajarse y mantener a su cerebro activo, mientras la otra parte entraba en contacto con Sisé para robarle datos.

Y de repente la vio. Notó la sorpresa de Sisé al ver que alguien la estaba leyendo. Pero no pudo hacer nada para que Cora extrajera ideas y un montón de datos que hasta ahora estaban guardados bajo llave.

Como por ejemplo el lugar en el que se encontraba. Estaban en Chicago. En alguna oficina cercana al Hancock. Y por tanto tampoco muy lejos de la Madriguera.

También vio una sala parecida a la de un castillo. Había un símbolo grabado en el suelo. Y gente a su alrededor orando... Y después en otro lugar una réplica de ese mismo dibujo, pero mecánico, como si fuera un reloj con turbinas, engranajes y otras piezas que se abrían y cerraban... Pero estaba en el hielo. ¿Dónde? Le venía a la cabeza la Antártida. La Antártida... repetía la mente de Cora, además de absorber un montón de ideas que después analizaría.

Y justo en el momento en que notó que Sisé se agitaba y que intentaba luchar contra aquella invasión para localizar al ocupante de sus condominios, Cora se imaginó erigiendo un montón de muros a su alrededor, para que no pudiera seguirla, y dejarla encerrada hasta que ella se fuera de ahí.

Sintió la ira y la confusión de Sisé, su grito colérico al no poder dejar de oír esas voces y esos pensamientos de todos los que se reunían en la Madriguera. Y al quedarse en aquella cárcel improvisada.

Cuando Cora salió de aquella invasión, continuaba moviéndose, pero más lentamente. La música había cambiado. Ahora sonaba *Runnin* de Beyoncé, aunque lo hacía igual de alto.

Cora se desvinculó de todos los que atestaban la sala. Ellos dejaron de hablarle y prestarle atención como si nunca hubieran caído presas de su influjo. La chica bajó los brazos, y se quedó con la botella en una mano, casi entera, excepto por los sorbos que le había dado, que no habían sido muchos, pero sí suficientes para crear ese efecto aturrido que había barrido a Sisé, dejándola indefensa ante su ataque. Necesitaba agentes externos e internos para distraer a una Vril tan poderosa, y le alegraba saber que sus tretas habían funcionado.

Tomó aire por la nariz, y expiró lentamente. Tenía información para Sirens, solo debía ponerla en orden. Al menos, de eso sí podía sentirse orgullosa. Aunque el dolor no se hubiera desvanecido. Estar enamorada era una mierda y más cuando no era correspondida.

Dejó la botella en el suelo, sin mucho ánimo, y se dio la vuelta para admirar el modo en que bailaban todos, ajenos a lo que acababa de pasar.

Parecían felices. Como si en el mundo no hubiera nada más. Solo alcohol, música y posturo.

—Eh, rubia —le dijo un chico muy alto que había subido al podium solo para hablar con ella.

Cora no quiso meterse en su cabeza. Al menos, le respetaría. Porque no le apetecía, porque solo quería olvidarse un rato de todo.

—¿Bailas conmigo? —le preguntó.

No era feo. Era medianamente atractivo, y no olía mal. Y le gustaba cómo sonreía. Tímido y pícaro a la vez.

—Pues sí —dijo Cora enviando su timidez y su pena a tomar viento. Se agarró a sus hombros y permitió que ese desconocido se arrimara a ella para bailar pegados.

—Eres muy guapa —le dijo.

—Y tú muy alto —contestó.

El chico le olió la garganta y se pegó más a ella.

—Hueles muy bien.

Y entonces a Cora se le erizó la nuca. No por notar su nariz sobre la piel, sino por percibir que alguien la miraba a pocos metros de donde se encontraba. La miraba de tal modo que le estaba dejando marca.

Cora se dio la vuelta y miró hacia atrás. Y aunque allí habían cien cabezas, solo vio un par de ojos lilas y muy claros, que la dejaron sin respiración. Salvajes y animales. Tan mágicos que no podía apartar la mirada.

Los únicos ojos que tenían la capacidad de hacerla volar o de hundirla en la mierda.

Ethan estaba a punto de cortocircuitar. Increíble no. Lo siguiente.

El portal que había abierto desde Sirens lo había llevado hasta el Horus. Nada de lago Míchigan ni medianías. Lo dejó justo en el punto que el Jinete de los Uróboros quería. Con una autoridad aplastante y sin dificultades, se plantó en el local de Delphine, que él había frecuentado para su satisfacción



personal. El mismo lugar donde decían que estaba Cora. Pero cuando preguntó a las chicas del Inframundo, así llamaba él a la parte oculta del Horus que estaba bajo tierra, le aseguraron que Cora no estaba. Que había salido un momento a tomar el aire.

Salió al exterior de nuevo hecho una furia. Eran la una de la madrugada. Agarró el péndulo que le dio Arnold, pensó en ella, agudizó el oído y fijó sus ojos en el cielo nocturno de Chicago, en el que no brillaban las estrellas como en Sirens porque estaba encapotado de espesas nubes.

Los dones que le habían otorgado los Uróboros eran muchos. Y apenas los estaba descubriendo. Pero uno de ellos era justamente la visión panorámica y lejana. Se abría un ojo en su mente y podía encontrar a esa persona que buscaba mediante el tacto de su objeto personal. Además, era su devi, tenían un vínculo, un imán. La visión de lo Uróboros le mostró la Madriguera, e Ethan fue raudo en busca de esa mujer que no entendía cómo había salido del Horus cuando iban tras sus pasos. ¿Y si Sisé la detectaba? ¿Y si la encontraban?

Cuando entró en la Madriguera, solo tuvo que inhalar el aroma de Cora para seguirlo a través de los perfumes de los demás.

Y entonces vio el movimiento de esa cola rubia que lo había tenido un tanto obsesionado desde que la vio. Y la encontró en el podium, vestida esta vez sí, casi como una Min. Tan guapa como la vio en la visión de Azul, y eso no sería problema si no fuera porque había un tío tocándola y manoseándola fingiendo que bailaba con ella, mientras levantaba el pulgar y se jactaba de ello con sus amigos.

Una botella de whisky de Eden Mill reposaba a sus pies. Y estaban a punto de tirarla.

Ethan se sintió muy extraño. Raro. Desconocido en su propio cuerpo. Como si una furia ciega lo arrasara por dentro, le estrujara el corazón y le

encendiera las venas.

¿Quién demonios era ese desgraciado? ¿Cómo se atrevía a tocar a Cora?

Y entonces comprendió lo que estaba experimentando. Nunca antes lo había sentido.

Ni con Evia. Eran celos.

Celos. Estaba celoso. Celoso de la hostia.

Se le dilataron los orificios de la nariz, y se dirigió hacia ellos apretando los puños.

Ignoró la sorpresa de Cora y el miedo que pudiera ver en sus increíbles ojos.

Dio un salto por encima de la multitud y cayó de pie en el podio en el que tenía lugar ese espectáculo.

—¿Ethan? —dijo Cora en un susurro.

Él no contestó. La miró un segundo y después apartó a ese hombre de ella, cogiéndolo del hombro y tirándolo por los aires unos diez metros como un monigote. Chocó contra la pared contraria.

El siren quería seguir con él, pero oyó el grito de Cora.

—¡¿Pero qué haces, animal?! —exclamó.

Cuando Ethan se dio la vuelta para encararla, se encontró con un botellazo en la cabeza. Cora acababa de estamparle el whisky contra el cráneo. Ni corta ni perezosa, con gesto huraño y desafiante.

Pero a él ni le importaba ni le dolía.

—¿Qué haces aquí? —sus ojos lilas eran una fina línea de ira en su apuesto y mojado rostro. Su pelo negro se había humedecido con el alcohol. Y sus dientes asomaban apretados entre sus labios.

—¿Yo? ¿Qué haces tú aquí? —le recriminó ella mirando por encima de su hombro y buscando a su acompañante—. ¿Y tu novia Evia? ¿Por qué no está contigo? ¿Has venido solito?

—¿Has bebido? Vámonos de aquí —le agarró de la muñeca y tiró de ella para que bajara de la tarima en la que daban el espectáculo—. Vamos al Horus.

—¡Suéltame! —se liberó de él como una gata y fijó sus ojos en los de él. Lo inmovilizó con la mirada y se metió en su cabeza sin esfuerzo, obligándole a que no moviera un pelo.

—¿Qué coño haces? —espetó Ethan sorprendido por el descaro de Cora con sus poderes. Se había hecho muy fuerte. No sabía que podía controlar la mente y la voluntad de los demás.

Y de repente: ¡plas! Ella le dio un rodillazo en la entrepierna y saltó del podio para acto seguido arrancar a correr y huir de aquel lugar.

Ethan se arrodilló en el suelo y se agarró sus partes. Tenía las venas del cuello hinchadas y estaba rojo como un tomate, pero no pensaba dejarla ir.

Cora corría por el callejón como un alma perseguida por el diablo. Y en cierta manera así era. No sabía por qué había pegado a Ethan. Bueno, sí lo sabía.

No quería que la volviese loca. No quería que él estuviera ahí pensando en Evia. No quería que le diera ilusiones para después pisotearlas cuando

considerase que era a Evia de nuevo a quien quería. Y ella no era ningún pasatiempo ni ningún capricho. Hacía nada la estaba besando en aquel balcón de los enamorados... y de repente estaba ahí. Era de locos.

Estaba lloviendo y se empapaba, pero ni por asomo se iba a detener. Quería llegar al Horus, encerrarse y que Ethan no volviera a dar con ella. Vamos, necesitaba atrincherarse como un soldado alto de recibir disparos.

Daba gracias por haberse puesto las botas. Al menos así podía correr mejor. Giró la calle que daba al mercado Francés, y continuó su escapada mirando hacia atrás.

Y justo cuando volvía su atención al frente se chocó con un pecho duro, de piedra, que la hizo rebotar. Aunque unas manos amables le impidieron caer al suelo.

No daba crédito. Era Ethan. ¿Cuándo la había adelantado?

—¿Qué quieres? —espetó ella deseando que se fuera—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás en Sirens?

—¿Me has reventado una botella de whisky en la cabeza?

—Te he preguntado que qué haces aquí —intentó luchar para que la soltara, pero Ethan no se lo permitía.

—¿Me has dado un rodillazo en los huevos, Cora?

Ella apretó los labios con fuerza y lo miró con todo el dolor que sentía.

—¿Por qué has vuelto? ¿Por qué no te has quedado en tu mundo? ¡¿Es que me quieres volver loca?! —se zafó rápidamente—. ¡Que me sueltes! —y le dio una bofetada.

Ethan esta vez no permitió un golpe más. Así que tomó sus mejillas con una mano y caminó con ella contra la pared de ladrillo rojo de la calle. El humo salía de las alcantarillas y el agua caía con fuerza sobre ellos.

—No se te ocurra pegarme otra vez o te la devuelvo. Me da igual que seas una chica. Pegas como un hombre.

—Y más que te haría. Tengo ganas de arrancarte esos ojos lilas que tienes —le dijo entre dientes, cada vez más furiosa—. ¿Sabe Evia que horas antes de encontrarte con ella te habías acostado conmigo? ¿Sabe que...?

—¡Cora, maldita sea! —le gritó tapándole la boca—. Estoy aquí porque es aquí donde estás tú —las gotas de agua resbalaban por sus rostros y a él le pegaban el pelo a la cara y se le mezclaban con el carísimo whisky que había reventado en su cabeza—. Siento no haberme dado cuenta antes. Siento no haberte... ¡Ay, joder! —gritó apartando la mano muy cabreado—. ¡Me has mordido!

—¿No te has dado cuenta de qué?! ¿De que te gusto? ¿De que tenemos algo especial? ¡¿De qué?!

—Me has mordido... —repitió incrédulo. Cora le había dado una paliza así como quien no quiere la cosa. Si fuera otra persona ya le habría arrancado la cabeza. Pero ella... Joder, tenía ganas de reír. Era una fiera. Y le ponía duro. Le gustaba que fuera así. Que no se rindiera. Estaba tan guapa que le dolía verla.

—¿Te hace gracia? ¡Suéltame! ¡Estás ciego! ¡Eres como la Bella Durmiente! ¡¿Y ahora que has despertado de tu letargo, Aurora, vienes a...?!

—¿Soñabas conmigo todas las noches desde hacía años? — Eso detuvo toda la retahíla de Cora. Ethan se aplastó contra ella, pegándola a la pared—. Dímelo —buscó su mirada.

—¿Quién te lo ha dicho? —se quedó descolocada.

—¿Acaso importa? Dímelo, Cora. ¿Por qué crees que soñabas conmigo? —  
alzó la mano y dejó caer su péndulo entre los dedos—. Mira. Te he  
encontrado como tú me encontraste a mí. ¿Te suena? —¿Las personas eran  
comestibles? Porque él quería comérsela entera.

—Eso es mío. Se lo di a...

—Sí. A tu abuelo. Y me lo ha dado a mí. Le he pedido perdón y permiso a  
tu abuelo.

—¿Permiso?

—Permiso para que me deje reclamarte.

—¿Te has desequilibrado?

Ethan rió y negó con la cabeza.

—No. ¿Vas a ser gallina, niña rubia? —la retó—. ¿Por qué soñabas  
conmigo?

—No lo sé —se encogió de hombros—. ¿Lo sabes tú? —lo provocó—.  
También sueño a veces con Jason Momoa y no está aquí persiguiéndome.  
Una pena —se encogió de hombros.

Ethan sonrió y deslizó la mano que iba desde su mandíbula hasta su  
garganta.

—Dímelo, devi... no seas mala —le susurró uniendo su frente a la de ella.  
Guardó su péndulo en su bolsillo.

A Cora se le cortó la respiración. ¿Devi? ¿Qué le había llamado? ¿Por qué  
se le había puesto el alma en guardia?

—¿Yo soy mala? —negó escépticamente—. ¿Yo? No voy a regalarte los  
oídos —contestó. Oh, era reconfortante estar tan enojada. Y, al mismo

tiempo, la cercanía de Ethan despertaba emociones intensas en ella. Y era como si encendiera todo su cuerpo como un interruptor.

—Bien —concedió Ethan hundiendo su nariz en su garganta—. Me encargaré de ganarme tu perdón. A mí no me importa reconocer que me he dado cuenta de que Evia no me hace sentir como tú. He debido estar muy ciego al no ver que mi mitad estaba viva y a mi lado, pero en la Tierra —deslizó sus manos por su cintura y sus caderas y de repente, la cogió en brazos con un movimiento poderoso.

—¿Qué? Espera... —arrugó la frente—. Te he visto besándola —le echó en cara en voz baja. Los ojos se le llenaron de lágrimas, y se odió a sí misma por quererlo y por estar enamorada de él a pesar de todo. Pero antes muerta que decírselo. No era así de fácil. Eso no funcionaba así—. Bájame ahora mismo. ¿Ahora resulta que no la quieres? He visto a Evia. Y es... es perfecta.

Fue entonces cuando Ethan advirtió el daño que le había hecho. Y quiso degollarse a sí mismo por haber estado tan ciego. Ella tenía razón.

—Siento haberte hecho daño, Cora.

—No, no. Espera. Por favor, bájame —dijo asustada. No quería ceder. No quería derrumbarse. No quería caer de nuevo y morir de amor por un hombre que no jugaba ni en su liga ni en su mundo—. Por favor...

—No, nena. Ya no te suelto más —negó él. La miró como si fuera lo más bonito del mundo y después se centró en su boca—. ¿Cora?

—¿Qué, por Dios...? —dijo desesperada—. No me hagas esto. Otra vez no —pidió aterrorizada—. Tú no sientes lo mismo que yo y...

Ethan la acalló dejando caer su boca sobre la de ella. Y no le dejó ni hacer ni decir nada más. A continuación se impulsó con los talones y empezó a levitar hacia el cielo.

—Tú no sabes lo que siento por ti. Déjame que te lo enseñe... —dijo contra su boca.

Cora se agarró a su cuello con fuerza.

«¿Qué es esto? ¿Vuela? ¿Ethan puede volar?». Tuvo la necesidad de comprobar si llevaba capa. Pero no. Solo vestía con sus pantalones, sus botas y su cara.

—¿Qué te ha pasado? —susurró anonadada.

—Tú lo has dicho —Ethan mordió su labio inferior—. He despertado.

Pero no pudo cortar el beso. Sus labios se unieron sobre los rascacielos de la ciudad del viento. Y mientras la lluvia les golpeaba, el Siren tenía muy claro dónde debía ir.

Voló en dirección al Horus. Porque tenía a una mina de mujer entre los brazos. Y quería amarla como se merecía.

Se dejaron caer por la parte interna del Horus, donde había su jardín privado y todas las habitaciones de las Mins.

A él no le hacía falta saber cuál era la de Cora. La sentía. Estaban conectados y sabía donde dormía porque olía a ella. Y así, sin dejarse de besar, descendieron hasta el balcón árabe por el que entrarían a su habitación.

Ethan tocó con los pies en el suelo de madera de la balconada y entró con Cora en brazos, como en una noche de bodas.

—¿Por qué vuelas? —preguntó Cora de golpe, cortando el beso.



—Puedo hacer muchas cosas que antes no hacía. He evolucionado —le explicó dejándola suavemente en el suelo hasta que pudo aguantar el equilibrio ella sola.

Cora lo miró de arriba abajo y se estremeció nerviosa.

—No sé si es buena idea esto —dijo respirando agitadamente.

—Tengo que decirle a Delphine que implante más seguridad en el Horus —contestó mirando alrededor.

—Sé que os conocéis ella y tú —le dejó claro Cora—. Y me da igual lo que hicieras aquí antes de conocerme. Sé que venías a este lugar. Lo que no tolero es lo que has hecho cuando tú y yo ya hemos compartido cosas.

—A Evia la quiero. Eso no lo puedo cambiar —le explicó acercándose a ella de nuevo—. Me crié con ella. Crecí con ella. Los sirens tenemos vínculos entre nosotros. Vínculos especiales de cariño y hermandad. Pensé que lo que sentía por ella era amor. Pero erré.

Cora alzó la barbilla intentando huir de él. Dios, estaba aterrada. Cada vez que habían hecho el amor, quedaba devastada emocionalmente. Y no quería volver a pasar por lo mismo. No quería volver a sentir que algo que tenía entre las manos al final se le acababa escapando entre los dedos.

Ethan se sacó el jersey negro y quedó desnudo de cintura para arriba.

Cora abrió los ojos admirada por aquel alarde de belleza y virilidad. ¿Y ese tatuaje del brazo? ¿Se estaba moviendo?

—Joder... —murmuró nerviosa—. Se mueven —señaló sus Uróboros—. Esos bichos se mueven...¿Te has tatuado?

Los ojos lilas de Ethan resplandecieron. La seguía con la mirada como si fuera un cazador.

—Yo no me he tatuado. Esta es mi leyenda —contestó—. Todos los sirens tenemos una. Hay mucho que debería contarte... pero la mejor manera de que entiendas hasta qué punto cambié es aceptándome de nuevo. Conectándonos otra vez.

—La última vez que pasó eso me acusaste de manipularte.

Cora no podía abarcar tanto cuerpo esbelto y definido con sus ojos. Los abdominales que lucía parecían maquillados. Pero eran naturales. Y aquel tatuaje le parecía tan sexy... quería besarlo.

—Lo sé. Y lo siento. Pero ahora ya entiendo por qué nos pasó. Y nos volverá a pasar. Pasará siempre que hagamos el amor. Déjame que te lo muestre.

—¿Y si me niego?

—¿Tienes miedo, Cora? —Ethan sabía lo que le pasaba. Por eso conocía su punto débil, cómo espolearla y motivarla para que fuera valiente.

—Te dije que tengo tolerancia cero al dolor.

—No. Te han rechazado muchas veces. Cuando eras pequeña. Siempre elegían a otros antes que a ti, porque tenían miedo de ti. Y ese gilipollas de Ben se fue con otra, porque tenía envidia de tus capacidades. Estás cansada de que te dejen de lado. Pero ¿adivina qué? Yo no lo haré. Porque no me da miedo tu poder. Lo admiro. Y me encanta. Tú me tienes encantado —dio dos pasos a una velocidad inhumana y la tomó del rostro con ambas manos—. Me encantas, devi. ¿Lo entiendes o te lo demuestro a besos?

Cora entreabrió los labios, estupefacta por la intensidad de Ethan y por notar de nuevo aquella energía eléctrica que se arremolinaba a su alrededor cuando estaban juntos. Ella la percibía. Era sensible a sus efectos. Era de locos.

—Sueño contigo desde que soy mujer. Cuando te vi en mis sueños, Ethan —dijo con voz temblorosa—, supe que iba a estar enamorada de ti toda mi vida. Y tienes que estar preparado para aceptarlo. Es así de absurdo y ridículo —confesó hecha un flan—. Y estaba en lo cierto. Porque estoy enamorada de ti de una manera irracional y que no tiene sentido. De una manera que me aterra porque no le encuentro explicación. Y si después te vas con Evia otra vez...

—No —le aseguró Ethan mirándola con una mezcla de ternura y pasión que la desarmó—. Uno no puede huir de la mitad de su alma dos veces. Y yo no lo haré. Solo déjame que te lo demuestre.

Acto seguido la besó con todo el ardor y la necesidad que lo invadían.

Cora no opuso resistencia. Se sentía vencida desde que lo vio en la Madriguera, pero había decidido que no quería caer sin luchar. Aunque ahora alzara la bandera blanca.

Ella se colgó de sus hombros y se pegó a él para devolverle el beso.

Y en ese momento se sintieron removidos por una fuerza externa que alimentaba su necesidad de tocarse.

Ethan se apartó un momento solo para comprobar si ella estaba sintiendo lo mismo. Cora lo miraba con los ojos celestes entrecerrados, ahumados como una pantera.

Él suspiró y sonrió feliz.

—Joder, estaría loco si vuelvo a huir de ti.

Cuando la volvió a besar, Cora experimentó la energía sobrenatural que subyacía entre sus pieles, y que hablaba de almas atraídas la una a la otra a lo largo del tiempo.

Sus lenguas se unieron. Bailaron juntas. Y a Cora no le importó ser o no ser salvaje con él. Nunca había querido nada tanto como hacer el amor en ese momento con Ethan. Su necesidad le dolía. En el corazón, y detrás del ombligo.

Las manos de ambos salieron disparadas hacia todos lados. La cola de Cora dando bandazos de un lado al otro, el pelo húmedo, largo, liso y negro de Ethan se le enredaba entre los dedos.

Se convirtieron en animales hambrientos el uno del otro. Para entonces, querían exprimirse y sentir aquella vinculación que nunca jamás experimentaron y que se intuía apoteósica y mágica.

Ethan le quitó la chaqueta y sin demasiados miramientos le bajó el vestido por los hombros, y liberó sus pechos blancos, suaves y desnudos. Su areola rosa y pequeña lo atrajo como la miel a la abeja. La izó por las axilas y se llevó sus senos a la boca. Cora lo rodeó con las piernas y abrazó su cabeza contra ella.

La espalda de Cora impactó contra la pared en la que había la tele empotrada, y sin querer tiraron una lámpara pequeña de mesa. Al carajo, todo. No se iban a poner a recoger nada.

Cora gimió y se mordió el labio inferior cuando aquella boca deseada empezó a tratarla con la mezcla de delicadeza y fuerza que la volvió loca.

Estaba sensible, pero es que su lengua y sus dientes eran como accionadores. Y los sentía hasta en la entrepierna.

—Cora... —él alzó la mirada y la miró como si necesitara ayuda o su permiso para seguir adelante—. No sé lo que va a pasar. No sé...

Ella respiraba alterada. Dejó caer sus largas pestañas, agarró los mechones de su pelo y lo atrajo de nuevo a su boca para decirle:

—Descubrámoslo —cuando volvió a besarlo sintió el momento exacto en que a él le voló la cabeza.

Estaban descontrolados y con una ausencia de inhibición que en otro momento los habría detenido. Pero había algo a su alrededor y en el interior de sus cuerpos que no les dejaba detenerse. Es más, les compelia a entregarse por completo.

La apoyó sobre la cómoda, y la sentó allí para arrancarle las medias y acabar de quitarle las botas y el vestido. La dejó desnuda por completo y tuvo que apartarse un instante para admirarla.

Le gustaba tanto lo que veía que el lila de sus ojos todavía se aclaró más hasta casi destilar luz. Cora alargó las manos y le cogió la cara para acercarlo a ella.

—Esos ojos... —musitó pasando los pulgares por sus masculinas mejillas—. Esos ojos me hacen perder el Norte —succionó su labio superior y pasó la lengua por el inferior—. Si te vieras ahora —aseguró con un tono de incredulidad—. Con tu pelo salvaje y húmedo, tu cuerpo de guerrero —pasó sus manos por su pecho—, tu olor a whisky, tu leyenda en movimiento e iluminándose como si fuera fosforescente —admitió admirada—. Sales de las fantasías de cualquier mujer. Te creí un sueño, pero eres real —él la besó y encajó sus labios de modo que su contacto se hiciera más íntimo.

Ethan pasó las manos por sus muslos desnudos y los abrió para hacerse hueco entre ellos.

Ethan volvía a estar como ido, y a Cora, lejos de intimidarla, la estaba contagiando con aquellas ganas, con la pasión que ponía en cada toque y en cada caricia, y con el hambre de cada beso.

Entonces volvió a torturar sus pechos, y después se deslizó poco a poco hasta el suelo, poniéndose de rodillas frente a ella.

Cora lo miró expectante. Ethan le enmarcó el pubis liso con sus manos y después le dirigió una expresión sedienta y emocionada.

—Aquí estoy —le dijo pasando su mejilla por el interior de su muslo—. De pie ante los hombres, y de rodillas ante mi Diosa —abrió la boca y succionó dejándole una marca—. Creo que lo que siento por ti, lo siento desde que te vi, aunque mi confusión lo hubiera negado. Ahora estoy convencido que lo que tú y yo tenemos no tiene nada de terrenal. Y puede que sea más del infierno que del cielo —la mordió entre las piernas suavemente y disfrutó del grito ahogado de Cora—, porque este fuego eléctrico que me arrasa, me quema hasta el pensamiento.

Entonces le abrió los labios externos de la vagina con los pulgares y asintió con tono gutural.

—Mía.

Posó su boca húmeda entre sus labios interiores y la saboreó con la lengua, por todos los rincones y recovecos. Torturando su clítoris y disfrutando de cada uno de sus espasmos.

Cora no se lo podía creer. Eso no lo había hecho nunca con su ex. Él nunca dijo de hacérselo.

Y de repente Ethan estaba ahí, probándola, comiéndosela y haciéndola enloquecer.

Él estiró las manos hasta cubrir sus pechos, y no dejó de azotarla con su lengua, y de hacer succión hasta que la tuvo completamente hinchada y a su merced.

—No te imaginas lo bien que sabes, devi —dijo encendido volviendo a lamerla.

Ella tironeó de su pelo y abrió más las piernas. Era indecoroso. Pero de repente, lo indecoroso era maravilloso.

—Oh, Ethan... No pares...

Ethan metió su lengua en su interior, haciendo un movimiento de penetración que la mantuvo en un limbo hasta que de repente el espasmo le nació entre las piernas, y le fue de arriba abajo hasta estallarle dentro, en el útero, y ascender hasta el punto detrás del ombligo.

Cora todavía temblaba cuando Ethan se levantó y se colocó entre sus piernas. Pero ella reaccionó rápido y le bajo la cremallera del pantalón y los calzoncillos. Acto seguido lo empujó para dar un saltito y bajarse de la cómoda. A continuación, lo besó mientras lo llevaba a la cama, y le hizo caer sobre el colchón.

Saborearse a sí misma en los labios de ese hombre fue un *shock*. Y deseó probarlo a él.

—Cora... —susurró—. Me está pasando algo —dijo con los ojos llenos de luz.

—Chist —ella le tapó la boca con la suya, dejando que su larga cola rubia cayera hacia un lado. Le quitó los pantalones por completo y lo dejó desnudo. Le llenó el torso de besos, le mordió los pezones...—. Tu piel me pasa la electricidad. Es como si estuvieras cargado de energía —rezó con asombro disfrutando de su cosquilleo en los labios.

—Me siento como un condensador —tironeó de su cola—. Espera, ¿qué haces?

—Quiero comerte —espetó. Estaba tan caliente que sentía la humedad deslizándose entre sus piernas.

—No tienes que...

Pero sus palabras murieron en su boca al notar la lengua de esa mujer. Pequeña y juguetona. Que le hizo perder la cabeza. Cora rodeó su pene hinchado y grueso entre sus dedos y se deleitó con la sensación de poder que la embargó. Ahí estaba él. Increíblemente fuerte y con más poderes de los que se podía imaginar, sometido por ella.

Abrió la boca y le succionó el glande con suavidad. Nunca había hecho eso, pero sabía cómo se tenía que hacer. Además, las Damas de Min hablaban entre ellas de sus experiencias, y para Cora habían sido un caudal de información impagable.

Masajeó su vara arriba y abajo mientras seguía succionándolo y lamiendo en círculos. Después con la otra mano sujetó sus testículos y los acarició hasta que se introdujo parte de su erección en la boca, casi hasta la garganta... le faltaba práctica y no quería lanzarse demasiado para que no le diera ninguna arcada. Pero los gemidos de Ethan y cómo movía las caderas hacia arriba la animaban a seguir.

Y cuando creía que él ya iba a estallar, la apartó cogiéndole del pelo y sin saber cómo, la agarró y la puso a horcajadas sobre su erección.

—No quiero acabar en tu boca —gruñó besándola—. Quiero acabar aquí —hundió dos dedos en su interior, y disciplinó su útero para su intromisión.

Cora se vio cabalgando sus dedos y agarrándose a sus hombros hasta clavarle las uñas. Cuando extrajo sus dedos húmedos y se los llevó a la boca, ella no pudo hacer otra cosa que mirarlo como si fuera un loco magnético y tan atractivo que era pecado.

Y entonces, la tomó de las caderas, la elevó un poco y colocó la entrada de su sexo sobre la punta de su erección.

—No voy a tener mucho control —la amenazó.

—Perfecto —contestó trémulamente.



Ethan la tomó de las nalgas y la dejó caer lentamente hasta sentir cómo iba entrando en ella poco a poco, haciéndose sitio, expandiendo sus paredes y obligándola a abrirse. Y de repente se impulsó hacia arriba al mismo tiempo que la bajaba, y quedó profundamente sepultado.

Cora dejó ir un largo gemido y hechó el cuello hacia atrás. Se sujetó a sus hombros y se mordió el labio inferior. No sabía por qué pero notaba a Ethan más grande, más fuerte, como si la llenara más que antes, o invadiéndola de modos que no comprendía, que iban más allá de la física y que tenían que ver más con la mística.

Sintió un calambre brutal desde el interior de la vagina, que le ascendió por la rabadilla, la columna vertebral y acabó en la parte posterior del cráneo, como si se abriera su cabeza para absorber algo que aún estaba por venir.

Ethan entendió lo que estaba pasando entre ellos y asumió lo que eran las relaciones entre sirens, y entre almas gemelas. Ellos tenían el poder de compartir su *élan vital*, o su *prana*, como lo llamaban. Además, a través del sexo se alineaban sus chakras, los ponían en orden y era como si sus almas, sus espíritus, salieran a bailar juntos.

Cora cerró los ojos y permitió que Ethan la moviera a su antojo. Arriba y abajo, entrando tan a dentro como le fuera posible. Escuchaba su voz en su cabeza, y le oía hablar en un idioma antiguo... pero lo que le decía, la emocionaba, y ni siquiera entendía su significado.

Se medio incorporó y se abrazó a él, y cuando le habló, lo hizo en su idioma. Era como si su canal y el de él estuvieran en sintonía, y se hablaran mentalmente. Cora era telépata. Ethan un Siren. Podía pasar algo así entre ellos, ¿por qué no? Ethan unió su frente a la de ella mientras le hacía el amor. Rodeó su espalda con sus brazos y sujetó su nuca y su cabeza con las manos.

En ese momento, el Uróboros de la piel de Ethan se movió y de manera increíble salió de su piel para recorrer la espalda de Cora, el hombro, y acariciar toda su piel.

Ella, hechizada, lo observó. Le gustó cómo la hizo sentir. Sintió el poder de Ethan en ella y se asustó de su fuerza. Pero él estaba en su interior, ayudándola a aceptar lo que era, lo que ambos eran juntos. Era una locura...

—Ethan... tu dragón está en mi piel —dijo cogiendo aire. Él la obligó a mirarlo. Impuso un ritmo más fuerte a sus caderas y le dijo sujetándola de la coleta.

—Mírame, Vril —le pidió con ojos encendidos y sobrehumanos.

—Sí —lo besó y negó con la cabeza—. Creo que me voy a morir.

—No. No te vas a morir —le aseguró—. Estamos conectando con el *élan vital*, Cora. Tú formas parte de mí ahora, y yo de ti.

—Júramelo —le hizo prometer agarrando su pelo como él agarraba el suyo.

Ethan sonrió, tiró de su pelo antes de empezar a correrse y decretó unas palabras extrañas en su idioma que cerraban un círculo y anudaban a las almas reencontradas. Era una promesa de amor. Un juramento de eternidad.

— *Löös le orma jarof sal leggend. Löös leggend geile im devi. Loos im devi em aat a tees maal eternal.*

Sabía que para concretar la unión con ella tenía que recitar esas palabras, que era como un hechizo mágico de los antiguos, y que él conocía por su conciencia colectiva. Oía esa frase y su voluntad no deseaba nada más que no fuera decirla en voz alta. Así se forjaba el vínculo.

Ambos empezaron a correrse a la vez. El Uróboros de Ethan regresó a su brazo, y toda su leyenda se iluminó de nuevo.

Y de repente los dos al mismo tiempo sintieron un latigazo de placer que les recorrió la columna vertebral y el cuerpo, como si se corrieran por todas partes. Sus cuerpos entrelazados refulgieron, y Cora obtuvo de nuevo toda la información de Ethan, siendo testigo de todo lo que había vivido en Sirens. Y él también la leyó en ella, viendo y experimentando aquella semana de Cora en el Horus.

No hubo ningún secreto, no se dejaron nada.

Ethan se dejó caer sobre la cama, y la arrastró mientras seguía penetrándola y disfrutando del orgasmo más largo de sus vidas, tan interminable que creían que se iban a quedar sin aire por el camino.

La luz del Horus se fue por completo. Volvía a pasar. Era como si el caudal de energía lo absorbieran ellos para hacer el amor e intercambiarse todo aquel voltaje.

Cuando acabó el eterno placer, Cora se desplomó encima de él, sudorosa, llena de él, y todavía palpitante y trémula como una gelatina.

¿Qué les acababa de pasar? ¿Por qué sentía que si se lo proponía podía sacar rayos por la punta de los dedos?

Ethan le besó la cabeza y la abrazó con fuerza contra él, sin dejar de moverse en su interior.

Ella apoyó su rostro en su garganta y no fue capaz de pronunciar nada más.

Antes necesitaba recobrar las fuerzas y serenar el latido de su corazón. No por el ejercicio, sino porque ese hombre iba a provocar que su corazón se detuviera. Porque solo el hombre que amaba podía dejarla en ese estado.

Rápidamente, Ethan la cubrió con la sábana de la cama, y sin necesidad de hablar, acordaron que iban a quedarse en aquella posición hasta que sus almas regresaran a sus cuerpos después de bailar alrededor de las estrellas.

## 26

**E**n el avión vi toda tu vida humana. Y con el paso de las horas, tus recuerdos se hicieron míos. Pero ahora... lo que acaba de pasar —buscaba una explicación y no la encontraba—. He escuchado las voces angelicales de los Ceres; he contemplado a los dragones que se han postrado a tus pies; he leído las tablas de la profecía, y te he visto hablar con Azul.

Cora enumeraba con rostro pensativo todo lo que Ethan había compartido con ella durante el sexo, mientras alcanzaban aquel orgasmo devastador.

Ethan le acariciaba el pelo, escuchándola con atención, enfrentados cara a cara , pero con ella apoyada en su hombro.

—He presenciado el momento en que te ha salido tu *legend*, y he comprendido el significado de cada uno de tus dibujos. He visto muchos de tus poderes, pero creo que no todos los que tienes.

—Soy guerrero. Un Mayan. Tengo aptitudes sobrenaturales para la guerra y la protección. Puedo respirar debajo del mar, puedo desafiar la gravedad, y tengo la fuerza de cien hombres además de un lazo muy especial con los Uros y los Boros de Sirens.

—¿Solo eso? —ironizó ella.

—Soy El Esperado.

—Sí. Te has hecho de rogar mucho. He visto Sirens con tus ojos —susurró impresionada—. Ese lugar es increíble.

—Yo te lo enseñaré, Cora —le aseguró—. Volveremos y te lo mostraré. Sé que vas a echar de menos a tu abuelo, y no permitiré que dejes de verlo.

Ella se humedeció los labios y sonrió con ternura.

—Gracias, significa mucho para mí. Es mi única familia. Bueno, él y mis amigas...

—Y yo —contestó muy serio—. Yo también soy tu familia ahora. Una parte muy importante.

—Te oigo hablar así y me da miedo pensar que te dé un aire y que te vayas de mi lado —negó asustada—. Es surrealista para mí. Me siento muy vulnerable ahora mismo —hundió el rostro en su pecho.

—No temas por eso. No va a suceder —replicó él con seguridad—. Tú eres mía. Y yo soy tuyo. Nos pertenecemos.

Cora exhaló trémulamente, obligándose a confiar en él y a creer en sus apasionadas palabras.

—Creo que ya sé a qué se refería esa mujer del pelo azul cuando te hablaba del *prana*.

—¿Azul?

—Sí. He estudiado cómo funciona ese tipo de... de sexo.

—¿Ah, sí? —besó su nariz.

—Sí. Los sirens domináis la energía sexual. La energía primigenia, la que os creó. La que creó a todo y a todos. Activáis los meridianos de la sexualidad, alineáis los chakras y de repente os abrís a un tipo de poder —musitó— que viene de un lugar muy lejano. Del sol central de la galaxia. La canalizáis por arriba. Y después, dejáis que la energía de vuestro sol de

Sirens, os entre por el chakra más inferior y sexual. Los dos rayos confluyen en vuestro cuerpo. Y la compartís con vuestra pareja real. Por eso el sexo es tan importante para las parejas sirens. Vuestra energía nace en el perineo. Abajo, entre el ano y los testículos o la vagina.

—Me encanta que me digas guarradas...

—Eres tonto. Activas la energía de vuestro chakra sexual y después permitís que la energía del sol central de la galaxia entre en vuestro interior. Esta energía externa entra por aquí —señaló la coronilla de Ethan ignorando sus comentarios— y recorre los cuerpos mental, físico y espiritual. Pero además, es energía original, lugar de origen de las almas, y tiene códigos e improntas sobre sus receptores. Recibir esos códigos es activar nuestros talentos y ser una mejor versión de nosotros mismos. Estimula nuestra conciencia. Los sirens creáis ese circuito cerrado entre vuestra pareja y vosotros. Y nos alimentamos de ello —susurró besando su pezón desnudo—. Como un pez que se muerde la cola. Como un Uróboros —suspiró impresionada—. No tengo palabras para decirte cómo me siento ahora. Es como si estuviera llena de luz.

—Lo estás —Ethan alzó su barbilla hacia él—. Para mí eres brillante. Pero brillabas tanto que me cegué.

—Uf, qué zalamero... —puso los ojos en blanco.

Y eso arrancó una carcajada a Ethan.

—He visto toda tu vida, Cora. Y sin duda, si había una mujer que estaba hecha para mí, debías ser tú. Somos muy parecidos en muchos aspectos —le pasó el pulgar por el pómulo y la besó—. Y eres muy intrépida. Fuiste a la Madriguera para rastrear a Sisé, y has conseguido información. Después contactaremos con María para que lo comuniqué al Consejo. A ver si ellos nos dan más información al respecto o si saben qué debemos hacer —la admiró y asintió con firmeza—. Has sido muy valiente.

—Gracias.

—Pero nunca más hagas nada parecido sola —la reprendió.

—¿Me estás riñendo?

—Es arriesgado. Sé que eres fuerte, pero los Thule, los Bathory y toda esa gente enferma llevan siglos siendo muy malos, en comparación con los días que hace que tú estés de parte del bien. Tienen más experiencia. Si te hubiera pasado algo...

—Pero no me ha pasado. Además, no puedes culparme por eso. Yo llevo aquí siete días sola mientras tú jugabas a las casitas con Evia. Conecté contigo, os vi besándoos, y lo vi todo rojo. Tenía que hacer algo para evitar pensar en vosotros.

Ethan arqueó una ceja negra.

—Yo no juego a las casitas. Nunca.

—Claro, eres un machote —puso voz de hombre.

—Eres muy provocadora.

—No. No lo soy —contestó dibujando círculos sobre el pezón desnudo de Ethan—. Solo era una mujer dolida. Pero me alegra saber que Evia está conforme y que no se ha quedado destrozada al desestimar ese amor que decíais profesaros. No me gusta que las chicas sufran. Además, ella me cae bien. Ni siquiera la puedo odiar.

—Evia es un ser excepcional. Tal vez ahora mi hermano Idún pueda dar ese paso con ella...

—Claro, porque Evia es solo un trozo de carne con ojos, ¿no? —le gustó la cara de divertido que puso—. Debéis considerar al menos que ella pueda

enamorarse de otra persona que nada tenga que ver con si es de una facción o de otra. Sería lo justo. Yo misma no toleraría que nadie me dijera con quién debo casarme. Además, Sirens es una sociedad matriarcal por lo que he visto en tus conocimientos. Si alguien tiene que decidir algo, seguramente, sea la Myst.

—A mí me da igual. Yo solo quiero que Evia sea feliz. No me importa quién sea el afortunado. Pero quiero verla contenta y que la traten como se merece.

Le agradó que hablara de ella en ese tono, más de hermandad que de amante.

—Es bonito, ¿sabes? —susurró ella con sinceridad.

—¿El qué, devi?

—Dios... Me encanta cómo suena esa palabra en tu boca — pasó los dedos por sus labios y dejó que Ethan se los mordisqueara. Ese hombre era la viva imagen del pecado—. ¿Qué significa? Antes me has dicho unas cosas que no he entendido.

—Mi diosa. Eso es. Es una declaración que se da entre las vinculaciones de pareja. Como un amarre. Te he atado a mí.

—Tu diosa... —no se paró a pensar en por qué no entendía el idioma de Ethan, el lenguaje de los sirens, si habían compartido toda su mente—. Muy bonito. Aunque deberíamos haber discutido eso de atarme...

Ethan se encogió de hombros y sonrió pilluelo.

—Llevas soñando conmigo desde que eres mujer, ¿verdad? Pues ahora que por fin te he encontrado, no voy a dejarte marchar —sus largas pestañas oscilaron y después la miraron penetrantemente—. Tengo sentimientos muy fuertes hacia ti, Cora. Voy a aprender a lidiar con esta manera de amar —le



aclaró—, porque no se parece en nada a lo que yo concebía o creí conocer. No quiero que tengas dudas de ello. He visto toda tu vida y siento que te conozco desde siempre. Ahora es como si te llevara dentro, ¿entiendes lo que eso significa?

—Sí. Que te he poseído —bromeó.

Él volvió a reír y le dio un azote en la nalga.

—¡Au!

—Sí. Si lo quieres llamar así. Me has poseído.

Cora rodó por la cama hasta ponerse encima de él, posición que él le cedió con gusto. Adoraba el modo en que su pelo rubio caía como una cortina de oro entre ellos, cubriéndolos del mundo.

—Bueno, a lo que me refería antes, que no he acabado la frase, es que es hermoso que entre vosotros, los sirens, tengáis esos vínculos de cariño y respeto incondicional. Ojalá entre los humanos también los tuviéramos. Lamentablemente, en general, nos tratamos bastante mal.

Ethan entrelazó los dedos de su mano derecha con los de la mano izquierda de Cora. Observó su piel limpia, sin ninguna señal, y pensó en las palabras de Merin. Cora era humana, puede que la vinculación funcionara de otra manera con ella, pero de lo que sí estaba seguro era de que seguía viva, de que no la había matado. Leyenda o no, le traía sin cuidado. Solo quería sentirla con vida, como en ese instante, encima de él, con su corazón palpitando contra el suyo. Nunca en su vida se había sentido tan bien.

—Hay humanos malos que se merecen ser castigados sin clemencia.

—¿Como haces tú con tu grupo de "Rebeldes"? ¿Con Devil y esos dos hermanos? ¿Lex y Sin?

—Sí. En esos casos, al ver que la ley no actúa, hemos decidido tomárnosla por nuestra mano. Pero después, hay humanos muy buenos y que tratan muy bien a los demás —Ethan desplazó sus manazas por la curva perfecta de su espalda y las depositó sobre su trasero desnudo y prieto—. Llegados a este punto, todavía desconozco qué es lo que debemos hacer ni cuál es nuestra misión real, pero si pensamos que lo hacemos por ellos, por los que valen la pena, tal vez no sea una misión tan desagradecida. Yo me siento humano. Y tengo gente por la que luchar. Mis hermanos y tú. Y tú eres la máxima representación de esas personas.

Cora unió su frente a la de él y se apoyó en las manos para alzarse y mirarlo por encima, con mejor perspectiva.

—Ni siquiera voy a valorar si es razonable o no este amor que siento por ti, Ethan. Ni siquiera voy a temer la velocidad con la que te haces con mi cuerpo, mi corazón y mi alma.

—No lo hagamos, Cora. Creo que el amor Siren no merece que lo juzguen como si fuera algo ordinario. Porque no lo es. Es extraordinario. Y tenemos que saberlo disfrutar. Es un regalo.

—No —ella sonrió y besó su barbilla con dulzura—. Tú has sido un regalo. Me fui a la cama con un sueño, y despierto con una realidad. Es maravilloso —acto seguido dejó caer su boca sobre la de él y dejó que Ethan la colocara de manera que acabara abierta de piernas encima de su erección.

—Quiero hacerlo otra vez. Me pones muy burro —le murmuró alzando las caderas.

Sin embargo, cuando Cora ya se ponía en posición para volver a estar con él, Ethan se detuvo y fijó sus ojos en un punto del techo.

—Espera un momento —le dijo.

Agudizó todos sus nuevos sentidos y vio algo que no le gustó nada. Estaba pasando algo en la planta de arriba del Horus.

—Cora, vístete —le ordenó.

Ella dio un respingo y sintió su malestar, así que le obedeció inmediatamente.

—¿Qué sucede?

—No estoy seguro —contestó poniéndose los pantalones y las botas con gran rapidez.

Cora hizo lo mismo. Se puso unos tejanos negros, rotos por las rodillas y elásticos, una camiseta del mismo color de tirantes y cuando iba a ponerse las botas, una increíble explosión hizo temblar todo el Horus.

Ethan tomó a Cora de la mano.

—Vamos. No hay tiempo.

—Pero, ¿qué está pasando? —los gritos de las Damas de Min la pusieron muy nerviosa. Se temía lo peor.

Ethan agarró su *ts'oon* e inmediatamente una luz azulada y brillante emergía de su interior como si fuera la hoja de una espada.

Su canepla revoloteó a su alrededor y después se adelantó para convertirse en los ojos de Ethan.

Y lo que transmitió no le gustó nada. Las damas estaban siendo atacadas por los Eldérllys. Y joder... esos tipos estaban ahí por él.

Así que arrancaron a correr los dos por el pasillo, para llegar a socorrer a esas mujeres cuando, inesperadamente, la onda de una segunda explosión, mucho más fuerte que la primera, los hizo volar por los aires y arrastrarlos

por el suelo. Los cristales reventaron y sus trozos se convirtieron en navajas cortantes.

El humo no solo no les dejó ver nada, además, fuera lo que fuese lo que hubiera en él les estaba ahogando y quemándoles el esófago y los pulmones.

Pero Ethan no iba a permitir que nada hiciera daño a Cora. Ni a ella ni a esas mujeres amigas de Delphine que habían cuidado de su devi en su ausencia.

Era un Mayan. Y sabía que estaba hecho para esos momentos. Para actuar, defender y vencer. Se levantó entrecerrando los ojos y ayudó a levantarse a Cora que ya tenía algunas heridas en su piel. La furia lo recorrió, sus ojos se volvieron lilas iridiscentes, brillaron en la oscuridad. Tomó a Cora por los hombros y le dijo:

—Quédate detrás de mí. No te separes —le pidió enfurecido. Besó su mano con pasión y miró al frente—. Vamos a salir de aquí.

Su canepla le mostraba todo lo que pasaba en la parte superior. Aquella esfera era ahora sus ojos y pudo enseñarle el panorama.

—Sígueme, *oram*.

Ethan tomó su espada y la agarró con las dos manos. Entonces su espada de luz emergió de nuevo del interior del dispositivo.

Y los dos arrancaron a correr a través del pasillo subterráneo. Los Eldérlys bajaban por las escaleras, como los asesinos sin mente y sin conciencia que eran. e Ethan no se lo pensó dos veces. No serían rival para él.

Alzó la espada por encima de su cabeza y la usó de un modo que, con tres sacudidas, ya había cortado la cabeza de tres de ellos, volando por los aires con los ojos vueltos y la boca abierta.

Se agachó ante el ataque de un cuarto, y le placó con el hombro en el estómago. Después aprovechó para cortarlo en dos.

Cuando ascendieron a la planta de arriba, las Damas de Min luchaban como podían. Zoe advirtió a Cora y le hizo negaciones con la cabeza.

—¡No responden a nosotras! —exclamó la mulata sacando una recortada de detrás de la barra, para ponerse a disparar como una loca—. ¡Y Delphine no está para echarnos una mano! ¡Escóndete, Vril!

¿Escondarse? Ni hablar. Ella ya no se ocultaba más. Cora intentó centrarse en lo que veía, pero aquello era un despropósito. Humo por todas partes, fuego, cristales, chicas heridas por el suelo...

Y entonces comprendió por qué esos asesinos con dispositivos metálicos en el temporal no respondían a las Mins. No podías manipular la mente de un vegetal para despertar su deseo. Ellos no sentían deseo. No podían atraerles ni someterles porque solo obedecían a una mujer. Solo a una. Y esa era Sisé. Su único cerebro grupal.

Para cuando había entendido eso, Ethan se había convertido en un máquina de matar, en un sádico salvaje e inclemente que volaba por encima de las cabezas afeitadas de los Eldérlys decapitándolos como un verdugo. Sus ojos eran luces lilas moviéndose entre la humareda. Él no permitía que nadie se le acercara. Era un muro de carne y habilidades para la guerra. Invencible.

Las Mins poco a poco alzaron las cabezas de su escondite para admirar al hombre que en su nombre llevaba a cabo aquella matanza.

Sin embargo, los Eldérlys no dejaban de entrar. Eran un ejército. Y Cora no comprendía cómo los Mur, que se suponía que eran sus protectores, no podían hacer nada para anular aquel ataque.

Entonces sintió una pequeña invasión en las sienas. Y escuchó la voz de Ethan.

«Cora, mi canepla me ha mostrado todo. En el exterior han herido a los Mur. Están intentando ocultar lo que sucede en el Horus y han intentado detener el ataque, pero tienen los ojos con hemorragias. Les han hecho algo...».

«¿Estamos hablando mentalmente?».

«Sí. Tú eres una Vril. Tu canal me lo permite. Y somos pareja, devi. Ahora, por favor, ocúltate hasta que acabe con todos ellos».

«Sabrás entonces —contestó más decidida que nunca—, que no voy a esconderme. Sé luchar».

Aquello puso en guardia a Ethan, preocupándolo al instante. Su instinto era siempre proteger y cuidar de su pareja. Permitir que se pusiera en peligro iba en contra de su naturaleza.

Pero confiar, creer y poder apoyarse en otra persona implicaba dejar de hacerle un marcaje individual.

«Intenta detenerme, Ethan, y te dejo como una estatua. ¿No querrás eso, no?..»

«No te atreverías», contestó al tiempo que segaba la vida de cuatro Eldérllys más a la vez. Sus movimientos eran tan rápidos que apenas podía detectarlo el ojo humano. Era un guerrero de otro mundo, de otra dimensión. Sobrepasaba todo lo conocido. Él hacía posible lo físicamente imposible.

«Haz lo que tengas que hacer, Devi. Pero hazlo ya. Parece que salgan de una colmena».

Ella agradeció su confianza. Así era como debía de ser su relación. No iba a consentir otra cosa. Y decidió actuar. Ethan le había transmitido una energía fuera de lo común, que no se podía medir con nada, y unida a sus poderes, la hacían capaz de cualquier proeza.

Mientras las Mins usaban sus armas y contemplaban a Ethan con asombro, ella hizo lo que mejor sabía hacer. Iba a boicotear el poder mental de Sisé. Si los Eldérllys estaban ahí era porque obedecían sus órdenes.

Cerró los ojos, tomó dos inspiraciones lentas y profundas y actuó ajena al ruido y al horror.

Iba a leer su señal. Ya tenía su huella y podía rastrearla. Usaría aquella batalla en su favor, se mediaría del ruido y los gritos y convertiría la cabeza de Sisé en un caos. Los Eldérllys la obedecerían a ella, no a la traidora.

Así que eso hizo. Hizo uso de la protección de su Siren para ejercer su poder. Mantuvo los ojos cerrados para concentrarse y abrió los brazos. Captó la señal mental de Sisé, su orden telepática, su hilo conductor. Y le dio la vuelta. La anuló.

Fue como darle un empujón y meterla en una mazmorra de la que no pudiera escapar.

Ahora la señal de los Eldérllys era para ella. Toda suya.

Así que les obligó a entrar a todos, en fila. Absolutamente a todos de golpe en el Horus, en el Inframundo, donde tenía lugar aquella batalla sangrienta.

Habían unos cien.

Sintió la confusión de Ethan al verlos tan inofensivos y a su merced.

—Ethan —le dijo ella, ubicada tras él.

Él la miró por encima del hombro sin dejar de sujetar su espada.

Cora abrió los ojos. Estos refulgieron con seguridad y su azul celeste se hizo infinito. e Ethan sintió cómo se le encogía el corazón.

—No se resistirán. Mátalos a todos —fue su orden.

Joder, estaba enamorado de esa mujer. Y él obedeció sometido por su belleza y su autoridad.

Cora le había puesto en bandeja un botín. Y se iba a empachar.

Las Mins salieron poco a poco de sus escondites, recogiendo a su paso a las que estaban heridas y algunas muertas. Otras ayudaron a Ethan en su exterminio, usando sus armas, sus pistolas o cualquier cosa que pudiera seccionar gargantas, como los cuellos desiguales de las botellas rotas que habían desperdigadas por el suelo, en el que el whisky y el brandy se mezclaba con la sangre de los caídos.

Estaban venciendo. Eso era lo que contaba.

En aquel momento fugaz de victoria, nada hacía presagiar lo que vendría a continuación.

De uno de los aseos privados del Horus, salió Sisé sujetando a un hombre malherido por la nuca. Pero no lo ayudaba. Al contrario. Le estaba coaccionando mentalmente. El hombre apoyaba el cañón de una pistola contra su propia barbilla, como si estuviera dispuesto a volarse los sesos.

No le habrían dado demasiada importancia de no ser que a ese hombre, con el rostro sangrando y actitud desafiante, a pesar de estar en inferioridad de condiciones, lo conocían muy bien.

A Ethan se le cayó el alma al suelo al ver quién era. Cora no entendía nada. ¿Qué hacía él ahí?

—¿Devil?

Sisé sonreía soberbia, pero toda su atención estaba centrada en Cora.



—Eres muy fuerte —le reconoció—. Y muy lista. Pero te lo advierto. Estoy vinculada a la mente de este tío. Y sé que es importante para el semental de ojos lilas que se cree Luke Skywalker. Así que, si osas siquiera jugar con mi cabeza o la suya, se volará los sesos. Tiene la orden muy arraigada —se encogió de hombros, y su trenza caoba y alta se agitó repelente casi tanto como sus ojos intensos y negros—. Ya sabes cómo funcionan estas cosas, ¿verdad? —echó un vistazo a todos los Eldérllys muertos que habían por el suelo, y que formaban montañitas como si fueran pilones de mierda—. Hija de puta... —susurró con admiración—. Los habéis matado a todos.

—Suéltalo —le ordenó Ethan todavía intentando comprender qué hacía su mejor amigo ahí.

El dedo de Devil sujetó con más fuerza el gatillo, como si tirase de él. Aquello puso en guardia a Cora.

—¡No, espera! —le pidió ella—. Ethan no le digas nada. Sisé controla la voluntad de Devil.

—¿Qué coño me está haciendo esta arpía? —espetó Devil.

Sisé le dio un patada en la rodilla y este cayó al suelo arrodillado.

—Teniendo en cuenta que puedo hacer que tu cabeza explote, rubio guapo —susurró la de la trenza en su oído—, yo de ti procuraría no hablarme así.

—¿Qué quieres que hagamos? —dijo Cora.

—Te lo estoy diciendo, perra —el tono de Sisé se volvió inflexible—. Sal de mi cabeza y deja de jugar. O se matará delante de vosotros —señaló a Devil.

Cora, que había intentado actuar desde dentro, decidió rendirse. No podía arriesgar la vida de Devil.

Sisé se echó a reír. Se sentía fuerte y sabía que los había cogido por sorpresa. Pero aún faltaba el plato fuerte.

—Haremos lo que nos digas —asintió Ethan guardando la espada láser en su pantalón.

Sisé, en cambio, no podía estar menos de acuerdo.

—No. No haréis lo que os diga. Por eso me aseguraré de dejaros impedidos. Os vais a venir conmigo. Los tres.

Y después de pronunciar esas palabras, los dispositivos de las cabezas cortadas de los Eldérlis estallaron, anegando el lugar de un gas rojo que, al inhalarlo, tanto Ethan, como Cora, las Mins y Devil cayeron inconscientes.

Entre el humazón apareció Sisé con una mascarilla negra y se detuvo junto a los cuerpos inertes de la Vrill y el Siren.

Acto seguido entraron dos guardaespaldas rubios, de pelo frondoso y aspecto de Heman.

Sisé los miró y les dijo:

—Cargad con estos dos y con ese —señaló a Devil con el pulgar.

Los tipos asintieron y uno de ellos, que tenía un diente dorado al lado de la paleta, osó a preguntarle:

—¿Y ellas? —en el suelo habían muchas Damas de Min con los ojos cerrados e inmóviles.

Pero aun así, provocaban efectos en los humanos como ellos.

—¿Eres imbécil? —espetó Sisé—. Deja de pensar con la cabeza que tienes entre las piernas, Schmidt. Son solo putas —dijo con desprecio—. No nos

sirven de nada. Aunque me gustará saber qué hacía ella aquí... —musitó estudiando a Cora.

—Sí, señora —aunque no pudo evitar mirarlas de manera libidinosa.

—Llevadlos a los tres al coche. Nos los llevamos al Eclipse. Lillith estará muy contenta de mi hallazgo. Vamos.

Después de esa última orden, ella fue la primera en salir del malogrado Horus.

Cuando se internaron en la furgoneta gris oscura, Sisé se sentó detrás, para vigilar que no se despertaran. Acto seguido apagó el dispositivo conectado a los altavoces del coche. De él salía aquella señal que era considerada un arma sónica de gran alcance.

Sacó la cabeza por la ventanilla, miró hacia los tejados de los edificios y sonrió al no ver a ninguno de los Mur en activo. Después dio dos golpes secos sobre la carrocería, y la furgoneta arrancó para irse de aquel lugar.

Esta vez, tenía a sus objetivos. Ya no iban a escapar jamás.

Oía de fondo un tintineo metálico. Le dolía la cabeza como si le hubieran golpeado con un mazo. Mazazo a mazazo. Era horrible.

Tenía hasta náuseas.

Cora intentó abrir los ojos, pero la luz focal que alumbraba su rostro la dejó cegada, y volvió a sentir el mismo aguijonazo torturador en las sienes. Solo cuando intentó moverse se dio cuenta de que la tenían inmovilizada en una cama, de manera vertical. Le sujetaban la frente, el torso, los muslos y los pies con correas de cuero. Totalmente inmovilizada y reducida.

Luchó por enfocar la visión y cuando vio a quien tenía en frente, y cómo estaba, le pareció que le arrancaban el corazón. Así, sin más. Un dolor atroz, indescriptible al ver a la persona que amaba en ese estado.

Ethan estaba en la misma posición que ella. Excepto por las correas. Él no tenía correas. Eran alambres punzantes que se habían clavado en su piel hasta desgarrársela. Y ahora la sangre goteaba por la punta de sus pies desnudos, que tocaban el agua del suelo... agua. Mezclada con el charco que provocaba su propia sangre.

Cora abrió los ojos con espanto y notó que ella también tocaba suelo, y que la superficie era húmeda. Sus pies estaban desnudos pero al menos aquel buhedo antinatural no era rojo, señal de que no sangraba.

Intentó hablar con él mentalmente, pero en cuanto lo hizo, Ethan empezó a convulsionar ante ella. Su cuerpo se tensó, los pinchos metálicos lo

desgarraron a cada temblor y Cora empezó a llorar al sentir su dolor en su propia piel, de tal manera estaban conectados.

—¡Para! ¡Parad, por favor! —suplicó ella abatida.

—Pararé cuando dejes de hacer eso.

La voz de Sisé la puso en alerta. Venía de su lado derecho. Miró hacia aquella dirección y la vio.

Su rostro hermoso y maligno le erizó la piel.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Cora.

—¿Por qué? ¿Por qué no? —carraspeó resoluta—. Disculpad estas retenciones tan... primitivas. Pero no contábamos con dar con él —señaló a Ethan—. Tanto que tardaron en ocultarlo de nosotras y en regresarlo, y de repente, vuelve a salir al exterior — aún no se lo creía. Había tenido mucha suerte—. La cuestión es que al cogernos por sorpresa, hasta que no me traigan lo que necesito para reducirlo bien, no se me ocurre otro modo de controlarlo que no sea con la fuerza y el chantaje emocional.

—¿Cómo has podido encontrarnos? —Cora no entendía qué fallo había podido cometer.

—Oh. No ha sido por tu culpa, si eso es lo que te preocupa. De hecho, tu trabajo borrando huellas es intachable —Sisé se cruzó de brazos y sonrió—. Eres lista, Vril. Una de las nuestras. Pero no has podido hacer nada contra la naturaleza y la física.

—¿A qué te refieres?

—Estos días se han disparado los picos energéticos que emergen cuando se abren portales en zonas de la tierra. Una fue hace unos días en España. Las siguientes se detectaron muy seguidas en la playa Fullerton, en el lago

Míchigan. Atamos cabos, por supuesto. Sabíamos que os habíamos visto a Ethan, a ti y al bocachanclas de su amigo, en la ciudad, juntos. Así que supusimos que habíais salido de Sirens. Pero por mucho que lo intenté, yo no daba contigo... —aseguró. De hecho había aceptado que Cora era muy poderosa, más que ella—. Te asegurabas de borrar tus huellas muy bien y no te podía detectar en la mente de nadie de la zona. Pero entonces, hoy mismo, te rastreeé y te hallé en la mente de tu amigo rubio. Él te había visto salir de ese lugar llamado Horus. Él fue quien nos llevó hasta aquí.

—¿Devil? ¿Qué hacía él allí? —preguntó Cora extrañada.

—Ni lo sé ni me importa. Lo único que importa es que ya sabíamos dónde debíamos ir a buscarte. Así que, sin pensárnoslo, nos movilizamos para ir en vuestra búsqueda. Usamos ataques con sonido para detener a esos negros de ojos azules —dijo despectiva— que os ayudaron la última vez. La idea era cogerte a ti y a Devil para llamar la atención del mundo de los sirens, tal vez haríamos que salieran a rescataros. Pero tuvimos suerte. Porque matamos a dos pájaros de un tiro. Ethan estaba ahí. Contigo. ¡Bingo! —celebró de nuevo.

—¿Por qué esa fijación con una civilización que siempre se portó bien con vosotras y que en cambio traicionasteis? ¿Por qué continuáis con el acoso?

—Tal vez yo debería hacerte la misma pregunta. ¿Por qué te acuestas con algo que no es humano?

Ni siquiera le ofendió la pregunta.

—Él es mil veces más humano que tú. La humanidad no viene en el código genético, sádica. Está en la conciencia y en el alma. Esas cosas que tú no tienes.

Sisé hizo un mohín de indiferencia.

—El bien y el mal están sobrevalorados. Hacemos lo que creemos que es mejor y más conveniente para nosotros.

—A eso se le llama egoísmo.

—Yo prefiero llamarlo supervivencia —Sisé se dio la vuelta y trasteó los objetos de una mesa metálica con ruedas. De ahí venía el sonido perturbador. De los objetos que tocaba. Todos punzantes, afilados, de retorcidas formas y terribles fines—. Ellos, los sirens, son infinitamente más poderosos que nosotros. Y están ahí, ocultos en la maldita tierra hueca, en esa dimensión tan complicada de acceder. Y saldrán cuando les plazca. Solo cuando su seguridad y su bienestar en esta dimensión se vea amenazada. ¿No te da que pensar? ¿Que el poder, el verdadero poder, está bajo nuestros pies, riéndose de nosotros?

—Me asusta más el poder que pretenden tener algunos humanos —susurró. No le gustaba nada el instrumento que tenía aquella mujer entre las manos. Era un cuchillo curvo de punta muy fina—. ¿Qué pretendes hacer con nosotros?

—¿Todavía no lo sabes? —se dio la vuelta con el arma entre las manos y su sonrisa lobuna se reflejó en los labios—. No te imaginas la de cosas que aprendí de los nazis.

—Te lo advierto, Sisé. Tócala y será lo último que hagas.

Ethan habló entre sus dientes apretados.

—¿Ethan? ¿Estás bien? —Cora intentó removerse pero le fue imposible.

—Tranquila —le contestó él—. Estoy bien. Solo son unos rasguños.

Sisé dejó ir una risotada.

—Huele a pollo quemado y dice que solo son unos rasguños —exclamó como una loca dirigiéndose a la palanca eléctrica de la pared—. ¿Qué tal si te tuestas un poco más, Siren? Os regeneráis rápido. Sanáis rápido. No pasa nada porque te hierva un poco la sangre...

*¡Plas!*

Ethan volvió a convulsionar de nuevo, arqueando el cuerpo de manera antinatural, y gritando como alguien a quien lo estaban triturando.

—¡Detente! —gritaba Cora sin fortuna.

Sisé bajó la palanca solo cuando a ella le pareció bien. Para entonces, Ethan sangraba por la nariz, sudaba, y las gotas salinas se internaban en los cortes abruptos de sus heridas. Era dantesco.

—Pensaba que queríais a los sirens para estudiarlos genéticamente — espetó Cora consternada, sorbiendo las lágrimas por la nariz—. No imaginé que queríais torturarles.

—En realidad, no quiero eso —contestó caminando hasta ella y mirando de reojo los monitores que tenía al lado de las camillas—. Ahora solo estoy jugando. Además, quiero comprender cómo funciona vuestro vínculo mental. Tú y este tenéis algo especial. Lo he podido sentir... —se tocó la frente—. ¿Es eso lo que te ha hecho tan poderosa? ¿Tu fuente es él? — deslizó la punta de la navaja curva sobre su camiseta negra, entre sus pechos, hasta que rompió la tela.

—No —dijo Cora—. Soy una Vrill. Como tú. Solo que yo soy más fuerte — añadió provocándola.

—Eso ya lo sé, boba. Me refiero al hecho de que tú y él podáis estar vinculados como pareja. ¿Puede ser eso posible? —dijo maravillada—. Que un Siren y una humana... Esa combinación tiene que ser muy extraña. Y quiero descubrir cómo funciona. Por ahora sé que cuando a él le hago daño, a



ti también te duele... pero no tienes la leyenda. Y él en cambio sí... ¿qué querrá decir eso?

Cora no quería pensar en ello. No sabía muy bien cómo funcionaban las leyendas. Pero sí sabía lo que era entregarse en cuerpo y alma a alguien. Y ella lo había compartido esa noche con Ethan. Eso era innegable. Si le salía o no el tatuaje, le importaba un comino.

Ella lo amaba. Y él le había demostrado que la amaba a ella después de renunciar a aquel amor perfecto que Evia le ofrecía. Había dejado su mundo por compartir el suyo, maldita sea. Un mundo violento, desagradecido y con tantas verdades ocultas por las que la gente mataba que lo mejor era ser un ignorante, como la gran mayoría. e Ethan lo había elegido por ella. Si eso no era amor, dejar el Paraíso por el Infierno, entonces, ¿qué lo era?

—¿No creerás de verdad que un Siren es capaz de amar a una humana? Somos monos para ellos.

—Me conformo con que sea capaz de amar. Eso ya los diferencia de personas como tú.

—Demasiados valores, niña —suspiró Sisé—. En este mundo no te sirven de nada —miró su reloj de muñeca y se encogió de hombros—. En fin. El helicóptero que nos saque de aquí llegará en nada. Cuando te domine y te someta, dejarás de tener tantos principios. Te necesitamos. Y creo que será divertido que hagas tu conversión a la luz oscura —la agarró por la barbilla sin miramientos—. Mientras tú y su amigo estéis aquí encerrados, el Siren se portará bien. No hará nada que os comprometa. Pero tengo que mantenerlo débil, porque conozco a los de su facción. Y son incansables.

—Sisé... te mataré —sentenció Ethan con el pelo negro cubriéndole el rostro y su mirada rebotante de promesas, fija en su persona.

La telépata de los Bathory no le dio mucha importancia a sus amenazas.

—Vamos a estudiarte, Ethan. Serás nuestra rata de laboratorio —tuvo el valor de agarrarlo del pelo y ponerle el cuchillo en la garganta—. Con las tablillas que robamos, no nos dio para crear lo que queríamos.

—¿La inmortalidad?

—No. La inmortalidad envejeciendo es una mierda. Nosotros queremos erradicar la vejez, que genéticamente es una enfermedad, no es ley de vida como nos han hecho creer. Queremos ser jóvenes eternamente. Todo lo que Lillith ha creado, todos sus estudios, sirven para un corto espacio de tiempo. Sus fórmulas nos regeneran y detienen el envejecimiento, pero no de manera permanente. Eso es lo que Lillith siempre deseó. Y yo... lo que yo deseo — con el filo metálico le levantó la barbilla— es más poder. Poderes mentales como los que vosotros tenéis. Quiero. Tu. Cerebro —sentenció sin más cortándole la frente—. Que la gente descubra o no vuestro mundo nos trae sin cuidado. Preferimos que sigáis bajo tierra como los gusanos. Nosotras queremos ser las primeras y las últimas en presentar todos estos avances de la ciencia. Fama. Poder. Juventud eterna. Eso es lo que deseamos. Y ahora que por fin tenemos a un Siren bajo nuestro control, vamos a obtener de él todo cuanto deseemos. Y nunca podrá revolverse contra nosotras, porque estás tú y su amigo manteniendo sus instintos a raya.

Entonces se empezó a escuchar unas carcajadas medio histéricas.

Ethan ya las conocía.

Era Devil, riéndose del mundo.

—¿Quieres jugar, perro? ¿Ya te has despertado? —le preguntó Sisé yendo malhumorada hacia el otro rincón oscuro de la sala. Agarró una silla de ruedas y cuando la retiró de su esquina, Cora e Ethan miraron alarmados el estado en el que se encontraba Devil. Tenía sangre por todas partes, y los ojos ensangrentados, fruto de algún derrame ocular por las explosiones a las que había sobrevivido.

—Ven, únete a la fiesta —Sisé lo colocó entre medio de los dos, mirando hacia la pared. Ellos podían contemplar su perfil—. Aquí tenemos al tercero en discordia. Por lo que he podido leer en su cabeza, hay una historia muy interesante sobre él —la malicia de su tono ponía a todos en guardia—. Puede que más adelante os la cuente. Vamos a pasar mucho tiempo juntos. Pero por ahora —le dio un golpecito en el hombro—, este infeliz se siente un desgraciado, acomplejado y poca cosa. Porque su mejor amigo es un siren que ha tenido los huevos de romper con todo por estar con una humana... cuando él, siempre deseó...

—Sisé, la gran *teléputa* de los nazis —contestó Devil de golpe, riéndose de ella—. Una de esas mujeres que se follarían a sí mismas mientras piensan en sus papis...

—¡Cállate, Devil! —le pidió Cora, aunque él continuó.

—De esas que le haría una felación al mismísimo demonio, y se la haría de rodillas, porque ha perdido todo honor y dignidad...

La aludida cambió su expresión, y su gesto se tornó severo e intransigente.

—¿Te gusta el sabo, Sisé?

—¿El qué? —contestó ella cayendo en su juego.

—La leche de mi rabo, guarrilla —alzó el rostro y sonrió con soberbia—. Venga, ven aquí —la desafió abriendo las piernas—. Ven y chúpasela al demonio. Te va a encantar —movió las caderas arriba y abajo.

—Devil, cierra la puta boca —le pidió Ethan extenuado. Su angustia lo mantenía alerta.

—No, tío. Mira su cara. ¿Cuántos tienes, Sisé? ¿Cuarenta y cinco? ¿Cincuenta? Y vas vestida como Trinity en Matrix. Sí... estás muy buena.

Pero, ¿no crees que se te ha pasado el arroz? A mí no me importa, puedo follarte igual, si es lo que quieres...

Sisé se llevó la mano a la espalda, a la cinturilla de aquel pantalón negro de piel, y sacó una pistola. La misma con la que Devil se había apuntado a sí mismo, obligado por ella. Lo apuntó, y cuando lo hizo, Cora e Ethan se removieron como salvajes a pesar de sus sujeciones y de las lesiones que se pudieran causar.

—¡No, Sisé! ¡No lo hagas! —le gritó Cora.

—Oh, cállate, joder —de repente, apuntó al muslo de Cora y disparó.

La joven sintió la bala entrando en su cuádriceps y saliendo por la parte trasera de su muslo. Fue un pico de dolor muy alto que le arrancó un grito desde lo más profundo de su ser y la dejó aturdida.

Ethan se puso a dar alaridos y vociferar en una mezcla del idioma *siren* y del suyo.

—¡Cora! ¡Cora, mírame! —le rogó al ver que ella cerraba los ojos a punto de desmayarse. Recordaba que le dijo que no tenía tolerancia al dolor.—. *Sav ah artse enib. Chahul, im mora. Chahul.*

Cora frunció el ceño, intentando comprender sus palabras. Le sonaban, creía que podía llegar a entenderlo. Ahora que estaba unida a Ethan no le parecía tan complicado... y creía haber entendido que luchara. Que iba a estar bien.

—¡Seguid haciendo los gilipollas! —les advirtió Sisé.

—¡Pues yo sigo aquí esperando a que me la chupes! — irrumpió Devil cada vez mas enfurecido—. ¿Has disparado a Cora? Uh, qué miedo... Ven aquí, mami. ¡Bájate al pilón!

Ethan quiso arrancarse los alambres de encima, pero temía que al hacerlo Sisé la pagara con Cora. Esa mujer estaba muy loca. Y caía muy fácil en la provocación de su mejor amigo. Aunque era algo que él incorregible de Devil sabía hacer muy bien. Si quería enervar a alguien, lo conseguía, convirtiéndose en un ser ofensivo que acertaba en cada golpe.

—Eres un inconsciente descerebrado.

Sisé arqueó las cejas negras y lo miró como si no valiera nada. La vida de ese hombre no significaba nada para ella.

Se inclinó hacia adelante, se agachó y le dijo:

—No vales nada.

—¿Ah, no? Para no valer nada llevo despierto desde antes de que nos metierais en este barco privado de carga, un Ferry llamado Eclipse. Sé que estás tú sola con el capitán y los dos tipos rubios que nos sacaron del Horus. Estás tú sola, Sisé, intentando controlar a un siren que si se comporta es solo porque teme que maten a Cora, al amor de su vida; y al descerebrado de su mejor amigo. Y lo que él no sabe es que la vida de su amigo no vale tanto como él cree —miró a Ethan de reojo.

—¿Qué coño haces, Devil? —susurró Ethan ansioso y desesperado. ¿Cómo podía hablar así estando inmovilizado con las manos a la espalda y tan herido que daba pena verlo?—. Cállate ya, por favor.

—Para no valer nada y ser un humano miserable sin ningún don ni poder — Devil centró su atención en la télépata, haciendo oídos sordos a los ruegos de Ethan—, tengo a la mano derecha de la Bathory delante de mí, la gran téléputa dispuesta a chuparme la polla un rato.

—No voy a chuparte la polla —contestó ella apoyando el cañón de la pistola en la entrepierna de Ethan—. Te la voy a volar.

—¿En serio? Una pena... —se encogió de hombros. Pero acto seguido, sacando fuerzas de flaqueza y la osadía de los locos y de los que no tenían nada que perder, se levantó de la silla y con sus manos liberadas, agarró a Sisé por la garganta para estrangularla. Tomando a todos por sorpresa, cuando creían que estaba tan impedido como los demás.

Ella, en cambio, usó su pistola y le disparó en el estómago. Devil palideció, abrió la boca con sorpresa, y poco a poco se deslizó hasta el suelo, en el que no tardó en formarse un charco rojo. Desde allí, sujetándose el agujero por el que emanaba la sangre, Devil desvió sus ojos amarillos hacia Ethan y le dijo:

—Escapa. De mí ya no tienes que preocuparte. Huye. Saca a Cora de aquí. Eres un guerrero, ¿no? Pues guerrea, joder. Pírate, hermano.

Ethan vio la escena como algo irreal. Esa mujer había herido de muerte a su amigo, que con lo débil que estaba, intentó zafarse de la reducción de Sisé y luchar, a sabiendas de que podía perder.

Él era un guerrero. Uno letal. Dejó ir un alarido de impotencia, un gruñido medio animal y medio salvaje. Todo su cuerpo se tensó, y entonces, echó la cabeza hacia atrás, para gritar con todo el dolor de su alma. Un grito que se oiría en todo el lago. Un grito de Siren que agitó la marea y provocó que los cielos se encapotaran sobre el barco en el que se hallaban.

Sisé no iba a soltar la pistola ni loca. Era su salvavidas.

—Relájate, Siren. O le haré daño a ella —apuntó a Cora, a su abdomen—. Recuerda. Tu amigo va a morir. ¿Quieres perder también a la humana?

—Ethan... —Cora alzó la cabeza, superó su dolor y lo miró en silencio para transmitirle unos pensamientos, a pesar de que no podía hacerlo sin que las máquinas registraran su actividad mental. Pero no le importó.

«Libérate. No la escuches. Tú tienes que salir de aquí».

Ethan negó airadamente. Las máquinas empezaron a sonar.

—¡Te he dicho que no hables con él, Vrill! —alzó la mano y golpeó su rostro con la culata del revólver.

Ethan parecía abducido por la furia y la determinación. ¿Cómo se atrevía esa mujer a ponerle la mano encima a la gente que quería?

«Ethan... eres un Siren. Yo soy humana. No les importo como tú. A ti no te pueden coger. Tú eres un milagro. Un tesoro. No pueden usarte. Debes protegerte a ti y a los tuyos».

—¡Te he dicho que no hables con él! Oblígala a que pare, o le dispararé — le gritó a Ethan—. Ya no me importa si muere. El helicóptero está al llegar. Traen los somníferos para elefantes para que te pongas a dormir. A ti podemos drogarte, aunque altere la química de tu cerebro...

«Esto no va de mí —continuó Cora—. Los sirens debéis seguir ocultos. No caer en manos de estos carniceros. Hazlo por mí. Libérate. Sálvate».

«No digas tonterías. Esto va de ti. Siempre ha ido de ti — dijo Ethan cortándola—. Los Siren buscamos una razón para luchar por los humanos. Pues esta es la mía para luchar por ti, devi. Te amo. Tú eres mi luz, la única poseedora de mi corazón. Mi corazón. *Et moa. Út esre im los. Al cainû nyaued ed im nael. Im nael.* (Te amo. Tú eres mi sol .La única dueña de mi corazón. Mi corazón).

Cora sintió que volaba ante aquellas palabras. El dolor desapareció momentáneamente, el ardor de la cara, de la pierna y del orgullo menguaron. Todo se evaporó al oír la declaración apasionada y sincera de ese hombre por ella. Cuando soñaba con él siempre se lo imaginó declarándose de aquel modo. Y ahora, era una realidad.

Unas palabras llenas de sentimiento, pertenencia y reconocimiento se formaron en su mente, incluso antes de darle sentido y orden.

Se escuchó un segundo disparo. Y vio a Ethan en cámara lenta, gritando su nombre con pesar e impotencia. Pero ella estaba decidida a decir aquellas palabras en voz alta. Porque su necesidad era imperiosa y porque no podía no hacerlo. Porque era una declaración. Una canción para sus oídos. Solo así liberaría su alma.

— *Loos le orma jarof sal legend. Loos legend geile im aiman. Loos im aiman em aat a tees maal eternal. Et moa im anel. Im anel.* Solo el amor forja la leyenda. Solo la leyenda elige a mi imán. Solo mi imán me ata a esta alma eterna. Te amo, mi corazón. Mi... corazón.

Cuando Cora dejó caer la cabeza y fue consciente de que el segundo disparo la había alcanzado entrando por su plexo, casi a la altura de su corazón, no sintió miedo. Ni siquiera frío.

Era libre. Porque acababa de liberarse al reconocer el amor hacia el Siren. Un amor inmortal. Se acababan de vincular para siempre.

Ethan gritaba su nombre. Pero Cora ya no oía nada. Solo sentía un calor incesante en su brazo derecho. Electricidad. Tensión. El dolor desapareció aunque las heridas no se cerraron. Y de manera mágica, una luz que dejaba pequeños destellos azules por su piel, recorrió su extremidad desde los dedos de las manos hasta su hombro, grabando en ella un tatuaje. Aún le quedó aire para gritar y patalear presa del ardor, porque sentía que le rajaban la piel y que se la quemaban con fuego.

Todo su cuerpo se iluminó de tal forma que Sisé tuvo que dar varios pasos atrás, cegada por la fuerza del resplandor.

Y mientras Cora continuaba recibiendo su leyenda, la de Ethan se completó desde el codo hasta la muñeca.

Él miró el tatuaje que se marcaba en su piel. La misión personal que se grababa rodeando todo su codo, anverso y reverso; y después recibió media



manga que contenía el rostro de Cora, con su cola alta cuyo pelo hacía ondas: Un animal, el tótem de ella, que en su caso era una mariposa monarca. Campanillas violetas eran sus flores y su melodía recorría parte de su piel como en una partitura. La melodía de su alma. Una que solo él, como Siren, podría cantar.

Sisé contemplaba la escena sin poder hacer nada ni acercarse. Era como si hubiera una barrera, un muro invisible que protegiera a la pareja mientras le salía la leyenda.

Pero cuando Ethan descubrió que Cora había dejado caer la cabeza y tenía los ojos cerrados, él se volvió loco.

Se descontroló. Tenía a su mejor amigo y al amor de su vida moribundos frente a él.

Nadie se imaginaba lo que un Siren podía llegar a hacer. Sisé menos, pues nunca había visto tal alarde de poder.

Pero de repente, en aquella sala inferior de aquel Ferry de carga, los objetos, el agua del suelo y la sangre, los cuerpos que allí yacían, levitaron y lo hicieron lentamente, como si no entendieran el concepto de la ley de la gravedad.

Ethan escuchó el helicóptero, y miró hacia arriba con mirada mortífera. Pero entendió que ya no tenía nada que perder.

Lo que quería, lo que más quería, estaba a punto de morir, así que debía actuar rápido.

Entonces su leyenda refulgió con fuerza, y los Uróboros recorrieron su piel en todas direcciones, esperando una orden que no llegaba.

Ethan gritó con tanta rabia que los cristales que pudieran haber ahí, estallaron. Los alambres se rompieron. Sus músculos se hincharon y él se

liberó.

Sisé caminó hacia atrás, e intentó darle órdenes mentales, a sabiendas de que ella no podía contactar con él, y al ver que no obedecía, salió corriendo despavorida hacia las escaleras que la llevarían a cubierta.

Ethan no podía pensar en nada más que no fuera vengarse. Pero sentía que una fuerza superior y animal quería emerger de él, posiblemente, para cambiarlo para siempre.

Y se dejó ir. Lo aceptó.

— *Idlas* —susurró abriendo los brazos.

Los Uróboros negros y rojos con aquellos ojos lilas hipnóticos como los suyos, corrieron por todo su cuerpo, por su espalda, su pecho herido, su cintura y sus muslos. Y cuando regresó a su hombro y sus bíceps, desde ahí, salieron al exterior, y se hicieron grandes y reales, creciendo hasta su tamaño real, destrozando todo el casco del barco y haciendo volar parte de la estructura por los aires.

Ethan miró hacia arriba, por el agujero que había dejado la cabeza de su Uros, el dragón alado con su cuello largo como el de una jirafa.

A través de la obertura, Ethan vio la mandíbula reptiloide de su tótem y como este miraba al helicóptero como si fuera un mosquito.

Ethan se agazapó sin perder su objetivo, como un animal dispuesto a atacar. Se impulsó sobre sus talones y salió propulsado hacia el exterior. En dirección al helicóptero negro cuyo símbolo era un círculo con rayos en forma de zetas.

Pero le daba igual qué logo tuviera. Ellos no lo sabían. Pero les iba a matar.

Se encaramó en el cristal delantero donde los pilotos asustados se pusieron tan nerviosos que uno de ellos gritó y soltó los mandos, y el otro se desmayó al ver que tras ese hombre de aspecto bravío asomaba la cabeza de un animal que creían que no existía. Un dragón.

Ethan los contempló largos segundos, alzó el puño y atravesó el duro cristal con él para agarrar al piloto que aún permanecía consciente. Lo izó con una sola mano por la garganta, y le rompió el cuello hacia un lado. Después lo tiró al mar.

Miró hacia abajo y se encontró a los dos tipos que había dicho Devil que seguían a Sisé, disparando desde lo que quedaba de la proa, que no era mucho. El mar azotaba la embarcación siniestrada con la misma bravura que él sentía.

Miró a su Uros, que ya volaba tras él, y no tuvo que decirle nada más. Se comunicaba con ellos como si fueran sus mascotas. Y lo eran. Eran de él. Sus totems. Sus animales.

Ethan se dejó caer hasta el barco, mientras veía por el rabillo del ojo, cómo el Uros abría su poderosa mandíbula y con sus fauces afiladas, engullía el helicóptero, provocando una explosión en su boca que ni le inmutó. Posiblemente las sustancias que traían los lacayos de Sisé podían dormir a elefantes, pero no a uno que pesaba como diez de ellos.

Ethan se detuvo justo delante de uno de los secuaces rubios, que lo apuntó con su metralleta, y no dudó en dispararle. Pero él cubrió el cañón con su mano y lo dobló. Después le dio un puñetazo que le hundió el pómulo, y a continuación, agarrándolo por el cuello, con un movimiento seco se lo partió.

Una bala le rozó las costillas. Ethan localizó a su agresor mirándolo de refilón. Era el capitán y había dejado la cabina de mandos al ver que el motor

había dejado de funcionar y que era imposible controlar un buque a la deriva.

Saltó hacia él a ras de suelo, estiró el brazo como un luchador de WrestleMania, y lo placó por el cuello. Este rebotó en el suelo de mala manera. Se rompió la nuca.

Cuando acabó con ellos, intentó escuchar si oía el latido de algún otro corazón. Pero excepto el de su Uros y su Boros, y el de Devil y Cora que latían flojo y mal, no oía nada más. Sisé no estaba ahí. Ni siquiera bajo el mar, en las cercanías. ¿Habría muerto al saltar por los aires la popa del ferry? No. No había muerto. Él podía oler la muerte, y no por sus sentidos. Sino, por los dones que los Uróboros le traspasaban. Y allí no olía a mal ni a zorra sin escrúpulos.

Frustrado miró al frente.

Se veía a lo lejos la ciudad de Chicago, muy lejana y muy pequeña. Ni se imaginaban lo que acababa de suceder. Y menos, intuían lo que estaba por llegar. Porque no iba a descansar hasta dar con Sisé y matarla.

Pero para eso habría que esperar. Lo más importante en aquel momento era llevarse a sus personas más importantes a un lugar en el que pudieran sanar.

Por eso cerró los ojos, se obligó a serenarse y bajó a recoger a Cora y a Devil, que yacían uno desangrándose en la camilla y el otro en el suelo mugriento.

A Ethan se le rompió el alma al verlos así. El Uros metió la inmensa cabeza por el orificio e hizo un sonido extraño, como de preocupación, al ver a Cora pálida, aunque despierta todavía.

La joven abrió los ojos como pudo y medio sonrió al ver a aquel animal, rozándole el estómago con el hocico, con suavidad, y a Ethan tocándole el morro para que se apartara.

—Es hermoso... —dijo Cora emocionada—. Siempre creí que eran los dragones los que se comían a las princesas. Nunca... —se humedeció los labios secos—. Nunca imaginé que las salvaran.

—Pero tú no eres una princesa, Cora —le aseguró Ethan quitándole las correas y cargándola en brazos con cuidado—. *Ut esre us naire*. Tú eres su reina.

Ella dejó caer dos grandes lágrimas y apoyó la cabeza en el hombro de su hombre, sujetándose la herida del estómago con la mano.

—Ethan...

—Chist, amor. No hables.

—Me muero, *im amara*.

Él negó vehemente.

—No. Ni hablar. Te vas a poner bien.

Dicho esto, abrazó a Cora queriendo darle todo el alivio que necesitaba. Pero debía darse prisa.

—Está bien. Por favor —miró a su Uros con clemencia.

Este agachó la cabeza y con una delicadeza impropia en algo tan monstruoso, agarró el cuerpo de Devil por la cinturilla del pantalón.

El Siren colocó su mano abierta al frente, y la pulsera en forma de Boros que rodeaba su muñeca giró iluminándose. El portal se abrió ante ellos. Ethan lo cruzó con Cora en brazos y su tótem tras él cargando a Devil, solo con los labios.

Entonces el Boros que recorría las aguas en busca de la malvada Vril, decidió rodear lo restos del Ferry con su cuerpo y lo constriñó hasta hacerlo

pedazos. El portal que había abierto Ethan quedó suspendido medio metro del mar. La serpiente gigante lo atravesó y todo ella fue absorbida.

El portal desapareció, y el mar fue devuelto a su quietud. Incluso el cielo del amanecer, que minutos atrás era tormentoso, se empezaba a abrir de nuevo.

Nunca nadie podría imaginar lo que había tenido lugar en aquellas aguas.

Porque, ¿quién iba a creer en leyendas vivas?

## *La sala de las Leyendas*

**R**egresaba a Sirens, su casa. Su mundo. Su realidad.

Pero sin Cora y Devil aquello no tendría nada de hogar. Porque su hogar era donde estaba su corazón. Y la hermosa Vril se había apropiado de él. Después de que le costara abrirse al verdadero amor y aceptar que a Evia la quería como a una hermana siren, y no como una mujer, no estaba dispuesto a rendirse con Cora. Nunca.

Pero tampoco iba a dejar de luchar por Devil.

Así que al cruzar el portal, en quien pensó fue en Merin. El anciano debía saber lo que había decidido hacer. Sería a él a quien pediría ayuda.

Pero al llegar al otro lado, a su mundo interior en la tierra hueca, encontró a Merin, pero no estaba solo. Junto a él, Evia contemplaba cautivada la llegada de Ethan con su Uros flanqueándolo y cargando con el cuerpo sin vida de Devil.

Se hallaban ambos en la Sala de las Leyendas, en el agua, bajo la pirámide de poder. Ethan miró desesperado a Merin, con sus hermosos ojos plateados llenos de lágrimas y a su vez, el Uros dejó a Devil, entre ellos, flotando en aquel agua de espesor especial.

Ya tendría otro momento para preguntarles qué hacían ahí juntos, pero en ese momento solo le urgía recuperar a su amigo.

—¡Ethan! —exclamó Evia llevándose la mano a la boca con horror—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha pasado a Devil? —corrió para tomar el cuerpo flotante del Lostsoul y sujetarlo contra ella, apoyando su cabeza en su vientre.

—Han pasado cosas, Merin —le explicó Ethan—. Pero antes de nada, por favor, salva a mi amigo. Después hablaremos de todo lo acontecido.

Merin miró a Devil con serenidad, sin inmutarse por sus aparatosas heridas.

—Es un humano.

—Sí.

—Nunca hemos devuelto la vida a un humano —explicó con tono tranquilo—. Las leyes son claras y estrictas.

—¡Merin! —gritó entre dientes sin alzar demasiado la voz—. Te lo estoy suplicando. Es mi mejor amigo —le aclaró luchando por controlar su temperamento—. Y creo que nos lo debéis a Evia y a mí.

—Esto es distinto, Mayan.

—¿En qué?

—El chico ya ha muerto —observó algo confuso.

—¡No ha muerto! —protestó negándose a ver la realidad.

—No ha muerto del todo —susurró Evia—. Sigue ahí. Su alma no ha abandonado su cuerpo —añadió Evia acariciando el pelo rubio de Devil con suavidad y cariño—. Merin, permíteme ayudar a Devil. Déjame intentarlo.

El anciano cruzó las manos detrás de su espalda y miró a uno y a otro.

—¿Cómo?



—Solo déjame intentarlo —insistió ella—. No sabemos si se puede hasta que no lo pruebe.

—Como queráis —contestó más conforme de lo que debería—. Pero seréis responsables de él y de las consecuencias que esto comporte en el Dharma y en el equilibrio. Hemos permitido que los humanos que nos encontraran convivieran con nosotros y aprendieran de nuestros conocimientos. Porque sabíamos que no podían salir para mantener nuestro secreto a salvo. Pero esto... traer un humano muerto para revivirlo...

—Lo hicisteis conmigo —lo cortó ella muy seria—. Yo morí. Y reviví aquí.

—Pero tú eres una Siren.

—Y ellos son los humanos que decimos que protegemos —Ethan no iba a ceder—. La humanidad por la que se supone que estamos aquí. Te estamos pidiendo un favor. ¿O es que haces distinciones de razas?

—No. Jamás —aseguró Merin.

—Demuéstralo —lo retó Ethan.

—Está bien —aceptó el guante—. Haz lo que puedas por él —le pidió a Evia—. Tú te haces cargo.

—Sí —celebró Evia. Esta desvió la atención a Cora—. Ethan, yo me encargo de Devil. Tú haz lo que tengas que hacer con Cora. Está mal.

—Lo sé —asintió abrazándola contra él—. Dejo a Devil en tus manos, Evia.

—Claro, ve —contestó concentrada en el humano.

—Gracias. Y Merin —el Uros se hizo pequeño hasta que de repente, saltó a su piel, sobre su bíceps y se convirtió en el tatuaje dinámico que era. El Boros ya lo había hecho previamente—. Me gustaría hablar contigo más tarde.

—Estaré a tu disposición, Mayan —se ofreció sin impedimentos.

Ethan los miró a ambos, se dio la vuelta, abrió un nuevo portal, y desapareció a través de él, dejando a Merin muy pendiente de Evia y Devil.

## ***El Árbol de los Amantes***

Ethan apareció cargando a Cora frente al lago del Árbol de los Amantes. Allí siempre había una aurora boreal llena de estrellas, y la noche se teñía de colores eléctricos fucsias y verdes.

Él no se lo pensó dos veces, entró en el agua del lago poco a poco, hundiéndose hasta la cintura. Allí sujetó a Cora para que no se hundiera y se dispuso a estudiar su leyenda.

Tenía una *legend* preciosa. Pero lo que más le impactaba era que en el antebrazo, estaba tatuada su cara, la de él, con los ojos bitonales, el dragón recorriendo su carne, su flor, su música... era su mismo tatuaje, su misma leyenda, excepto por el rostro y la disposición de los elementos. Aunque todos querían decir lo mismo. El dibujo tenía una intensidad especial de colores llenos de vida.

Mierda. A una mujer como Cora no le quedaba nada mal una leyenda entera en su brazo. Era tan femenina que lo hacía todavía más hermoso.

—Cántale, Mayan —ordenó Azul apareciendo por detrás del ancho tronco del árbol.

Ethan se vio sorprendido por ella.

—¿No estás aquí por eso? Sabes que puedes curar a tu *devi*. Lo sabes. Pero no recuerdas cómo.

—¿Cómo? —preguntó perdido.

Azul sonrió pero no se alejó de su árbol.

—Cada uno de nosotros tenemos una nana. Una canción que sana nuestro corazón y nuestra alma. Una nana que alivia nuestro dolor y nos cura. Ella la tiene también, escrita en su piel, y solo tú puedes escucharla. Pasa tus dedos por encima de su leyenda. Pásala por encima de sus notas. Cántale como un siren. Vuestra voz es un tesoro. ¿De dónde sino salían las leyendas de las voces hipnóticas de las sirenas? De vosotros, mayan.

Ethan se agachó y hundió su cuerpo hasta los hombros, manteniendo a flote el de Cora. Pasó su mano por su leyenda y abrió el corazón y los sentidos.

Y caramba... Azul tenía razón. Oía su música. Su melodía especial. Su nana. Su canción.

Ethan cerró los ojos y la interiorizó. Para después, emocionado y temeroso por fracasar y no revivir a su mujer, disponerse a cantarla. La abrazó fuerte contra su pecho, posó su boca sobre su sien, y empezó a entonar una bellísima melodía, con una letra que no sabía que tenía.

—*Led root donum neiev im devi.*  
*Noc us loep sol ek yeo ye blaah.*  
*Us naan im lean rauc.*  
*Us naan us poreuc naas.*

*Del otro mundo viene mi devi.  
Con su pelo de sol que oye y habla.  
Su nana mi corazón cura.  
Su nana su cuerpo sana.*

Besó su sien al tiempo que le cantaba dulcemente, con cuidado y con amor, todo el que sentía por ella, que era más de lo que alguna vez pensó que sentiría por nadie.

Cuando acabó volvió a la carga con más sentimiento, dando vueltas sobre sí mismo. Las luces mágicas, almas de los amantes y de los elementales, les rodearon y les iluminaron. Algunas de ellas osaban tocar la piel de Cora, y todas se reflejaban en el agua, con lo cual creaban efecto de cielo galáctico, igual arriba como abajo.

*—Led root donum neiev im devi.  
Noc us loep sol ek yeo ye blaah.  
Us naan im lean rauc.  
Us naan us poreuc naas.*

*Del otro mundo viene mi devi.  
Con su pelo de sol que oye y habla.  
Su nana mi corazón cura.  
Su nana su cuerpo sana.*

Perdió la noción del tiempo mientras le cantaba su nana. No quería abrir los ojos, solo esperaba que surtiera efecto. No quería imaginarse aquel mundo

sin ella. Tenía tanto que mostrarle...

Tenían tanto que explicarse y tantas cosas nuevas que compartir. El uno había entrado en la mente del otro y había absorbido todos los recuerdos. Pero los recuerdos eran pasado. Lo que ambos necesitaban era más presente. Toda aquella lucha, toda aquella batalla no tendría sentido si ella no vivía. Se moriría de pena.

Y de repente, sintió los dedos de la joven sobre sus labios.

Ethan abrió los ojos y buscó los de ella. Los inmensos ojos gatunos de Cora estaban abiertos de par en par. En su cuerpo no había ni una herida, ni un rasguño. Nada. Ni rastro de las balas. Ni rastro de la tortura.

Solo su rostro bello y de hermosas facciones. Ethan acarició el hoyuelo de su barbilla con el pulgar, y ella parpadeó una sola vez para sonreírle.

—Eh, tú —le saludó ella en voz baja.

—Hola, preciosa —Ethan quería gritar de euforia y agradecer a los dioses o a quien fuera que le devolvieran a parte de su alma. Se sentía como un niño agradecido en su mañana de Navidad—. Me has matado del susto, devi.

—¿Estamos vivos? —siguió con los ojos las luces flotantes que bailaban a su alrededor.

—Sí. Eso parece.

Ella se quedó en silencio unos segundos y después añadió:

—Me alegra que Evia se haga cargo de Devil. Espero que lo pueda salvar. Estará en buenas manos.

Ethan sonrió y disfrutó de su comunicación mental, de que pudieran hablarse así. Nunca tendrían nada que ocultarse. Y ninguno de los dos quería

más secretos en sus vidas. De eso estaban seguros.

—Yo también lo deseo —le acarició el rostro con suavidad, más emocionado de la cuenta.

—He tenido un sueño —dijo ella medio incorporándose en el agua. Se sujetó al cuello de Ethan y se acomodó entre sus brazos—. He soñado que un hombre medio sireno me salvaba la vida con la ayuda de un dragón negro —pasó su índice por su apetecible labio inferior—. He soñado que salía del mar y que de entre todas las sirenas me elegía a mí cantándome una canción. Que sus ojos eran lilas y que —admiró la leyenda que a ella le había salido en el brazo— dibujaba una vida juntos en mi piel —tragó saliva al ver que tenía el rostro perfecto y cincelado de Ethan en su antebrazo. Parecía tan real... Tan hermoso—. He soñado que viviríamos mil aventuras, y que nos cantaríamos nanas para dormir.

Él se echó a reír, feliz de haberla salvado.

—Tienes la campanilla, la flor de los mensajes —enumeró Ethan estudiando su leyenda—. Tienes la mariposa monarca, porque significa cambio y evolución. Tienes tu melodía, el sonido de tu alma —besó su hombro tatuado—. Y me tienes a mí en todo tu antebrazo. Estamos unidos para siempre. Se han unido nuestras legends. Se han entrelazado, y de ellas ha surgido una misión personal. Nosotros lo llamamos *páat* —explicó Ethan rozando con sus labios su mejilla.

—¿Y qué dice? —lo miró como solo podía hacerlo. Con el fuego y la locura de su relación mágica, mística e incontrolable.

—El aleteo de la unión de la monarca y el poder del dragón cambiarán los destinos —leyó pasando los dedos por su piel dejando un rastro feliz en ella y provocando que sus preciosas monarcas agitaran sus alas—. Somos los caminadores de mundos. Y debemos hacer un llamamiento.

—Caminadores de mundos —repitió ella uniendo frente con frente—. Me gusta.

—¿Te asusta el desafío? —quería asegurarse de ello.

—No. Estoy deseando ponerme en marcha contigo —contestó con seguridad.

—Im devi... —murmuró agradecido—. Me haces sentir ya agradecido...

—Ethan —alzó los ojos— ¿esto va a suponer que no tenga contacto nunca más con mis amigas? Las quiero. Están en el exterior y... temo que descubran que son importantes para mí y que les hagan daño. Los Thule, los Bathory... —sacudió la cabeza— solo son la punta de un enorme iceberg.

Y así era. Las imágenes que ella recibió de la mente de Sisé mostraban muchas cosas, y entre ellas ese Sol Negro que adoraban y cuya función guardaba oscuros propósitos, y nada tenía que ver con los experimentos genéticos. Era mucho peor.

—Lo sé. Sé que esto solo acaba de empezar. Solo tú y yo decidiremos cómo debemos actuar, devi. Nos regiremos según lo que diga nuestro corazón. Las cosas van a cambiar en Sirens. Tienen que cambiar. Y no voy a dejar que hagan daño a alguien a quien consideres familia. Mis amigos también están fuera. No sé si Devil ha hablado con ellos o no, y también me asusta que vayan a por ellos. Defenderemos a los nuestros —le juró.

—Bien —contestó rozando sus labios con los suyos—. ¿Entonces? Ethan arqueó las cejas y sonrió.

—¿Entonces?

—¿El sueño que he tenido mientras me sanabas se va a cumplir?  
¿Estaremos juntos siempre?

Ethan la besó. Esa chica se había apoderado de toda su esencia, de todo lo que él era. Había eliminado la angustia y el resquemor, el desdén y la furia, y lo había convertido en puro amor. Solo puro amor. Hacia ella.

Hacia una mujer que sobrevivió a sus dones cuando era pequeña, a la que acusaron de loca y desequilibrada; una mujer de pocos amigos pero muy buenos. Una mujer que se rehizo y luchó contra su propia cabeza, que estudió para comprenderla y que se había convertido en la más poderosa telépata de esas mujeres llamadas Vril. Ya no solo era una mujer sin igual, luchadora y fascinante. Era su devi. Su corazón.

—Cora —la besó de nuevo y sujetándola bien pegada a su cuerpo, alzó el vuelo para quedarse a un metro del lago, disfrutando de la melodía que las almas de los amantes les cantaban al oído, meciéndose a ese ritmo angelical—. Juntos, para siempre, escribiremos nuestra leyenda. Es ahora cuando empieza. Y me muero de ganas de escribirla a tu lado. Et moa im enal.

—*Et moa im enal*

—Ella sonrió eufórica y feliz de sentirse viva y querida; amada y respetada; valorada y determinante.

Lo besó y disfrutó de aquel instante, porque sabía que vendrían otros más complicados. Porque el lobo asomaba las orejas en forma de una guerra entre realidades que nadie podría evitar, y menos ellos.

Y mientras se besaban flotando por el lago del Árbol de los Amantes, con Azul bailando alrededor como una ninfa que se alimentara del amor de una pareja auténtica, Cora volvió a sonreír. Disfrutarían de esos momentos de tregua entre la luz y la oscuridad.

Porque había veces en que los sueños se hacían realidad.

Y porque por creer en los sueños e ir a buscarlos, ella no solo se había encontrado a sí misma, además, había dado inicio a su historia de amor de



leyenda.

## *El Oráculo de los ancestros*

**M**erin sabía que se avecinaba tormenta. Caminaba por el bosque de los olvidados hasta llegar al llano del vigía, en el que una estatua de mil pies en forma de encapuchado guardián, reposaba en la base del volcán, el único activo en Sirens.

Los frentes se abrían y mostraban las consecuencias de las decisiones tomadas desde el diluvio. Acertadas o no, sabía que el cambio venidero sería diametralmente opuesto a las fuerzas que intentarían boicotearles. Las tablas de Thot y sus principios no mentían y eran perfectamente aplicables a la vida de cualquier mundo o realidad.

En la Tierra, los Mur habían sido atacados y las Mins asediadas. Debía entrar en contacto con Morgan y con Delphine, para que estuvieran al corriente de la oscuridad que la noche vaticinaba. Pero no solo a ellos. Tal vez, había llegado el momento de reunificar a los clanes ocultos. Era una posibilidad.

Pero nada le preocupaba más en ese momento que el pesar que como losa aplastaba su alma. Una de las tablillas genéticas de la sala del tablón del destino, una importante, se había oscurecido y había dejado de brillar. Cuando Merin accedió a la tablilla, tuvo la visión de lo sucedido.

El Mayan se había enfadado, se encontraba perdido y se dejó llevar por su ego y por la impotencia. La furia incontenida, la aparición de bajos instintos

en un Siren, desembocaba una emoción oscura en ellos con la que no sabían lidiar. Una lágrima oscura y tenebrosa que lo cambiaba todo.

Merin vio el momento exacto en que el guerrero se arrodilló preso del dolor, en el faro, y gritó con tanta fuerza que una lágrima descendió por su ojo y recorrió su leyenda, oscureciéndola, quitándole toda luz y color. Convirtiéndola en una leyenda negra. Eliminando de él toda bondad.

Y lo peor era que ese Siren había salido al exterior, a la tierra, aprovechando la salida del humano Devil, y no lo habían advertido. Debía hablar con los Guías de las facciones para informarles de lo sucedido. El dolor de los líderes de los clanes Myst y Mayan cuando conocieran la noticia sería atroz.

La historia se repetía de nuevo, aunque no igual.

El volcán dejó ir un hilo de humo y Merin aceptó la señal y acudió a su llamada. Los Oráculos hablarían con él. Tenían mucho que conversar.

El humo se desvaneció por el cielo limpio y claro de Sirens. Y deseó que sucediera lo mismo con lo que estaba por llegar.

Porque nada era más doloroso que escribir el destino con la tinta de alguien bajo el influjo de una *lágrima negra*.

## **Wisconsin**

Lillith Bathory no encajaba bien los golpes y no sabía perder. Era competitiva, pero prefería luchar si sabía que tenía la contienda ganada.

Ahora, en su torre particular del homenaje golpeaba la mesa de cristal de su mirador personal con las uñas, incrédula al conocer el desenlace.

Llovía con fuerza. El tiempo era un vivo reflejo de sus sentimientos y su azote interno. Los relámpagos golpeaban la tierra y las ventanas se cubrían de un manto uniforme de agua que apenas dejaba ver el exterior. Como la cortina furibunda y oscura que cubría sus objetivos no alcanzados hasta la fecha.

En su mansión, mientras miraba los monitores con todos los puntos calientes del orbe, había detectado un portal activo en el lago Míchigan, casi llegando a las delimitaciones de Wisconsin, donde ella tenía una de sus sedes.

Se suponía que Sisé cargaba con el Siren en un Ferry de su propiedad y que un helicóptero le acercaría la munición que necesitaba para dejarlo sedado hasta que llegaran allí. Luego, desde Wisconsin, viajarían hasta Alemania con el preciado botín, para, esta vez sí, conseguir todos esos eslabones perdidos del código genético Siren que le faltaba.

Pero nada había salido como esperaba y la factura había salido cara. Cientos de Eldérlys aniquilados, los rehenes huidos y Sisé, su querida Sisé y mano derecha, desaparecida. El Ferry de su compañía farmacéutica había dejado de emitir señal alguna, igual que el helicóptero. Como si se le hubiera tragado la tierra.

De tenerlo todo, a no tener nada.

De un plumazo tiró lo que había encima de la mesa. Su pluma de firmar contratos y comprar almas, su tableta, su copa de líquido rojo y hemoglobínico necesario para su tratamiento de juventud...

La condesa vampira, así la llamaban los de su círculo. Un título bien merecido. Pero si a la condesa vampira la pinchaban, ahora no le sacarían ni gota de sangre.

La pantalla de su monitor de treinta pulgadas reflejó su rostro colérico, que reflejaba una tez y una expresión que no correspondía a una mujer de su edad. Pero todo lo que tenía se lo había ganado con estudio, ambición y tenacidad. Nunca entró a valorar lo que era correcto y lo que no, solo evaluaba cuánto necesitaba las cosas para tenerlas, y ella de apetito de riquezas materiales e intelectuales nunca fue escasa.

Pero pensar que todo por lo que había trabajado durante décadas había desaparecido en un lago, la ponía enferma.

Apoyó las manos en la mesa desordenada y cerró los ojos intentando buscar paz mental en la oscuridad que tanto le gustaba.

Pero ni siquiera respetaron su paz. Las alarmas de su sede en forma de mansión victoriana del 1885, se activaron sin más.

Extrañada y, para asegurarse de que no sucedía nada raro, apretó el botón del intercomunicador de la pared.

—Maxwell —llamó a uno de sus guardaespaldas—. ¿Todo bien?

Esperó unos segundos y no recibió respuesta.

Fue llamando a todos los que trabajaban para ella, protegiéndola y búnquerizándola de sus enemigos, que eran muchos, pero inofensivos e insignificantes.

Y sin embargo, de los veinte hombres que tenía a su disposición vigilando jardines, túneles, habitaciones, plantas superiores y subterráneas y demás, nadie osó a contestar.

Y de repente, la puerta de su torreta, la parte más alta de su mansión, cedió y salió disparada de manera que tuvo que agacharse para que no le seccionara la garganta.

Medio acucillada observó cómo la silueta de un hombre enorme, alto, de espaldas anchas y mojado de pies a cabeza, cargaba con Sisé sobre el hombro como un saco de patatas, en igual estado, y la dejaba caer al suelo sin muchos miramientos.

Sus ojos plateados y de brillo inhumano la dejaron sin habla.

Ya los había visto antes. Ya los conocía.

El hombre vestía todo de negro, como si fuera un ángel del Infierno y tenía una lágrima negra tatuada en la comisura de su enorme ojo derecho tupido de pestañas largas y negras. Su pelo lacio y castaño oscuro estaba largo de un lado y afeitado del otro.

Lillith no supo cómo reaccionar.

—Sigue viva —le dijo él arrastrando las palabras, como si aquel no fuera su idioma nativo.

Lillith miró estupefacta a Sisé, que tenía heridas profundas en los brazos y la espalda, pero parecía respirar.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —preguntó incrédula.

—Soy Idún. Y vengo a ayudarte y a decirte que si quieres el poder de verdad, debes ir en busca de otros.

—¿Ah, sí? —espetó como la mujer soberbia que era—. ¿Y por qué debería creer a un siren cuando os llevo persiguiendo desde hace tanto? ¿Por qué me quieres ayudar?

Idún dejó caer la cabeza a un lado y se crugió el cuello mirando a su alrededor, interesado por aquel mundo exterior.

—Porque mi hermano ha venido a quitarme el trono a mi mundo —dijo con odio—. Y yo he venido a ser el Rey en el suyo.

Lillith no se lo podía creer. ¿Un Siren contactando con ella voluntariamente?

Acercándose para ver el estado de Sisé, y todavía en *shock* por aquella violenta irrupción, miró a Idún de reojo y le preguntó:

—¿Y a quién se supone que debo encontrar, Siren?

Idún dejó caer sus ojos en la Bathory, alzó la comisura de su labio derecho y contestó sin más:

—¿Me preguntas a quién, humana? *Nosdigni* —sentenció con voz sepulcral—. A los Indignos.

***Continuará...***

## **GLOSARIO SIRENS**

Aimân: modo de llamar a la pareja Siren. Su imán. Se dice que están imantados.

Amara: el dios de la Siren. Su pareja. Su mitad.

Athlân: Anillo Atlante Ceres: oradores de Sirens.

Contempladores: Máximos creadores del Universo.

Entidades Superiores.

Crioma: casas de los Sirens.

Dharma: Verdad Universal, plan divino y naturaleza de la creación.

Devi: la diosa del Siren. Su pareja. Su mitad.

Erdérlys: clones secuaces de Lillith Bathory.

Gräen: luz oscura y maligna que reside en todo y en todos.

Guías: son los más respetados de cada facción. Hay cuatro.

Genis: tablas de cristal en las que hay el código genético de cada Siren.

Ich: Canepila de los Mayan. Hace de cámara espía.

Legend: leyenda que sale tatuada en el brazo derecho de los Sirens cuando reciben el bautismo, en la mayoría de edad.

Magikers: facción de magos y alquimistas Sirens.



Mamán: madre, en idioma Siren.

Mayans: facción de guerreros de Sirens.

Mysts: facción de místicos de Sirens.

Nael: Corazón místico de Sirens. Pirámide de poder.

Orma: amor en Siren.

Páat: misión del Siren. Sale en su leyenda.

Registros de Akasha: registros universales en los que hay reflejada toda la historia del universo.

Sanaes: facción de sanadores de Sirens.

Sembradores: los que siembran vida en los planetas.

Sonn: hijo, en idioma Siren.

Tabla del Destino: tabla de cristal verde ancestral en el que se escriben las profecías en letra cuneiforme.

Talrop: brazalete de los Mayan que abre portales por todo Sirens.

Tsóon: espada del Mayan.

Ur: categoría que se les da a los planetas habitables y aptos para el desarrollo de la vida inteligente.

## **FRASES EN LENGUA SIREN:**

*Loos orma jarof shal leggend. Loos leggend geile im devi. Loos im devi ehm  
aat a taes maal eternal/ Solo el amor forja las leyendas. Solo la leyenda  
elige a mi devi. Solo mi devi me ata a esta alma.*

*Sav ah artse enib. Chahul, im orma. Chahul/ Vas a estar bien. Lucha, mi  
amor. Lucha.*

*Et moa. Ūt esre im los. Al acinŭ nyaed ed im nael/ Te amo. Tŭ eres mi sol.  
La ũnica dueña de mi corazŃn.*

*Idlas/ Salid.*

*Led root donum neiev im devi. Noc us lohep ek yeho ye blaah. Us naan im  
nael rauc. Us naan us poreuc naas.*

*Del otro mundo viene mi devi. Con su pelo que oye y habla. Su nana mi  
corazŃn cura. Su nana su cuerpo sana.*

# Créditos

Primera edición: Noviembre 2017

Diseño de la colección: Valen Bailon  
Corrección morfosintáctica y estilística:  
Editorial Vanir

De la imagen de la cubierta y la contracubierta:  
Shutterstock

Del diseño de la cubierta: ©Lorena Cabo Montero, 2017

Del texto: Lena Valenti, 2017

[www.editorialvanir.com](http://www.editorialvanir.com)

De esta edición: Editorial Vanir, 2017

Editorial Vanir

[www.editorialvanir.com](http://www.editorialvanir.com)

[valenbailon@editorialvanir.com](mailto:valenbailon@editorialvanir.com)

Barcelona

Edición digital: **Vorpal. Servicios de Edición Digital**

ISBN: 978-84-947047-8-9

Depósito legal: DL B 25682-2017

Impreso y encuadernado por: LIMPERGRAF SL

*Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento*

*mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.*